



Pancho



Pezarosi



Gary



Johana



Guicho del Sur



Guicho de Nebaj



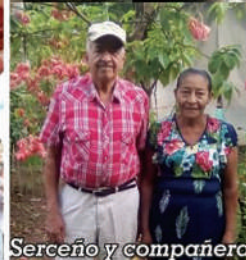
Tabarish



Por la **Costa Sur**
y **Otras Trillas**



sandra



Serceño y compañera



Bety



Alex



Este libro está constituido por una serie de testimonios, narrados desde lo vivido. Tocada toda esta narrativa por profundos sentimientos al borde del sentimiento militante de esta guerra. Activos a fondo y en el pleno frente de este conflicto armado. Es una propuesta colectiva surgida desde la opinión de estos combatientes, concentrados por los lados de la Costa Sur de la República de Guatemala.

Son testimonios recopilados en la Finca El Progreso, por los meses del año 2019. El recuerdo de lo ocurrido, hace bastante tiempo, va hilando la historia. Una narrativa que tiene el testigo al lado para que la palabra sea fuente de los hechos.

Acontecimientos de los cuales son protagonistas de primera línea estos combatientes, cara a cara en el frente, como apoyo médico o logístico, pero en todo momento con la vida en guardia. Siempre en acción y en el marco del desarrollo de una guerra, cuya herida aún no cesa.

Allí en Guatemala, luego de la guerra, las terribles injusticias han crecido como maleza: en el hambre, el desempleo, la enfermedad y la explotación del mismo pueblo. Son las mismas razones extremas que originaron el conflicto armado, y ponen en peligro actualmente aún lo poco que sobrevive de la paz.

Estos testimonios, dejan mucho conocimiento sobre la lucha armada; y contra un estado agresor y violador de los derechos de un pueblo, a existir bajo el cielo y la geografía de su propio país.

Saber de las plantas como alimento, pero también como medicina. La psicología aplicada a los heridos de guerra, ante las carencias de medicamentos convencionales. Conocer el lenguaje de las trillas, qué dice el silencio o una hierba pisada, los sonidos de la selva en la nocturnidad, los pájaros al amanecer.

Por la Costa Sur y otras trillas

*Testimonios de la insurgencia
y el conflicto armado interno en Guatemala*

Guatemala 2021

Por la Costa Sur y otras trillas

(Testimonios de la insurgencia conflicto armado interno, en Guatemala)

Serie: Combatientes, Historia Viva

© Carlos Angulo

Email: eangulo066@gmail.com

Telf.: +58 4241226285

© Estrella Editorial. Guatemala

© Editorial Tinta, Papel y Vida. Venezuela

Investigación, sistematización
y asesoría:

Carlos Angulo, Venezuela

1ra Edición 2025

350 ejemplares

ISBN 978-980-6148- 95-6

Depósito Legal DC2025000068

Cuidado editorial:

Néstor Curra Arciniegas

Portada y contraportada:

Luis De La Cruz - Carlos Angulo

Diagramación:

Jean H. Materan

Corrección:

Mario Flores



Ediciones Proyecto Sueño



editorialtintapapelyvida@gmail.com
Venezuela
+58 416-400-6484
IG: @tintapapelyvida

Caracas, República Bolivariana de Venezuela

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias sin autorización escrita de la editorial y el autor.

Contenido

Presentación.....	5
Nota introductoria	7
En memoria de Rubelio:.....	9
1.- La historia de Tabarish	11
Luego Tabarish continúa su testimonio:	15
No te queremos ver más aquí.....	18
El doctor Sebastián: Tabarish es un compañero, una linda persona... ..	20
Sigue mi estancia en las selvas del norte.....	23
2.- La historia del combate en el cafetalero de Santa María Ixhuatán. Luis Beltrán Diego Raymundo Pérez:	25
3. La historia del Güicho del Sur. Beltrán Jiménez Castillo.....	31
Primera entrega:.....	31
Segunda entrega:	34
Tercera entrega:	35
Cuarta entrega:.....	37
Quinta entrega:.....	41
Sexta entrega:	44
Séptima entrega: El combate del Volcán de Agua	45
Octava entrega:	48
Novena entrega.....	49
4.- La historia de Bety	57
5.- La historia de Antonio Pirir Cuxt (seudónimo Pezarosi)	67
Caída de Leandro y Merlín.....	78
Mas adelante Pezarosi continúa contándonos lo siguiente:.....	82
Erika continúa la historia	84
6.- La historia de Landelino Najera (seudónimo Pancho).	85
Otros hechos de la historia. Rebelión del 13 de noviembre de 1960.....	102
Inicio de la Guerra Civil en Guatemala.	102
Elecciones presidenciales de 1966.	104

Muerte de Turcios Lima.....	104
7.- La historia del comandante Gary	105
8.- La historia de Johana (seudónimo). 20 de diciembre de 2020	127
Nota 1:	137
Nota 2:	138
9.- La Historia de Sandra	139
10.- La historia de Julián Gómez Ramírez (seudónimo Sarceño).	159
Aldea El Quetzal, 1980	162
11.- La historia de Alex	173
A mis otros hermanos, mis perros	173
Pasajes del compa Hans.	182
Las verdades o mentiras de Chanco.	183
ANEXO	189
Glosario de palabras.....	192

Presentación

***A veces dudo que la gente
del Ejército de Guatemala
de aquel tiempo hubiera
nacido en una noche de amor.***

Este libro complementa parte de la historia de un lado de la geografía guatemalteca, Costa Sur y otras regiones, abarca la incursión y desarrollo de la guerra de los treinta y seis años en Guatemala entre los años 1960 y 1996.

La Costa Sur fue escenario de múltiples combates, casi no tuvo paz, y fue donde el Ejército guatemalteco hizo gala práctica de su terror.

Era muy necesario este libro, el cual incorpora el protagonismo de grandes seres revolucionarios, que aún resisten desde su trabajo afectivo de sobrevivencia cotidiana. Ellos crean en su realidad las ideas más sublimes, como un irradiar de bosques y verdes la zona de su hábitat, sembrar para comer y criar animales para la morada y la humilde subsistencia, avanzar en los proyectos amorosamente colectivos.

Eso fueron los revolucionarios de esta zona, y eso son todavía, en su credo y sencillez.

Desde la mirada y el acompañamiento de estos grandes seres humanos se impone replantearnos la vida y admirar lo más simple y lo más sencillo, que seguramente es la condición más alta de todo revolucionario, el que ofrenda la vida al servicio de sus hermanos camaradas, por un país y un pueblo que todavía deben ser transformados.

Este acercamiento a la comunidad de El Progreso, finca de combatientes desmovilizados luego de la Firma de la Paz el 29 de diciembre de 1996, era de mi parte también una gran necesidad y compromiso, y desde el equipo de Estrella Editorial así fue entendido.

Allí incursionamos un poco después de la mitad del año 2020 y hasta febrero de 2021. Se hicieron aproximadamente unas treinta conversas de entre tres y cuatro horas en campo, en unas tres visitas constituidas en áreas de investigación. Finalmente, se recopiló un valioso material de los compas que accedieron gentilmente a contar y valorar su historia, como proyecto orientador y formador para las nuevas generaciones de

(Testimonios de la insurgencia, conflicto armado interno, en Guatemala) _____

jóvenes de la comunidad, primeramente, y de la Guatemala en proyecto de transformación en general.

Desafortunadamente no alcanzó el tiempo para incorporar a nuevos compañeros, cuyas historias de vida valoramos significativas para sumar a estos testimonios. No obstante, este proyecto no culminará aquí y seguramente serán abordadas y tomadas en cuenta muchas historias más, en la medida que las condiciones nos posibiliten sentarnos a pensar y recontar la valiosa vida acaecida.

Bueno, ya con el cargamento de entrevistas, conversas, imágenes y fotografías de todo el trabajo documentado a buen resguardo en la computadora, me dispuse viajar a Venezuela, lugar donde hilvanaría las ideas que darían origen a este nuevo libro, propiciado por Estrella Editorial, Guatemala.

Carlos Angulo
1 de marzo de 2021.

Nota introductoria

¿Cómo escribir sobre la resistencia, la heroicidad y la victoria pospuesta de un pueblo sin cabalgar sobre su experiencia única?

Esta interrogante me ha asaltado agresivamente desde el momento en que mi hermano Carlos Angulo me solicitó el aporte de una nota para la presentación de estos testimonios.

Por los caminos de la Costa Sur es un registro descarnado y puro de la guerra del pueblo guatemalteco contra la discriminación, el desamparo, la persecución, la tortura, la desaparición forzada y el asesinato vil. En fin, en contra de la pobreza alimentada y sostenida con crueldad antihumana por un sistema y un régimen opresivos, dominantes.

La lectura y relectura de este Libro, con mayúscula, ha tenido que realizarse de forma detenida.

He encontrado aquí, en esas narraciones, una elevada y extraordinaria sinceridad, una sensibilidad auténtica y sin pretenciosos protagonismos, una convicción irrefutable de la justeza de la lucha guerrillera en todos esos años de denodada combatividad, pero sobre todo una diáfana humildad. Y no hay rencor.

Tal vez en cada testimonio se puedan encontrar elementos extremos que caracterizaron esa contienda, pero no odio acendrado ni sentimientos o actitudes vengativas.

Los antiguos guerrilleros y guerrilleras dejan constancia de la esperanza que reivindicará y hará palpable la victoria final de sus esfuerzos y sacrificios.

Por otro lado, necesito resaltar, por su relevancia, el carácter casi único de los protagonistas y del Libro, en él no hay poses ni «divismos». No existe exhibicionismo ni autoproclamaciones heroicas ni falsas modestias, tampoco posiciones intelectuales justificando fracasos y derrotas, como estamos acostumbrados a leer de otras experiencias de nuestro continente.

Es el pueblo contando una experiencia desde la inconformidad con lo alcanzado, que sabe lo invertido en esa guerra y lo mezquino del triunfo, aunque convencido de no haber sido derrotado en su combate por la dignidad.

(Testimonios de la insurgencia, conflicto armado interno, en Guatemala) _____

Párrafo aparte para reconocer el dedicado y militante trabajo de Carlos Angulo y del equipo de Estrella Editorial. Hay en este trabajo de compilación un claro compromiso con la historia de Guatemala, un definido esfuerzo para no dejar perecer la memoria de sus luchas y anhelos, para conservarla como referente irrefutable para las batallas que se siguen dando hoy en día y que seguirán sucediéndose hasta la victoria definitiva del pueblo guatemalteco, de los pueblos de esta América nuestra.

***Jasmil Mendoza León,
Mérida, República Bolivariana de Venezuela.
Diciembre de 2021.***



En memoria de Rubelio:

Hoy cambió de paisaje nuestro querido compañero Rubelio a consecuencia de una lamentable enfermedad. Rubelio siempre será recordado como un revolucionario ejemplar, que entregó su vida a la lucha revolucionaria guatemalteca, que se destacó como logístico de los frentes guerrilleros Lucio Ramírez y Mardoqueo Guardado. Además, desempeñó tareas de organizador político y fue instructor de las guerrillas que estaban ubicadas a la orilla del río Usumacinta en el departamento del Petén. En esta región Rubelio llegó a tener pleno control y conocimiento de todos los que alguna vez entraron o salieron de los frentes guerrilleros. Lo recordaremos como el guerrillero revolucionario del río Usumacinta, amoroso y entregado a la lucha por una Guatemala liberada.

Dejo constancia de su vida militante en este último libro de la Serie Historia Viva, editado por Estrella Editorial. Libro maravilloso escrito por compañeros de lucha, que por diversos caminos se toparon con su alegría y convicción.

¡Hasta siempre querido Cero! ¡Venceremos!

**Pablo Soto,
7 de febrero 2021,
Cooperativa Nuevo Horizonte. Petén, Guatemala.**



1.- La historia de Tabarish

Al comandante Nicolás y al comandante Herbert por todo lo que me enseñaron, sobre todo a estar acompañado.

Conocí a Tabarish cuando celebramos en la Cooperativa Nuevo Horizonte, Departamento de Petén, El Día Internacional de los Sueños, en el año 2015. Ahora, a sus setenta y cinco años cumplidos, hace poquito más de un mes, lo voy a buscar a la terminal de la Línea Cristóbal Colón en la capital de Guatemala. Se hará unos exámenes médicos y luego irá a operarse a un hospital, todo esto coordinado por sus compañeros de armas y por el doctor Gilder, también compa solidario, perteneciente a la organización política actual.

A las cinco de la mañana llegué a la terminal de pomposo nombre colonizador en tierra maya, Cristóbal Colón. A las cinco y media de la tarde salió con su humildad de campesino indígena y su historia de noble revolucionario. Larga la espera, pero más largo el viaje de Tabarish por la incomodidad del dolor y los estragos en la carretera causados por el huracán Eta.

Pascual Francisco Felipe Francisco, Tabarish, de gentilicio huehueteco, nació el 9 de septiembre de 1946 en el Departamento de Huehuetenango, municipio San Miguel Acatán, pueblo indígena Mam. El lugar donde nació pudiera ser el caserío Suntelá (sic) o quizás Solomchen, que en idioma mam quiere decir piedra sentada encima de la tierra.

Tabarish fue su seudónimo en la guerra, que en ruso significa camarada o compañero de viaje. De padres campesinos, familia aislada y distantes unos de otros, tercero de ocho hermanos. Nunca pudo formarse en una escuela, excepto la de la guerra. Aguantó sólo dos años de primaria, pero según nos dice, no aprendió nada, no entendía, porque las clases eran en español y el maestro no hablaba su idioma mam. Sin un amigo de la niñez que recuerde y un amor de adolescencia que no cuajó, aunque lo vivió sin dolor porque no hubo cariño, según dice, sin más explicación.

Entonces mi padre me sacó de la escuela y me puso a trabajar la tierra. A los dieciséis años me fui de la casa con ganas de conocer otros caminos. El primer trabajo que conseguí fue recogiendo café en una finca, lo hice por unos tres meses. No recuerdo el nombre de la finca, porque no me preocupé por saberlo. De ahí, en 1961, fui a dar a Mazatenango en la Costa Sur. Allí llegaron unos contratistas, buscaban trabajadores para cortar algodón y me llevaron a Ciudad Tecún Umán, frontera con México. Allí trabajé como unos siete años, recuerdo más o menos, no mucho. Hice unos amigos en Tecún Umán, y como en 1968 nos fuimos rumbo al Departamento de Petén a buscar tierra, ya que decían que estaban entregando tierras. Estaba de presidente en aquella época Julio César Méndez Montenegro, período 1966-1970.

Salimos de la capital de Guatemala hasta el municipio Sayaxché, Departamento de Petén en la línea Aviateca. Recuerdo que era un avión viejísimo que traqueteaba mucho y las mujeres que iban lloraban. Al llegar a Sayaxché el barco que nos iba a trasladar río abajo por el río Usumacinta, para adentrarnos en la selva, no llegó. Decidimos irnos a una aldea llamada La Nueva Libertad. Ahí nos ubicamos, nos dieron donde vivir e hicimos dos casas. Sembramos milpa, frijoles, yo vivía con los dos amigos, que habían ido conmigo desde Tecún, y sus familias. Ahí duré no sé cuánto hasta que me fui pa' la montaña a luchar.

Antes de irme a la montaña uno de los amigos regresó a Tecún Umán con su mujer y sus hijos. Yo me quedé con Pablo Andrés, el otro amigo de Tecún, que no se fue. Hice mi casa para vivir a solas como viví.

Me di cuenta de que a donde vivía Pablo Andrés llegaba gente no conocida. Una vez me mandó a llevar comida a un rancho donde estaba su tierra. Yo llevaba un rifle y al llegar a la casa, por chingá, disparé el rifle al cielo y cayó una lluvia de balas. Llegó gente con mucho cuidado a donde yo estaba con la comida, y me preguntaron que si yo era el que había disparado. «Sí», les dije yo. Les entregué la comida y se fueron. Regresé con Pablo Andrés y le pregunté quién era esa gente a la que le había llevado la comida. «Son compañeros revolucionarios, que andan luchando por la democracia», me dijo. Yo le dije que quería incorporarme. Me dijo que hablaría con ellos para ver si dejaban que se incorporara más gente.

Pasaron varios días, varios meses en realidad, y no me contestaba. Le pregunté otra vez si me podía incorporar, esta vez me dijo que sí. Nos incorporamos tres muchachos del sector. Cuando llegamos al campamen-

to nos dijeron que íbamos a estar a prueba tres meses en la montaña. En esos tres meses hicimos entrenamiento militar, charlas y preparación política sobre por qué se luchaba, el cambio del sistema y las necesidades del pueblo. A mí me dieron una carabina.

Al terminar los tres meses de prueba nos informaron que ya podíamos irnos a la aldea donde vivíamos, La Nueva Libertad. Los dos muchachos que se incorporaron conmigo se regresaron. Me preguntaron a mí si me iba a ir. Yo les dije que no y me quedé. Ahí fue cuando le dije al responsable de la Organización que yo iba a entrar, pero con una sola condición, que no me fueran a quitar un radiecito viejito que cargaba pa' todos lados.

Tendría entre veintidós y veinticinco años, ya no recuerdo bien, hace tantos años de eso, pero muchos compañeros desertaron, otros pidieron irse y muchos, pero muchos, hombres revolucionarios murieron en combate. Yo sobreviví hasta que terminó la guerra en diciembre 1996. Y todavía estoy vivo. Y lucharía otra vez, pero no sé si me aceptarán, porque ya estoy muy viejo.

Ahí, empezando, conocí al capitán Androcles, al comandante Abel Mijango García, de seudónimo Herbert, y a otros compañeros como Rodolfo Payeras Solares, de seudónimo Feliciano Argueta Rojas (Chano) este último. Feliciano ya era dirigente, llegaba y se iba.

Feliciano Argueta Rojas, hermano de Mario Payeras, estuvo formándose con el Chino Ruiz en Vietnam. Fue asesinado después, cuando acompañaba al comandante Pablo Monsanto, quien tendría unos veintiséis años para ese momento. Monsanto y Argueta habían salido de la casa de los padres del comandante Pablo Monsanto a una reunión que había citado el comandante con Lucio Ramírez, el día 14 de abril de 1971. Los cuerpos de seguridad del Estado le hacían seguimiento a Lucio Ramírez. Al encontrarse para la cita en el punto indicado, el comandante Pablo Monsanto, Feliciano Argueta Rojas y Lucio Ramírez, llegaron los carros de los cuerpos de seguridad del Estado con violencia y comenzó el tiroteo.

Eran las dos de la tarde cuando Argueta Rojas apartó bruscamente al comandante Pablo Monsanto, que estaba de espaldas al tiroteo y a un costado de un teléfono, y una bala le dio en la frente a Feliciano Argueta. Cayó, con un tiro en la frente, en los brazos del comandante Pablo. Luego, Lucio Ramírez ya desde el suelo abrió fuego contra la policía. Simultáneamente disparando, el comandante Monsanto dio vuelta por el suelo, logró ubicarse

a un lado de uno de los carros y disparó por debajo del carro para repeler el ataque. No había mucho más que pudieran hacer y emprendieron la retirada, se dispersaron. En el altercado murieron tres agentes de la policía judicial, y quedó en el pavimento, sin vida, el compa Feliciano Argueta Rojas.

Tiempo después, como homenaje a Feliciano, se le colocó su nombre a un frente guerrillero en el Petén: Frente Guerrillero Feliciano Argueta Rojas. El comandante Pablo llegó en medio de la retirada a donde estaba la capitana María, su compañera. La capitana María le preguntó al comandante Pablo qué había pasado. Manzana, como también apodaban al comandante Pablo, le respondió conmovido, «mataron al Chano como a cuatro cuadas de aquí». Al poco tiempo Susana Soto, de diez años de edad, hermana del Comandante Monsanto, al regresar del colegio pasó por donde había sido el tiroteo y se acercó. Había mucha gente y vio a Feliciano Argueta Rojas muerto, en la colonia Monte Verde, zona 7, de la Ciudad de Guatemala; hoy zona 4 del municipio Mixco, muy cerca del Monumento a la Revolución.

Fuente: Conversación con Pablo Soto, hijo del comandante Pablo Monsanto, y Susana Soto, hermana del comandante Pablo Monsanto. Noviembre de 2020, San Lucas, Guatemala.

Después de la muerte de Feliciano Argueta Rojas, Mario Payeras escribe esta nota:

Ya ves que aquella despedida de México, provisional como todos los plazos del corazón, no pudo sobrevivir a su propia promesa. Y hoy que es marzo, compañero, y que ya no te encuentras bajo este viejo cielo, donde los pájaros son desmemoriados, me llena la certeza de que, mientras no nos vimos, averiguaste más sobre la semejanza que en los días de la escuela llegamos a vislumbrar entre la realidad y las marquetas tempranas que dejaba en las esquinas el carruaje del hielo. Así supe que en los años de la guerra te asediaron a menudo los papalotes de la infancia; que a ti también te desvelaron las estrellas en las noches de la sierra (esa desordenada fiesta de bengalas de difícil sentido), y que entre tantos paisajes como viste había dos o tres que para ti llegarían a ser insustituibles. Supe que después de todo te sorprendió que el amor fuera eso tan disperso, que puede a veces consistir en el rito desolado de recoger para alguien que ni siquiera conocemos las caracolas de Guanabo, en las interferencias de una marimba lejana en la noche de Bruselas o en la muchacha de la blusa azul que un domingo de Berlín nos reveló con sus modales los infinitos riesgos del olvido.

Hoy sé que así tratabas de explicarme que el mundo es demasiado grande para nuestra nostalgia. Y esa desamparada aventura terrestre íbamos a contárnosla, aunque fuera después de aquellos largos almanaques de ausencia, como tú mismo decías.

Yo te esperé muchas veces en un café de Praga desde el que pueden seguirse las costumbres de las gaviotas de noviembre, mientras tú quizás andabas, en horarios distintos, por el remoto cielo de Valparaíso, pensando que en efecto la realidad es translúcida pero que es atravesable en un solo sentido porque no tiene caminos de regreso. Y qué bueno hubiera sido encontrarnos algún día para entregarnos cuentas de lo andado, para mirarnos a los ojos por lo menos una vez más en la vida, y arrancarnos (¿quién sabe?) las flores que entretanto nos hubieran crecido para el otro en el propio corazón.

Pero tú sabías que no vale la pena tratar de ser felices a la vieja manera.

Por eso es explicable que en tu cartera se encontraran simples objetos de hombre que no le teme al olvido (y desde aquella hora la muerte no es para mí esa patria feroz que nos aflige tanto con su ternura solitaria), y que un 14 de abril te olvidaras de las citas y de las fechas humanas y te marcharas conforme hacia el largo domingo sin barriletes ni pájaros, la región que en los mapas más antiguos que existen solía representarse con una ballena triste.

LUEGO TABARISH CONTINÚA SU TESTIMONIO:

Seguimos la preparación político-militar y embuzonando abasto. Hasta que planificamos la emboscada a Yultutu, cerca de la población de Dolores.

Me dieron a dirigir una patrulla para la emboscada y me ubicaron en la retaguardia con ocho o nueve compañeros. Otra patrulla quedó en manos del Chino Ruiz, donde iba Androcles también. Desde donde se dirigía la acción, ubicados en el centro, donde estaba el mando, se daba la recuperación de armamentos y otros enseres. En la vanguardia iba el comandante Herbert.

Los soldados enemigos venían del Destacamento Militar de Poptún. Entraron a la emboscada unos ocho kaibiles, en una Pick-Up, para quitar una manta de propaganda revolucionaria que habíamos puesto, ese era nuestro cebo. Estallamos la mina, el vehículo dio vuelta, unos se murieron y otros huyeron. Recuperamos dos G3, una escuadra y municiones. Nos retiramos rumbo a donde estábamos establecidos, más o menos cerca de la emboscada. Después nos retiramos en dirección a la población de Dolores. Entramos a tomar la estación de policía de Dolores. Recuperamos fusiles y máuseres, municiones y equipos de la policía, todo sin disparar un tiro. De ahí seguimos rumbo al río Mopán.

Estuvimos unos días en Mopán, mientras se calmaba el Ejército. Luego cruzamos la carretera que va hacia la población de Flores, en dirección al campamento La Nueva Libertad. Allí nos quedamos unos días para planificar la toma de Sayaxché. Cruzamos el río Pasión y acampamos dentro de la montaña. Inmediatamente salió una comisión, que volvió a cruzar el río Pasión en una lancha que contrataron. En esa comisión iba el capitán Androcles junto con Lucio Ramírez, y fueron a parar a la casa de Pablo Mateos, el padre del teniente Sandokán. Ahí durmieron esa noche. El lancharo que los trasladó, después de dejarlos en casa de Pablo Mateos, fue a informarle al Ejército.

Al siguiente día, cerca de las cinco de la mañana, el Ejército cercó la casa. Empezó el tiroteo del Ejército sobre la misma, cayó Lucio Ramírez, apenas al levantarse, sin saber que estaba cercado. Hirieron al capitán Androcles, pero logró escapar rumbo a la montaña. Lo capturan vivo entre los jimbos (planta muy parecida al bambú, sólo que no tiene espinas). El Ejército lo llevó al Destacamento Militar de Sayaxché, nunca más se supo de él. Eso lo sentí muy duro, el dolor fue casi insoportable. Al quedarnos sin dirigencia nos fuimos a ocultar en la montaña, porque el Ejército nos comenzó a rastrear. Apenas recibíamos información del resto de compañeros. Todos los planes que teníamos con Androcles y Lucio se perdieron.

Después logramos coordinarnos con el comandante Nicolás, quien había estado en Rusia dos años, lo tomamos como nuestro dirigente por su experiencia y estudios, y comenzamos a planificar otra estrategia. Organizamos la aldea de Colpetén en células clandestinas y creamos un esquema de trabajo colectivo para el crecimiento de la Organización. Desde ahí comenzó verdaderamente el crecimiento de la organización en el Petén.

Con el comandante Nicolás comencé a oír Radio Moscú y Radio Habana, hasta que me enfermé de tuberculosis. Ahí, en esas radios, nos dimos

cuenta del desarrollo de la Revolución Soviética. Eso me dio más ánimo de luchar por mi pueblo. Recuerdo que el comandante Nicolás me puso el seudónimo de Tabarish. Él sabía ruso, porque tuvo formación política y militar en la Unión Soviética, e intentó enseñarme el idioma ruso. Aprendí un poco, pero al final olvidé mi idioma natal, el mam, y lo poco que había aprendido de ruso. Me sacaron a la capital para curarme la tuberculosis, entré en tratamiento durante un año, al mismo tiempo que trabajaba en la Organización urbana. Yo vivía en una casa de seguridad en la zona 7. El comandante Herbert estaba a cargo de la casa de seguridad donde yo vivía, entre otras. Un día no volvió. Nos informamos y nos dijeron que lo habían capturado. Inmediatamente salimos de la casa por precaución y la dejamos sola. Me trasladaron a otra casa de seguridad en la misma zona 7, donde luego me capturaron, cerca del hospital Roosevelt, por sospechoso de revolucionario.

Seguramente por haberme visto tanto por ahí, puesto que siempre pasaba por ese lugar vía a vigilar la casa donde estaba antes, la que había tenido que abandonar. Me habían designado a vigilar esa casa para constatar si caía el Ejército por allí, puesto que, si la tomaba el Ejército, era que el comandante Herbert había delatado. Pero la casa nunca cayó. El hecho es que, cuando los cuerpos de seguridad del Estado asesinaron en la ciudad capital a Sergio Aníbal Ramírez el 18 de agosto de 1980, quedaba un archivo de las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes), en una casa ubicada en el Municipio de Mixco. Sucedió que el compañero que cuidaba la casa, de edad avanzada, fue atropellado. Al nadie reclamar el cadáver, los cuerpos de seguridad empezaron a investigar dónde vivía. Y dieron con la casa. Allí encontraron armas y el archivo de las FAR. Montaron un operativo dentro de la casa para ver quién llegaba.

El comandante Nicolás le advirtió al comandante Herbert que no fuera a esa casa, porque podía estar vigilada. Herbert le respondió que si no había salido nada en la prensa ni por la radio ni la televisión, significaba que la casa no había caído.

Independientemente de las advertencias, el comandante Herbert decidió ir a la casa para rescatar el archivo de las FAR y las armas. Al tocar la puerta, a ver si hay alguien, le abrió la policía, y comenzaron a dispararle. Herbert sacó el arma y repelió el ataque, hirió a algunos, pero la policía logró matarlo. El cadáver nunca apareció.

Fuente: Pablo Soto. Noviembre 2020, San Lucas, Guatemala.

NO TE QUEREMOS VER MÁS AQUÍ

Me capturaron, digo yo que unos agentes de La Mano Blanca, que eran los que estaban actuando así en aquel momento. Me dijeron que por sospechoso de revolucionario. Me cargaron en el carro a empujones y me quitaron la escuadra, una pistola pequeña. «Vas a decir la verdad, quién sos», me dijeron. Les respondí que yo era Pablo Francisco, que no sabía nada, que esa pistola no era mía, sino prestada. Me la quitaron y se la llevaron. Como me vieron, así como soy, indígena, campesino, pobre, tal vez me soltaron. «Vete, no te queremos ver más aquí en la capital, si no, te matamos». Esas fueron sus palabras.

Agarré el transporte que iba pa' Chimaltenango, vía mi pueblo, San Miguel de Acatán, pero no me fui, me quedé en San Lucas, donde vuelvo a estar hoy otra vez, hablando contigo, y a donde me vuelven a traer a operarme de una hernia que me ha estado matando de dolor.

Como dije, me quedé en San Lucas, compré una porción de comida, terminé de comer y me monté en el transporte que iba de San Lucas a Ciudad de Guatemala, la capital. Llegué y me fui rápido a donde estaba ubicado. Estando en la casa me comuniqué con los compañeros y les informé que me habían capturado. Al día siguiente me enviaron al Frente Guerrillero Tecún Umán, en el Departamento de Chimaltenango que se había creado en agosto de 1982, yo ya era subteniente. Ahí hice trabajo militar y organizativo, y me enamoré de Marta (seudónimo), quien trabajaba también en el Frente Tecún Umán, ella salió embarazada. En ese tiempo capturan al jefe del Frente Tecún Umán, de seudónimo Ix-balanqué (que significa, en maya quiché «joven sol jaguar», ix: pequeño; balam: jaguar; quih: sol. Hermano gemelo de Hunahpú, hijo del dios Hun-Hunahpú y la joven Ixquic, según la cosmovisión maya).

El jefe del Frente Tecún Umán murió, estaba cumpliendo una misión cuando fue capturado por los cuerpos de Seguridad, iba camino a la capital de Guatemala.

Trabajé un año en el Frente y después regresé a la capital nuevamente. Me enviaron en 1983 a México, de tránsito, a una casa de seguridad, mientras viajaba a Nicaragua. Luego viajé a Cuba a prepararme en temas de seguridad, como indicación de la Comandancia General. Casi al mismo tiempo Marta salía también a México a encontrarse conmigo en Tapachula. Ahí nos declaramos esposos, dijo las palabras Fernando, un compañero médico naturista, que aún vive en Chimaltenango. Seguida-

mente me sacaron al Distrito Federal y allí, en la capital mexicana, me informaron que había nacido Pablito, nuestro hijo. Le pusimos ese nombre en homenaje al comandante Pablo Monsanto. A los pocos días me enviaron a Nicaragua, ya la coordinadora logística me había hecho los papeles de identidad, y salí como mexicano.

Llegué a Nicaragua, iba en el avión conmigo Camilón de Chimaltenango, a quien mataron luego en un combate en La Libertad, cerca de Sayaxché.

Nos recibió el Frente Sandinista y nos trasladó a una casa de seguridad. Allí encontré a varios de mis compañeros que iban a la misma misión, entre ellos Rony, la Sandra, la Rodriga, la Mariíta, la Roselia y Picher. Pocos días después nos enviaron a Cuba. En cinco días ya estábamos preparándonos en el curso de seguridad, entrenamiento de armas, defensa personal y política. Casi un año duró la preparación. Yo pensé en ese momento que, si tomábamos el poder por las armas en Guatemala, regresaría a Cuba a visitarla y a agradecerle por mi pueblo.

Cuando terminó el curso se hizo una celebración, a los días regresamos a Nicaragua y posteriormente a México, a una casa de seguridad. Los compañeros de la organización mandaron a buscar a mi compañera Marta a Tapachula. Ahí compartí un par de días con ella.

Después me enviaron a Guadalajara a un tratamiento contra la gastritis. Estuve un mes en tratamiento hasta que me regresaron de nuevo al Distrito Federal (DF). Allí aún estaba Marta esperándome. En poco menos de una semana me comisionaron para el Petén. Marta se quedó en el DF trabajando con la organización. Cuando llegamos entramos al equipo de seguridad del comandante Pablo Monsanto, a finales de diciembre de 1984. En Petén trabajé varios años como seguridad del comandante Pablo Monsanto, simultáneamente también como apoyo médico. Yo era miembro de un equipo, de una escuadra, para cuidar la seguridad del comandante. Entre mis compañeros de escuadra estaban Rony, que era el jefe; Picher; Sandra, quien era también como yo, apoyo médico; y Camilón, que después lo ascendieron a oficial y lo enviaron al frente. Murió en una emboscada que los compas le hicieron al Ejército, cuando en plena acción se desplazó de su trinchera para cumplir con la orden de retirada. Los soldados lo vieron y le dispararon por la espalda.

En el segundo semestre de 1995 saldría a El Salvador a un curso sobre plantas medicinales. Iba con el doctor Sebastián, médico de las FAR.

EL DOCTOR SEBASTIÁN: TABARISH ES UN COMPAÑERO, UNA LINDA PERSONA...

Gran compañero Mam, gran consciente. Me duele muchísimo ya ver a Tabarish en el horizonte, ya sin dientes, envejecido, pero feliz, contento. Un compañero gran consciente. Él fue un compañero orgullo de maíz, desde sus pocas palabras grandes gestos, que me acompañó como unos dos años. Y un compañero lindísimo de quien, además, aprendí muchísimo para la vida, para pensar, para tener paciencia antes de la cólera. Tabarish es un compañero, una linda persona, siempre con su sonrisa, su sencillez, con muchísimas cosas agregadas. La paciencia para poder hacer un platillo excelente, pero nunca fue una persona dispuesta a atenderte para lo que no te tenía que atender. Nunca me atendió en lo que yo debía de atenderme a mí mismo, y eso me enseñó muchísimo. Gracias Tabarish por enseñarme tanto, gracias compañero.

Casi a los dos años de no ver a Marta pedí autorización para visitar a mi compañera en Tabasco, México. Ahí nos encontramos, y vi a mis hijos, el pequeño, Pepe, ya caminaba. Y Pablito, mucho más grande, tal vez tendría un poquito más de seis años. Ella, como sabía que yo estaba luchando en la montaña, nunca me propuso nada de quedarme. Estuve como siete días y regresé a la montaña.

Años después de esta visita, estando todavía en la seguridad del comandante Pablo, llegó un informe a la dirección de la Comandancia General notificando sobre la explosión de un cohete en una casa de seguridad de las FAR en México. Después me informaron que era la casa de seguridad de Puebla, donde estaba mi compañera Marta. Había caído el Ejército allí tras oír el estallido de un cohete Lau, Alemán, pues la casa estaba muy cerca de un cuartel militar. Capturaron a mi compañera y se llevaron también a los niños y al compa que estaba a cargo de la casa, que por curiosidad había activado el cohete.

El Ejército decomisó las armas, los explosivos y los cohetes. A Marta la metieron en la cárcel y a los niños en un orfanato, ahí estarían unos tres años. Cuando Marta salió de la cárcel la fui a visitar nuevamente, sería como el año 2001, después de la Firma de la Paz, ya le habían entregado a los niños y se fue a vivir a la misma ciudad de Puebla, ciudad muy importante de México. Cuando la vi nos abrazamos, nunca le pregunté

nada de la cárcel para no tocarle los sentimientos y ponerla triste. Tampoco le pregunté nada sobre la estancia de los niños en el orfanato. Los niños también me abrazaron, me dijeron que me querían y que me quedara, ella permaneció en silencio. Yo les dije a los niños que no, no me gustaba mucho México, aunque en el fondo, no sé por qué, ya no sentía nada. O tal vez sería que había cumplido el pedido de una carta que Marta me había enviado antes, cuando ella vivía en Tabasco y yo estaba en la montaña. La carta decía que ya no me quería, que terminaba todo y que sólo podíamos quedar como amigos.

Cuando se firmaron los Acuerdos de la Paz Duradera, en diciembre de 1996, sentí que no tenía a dónde ir, no tenía un camino que seguir ni dónde vivir. Entonces, muchos de los compañeros sintieron lo mismo y formamos la Cooperativa Nuevo Horizonte, éramos como ciento treinta combatientes, para empezar de nuevo la vida civil. Sólo llevábamos en costales o mochilas lo poco que teníamos. Íbamos como cuando entreagué el fusil, con los brazos vacíos. El Gobierno nos prometió una vida decorosa, pero, hasta el día de hoy, nunca nos cumplió.

Un año después de la firma de los Acuerdos de Paz pensé que debía llegar a donde mi familia. Desde que me había ido, con dieciséis años a recoger café, nunca más los había vuelto a ver, ni había sabido nada de ellos.

Cuando llegué encontré a mi hermano mayor, que ya murió hace como diez años, y conversamos, ahí estaba su esposa también. Le pregunté por mis otros seis hermanos, y me respondió que estaban bien, que tenían trabajo. Hablamos poco y me quedé esa noche. Antes de irme a dormir le pregunté por mi papá Francisco Felipe y por mi mamá María Francisca. Me dijo que habían muerto. Felipe Francisco murió primero y al mes murió mi mamá, seguro que de tristeza.

Al siguiente día fui a sacar mis papeles, la cédula, y no me quedé mucho más. Sólo regresé al entierro de mi hermano mayor y ya nunca más. Tampoco ya sentía nada y me hacían falta mis compañeros de la montaña, que ya eran mi familia.

Agradezco mucho que me hayan aceptado en la guerrilla, porque por la guerra estoy vivo. Si me hubiese quedado en mi caserío ya estaría muerto, a manos del Ejército o del hambre, de tanta pobreza que vivíamos, pero todavía recuerdo con mucho cariño mi casa de barro con techo de paja y el olor del piso de tierra. También recuerdo el calorcito

de mi papá Felipe Francisco y de María Francisca, mi mamá, eso no lo olvidaré jamás, mi madre entre el humo del fogón, los perros y las gallinas. Esto que he dicho aquí es mi carta de vida.

Agradezco haber sobrevivido a todo lo que pasé en la montaña, estoy alegre de eso, me salvó la vida ser de la revolución. Tantos compañeros que quedaron en el camino, pero adonde todos vamos a ir al final. Ojalá la juventud comprenda alguna vez y tomen de la mano el intento de revolución que les legamos.

Yo defendiendo la vida misma desde el cariño que compartimos los compañeros combatientes. Salvar la memoria de los compañeros caídos en la lucha guerrillera, quienes abonaron la tierra de la patria de Guatemala, es un reto que le queda a la juventud guatemalteca del futuro.

Menciono los nombres de todos los caídos en mi silencio con mucho respeto para no olvidarlos, porque no sé escribir sus nombres, ni el mío muy bien. A todos los camaradas que juntamos la vida a la hora del combate por la causa más justa los honro con estas memorias. Especialmente a mi comandante Herbert, que me enseñó a leer y a escribir lo que pude, a cómo luchar en la montaña y a quererlo como a mi gente Mam.

También las dedico al capitán Androcles, a mi comandante Chanito y, especialmente, a la capitana María por ser una compañera valiosa que nos quiso en la lucha que hicimos. Al comandante Pablo Monsanto, quien condujo la lucha sabiamente y con entrega, él sobrevivió porque así estaba escrito en los cielos de las montañas. A mis compañeros de la Cooperativa Nuevo Horizonte por los que he llegado a estar vivo y que hoy son también mi familia.

A mis hijos Pablo y Pepe, y a mi excompañera Marta mi agradecimiento por su comprensión. A mi compañera actual María Ramos, mi hija María del Carmen y mi hijo Alberto Ramos. Viviré con ellos hasta mi muerte.

Al resto de compañeros y compañeras que no he mencionado en estas memorias, sé que fueron muchos, sólo decirles que a veces los veo cuando duermo. No olvido que pasamos mucha hambre, tamales helados, sed, cansancio, mucho juntos. Mucha lluvia selvática, moscas, zancudos, colmoyotes metidos en el cuerpo, en la cabeza y en los oídos; paludismo, tuberculosis, chicleras, culebras peligrosas; pero nunca me agarró la tristeza. Nunca pensamos en rendirnos ni perdimos la alegría

de luchar, porque era por nosotros, los pobres y arrasados. A pesar de la paz, aún no hemos vivido como hablamos en la lucha. Pero no me quejo ni me canso de ver y oír mi vida y nunca de morir tal cual he sido.

Pascual Francisco. (Tabarish)

20 de noviembre de 2020.

San Lucas, Guatemala.

SIGUE MI ESTANCIA EN LAS SELVAS DEL NORTE

Me atacó el paludismo a los pocos días de haber entrado a Petén y luego a cada mes sabía que me afectaría, incluso se tomaba a broma: «¿Ya te va a venir?», me decían. Eran tres días con fiebres muy altas y fríos. La primera vez que me dio andábamos con el teniente Víctor en una unidad pequeña. Recuerdo que era mediodía con un calor intenso, húmedo, pero yo tenía frío, mucho frío. El cuerpo me brincaba y los dientes me chasqueaban. Víctor me dio un medicamento, la cloroquina, y lo tomé durante un año hasta que hubo primaquina. La cloroquina sólo aliviaba, la primaquina curaba.

Durante mi estancia en las selvas del norte guatemalteco conté con mucha suerte, nunca tuve Leishmaniasis ni colmoyotes, pero no me salvé de las diarreas. La orden médica era hervir el agua de consumo, pero esto sólo se podía hacer en los campamentos, durante las caminatas había que consumir el agua que hubiera.

Sin embargo, con problemas estomacales había que salir corriendo de madrugada, en lo oscuro, a la letrina más cercana, pero algunas veces el malestar era tan fuerte que sólo se lograba avanzar unos cuantos metros hacia afuera del campamento y se abría un hoyo con el machete. Sólo me pasó una vez, tuve que lanzarme de la hamaca y a menos de tres metros hacer un agujero.

Es extraño, pero nunca vi a nadie que enfermara de gripes o catarros, a pesar de las mojadadas. Después de largas horas bajo la lluvia, el uniforme se secaba en el cuerpo o bien, al llegar al campamento, se ponía cerca del fuego para que perdiera un poco de humedad. Algunas veces, en la calidez de la hamaca y mientras dormíamos placenteramente, bajo un intenso aguacero había que levantarse para ir a cubrir el turno de posta. No había que mojarse tanto, sólo trasladarse al lugar de la vigilancia donde ya se había improvisado un techo con hojas y ramas como resguardo.

El peor escenario era cuando de los lazos de la hamaca corría agua hacia adentro, porque era imposible dormir con la hamaca mojada. En estos casos lo que se hacía era colocar pedazos de trapo en las puntas o, en última instancia, los calcetines de reserva, para que el agua topara y cayera. Pero si el aguacero era muy fuerte, el agua podía continuar su curso hacia la hamaca. Era fatal, porque todo estaba mojado en el entorno.

Las enfermedades también eran parte de la rutina, contra ellas y contra las condiciones adversas de la selva también había que luchar para mantener la moral y la conciencia altas.



Tabarish.
Lugar:
San Lucas Guatemala,
17-11-2020
Fotografía:
Ca.,
cuando hacíamos una comida
y conversábamos sobre su vida.

Fuente: Tomado del blog
caminoblancocaminohechoamano.blogspot.com
de Luis Ovalle.



2.- La historia del combate en el cafetalero de Santa María Ixhuatán.

**Luis Beltrán Diego
Raymundo Pérez:**

Quiero darle las gracias, mi profunda gratitud, por haberme criado y formado como hombre, porque ella es la razón de mi existencia, porque sin ella que fue madre-padre y abuela-madre, no sabría qué sería de mí y, por ende, de mi existencia. A mi abuelita, Engracia Pérez, a sus ochenta y seis años, dedico en vida esta historia.

Yo nací en Nebaj, población del Departamento de Quiché. Una población de una belleza extraordinaria que está en las alturas, de mucho frío, muy apartada y lejana de la capital de Guatemala. En realidad, no sé mucho de la historia de mi mamá, porque no viví con ella, sólo sé que mi papá murió cuando yo tenía cuatro años y ella se juntó con otro señor. Mi hermana mayor y yo éramos los consentidos de los abuelos paternos y, aparte de eso, los tocayos.

Estudié muy poco, aprendí más en la montaña. Allí aprendí a escribir, bueno terminé de aprender a escribir, aprendí mucho de política y aprendí a ser independiente. Desde entonces vivo de forma independiente, con mi familia obviamente, también aprendí a cocinar, a hacer todos los oficios que hacen las mujeres en la casa, aprendí a vivir solo prácticamente.

Entré a la guerrilla en el año 1992, a los catorce años, fue algo voluntario y como una forma de vengar la muerte de mi abuelo y, además, me gustaba cómo andaban uniformados los compas guerrilleros, esas eran mis razones. Los primeros días los entrenamientos eran mi felicidad, pero luego en la concreta realidad había momentos de mucha ansiedad, sobre todo cuando nos tocaba rescatar algún compañero herido o muerto.

Esos primeros días eran igual de miedo, especialmente cuando me tocaba ir a la posta (guardia) y encima aguantar mucho frío, hasta con guantes puestos sentía el frío, cosa que no había vivido antes. Recuerdo la primera impresión espeluznante, exactamente, el hecho de haber visto a un compañero que fue herido en el primer enfrentamiento que tuve. Recuerdo dormir con la ropa mojada en muchas ocasiones, aguantar

sueño y caminar montañas bajo la lluvia. Algo especial fue cuando estuve en el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres), en el triángulo Ixil, porque andaba con un fusil M-16 y no con un AK-47, porque con el fusil M-16 había posibilidades de que el Ejército con casco me agarrara, en cambio con un fusil AK-47 no había riesgo, pues la bala cruzaba cualquier tipo de protección antibala.

Mi infancia fue algo sufrida, porque viví un buen tiempo con un tío y una tía que tenían hijos de mi edad y otros menores que yo. Eso provocaba que yo fuera el que terminaba siendo explotado laboralmente. Tenían un trato especial para sus hijos, pero no para nosotros. Mi hermana y yo sufrimos mucho en el ámbito del hogar por ser huérfanos. Hasta en la vestimenta y en la comida recibíamos un trato diferente. Pero mi infancia también fue divertida, porque cuando nos separamos de los tíos para vivir con mi abuelita ya todo fue diferente. La abuela nos enseñó a trabajar correctamente y siempre desde el ejemplo. Recuerdo muy bien que trabajábamos en el campo y a la orilla de un río. La verdad nunca supe el nombre del río, menos el de la montaña, o no los recuerdo, pero para identificarlo lo nombraba como el río de las montañas de las CPR (Comunidades de Población en Resistencia). Después de cada almuerzo y descanso me echaba un baño en ese río, era de color turquesa con agua pura y limpia.

A los cuatro años me fui con mis abuelos paternos a la montaña donde estaban las CPR. Buena parte de mi familia fue colaboradora de la guerrilla desde las CPR. Mis abuelos huían del Ejército porque eran acusados de apoyar a la guerrilla, por lo que muchas familias estaban en la misma línea. Eran perseguidas por el Ejército como parte del ataque contrainsurgente.

En el año 1984 capturaron y torturaron a mi abuelo Diego Raymundo, tendría como unos cincuenta años cuando lo capturaron. Ocurrió una madrugada como a las cinco de la mañana, cuando nos alertaron que el Ejército estaba cerca y nos fuimos. Recuerdo bien que mi abuelo me llevaba sobre la maleta, y yo iba mirando las balas pasar como estrellas en el aire. Luego de un tiempo dejamos de huir para tomar un breve descanso. Mi abuelo dijo: «Dejé mi azadón, tengo que volver por él». Mi abuela y mi tía le dijeron que no, porque el Ejército ya estaba allí, de donde habíamos salido. Sin embargo, no hizo caso y regresó, y así fue como lo capturaron. Él era de la aldea Salquil Grande, del municipio de Nebaj. Lo capturaron porque estaba acusado de colaborar con la guerrilla. Por información que supimos después, lo

torturaron hasta desaparecerlo. Nunca llegamos a saber dónde está su cadáver.

Desde muy pequeño viví con mis abuelos, lo pasé con ellos en las Comunidades de Población en Resistencia, en las aldeas de Xeputul y Cabá, del municipio de Chajul. La abuela me enseñaba a trabajar la tierra, era un trabajo muy duro el del campo: labrar la tierra, sembrar maíz, frijol y hortalizas. Trabajaba en el campo junto a mi abuelita y a mi hermana mayor, sin acceso a muchas cosas como la canasta básica, y el acceso que teníamos a la vestimenta era muy poco.

Entré a la guerrilla por decisión propia, tenía ganas de portar un fusil desde los doce años, pero no me dejaron los dirigentes por mi corta edad. Al cumplir los catorce años sí me aceptaron. Esa decisión tenía que ver mucho con el deseo de vengar la muerte de mi abuelo. Mi abuelita no quería que me fuera, pero al fin me fui y la iba a visitar cada año.

En febrero de 1995 pasé para la Costa Sur, al Frente Guerrillero Ho Chi Minh Quiché. En mi primer combate, por temor, intenté esconderme. ¿Quién no tendría miedo en su primer combate?, supongo que es algo natural por carecer de experiencia. De hecho, una vez, por hacer malos movimientos, me pasó, literalmente, una bala rozando la oreja. Eso marcó mi vida para siempre, esa enseñanza está presente en todo lo que hago en mi vida diaria.

Me sentía feliz porque estaba viviendo una nueva experiencia en la Costa Sur. Sin embargo, en los primeros combates donde participé con otro compañero del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) nos causaba un poco de extrañeza el hecho de que en cada enfrentamiento siempre nos hacía alguna baja el Ejército. En son de broma le dije en una oportunidad a mi compañero: «Si seguimos así en el siguiente combate podría tocarnos a uno de nosotros». Y, como buen adivino, resultó ser real. Salí herido. Coincidencia, el destino o quién sabe, pero así fue.

Era un 25 de noviembre de 1995, integrábamos el grupo siete compañeros y una compañera. Güicho Beltrán, Valdez, Lima, Edy, Sitín, la Chaparra y yo, por supuesto. Carlos, ese era mi seudónimo, los compas me decían cariñosamente Carlitos. Salimos a las cuatro de la mañana a tapar la carretera de Santa María Ixhucatán, Departamento de Santa Rosa, con el objetivo de distraer al enemigo. La comisión la conformábamos cuatro: Güicho, Valdez, Eddy y yo. Los demás, incluyendo a Sitín y a la Chaparra, se habían quedado en el campamento provisional.

Serían como las cinco de la mañana, dos compañeros fueron a parar los vehículos en la carretera. Algunos compañeros y yo estábamos en la emboscada en un cerrito cafetalero. Esperamos hasta las seis de la mañana, pero el enemigo nunca llegó. Se dio la orden de retirarnos del lugar para regresar con los demás compañeros. Por consenso de la mayoría decidimos ir por una carretera de terracería entre cafetales. Ya habíamos caminado como veinte metros cuando el Ejército nos atacó. El compañero, de seudónimo Lima, nombrado José Guadalupe Hernández, iba delante de mí. Con el primer rafagazo algunos nos hicimos a tierra, y otros salieron corriendo. Yo me caí a media carretera, sin haberme dado cuenta de que estaba herido en la pierna izquierda. Intenté pararme, pero ya no podía. Me toqué el pie, vi mi mano manchada de sangre, y se me desgarró un pedazo de piel. Di la vuelta y logré salir de la orilla de la carretera. Alcancé ver a Güicho Beltrán. Le avisé que estaba herido, sin embargo, no vi que regresara. Pensé «estos ya me dejaron», pero Güicho regresó junto con Lima y Valdez como protección. Se me acercó Güicho y me dijo, «tírate en mi mochila». No aguantó mi peso junto al de mi mochila y mi fusil, bien me acuerdo que se dobló, dobladito por el peso. Pero no se enredó ni se complicó. Y me dijo, acertadamente, «quítate el fusil y dejá esa babosada». Con mucha pena vi como mi fusil y mi mochila se quedaban. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron un par de zapatos que estaban en la mochila y cien balas. Menos mal que los otros compañeros me recogieron el fusil y la mochila. Güicho ahora sí pudo cargarme y me sacó del lugar, todavía yo no sé de dónde sacó tanta fuerza. Lima y Valdez disparaban al Ejército para cubrirnos y protegernos en la retirada.

Al ratito el Ejército descubrió el rastro de mi sangre y nos persiguieron. Lima seguía cubriéndonos, y logramos salir del cafetalero. Yo no podía parar de lamentar la decisión de escoger aquella carretera de terracería, de pura tierra, para la retirada. Los protocolos de seguridad decían que teníamos que cruzar la carretera y retirarnos pronto. En un momento pensé en la muerte, en algún momento la pensé, porque éramos pocos. Y si nos encontraba el Ejército yo sentía que no podríamos responderle por contar ya con un herido. Pasamos por un caserío que había cerca y Güicho le dijo a la gente, «no vayan a decir ni mierda al Ejército», después de eso, sólo recuerdo haber llegado con los demás compañeros al campamento. Ellos me cargaron hasta llegar al campamento provisional, prácticamente fueron y todavía son mis héroes, de esa forma y con mucho esfuerzo me habían salvado la vida. Cuando llegamos ahí estaban Sitín y su compañera, la Chaparra, como le decían, y creo que también estaba Pezarosi. Quedé inconsciente, calculo que como alrededor de las diez de la mañana.

Desperté en la mera tarde. Después de eso no me pasaba otra cosa por la mente, sólo que tenía que recuperarme y volver al combate, pero ya no fue así. Cuando por fin volví en mí, tuvimos que seguir nuestro camino, tuvieron que ir por las montañas, por los barrancos conmigo herido. Armaron una camilla donde me cargaron una semana, de aquella travesía ya hay cosas que no puedo recordar.

Yo salí a finales del año 1995 de la guerra por la situación política del país y, sobre todo, por mi tratamiento ante la gravedad de la herida. Me trasladaron a El Salvador, donde estaban las condiciones inmediatas para recibir la atención médica necesaria. Allí estuve recuperándome y rehabilitándome con ganas de regresar a la guerra y vengarme del Ejército. Me quedé con las ganas, porque regresé en diciembre de 1996, días antes de la Firma de la Paz.

Cuando se firmó la paz, repentinamente, se me vino a la memoria una sensación: extrañaba la alegría que me daba el baile que se celebraba cada 19 de enero, fecha en que fue fundado el EGP. Por otro lado, sentía cólera, enojo, porque yo lo que quería era vengar a mi abuelo, y ya no se pudo. Le comenté a alguno de mis compañeros que era una mierda que se hubiese firmado la paz, pero ya no podíamos hacer nada como combatientes. La decisión había sido tomada, yo en lo personal pensaba que había que seguir con la lucha armada, pero bueno...

Después de la desmovilización no tenía ningún certificado que avalara los grados educativos que había obtenido. Después de los Acuerdos de Paz hubo un programa del Ministerio de Educación donde se hacía una evaluación para ver hasta qué grado podía uno demostrar. Entonces, logré sacar mi certificado de primaria. Luego inicié el proceso para sacar el Ciclo Básico por Madurez. Más adelante me metí a estudiar para ser perito contador y de eso mismo me gradué. Actualmente es lo que ejerzo. Me gradué en el año 2009 en Mazatenango y por la situación económica no pude seguir estudiando en la Universidad.

A veces por las noches recuerdo lo doloroso de la herida y también el frío que sufrí, especialmente en los cerros de los Cuchumatanes en Nebaj, Quiché.

Del sufrimiento del frío, cuando estuve en la guerrilla, tengo un recuerdo especialmente doloroso de la herida, fue cuando estaba en la montaña, recién herido, con los demás compañeros y compañeras co-

miendo maíz frito, fueron como cinco días hasta que me sacaron para la capital de Guatemala, pero fue el dolor físico más intenso que recuerdo. Luego de la recuperación, la primera vez que fui a ver a mi abuelita en Cabá, en las Comunidades de Población en Resistencia, llegué a caballo, porque no podía caminar bien aún. En ese tiempo eran horas y horas a pie, fue un gran reencuentro.

Luego busqué a mi mamá, creo que fue por el año 1997. Cuando la encontré no fue como yo esperaba, no fueron buenos momentos, pues el esposo que tenía me cuestionaba mucho el hecho de haberme unido a la guerrilla. Y se la pasó todo el tiempo jugando con un cuchillo sobre la mesa, delante de mí. Por lo que ya no me acerqué más a mi mamá y nadie sabrá el dolor que sentí al irme.

Después de la Firma de la Paz no recuerdo haber oído muchas cosas, sólo el temor y el vacío de andar sin el fusil. Por otro lado, pensaba: «Pronto tendré que acostumbrarme». Eso sí, por la noche se me venía todo tipo de recuerdos a la mente, sobre todo lo bonito del compañerismo y la solidaridad. Vivir en las montañas fue mi felicidad, hacer ejercicios todas las mañanas y vivir en grupo. Las pesadillas también fueron permanentes. Aún sueño con enfrentamientos con el Ejército. Y también se me vienen momentos muy tristes, sobre los que fueron heridos como el compañero Meme, o la muerte de algunos compañeros en combate, como el capitán Leandro y la sargento Merlín.

Tiempo después, y con los años vividos, me di cuenta de que luchábamos por una causa social justa para que los guatemaltecos no tuvieran que sufrir tanto. Queríamos cambiar esa realidad de sufrimiento y pobreza por la vía de la guerra, nuestros motivos eran algo superior a la venganza, luchamos por el derecho de vivir mejor y dignamente. Con la Firma de la Paz no fue suficiente y no llegamos a lo que conversábamos en la montaña, no llegamos a «Vencer o Morir por Guatemala». Las causas por las que luchamos aún están latentes, quizás igual o seguramente peor. Y creo, sin duda, que si me dieran la posibilidad de volver a nacer, haría lo mismo, luchar para liberar a mi pueblo, tomar un fusil para hacer justicia social para todos y todas, incluyendo a mi abuelo.



3. La historia del Güicho del Sur. Beltrán Jiménez Castillo.

Quien tiene el seudónimo de Güicho, nos ofrece su testimonio en nueve entregas.

Güicho concentrado en el Campamento Claudia, antes de la desmovilización, en momentos en que hacía cola para entregar las armas. Año 1996.

PRIMERA ENTREGA:

Mi mamá nos contaba, a mi hermano mayor y a mí, que a mi papá lo mataron cuando mi hermano tenía unos cinco años y yo dos años. Que ella tuvo que luchar mucho por nosotros, sobre todo para darnos de comer porque se quedó viuda. A mi papá lo mataron en una pelea por defender a mi abuelo, papá de mi mamá. También nos contaba que mi papá era un hombre muy trabajador y que ella trabajaba como lavadora y planchadora para ganar algo de dinero y poder darnos de comer. Esa fue la razón por la que nosotros nunca fuimos a la escuela. Lo que ganaba mi mamá apenas alcanzaba para medio comer. Y cuando alguien se enfermaba siempre pasaba penas porque no había para medicinas. Yo fui muy enfermizo cuando estaba pequeño, incluso decía mi mamá que en una ocasión yo lloraba mucho y no la dejaba lavar la ropa que había pedido para ganar algo de dinero. Se le ocurrió darme una copita de licor para intentar callarme. Así fue como pudo terminar con la tarea de lavar la ropa. Después se arrepintió porque yo no despertaba. Terminó todo el trabajo, y yo que no despertaba. Me movía, pero yo no despertaba, hasta que por fin desperté. Después de ese susto no me dio más la copita de licor, cosa que lamenté, sino que puso a mi hermano a cuidarme.

Con el tiempo mi mamá se volvió a casar y tuvo más familia, pero el señor con el que se casó era muy borracho y le pegaba mucho. Entonces, igual el dinero nunca alcanzaba y nosotros otra vez tampoco pudimos ir a la escuela. Al ir creciendo no tuvimos otra opción que empezar a trabajar. Este señor, Tacho, con el que mi mamá se casó, tenía un hijo que se llamaba Rogelio y venía a ser mi hermanastro. Tacho siempre le pegaba a

mi mamá, cada vez que llegaba bolo, borracho, le pegaba. Nosotros siempre quisimos meternos y defenderla, pero él nos amenazaba con que, si nos metíamos, nos pegaba a nosotros también. Nunca supe por qué mi mamá le permitía hacer eso, porque yo a mi corta edad veía que ella no había resuelto nada al casarse con él, porque igual pasábamos hambre. A veces había comida, para qué hablar mal, pero había días que ni frijoles ni tortillas teníamos, mucho menos azúcar o panela para el café; porque él lo que ganaba se lo tomaba, la mayoría del dinero se lo gastaba en licor. Mi abuela nunca lo quiso por eso mismo. El hijo de él ya trabajaba y sí daba dinero para la casa. Y mi hermano que ya trabajaba también daba algo para la casa. Así fuimos creciendo poco a poco. Hubo un año en que nos fuimos a vivir con Tacho, mi padrastro, a la misma aldea, Las Cruces, donde vivía mi abuela, aldea que pertenecía al Departamento de Petén.

Cuando llegamos a la aldea Las Cruces, todos estábamos alegres, porque jugábamos con los primos y las primas. Mi abuelita cada poco hacía quesadilla de arroz y marquesote y pan de harina con mucho huevo, que era riquísimo. Yo creo que era el mejor de todos en ese lugar. Aparte de eso, había trabajo arrancando manía (maní) y despenicándolo, o sea, abrirlo y sacarlo de la cáscara, también había corte de Chile Cobán. Mi hermano y Rogelio de veintidós años de edad, hijo de mi padrastro, iban a trabajar allí, y yo los iba a ayudar, ganaba algo por ese trabajo. Mi hermano tenía unos once años y yo como unos ocho, ya me daba más cuenta de las cosas. Tenía una tía que tenía unas vaquitas, las ordeñaban, hacían queso y crema y, a veces, requesón. A nosotros nos gustaba llegar con mi tía, porque siempre nos daba algo de comer, por las tardes nos daban café con leche, y mi prima nos sacaba tortillas con queso. Ellos eran los que más recursos tenían, y un tío mío que vivía en Jutiapa. Tenían parcela en Las Cruces y siempre sembraban algún producto como manía, chile o ajonjolí. Había tardes en que nos reuníamos todos los primos y primas a jugar en la casa de mis abuelos, todos éramos felices allí.

Estando ahí, una vez, fuimos a visitar a mi tío a Jutiapa, en una aldea que se llama Carpintero, él también vivía mejor, porque tenía un trabajo fijo. Él era policía y le pagaban mensual, tenía también un hijo varón, como de mi edad. Mi tío era muy bueno con mi mamá, y eso me animaba a quererlo mucho. En esa ocasión me regaló una bicicleta que ya no quería mi primo, su hijo. Yo deseaba tanto una bicicleta, pero mi mamá no la quiso aceptar, porque no tenía dinero para pagar el traslado de la bicicleta a nuestra casa. Y él, como bromeando, dijo, «bueno, si no te la llevas, entonces que se quede el patojo aquí y que estudie con el mío».

Yo accedí a la propuesta, pero más por la bicicleta que por estudiar, pero mi mamá tampoco quiso y le dijo: «No, a mi patojo no lo dejo, tanto que me ha costado como para dártelo». «No, aunque yo no coma, pero que coman ellos, aunque no estudien, pero por el hecho de que no estudien no se van a morir», le dijo.

Yo tanto que quise una bicicleta y la vine a encontrar ahí donde mi tío, tan facilito. No poder llevármela me dio un gran dolor y pensé: «Cuando esté grande voy a comprar una así». Siempre crecí pensando en una bicicleta como aquella. Mi tío le dijo a mi mamá: «No hermana, yo bromeando estoy, pero lo que sí te voy a decir es que dejes a ese hombre bueno para nada». Mi mamá no respondió nada, eso como que la agarró de sorpresa.

Aquella vez no tardamos mucho allí donde mi tío y nos regresamos para Petén. Era un camino bastante largo, como dos días de camino, eso era lo más difícil, pero llegamos bien de regreso a la casa. Al poco tiempo nos fuimos para la otra aldea que estaba como a veinte kilómetros, donde vivía mi abuela, pero no la visitábamos muy seguido, porque no teníamos tiempo. En esa aldea le dieron una parcela a mi padrastro, y la trabajábamos entre los cuatro. Mi hermano Rogelio, mi padrastro y yo sembrábamos maíz, manía y pepitoria, pero igual no tardamos mucho tiempo ahí en la aldea El Toro.

Finalmente nos fuimos para la montaña, pero en esa aldea El Toro, recuerdo que hicimos también muchos amigos y amigas, y eso me pegó duro al tener que dejarlos. Allí, en esa aldea El Toro, llegaba seguido el Ejército buscando guerrilleros, nosotros le cambiábamos tortillas por latas de comida. Por cuatro tortillas nos daban una lata o dos de frijoles o plátanos o tamales, pero para nosotros lo que fuera lo sentíamos sabroso. Ellos lo cambiaban porque ya estaban aburridos de comer eso.

Nosotros nos metíamos en medio de las tropas y no nos daba miedo, porque todavía no sabíamos que la guerrilla llegaba a la casa. El Ejército venía a la aldea El Toro porque sabía que ya algunos de ahí eran colaboradores de la guerrilla. Nosotros ni nos imaginábamos que ya era poco el tiempo que nos iba quedando en este tipo de vida. Ya en ese tiempo yo casi andaba por los once años. Mi mamá era una señora canche, blanca, bastante bonita, y no por ser mi mamá. Por cierto, el nombre de ella era Ofelia Castillo Ruano.

SEGUNDA ENTREGA:

Fue una noche de mayo, quizás en junio de 1987. Era una noche bastante oscura, cuando mi mamá y mi padrastro dijeron que nos preparáramos, que íbamos a salir y que sería muy difícil que regresáramos a la casa.

Salimos como a las nueve de la noche acompañados por unos hombres armados. Hasta ese momento nosotros no sabíamos quiénes eran esos hombres, después, ya en el camino, nos dijeron que eran guerrilleros, y que nos estábamos incorporando a la guerrilla, a un movimiento revolucionario. Por mi corta edad, de once o doce años, aún no podía entender muy bien lo que eso significaba. Mi hermano mayor tendría unos catorce o quince, él sí ya analizaba mejor las cosas. Además, nosotros no podíamos opinar nada, ya la decisión de incorporarnos a la guerrilla estaba tomada. Mi mamá y mi padrastro, al parecer, ya estaban organizados como colaboradores de la guerrilla desde hacía un buen tiempo, pero nosotros no nos habíamos dado cuenta.

Esa noche la caminata fue bastante cansada, no podíamos encender luz, así que íbamos a oscuras. Apenas nos llevamos algunas pocas cosas que teníamos, un par de trastes viejos, unos costales con ropa y algo más. Íbamos cargando las cosas y ayudando a mis hermanos más pequeños. Llegamos a un lugar más o menos como a las dos de la mañana, o un poquito más, en la montaña, donde no se veía nada. Nos dijeron que se podía descansar un rato allí y que cuando amaneciera íbamos a platicar y sabríamos qué más había que hacer. Nos ayudaron a colocar un pabellón, un nylon, para descansar, y ahí nos quedamos esa madrugada.

Yo sentí que no había dormido mucho, cuando ya a las cinco y media de la mañana nos dijeron que era hora de levantarnos. Nos levantamos, arreglamos las cosas y nos quedamos esperando para saber qué sería de nuestras vidas, pues ya se había terminado la rutina a la que estábamos acostumbrados.

Aquella rutina que como patojos o jóvenes teníamos: íbamos al monte a trabajar y, al regresar, por la tarde nos dedicábamos a jugar alguna chamusca de fútbol con los mejores del sector, o hacer algunos otros juegos con los amigos del poblado.

Con mucho pesar comprendimos que eso ya había terminado, habíamos entrado a una situación muy distinta, a un tipo de vida que desconocíamos, no nos quedaba otra opción que seguir a los mayores y esperar

ser guiados por alguien. Ahí nos levantamos, recuerdo que lo primero que nos dieron como comida, o como desayuno, fue una bola de masa cocida envuelta en hoja, que ellos decían que era un tamal.

A pesar de que nosotros tuvimos un estilo de vida muy pobre, donde la comida era bastante escasa, mi mamá siempre que hacía tamales los hacía con bastante cariño. Como cuando hacía los mentados tamales de viaje envueltos en hojas de maíz con aceite. Eso le daba algo de sabor y eran grandes. Esta era otra situación, para mí eso no era un tamal, recuerdo que ninguno de nosotros comió esa mañana. Mi mamá dijo: «Bueno, hay que comer algo, para todos un poco de frijol», mis hermanos igual me dieron y comieron un poquito. Después el jefe del frente de la columna guerrillera se acercó a nosotros y nos dijo que no podíamos permanecer todos ahí, porque era un lugar donde en cualquier momento podía llegar el enemigo. No podía haber niños, que mi mamá tenía que irse a un lugar donde era más adecuado. Mi padrastro, Tacho, y mis hermanos, Aníbal y Rogelio, se podían quedar ahí en el frente guerrillero. Mi hermano mayor me dijo que si yo quería me podía quedar, pero que eso era decisión de mi mamá y mía, que ellos no podían intervenir en eso. Si ella estaba dispuesta a dar dos hijos para la guerra, podíamos quedarnos. Y le explicaron el peligro y el entrenamiento que nos iban a dar ahí.

Mi hermano dijo: «Bueno, yo me quedo», ya él tenía como catorce años. Al ver que mi hermano tomó esa decisión, yo dije: «Yo me quedo también». «Vos te vas conmigo», dijo mi mamá y preguntó: «¿Cuándo es la salida?», «en un par de días», le respondieron. «Quizás sea mañana en la noche y deben descansar un poco para prepararse, son de tres a cuatro días de camino». Híjole, me dije yo, caminar tanto otra vez. Entonces le dije a mi mamá que yo me quería quedar, que ya que mi hermano se quedaba pues para que no se quedara solo yo lo acompañaba, y le hice como un trabajo de convencimiento. Al ver que insistía, mi mamá me dijo: «Está bien, quédese». «Bueno, al final, nos quedamos», le dije a mi hermano. Yo observaba que todos andaban armados, todos andaban de verde olivo, ya eran como un Ejército, y pensé que también yo debía cargar un arma como aquellas.

TERCERA ENTREGA:

Cuando llegamos al campamento guerrillero nos dijeron que debíamos ponernos un sobrenombre, le llamaban seudónimo. Que por seguridad debíamos olvidar nuestros verdaderos nombres, porque en la tropa nadie debía saber nuestros nombres reales.

Al otro día por la mañana se prepararon para el largo viaje, mi mamá se llevó unas pocas cosas, un par de mudas de ropa. La escuadra a la que le dieron la misión de llevar a mi familia preparó lo que necesitaban para el viaje, y salieron más o menos entre las siete y media de la mañana y las ocho. Para mí fue un momento bastante difícil, porque yo realmente nunca me había separado tanto tiempo de mi mamá, no lloré, pero sí me dio mucha tristeza. Ella lloró un poco, recuerdo que me dijo: «Bueno hijo, pórtate bien, apóyense y hagan lo que les manden a hacer». Y salieron, yo me quedé bastante triste. Mi hermano, supongo, también quedó bastante triste, aunque él no lo demostraba tanto, porque ya estaba más grande que yo. Me daba tristeza pensar cuánto tiempo íbamos a pasar sin vernos.

Y también, que tanto ellos como nosotros no teníamos idea de a qué nos enfrentaríamos en nuestra nueva vida. Ni conocíamos si mis hermanos, los que se fueron con mi mamá, sentían la misma tristeza. Pensar que nos separaría una inmensa y verde selva era lo que nos entristecía más, pues todo lo que escuchábamos era el grito de los monos, los micos de la selva, que nos miraban como a un animal extraño, creo que les parecíamos peligrosos o graciosos.

Recuerdo que, más o menos, como a los cuatro días llegó una patrulla que andaba haciendo un par de acciones, no sé de qué tipo de acción se trataba. En esa patrulla llegaron el compañero Cheque, Camilo, la compañera Hilda y otra compañera que le decían la Capullito, de muy corta edad, pero que ya andaba en las filas guerrilleras. Cheque era un compañero delgado, cargaba como arma un lanzacohetes RPG 2. Siempre se amarraba las botas de hule con un bejuco, era un poquito pantallero. Camilo era un compañero alto, también delgado, algo moreno.

Se veía que era bastante responsable, el arma que cargaba era un FAL calibre 7.72. Hilda era una compañera gordita, pero eso no le impedía hacer las grandes marchas por la selva, ella era la enfermera del grupo. La Capullito era la radista de la patrulla. Como mascota la Capullito cargaba un loro pichón que había encontrado dentro de la selva y le daba parte de su comida, adoraba mucho a su mascota. Cuando ellos llegaron todo fue alegría, ya que todos llegaron sin ninguna novedad. Creo que la misión la habían cumplido como se las habían encomendado. Nos saludamos y todos estaban bastante contentos de vernos en el campamento, porque había más incorporación a la guerrilla.

Días después de que mi mamá se fue del campamento, nos reunió Alfredo, jefe del mando del frente, para explicarnos qué teníamos que estudiar. Nos preguntaron qué grado de escolaridad habíamos sacado.

A lo cual, mi hermano y yo respondimos que nunca habíamos ido a una escuela, que ni siquiera conocíamos una escuela por dentro, apenas habíamos pasado algunos cursos con mi mamá, pues el ingreso de dinero no alcanzaba para estudiar. A duras penas alcanzaba para medio comer un poco y medio soportar el hambre. Mi padrastro, como dijimos, era muy borracho y el dinero que ganaba tampoco alcanzaba para tanto.

Nos dieron un par de cuadernos, lapiceros y empezaron a colocarnos muestras de números y letras. Lo primerito que nos enseñaron fueron las vocales, como se le enseña a un niño. A mi hermano, al principio, no le gustó la idea de estudiar, él siempre dijo que prefería otras actividades, pero no estudiar. Le dijeron que era una obligación estudiar y que no había manera de evadirlo. Por la mañana temprano estudiábamos un rato, a media mañana descansábamos y por la tarde seguíamos estudiando. A las cuatro y media de la tarde era el momento de ir a bañarse, después cenar y luego había que estudiar técnicas militares: cómo dispararle a un helicóptero, cuántos cuerpos adelante dependiendo de la distancia, etc. Otras noches estudiábamos la situación política del país.



*En el fondo Güicho, edad 18 años. Walter, de Guacut, en el centro.
En el campamento Claudia 1.*

CUARTA ENTREGA:

Para ese tiempo a nosotros ya nos ponían a hacer todo tipo de actividad en el campamento, cocinar, buscar leña, hacer actividades de seguridad, hacer rondines, ir a traer maíz a donde se les compraba a los campesinos.

La compañera Hilda, que siempre fue muy buena conmigo, permanentemente delegaba en mí algo de lo que ella hacía. Las acciones

guerrilleras, políticas y militares continuaron dándose. Sin embargo, las incorporaciones de guerrilleras y guerrilleros fueron muy pocas, porque la población sólo quería apoyar, pero no entrar a la montaña.

Un tiempo después le solicité un permiso al mando para ir a ver a mi mamá. Me respondieron que en la primera oportunidad que se pudiera o que saliera una patrulla para allá, lo iban a tomar en cuenta, y podría irme.

Como a los veinte días me dijeron que me preparara, porque iba a salir para la CPR, que era el lugar donde estaba mi mamá, como quien dice era la retaguardia de la guerrilla.

Salimos a las siete de la mañana, iba con algunos compañeros, entre ellos Cheque, Boris y otros más, cuyos nombres no recuerdo. Boris era un compañero que vivía en la aldea El Toro, donde nosotros también habíamos vivido. Caminamos todo ese día con descansos de diez minutos a cada hora. Íbamos por selva espesa, como lo era antes el Petén. Fueron cinco o seis días de caminata hasta llegar al campamento El Tigre donde estaban todos ellos. Era como una aldea dentro de la selva, pero sin los servicios básicos como el agua, que la iban a traer desde un arroyo que estaba más o menos cerca.

La organización que tenían era por núcleos y en cada núcleo había dos o tres familias, dependiendo del tamaño de cada familia. Cuando llegó la patrulla al campamento cada uno tenía sus conocidos allí. De las personas que estaban en la CPR había algunos compañeros que estuvieron en el frente y que por alguna enfermedad fuerte o alguna herida de bala iban a hacer su reposo ahí.

Debíamos ser muy precavidos con la visita, porque, aunque la comunidad estaba bastante metida dentro de la selva, eso no significaba que el Ejército no llegara hasta allí. Cuando entramos a la comunidad fue una gran alegría para todos, y mi mamá cuando me vio no lo podía creer, porque no esperaba que yo fuera a llegar en esa patrulla. Cada uno fue a saludar y abrazar a su ser querido, a su amigo, a su camarada. Yo fui a saludar y abrazar a mi mamá con mucha alegría, casi no nos soltábamos. Ahí había muchos compañeros, viejos guerrilleros que después fui conociendo poco a poco. Muy buenos compañeros, algunos ya padecían alguna dolencia de la columna por tanto cargar la mochila, otros padecían de problemas en las rodillas, y así sucesivamente, cada uno padecía algún problema causado por las condiciones de la guerra. También había

muchos niños y niñas, muchas mujeres, incluso mujeres embarazadas. Este era un lugar intermedio de encuentros de algunos compañeros que venían de otros frentes o punto de reunión en general.

La CPR tenía su propia estructura de mando, como también tenía algunos apoyos internacionales. Ahí en la CPR estaba un señor que le llamaban Fabio. Era un compañero de edad bastante avanzada, barba blanca, risueño, y le gustaba bromear mucho. Él decía que sus bromas eran bastante serias, pues parecía que eran verdad, que hablaba en serio. Él decía que ya le había hecho el amor a la Siguanaba, que él a la Siguanaba no le tenía ningún miedo, porque ya la había hecho su mujer.

Esa tarde mis hermanos, mi padrastro y yo platicamos mucho tiempo con mi mamá, yo le decía papá a mi padrastro. Mi mamá se esmeró mucho ese día en hacer algo de cenar. Arregló unos frijoles, cocinó unas pacayas que había encontrado en algún lugar de la montaña (se trata de un capullo que echa una flor y se liga con huevos y una salsa), hizo un café como ella sólo lo sabía hacer y cenamos juntos. Fue un encuentro muy bonito después de un largo tiempo sin vernos. Me preguntó por mi hermano, que cómo estaba y por qué no había llegado. Le respondí que mi hermano no había podido ir porque le ordenaron unirse a una patrulla guerrillera que había salido a guardar un poco de comida, o como decíamos, a embuzonarla.

A los ocho días regresé a la montaña con la misma patrulla con la que llegamos a la CPR. Nos adentramos en la selva y nos fuimos, como cinco días de camino hicimos aquella vez. Mi mamá se quedó triste, pero también contenta porque ya nos habíamos visto. Mi mamá sabía en lo que andábamos, ella también estaba incorporada en su zona a la guerrilla.

Llegamos al campamento del Frente Lucio Ramírez, desde donde se organizó un ataque al Destacamento del municipio La Libertad que estaba ubicado en un cerro. El ataque lo hicimos desde un cementerio y usamos los panteones como trincheras, fue mi primer combate. Al principio tenía un poco de miedo y pensaba que en cualquier momento me podía pasar algo. Pero cuando empezó la balacera, y el olor a pólvora inundó todo el lugar, se me disparó la adrenalina, da como una emoción encontrada. Estábamos como a unos ciento veinticinco metros del Destacamento, fue un combate corto, de unos veinte minutos. Nos retiramos sin bajas por nuestra parte ni nada que lamentar. Al Ejército le hicimos bajas, porque lo atacamos con lanzacohetes, fusilería y granadas de fusil parecidas al M79.

Siempre la retirada de un combate era difícil porque ya estábamos muy cansados y teníamos poca comida y agua para el regreso. La retirada implicaba un esfuerzo adicional, se nos quemaban los pies, se deshidratava uno, se escaldaba, se le freían los huevos por las grandes caminatas, etc. Había que hacer un esfuerzo sobrehumano, más si era verano y teníamos que pasar dos o tres días con la misma ropa, los mismos calcetines y la misma ropa interior.

Tampoco contábamos con algún talco o crema para echarnos en los huevos y las axilas, eso era un lujo muy alto para nosotros. Apenas cargábamos un potecito de aceite para limpiar el arma después del combate, debíamos quitarle la pólvora para que no se arruinara. De ese aceite nos echábamos en las axilas, en los testículos y en los pies. De alguna manera resolvíamos y en algo nos ayudaba. Igual con el agua, cuando no había cortábamos el bejuco de uva de montaña y de ahí sacábamos algo de agua. Así nos íbamos manteniendo hasta llegar al campamento. Ese combate fue la puerta de inicio a otros combates; a partir de ahí fui agarrando más experiencia, más responsabilidad, y me fui incorporando a todas las actividades que le corresponden a un guerrillero: rondines, velar por la seguridad, cocinar, jalar leña, cortar maíz, buscar comida, embuzonar armas o víveres, salir a tomas de carretera, etc.

Fui participando en más combates, calculo que ya andaba por los trece años. En 1989 le hicimos un cerco a una patrulla militar que incursionó en nuestra área, donde nosotros estábamos acampados. Cuando ellos iban rastreándonos, cayeron en una mina vuela pata donde tuvieron dos heridos. En su desesperación de buscar una parte con menos vegetación en medio de la selva, el oficial al mando de la patrulla, muy poco experto, decidió que se metieran a una parte donde había poca selva. No dejó soldados de prevención, porque sólo buscaban un espacio para que bajara el helicóptero a llevarse los heridos.

Esa debilidad militar fue aprovechada por nosotros. Los cercamos con varias patrullas y los empezamos a atacar. Cuando el helicóptero intentó aterrizar lo atacamos y lo averiamos. No dejamos que aterrizara el helicóptero, tuvo que irse y abandonar la misión. El combate siguió, habíamos empezado como a mediodía y terminó hasta la tarde, cuando comenzó a entrar la noche. Nos mantuvimos haciéndoles hostigamientos continuos como perro que muerde y se retira.

Llegaron refuerzos aéreos, un Pilatus, otro helicóptero y un avión A37 a querer ametrallarnos. Cuando ellos nos atacaban usábamos la estra-

tegia de pegarnos más al Ejército. Ya que si lanzaban una bomba o nos ametrallaban podían causarles bajas a sus mismos compañeros, por esa razón las bombas siempre caían afuera del perímetro donde estábamos.

Ellos tuvieron varias bajas, cuando intentaban retirarse nosotros los hostigábamos y no podían salir del cerco. Eso duró hasta la medianoche que lograron salir a rastras. Ellos creyeron, cuando se retiraron, que nosotros estábamos ahí. Pero nosotros nos habíamos retirado antes, cuando se nos fue agotando la logística.

Ese fue uno de los combates más fuertes y duros que dimos. Ellos nos buscaron y nos encontraron, pero nosotros conocíamos muy bien toda el área. La mina que explotó nos alertó, si no nos caen sin darnos cuenta.

QUINTA ENTREGA:

Después de ese combate, tuve muchos más, entre ellos recuerdo uno donde me hirieron. Lo dirigía el sargento Alikán, que era el responsable político del Frente Lucio Ramírez. Nos enviaron en una patrulla pequeña con Alikán de responsable. La misión era salir a la carretera, dar un mitin y retirarnos. Efectivamente así iniciamos, pero cuando estaba la gente escuchando el mitin, la contención, guerrilleros nuestros que siempre dejábamos vigilando cualquier acercamiento raro, avisó de movimientos sospechosos. Por esa razón se finalizó el mitin. Dimos orden de que se dispersaran los vehículos civiles y la gente de civil que estaba en el mitin. Nosotros tomamos posición junto con las contenciones. Y ahí se dio inicio al combate. Recuerdo que en la posición donde yo estaba también estaba el compañero Esteban, al que le decíamos Tieso, y el compañero Pablo (seudónimo), su nombre real era Abel Figueroa, hermano de Raúl, de la Cooperativa Nuevo Horizonte, el del libro *Clandestinos 1986-1996*.

A Esteban, con los primeros disparos, le quebraron la pierna de un balazo y cayó sin poderse mover. Él cargaba un fusil G3, que ya no pudo disparar. Nosotros estábamos en una loma, bastante quemada, donde acababan de sembrar milpa. Esto fue un 16 de mayo de 1990.

Nosotros bajamos la loma haciendo rollos, dando vuelta por el suelo mientras disparábamos. Al mismo tiempo el Ejército nos lanzaba una balacera bastante nutrida. Entre los que veníamos bajando de la loma también estaba Esteban. Cuando llegamos al pie de la loma encontramos una parte de monte alto. Esa parte la íbamos a aprovechar nosotros para

retirarnos. Cuando Pablo y yo levantamos a Esteban, para que Pablo se lo echara a tuto, o sea al hombro, tiraron un rafagazo y un disparo le pegó en la frente a Esteban, el compañero de San Joaquín, municipio La Libertad, y otro disparo a mí en el brazo. Esteban sólo suspiró, se desmayó y murió. Yo sólo sentí mucho calor en el brazo y sentí el brazo totalmente aguado, sin fuerza, y veía el chorro de sangre, los nervios y los pedazos de hueso.

Pablo y yo optamos por retirarnos por un guamil, un monte bajo, mientras borrábamos toda huella de sangre, tuvimos que dejar al compañero Esteban muerto, porque en esas condiciones en las que estábamos no podíamos llevárnoslo. Uno no puede decir lo que se siente al dejar al compañero allí, muerto, a mansalva del Ejército, pero nada podíamos hacer. Únicamente Pablo era el que había quedado ileso. Mientras nosotros nos retirábamos, el sargento Alikán y la enfermera Rosa se estaban retirando por otro flanco. Nosotros continuamos avanzando a rastras como una hora hasta que llegamos a un lugar donde había milpa, una siembra de maíz alta. Caminamos todo el resto del día hasta llegar al punto de reunión donde habíamos quedado con Alikán, serían como las cuatro y media de la tarde. Yo sentía que no daba más, ya había perdido mucha sangre, y a ratos se me nublaba la visión. Incluso le dije a Pablo que, si caíamos en otro combate, yo ya no aguantaba más. Y prefería que él me matara y no caer en manos del Ejército, que al final igual me iba a matar, pero antes me iban a torturar. Eso se lo repetí a Pablo varias veces, porque yo sentía que en cualquier momento íbamos a caer en otro combate.

Tenía demasiada sed y ya no quedaba agua. Encontramos unos charquitos de agua que hacen las bestias cuando se paran y de ahí bebimos agua. Cuando llegamos al punto de reunión nuestra sorpresa fue ver que Alikán estaba golpeado por la onda expansiva de una granada, y de la compañera Rosa, que era la enfermera de la patrulla, no se sabía nada, ni si la habían matado o si el Ejército la había capturado viva. Esa noche ahí medio dormimos. Ellos cocinaron algo de comida, un poco de arroz. Alikán me dio unas pastillas para el dolor. Esa noche casi no dormí por el dolor del brazo. Como nuestra patrulla había quedado tan reducida no podíamos ir a ver qué había pasado con la compañera Rosa. Nosotros igual le informamos a Alikán de la muerte de Esteban y se sorprendió.

Al otro día caminamos con descansos cada media hora, porque yo no podía durar mucho caminando, ya que no me sentía bien. Incluso había momen-

tos en que yo sentía que iba caminando en el aire por efecto de la pérdida de sangre, a pesar de que llevaba un torniquete que me había hecho Pablo.

Llegamos al campamento donde estaban todos los compañeros, eran las seis de la tarde. Ya había mejores condiciones para atender a un herido. El que estaba al frente del Servicio Médico era el doctor Sebastián, muy famoso y muy bueno para curar heridas de guerra. Lo primero que hizo fue alistar una camilla, me acostaron ahí. Me dijo: «Bueno Güicho, le vas a hacer huevos porque ya te metiste en cosas de guerreros. Te va a doler un poco, pero hacele huevos. Anestesia no te puedo poner porque ya no te va a agarrar». Me dio un pañuelo rojo y me dijo; «Mordé esta mierda lo más duro que podás». Y empezó a curarme la herida, yo escuchaba cuando sacaba pedazos de hueso, basura, pedazos de hojas. Sentía cómo iba introduciendo la pinza con la gasa para cruzarla hacia el otro lado del brazo por el hueco donde me había atravesado la bala del Galil, como si fuera un tubo que estaba limpiando. En ese momento yo me desmayé del dolor, como si el cuerpo se desconectara de todo. Cuando desperté nuevamente, ya estaba curado. Ya era un día después del 16 de mayo de 1990, el día en que me habían herido. Pudiera decir que es el dolor más fuerte que he padecido en mi vida, incluyendo las demás curaciones, que eran terribles, pero era lo que tenía que hacer el doctor Sebastián y el grupo de apoyo médico, así me salvaron de morir.

Esa misma tarde del 17 de mayo salió una escuadra compuesta por seis compañeros a verificar qué había pasado con la compañera Rosa. Regresaron tres días después con la información de que la compañera Rosa había muerto del granadazo que golpeó a Alikán. Ellos la encontraron en el sitio del combate, la enterraron y le hicieron los honores correspondientes. En ese campamento duré unos ocho días mientras me recuperaba y se coordinaba mi salida hacia México para hacerme una mejor reconstrucción del brazo. En México la organización, las FAR, tenían mejores condiciones logísticas. Y así se hizo, me operaron, me reconstruyeron el brazo y después regresé otra vez a incorporarme al Frente Santos Salazar. Recuerdo que antes estuve unos días en la frontera México-Guatemala, en la CPR recuperándome en casa de mi mamá.

Ocho días duró la caminata dentro de la selva para salir a México a operarme, y regresé a mediados del 1991 a la frontera con el Petén, a la CPR. Durante mi estancia en la CPR llegaron unos compañeros de la organización FAR del Petén, buscaban compañeros para integrar y reforzar el Frente Santos Salazar. Me preguntaron si yo quería ingresar a ese

frente. Yo dije que sí y como a los tres días partimos, salimos a México nuevamente y coordinaron mi traslado para el Frente Sur, donde estaba el Frente Capitán Santos Salazar.

SEXTA ENTREGA:

El Frente Capitán Santos Salazar lo dirigía el comandante Martín y operaba desde Escuintla hasta la frontera con El Salvador y abarcaba parte del Departamento de Jutiapa y Santa Rosa. Estando ahí, en el frente, anduve en varios combates. Estuve en una acción por los alrededores de Pueblo Nuevo Viñas y salimos victoriosos. También participé en otro combate por las cercanías de Chiquimulilla en 1992, recuerdo que yo tenía dieciséis años para entonces. Ahí tuvimos varios enfrentamientos con el Ejército en un mismo día. En uno de esos enfrentamientos fue herido el compañero Emilgar, herido en la pierna y en el hombro. Era un joven de unos catorce años, éramos muy jóvenes, pero estábamos dispuestos a morir por Guatemala. Esa tarde tuvimos que sacar del combate a Emilgar, lo retiramos hasta un lugar cerca de un río donde descansamos, y el Servicio Médico atendió al herido. El compañero Emilgar murió al otro día, a pesar de la estricta atención médica que se le dio, ya había perdido demasiada sangre. Al amanecer lo enterramos con honores, no es cualquier cosa ver morir a la juventud de nuestro pueblo al lado de uno, fue mucho dolor, y nos retiramos del lugar. Cuando uno se va dando la espalda a un compañero caído se siente como si el compa le dijera a uno: «No me dejen».

Esa sensación se pega a uno como una mano durante mucho tiempo, durante toda la vida. Según el parte, igual a como lo presentíamos, el Ejército arrastró al compa Esteban a su aldea. Tenía dieciocho años para el momento de su muerte, tristísimamente inolvidable el impacto y el sonido del tope en su frente.

Amarrado con un lazo a un Jeep se lo llevaron como un trofeo. Lo desataron en su aldea y lo dejaron ahí para que vieran el escarmiento, para que los perros se lo comieran. La comunidad lo recogió y lo enterró como un servicio humanitario. Ese tipo de prácticas eran normales en el Ejército, como una estrategia más. Cualquier guerrillero que mataban, si nosotros no nos lo podíamos llevar, ellos lo sacaban y masacraban el cuerpo. Lo usaban para sus fines macabros y crueles, lo paseaban por la comunidad para que el pueblo lo viera y agarrara miedo.

Rosa, cuando murió, tenía diecisiete años y estaba embarazada, son cosas difíciles de decir, no se puede ocultar el enojo y la congoja que ese tipo de acciones provocan. A ella la mató una granada lanzada por el Ejército, le explotó a un lado, la elevó y cayó sentada, todavía viva, sobre una mochila. Eso fue el 16 de mayo de 1990, me puedo olvidar de una fecha de cumpleaños de un hijo o una hija míos, pero de esa fecha jamás, de ese dolor nunca.

Somos muy diferentes, el Ejército lucha por defender el dinero de los que viven de nosotros. Después de la Firma de la Paz se hicieron más dueños del país y nos pusieron en mucha desventaja. Nosotros peleábamos por comer todos dignamente y por no morir desprotegidos, eso creo yo. Mis respetos a Rosa, a Emilgar y a Esteban, mis compañeros, mi familia también, presentes.

SÉPTIMA ENTREGA:

El combate del Volcán de Agua

Estaba en el Frente Capitán Santos Salazar cuando surgió la idea del Frente Unitario, que consistía en ir desarrollando en la práctica la unidad revolucionaria. El Frente Unitario estaba compuesto por las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes), a través del Frente Santos Salazar; por un pelotón de guerrilleros del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres), y por una columna de ORPA (Organización del Pueblo en Armas), esta última había sido designada para tener el mando y controlar la logística. Del PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo) entraron muy pocos y fueron distribuidos en el resto de organizaciones.

El combate del Volcán de Agua en 1991 ocurrió en las áreas de operaciones de ORPA, que operaba desde Escuintla hasta Cocales, en Suchitepéquez y en Antigua, en el Volcán de Agua, el Volcán de Fuego y sus alrededores.

Como dije, era un intento en la práctica de desarrollar la unidad revolucionaria, idea surgida desde el mando de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Después de haber organizado el Frente Unitario se realizaron diversas acciones políticas y militares. Hasta el día de hoy las acciones de ese frente, en su lugar y su tiempo, aún son consideradas como las acciones más temerarias. Tomar áreas o radios urbanas, realizar mítines y radiar mensajes, enfrentar combates muy fuertes como el combate de Palín, donde se causó un gran número de bajas al Ejército y, además, se le destruyeron tanques de guerra.

Luego de esos combates nos retirábamos a la zona del Volcán de Agua donde teníamos un campamento. Allí hacíamos los balances, descansábamos y volvíamos a planificar las acciones. Sin embargo, creíamos que no era un buen plan, porque no existían las condiciones logísticas adecuadas para mantener a esa cantidad de tropa allí, unos noventa combatientes.

Esa vez realizados los combates en Palín, acampamos en las faldas del Volcán de Agua, abajo, para al otro día subir. Al otro día el recorrido para subir duró ocho horas. Íbamos cansados, uno por el viento que hacía la subida más difícil y otro por el desgaste de energía que habíamos tenido en ese combate sucedido en Palín. Además andábamos muy escasos de comida, incluyendo muchos días sin bañarnos. Creo que fue la vez que he durado más sin bañarme. Avanzábamos por un camino muy escarpado, muy irregular, comiendo frutas de café maduro. Cuando llegamos al área de arriba del volcán, que para nosotros era desconocida porque era la primera vez que subíamos a esa altura, acampamos en un lugar muy estrecho para tantos compañeros. Allí nos organizamos en grupos para irnos a bañar en un nacimiento de agua que estaba bastante cerca. La orden era bañarse, el que no lo hiciera sería sancionado, aunque había mucho frío, unos tres o cuatro grados supongo. Ya a las seis de la tarde comenzamos a hacer las camas improvisadas en la tierra, pequeños huecos con hojas de pino para calentarnos un poco. Ninguno cargaba abrigo, aunque allí nada era suficiente para el frío.

Como a los tres días bajamos en una patrulla para buscar logística en un lugar medianamente cercano, desde el punto de vista guerrillero, Ciudad Vieja. Las instrucciones eran echarnos encima la mayor carga que pudiéramos. Algunos se echaron hasta setenta y cinco libras. Bajamos en hora y media y subimos entre cinco y seis horas por el peso de la carga. Cuando íbamos a un poco más de la mitad del volcán ya estaba amaneciendo.

En la mañana se distribuyó la comida, breve, porque no se podía hacer humo. Ya por la noche se hizo una mejor cena que incluyó un vaso de incaparina. Esa noche descansamos mucho mejor.

Al siguiente día me tocó hacer guardia de seguridad en la parte de arriba del volcán. Sabíamos que el Ejército ya estaba más arriba de donde nosotros estábamos, quizás unos mil metros más arriba, tenían un destacamento y una tropa asignada en nuestra misma dirección. La tropa del Ejército la bajaban y la sacaban de allí en helicópteros. Más o menos como a las doce y media del día escuché la explosión de una mina treinta que teníamos mucho más arriba de donde estaba la guardia. También se escuchaban los gritos de soldados heridos.

El Ejército optó por buscar una bajada por donde estábamos nosotros para sacar a los heridos. Ahí se dio inicio a otro combate, nosotros comenzamos a atacarlos con fusilería, lanzacohetes y ametralladoras. Eso sucedió muy rápido, nosotros estábamos en una posición muy desventajosa, porque estábamos abajo. Llegamos a estar tan cerca del enemigo que usamos granadas de mano, y el Ejército también las usó. Escuchábamos los quejidos de los soldados. El combate se alargó desde el mediodía hasta entrada la noche, aunque uno en pleno combate no se da cuenta del tiempo, ni de nada que no sea el combate y la experiencia.

Una granada de mano que lanzó el Ejército le cayó en los pies a un compañero de ORPA. Lo levantó en peso, matándolo al instante, quedó destruido su cuerpo y su equipo de combate, incluyendo el arma, una AK 47. El Ejército no pudo pasar, terminó el combate como a las seis y media de la tarde, porque entró la noche y ya no se veía nada.

El Ejército no se replegó, se quedó ahí cerquita de nosotros, y nosotros también nos quedamos en nuestra posición. Recuperamos un equipo militar, pero nosotros quedamos muy desgastados por la tensión y la energía que habíamos quemado.

Como a las ocho de la noche nos llamaron a cenar los compañeros de cocina. La cena consistió en dos cucharadas de arroz cocido con sal y aceite, acompañado de un litro de agua. Como a la medianoche nos retiramos un poco más, para dormir más descansados, con menos angustia. El Ejército también aprovechó la oscuridad para retirarse un poco más hacia arriba y se fueron. Ya no hubo más combate, nosotros también nos retiramos. Dijeron luego los partes de guerra que tuvieron entre veinte y veinticinco bajas. Debo decir que fue uno de los combates más largos y atrevidos que tuve en toda mi historia de combatiente, plomo seguido sin parar hasta la noche.

Nos reorganizamos, yo me movilicé hacia Chimaltenango con un grupo que dirigía un oficial de ORPA. El resto de compañeros siguió hacia el otro lado por la vía de San Lorenzo El Cubo. Por ahí los cercó el Ejército y les dio una verguiada, como por venganza de lo que había sucedido en el Volcán de Agua, les tiraron con todo, hasta con aviación. A veces pienso que fue una de las verguiadas más duras que se le dio al Frente Unitario durante toda su historia (1993), eso lo oímos por la radio y no podíamos creer lo que ese combate había sido, fue muy duro. Perdimos unos siete u ocho compañeros. De las FAR murieron dos, el compañero Valentín, que era el médico, y Héctor, que era el lanzacohetero. Después de esto

nos juntamos con el Frente Unitario. Se buscó un lugar para descansar y hacer un balance. Fue conmovedor saber de la caída de nuestros compañeros, pero qué podíamos hacer. La guerra era así, y teníamos que continuar con nuestros muertos en la memoria.

OCTAVA ENTREGA:

Como yo era joven y no todo era guerra, me enamoré de una compañera que se llamaba Yolanda. Joven como yo, pero desgraciadamente no duró mucho ese gran amor. El Frente Unitario se desintegró por orden del mando general. Ella era de ORPA y yo de las FAR. Me dolió mucho esa separación, ese adiós. Los argumentos me ayudaron un poco, la prioridad era la organización, la revolución. Ya para ese tiempo había muchos problemas en el Frente Unitario. Yo planteé llevármela, pero el comandante Martín, quien dirigía a los combatientes de las FAR, se opuso. Él, según me enteré después, ya tenía órdenes del Mando General de las FAR de que eso no se podía permitir, era ley expresa emitida por nuestra organización.

La causa real fue que la unidad entre ORPA y las FAR estaba en muy malas condiciones. Y llevarse un combatiente, o una combatiente, aumentaría aún más el resquebrajamiento de la unidad revolucionaria.

Se concluyó que el Frente Unitario, en vez de afianzar la unidad revolucionaria, generó más bien muchos problemas, entre otros, personales. Creó mucha indisciplina, hasta tal punto que la Dirección Nacional de la guerrilla prohibió captar compañeros de las otras organizaciones, fuera por enamoramiento entre parejas de mujer y hombre o por captar combatientes para sumarlos a la organización de quien los convencía. El encargado de la logística de todas las organizaciones decidía las rutas de compras de armas, uniformes, botas, etc.

Cada organización guerrillera aportaba en lo económico para conformar el fondo que activaría la logística. Debido a que la logística estaba a cargo de ORPA, esto llegó al límite de vestir y armar a su gente con las mejores armas y los mejores uniformes, lo que daba a entender superioridad ante los combatientes de las otras organizaciones. Hasta el colmo de ofrecer grados militares a los combatientes del resto de las organizaciones, para captarlos. Así, se hacía difícil exigir obediencia a la organización que estaba al mando del Frente Unitario. Razones por las que algunas organizaciones se distanciaron de esta práctica y crearon su propia logística. Antes del Frente Unitario se habían dado también

intentos de unidad parecidos, pero con menor intensidad. De igual forma este nuevo intento, con base en este concepto de unidad, fracasó.

Para entender a cabalidad habría que explicar que todas las organizaciones guerrilleras, en un fondo común, daban un aporte en metálico para comprar la logística. El ORPA, por autorización del mando de las otras organizaciones guerrilleras, controlaba la logística y hacía las compras. Razón por la cual la distribución de las armas la hacía ORPA. Los equipos de inteligencia detectaron que ORPA se quedaba con las mejores armas y uniformes. Decían que sus comandantes vestidos con esos uniformes de alta calidad y armas de alto nivel se veían flamantes como Fidel Castro. Al contrario de los demás combatientes de las otras organizaciones, que no se veían con buena imagen: botas de hule, pobre armamento y uniformes de baja calidad. Las FAR, debido a tal situación, creó su propia logística.

NOVENA ENTREGA

Un mes después me enteré de que Yolanda había muerto en un combate donde murieron otros compañeros de ORPA. Cuando supe de la muerte de Yolanda sentí que me iba a morir, tal vez ustedes no están al tanto de saber lo que significa ir al combate con un dolor de esos metido en el estómago, ir al combate con una compañera muerta y el pecho trancado. Aquella situación se había convertido en demasiada tristeza y rabia a la vez para mí. Tristeza por su muerte y rabia por no habérmela podido traer conmigo. Dicen que ese combate se dio porque estuvieron mucho tiempo en un mismo lugar. Y el Ejército tuvo sobretiempos para localizarlos y montarles seguimiento. Igual, saber eso no me ayudaba en nada, y era otro dolor más en el cuerpo, en la sangre, en la angustia, al dormir y al despertar.

Seguí en el Frente Capitán Santos Salazar, ya para ese tiempo andaba por los quince años. Todavía padecía muchos sentimientos encontrados. Soñaba mucho con Yolanda y despertaba contrariado, sudando, y luego me costaba dormir de nuevo. Cuando iba al combate, iba con rabia, con odio. Con el tiempo fui superando la situación, el cuerpo sabe cómo hacerlo o se echa a morir.

A los años me emparejé de nuevo con una compañera de nombre Merlín, sargento de las FAR. Éramos del mismo frente, el Frente Capitán Santos Salazar. Yo ya tenía diecisiete años, duramos poco más de un año. Murió también en una emboscada con el Ejército, donde igual se cometieron muchos errores. Ella era radista, una compañera muy

responsable, muy entregada a la revolución. Ella siempre decía: «Primero la revolución, aunque adoro con toda mi alma a mis hijos, pero están después de la revolución, porque de eso depende la vida integral de mis hijos y de los hijos de mi pueblo, y tercero», decía, «la relación, el amor».

El 13 de julio cenamos juntos en un campamento improvisado por los alrededores de la finca Las Marías. Ahí hablamos de los planes de la vida, del futuro de nuestra relación. Conversamos, además, sobre dividirnos el equipo de dormir para no cargar dos, para no cargar tanto peso y andar más livianos. Me dijo que ella quería seguir estudiando medicina para ser una buena enfermera. Que tenía tiempo sin ver a sus hijos, demasiado tiempo sin verlos. Principalmente, quería darle una sorpresa a su hijo varón, que Merlín de cariño le decía el Chinito, quería comprarle una bicicleta. Entre nuestros planes estaba llegar a tener una casa digna para los dos y seguir aportando a la revolución en todo lo que pudiéramos. Terminamos de cenar como a las nueve de la noche, de ahí nos fuimos a dormir.

Nos levantamos a las tres de la mañana a preparar la salida. El objetivo era ir a cumplir una misión que tenía que ver con el cobro de un impuesto de guerra, ya acordado con el dueño de la finca Las Marías. Nuestro grupo salió a las tres y media de la madrugada. El grupo de Pezarosi, el capitán Leandro y Merlín se quedó haciendo café y quizás comiendo algo. Salieron al compromiso, estimamos, alrededor de las seis de la mañana. Allí, a esa hora en que salieron retardados, fue donde yo creo que estuvo el gran error, eso de haber salido tan tarde. Al estar en el sitio de nuestra posición asignada, escuchamos la balacera y quisimos ir a apoyar, pero no sabíamos por dónde y no pudimos ir, tuvimos que mantenernos en nuestro puesto de contención. En el momento de la balacera ya se había perdido la comunicación. De ahí, de nuestro puesto, partimos al punto de reunión convenido y no llegaron. Supusimos que habían muerto los tres, yo sentí un atragantamiento horrible.

Nos reorganizamos y comenzamos a investigar, a averiguar qué había pasado internándonos en la zona. En la averiguación llegamos a saber que habían muerto dos, un hombre y una mujer. Buscamos al que faltaba, ya más o menos suponíamos que era Pezarosi, pero no lo encontramos. Nos fuimos hacia la otra zona donde teníamos compañeros que nos podían ofrecer información. Ahí nos dijeron que la doctora de Chiquimulilla, que veía a Merlín cuando tenía quebrantos de salud, por casualidad la vio en el periódico *Prensa Libre*. Ella no sabía que era guerrillera. Ella dijo que las heridas que se veían no eran mortales. Regresamos al campamento, que era improvisado, entre Chiquimulilla y Pasaco. Llegamos al campamento, cada quien a su lado. Sentía una rabia terrible contra

el Ejército, con ganas de combatir, de enfrentar al Ejército. Esa noche después que murió ella fue demasiado triste. Eso me duró bastante tiempo.

El tiempo me ayudó mucho y lo fui superando. Aunque le queda a uno como un temor, el de conseguir otra compañera y que se fuera a morir por situaciones de la guerra. Tantas cosas a las que uno está expuesto, tantos dolores y sacrificios, y tener que superarlos, porque así es la condición de ser revolucionario y hay que seguir.

Antes de esta tragedia personal, mi mamá, con cuarenta y seis años de edad, se perdió el primero de junio de 1992, cuando estaba embarazada de un hermanito, cuyo padre era Damián. Se perdió, además, con mi hermanito como de tres años y mi hermanita como de año y medio. Esto sucedió después de un combate en un campamento que todavía no tenía nombre. Sólo dos días tardaron allí en ese campamento cuando se dio un enfrentamiento con el Ejército. Todos los que estaban allí eran parte de las Comunidades Populares en Resistencia (CPR) que estaban dentro de la selva. El combate tardó quizá como dos horas y algunos grupos lograron salir ordenadamente. Pero mi mamá, por alguna razón, no pudo salir con el grupo y se perdió del rumbo a donde iba la mayoría de la población. Fue una experiencia bastante dolorosa y con mucho sufrimiento para mi mamá, porque estuvo veintiocho días en la selva, en medio de la nada, con dos niños muy pequeños, embarazada y sin nada que darles de comida. Fueron veintiocho días muy largos y desesperados para ella.

Yo me enteré de esto meses después, cuando ya la habían rescatado. Contaba ella que cuando los niños lloraban por falta de comida les cortaba hojas tiernas y cogollos de algunas plantas, que consideraba que se podían comer, y eso les daba. Y cuando le pedían agua también buscaba en algunos hoyitos de agua que dejaban los animales. Por la mañana les daba agua de lo que amanecía del sereno, del rocío sobre las hojas de los árboles más pequeños. Eso les daba, pues no podía alcanzar más arriba. Así fue pasando el tiempo y no encontraba ningún contacto con los compañeros. Fueron pasando el tiempo y los días, y ella y los niños cada vez más débiles y con menos fuerzas para caminar y con menos energía para pedir algo, para gritar. A veces les daba de comida a los niños hojas tiernas de las que comía algún animal. Ella decía, si este animalito no se murió comiendo esas hojas tiernas, pues a nosotros tampoco nos debe pasar algo. Lo probaba ella primero, y si sentía que no tenía ningún mal sabor, y si consideraba que no era tóxico, les daba a mis hermanos.

Por otro lado, los compañeros estaban buscándola, pero la buscaban en dirección contraria a donde ella andaba. El compañero que tenía como pareja, y que era el papá del embarazo que ella cargaba, también la buscaba desesperado. Todos los días salía a buscarla, salía con comida incluso para dos o tres días de búsqueda. Cuando regresaba, nuevamente, quedaba desconsolado al no haber encontrado nada. Hasta que llegó un momento o un tiempo en que dijeron que ya era muy difícil que la encontraran con vida.

Ella ya tenía muy poca fuerza para caminar, pero con el instinto de madre de sacar a sus hijos y de que no murieran los cuatro juntos por hambre, aún seguía caminando y caminando, aunque era ya muy despacio. Trataba de encontrar alguna señal en medio de la debilidad, pero sin ninguna seguridad de poder encontrar un lugar donde estuviera el resto de compañeros. Ella, debido a tanta debilidad, ya veía alucinaciones y cuando se acercaba al lugar donde veía algo, lo que encontraba era siempre la inmensa selva, algún árbol muy grande, algún árbol caído, pero ninguna señal como pensaba haber visto. Hasta que un día encontró lo que quería y lo que buscaba, una señal. Dio con un lugar donde encontró señal de que había habido presencia humana ahí.

Fue un día y un momento de muchísima alegría para ella y sus dos niños que andaban jalando con ella. Encontró la orilla del río Usumacinta, el río que divide Guatemala y México en el Departamento de Petén. También ahí estaba el lugar donde se guardaban algunas lanchas que se ocupaban para ir a traer alimentos. Sin duda fue el momento de más alegría para ella y los dos niños, porque por fin había encontrado el lugar exacto que andaba buscando, pero para encontrar este lugar tuvieron que sufrir muchísimo ella y los niños. Ella nomás llegó al lugar y parece que se le terminaron las fuerzas por completo, se desmayó. Los niños estaban con un alto grado de desnutrición y con una anemia severa. Mi mamá, pues, también con mucha desnutrición, anemia y había perdido el bebé que cargaba en el vientre, había perdido el embarazo. Inmediatamente los compañeros, al ver el milagro, casi lo imposible, los auxiliaron con la más bella solidaridad de quien deja todo lo que sea por entregarse a auxiliar la vida de los otros, como si fuera la vida propia.

En ese tiempo yo estaba en el Frente del Sur Santos Salazar. Yo me enteré de lo que le había sucedido a mi mamá un tiempo después, como a los tres o cuatro meses. Así es en la guerra, cuando sucedía algo no le informaban a uno rápido o a lo mejor todavía no tenían la información exacta y, para no crear problemas en la moral del combatiente, no informaban hasta que la información fuera confirmada. Esto se hacía con el

propósito de no generar pérdida de la concentración en los combatientes y que eso lo afectara en algún combate.

Después de haberme enterado de lo sucedido, solicité permiso para ir a ver a mi mamá. La fui a ver como ocho meses después, cuando me fue concedido el permiso. Se demoraron mucho en darme el permiso, porque no había condiciones de seguridad para movilizarse, no había condiciones para ir al Petén. Yo estaba en el Frente Sur por Chiquimulilla y había que cruzar Guatemala, pasar a México y luego entrar al Petén, selva adentro. Duré como mes y medio para poder llegar a donde mi mamá. Fue una agotadora travesía, a todo riesgo, no había otra forma de sacarse la angustia de un hijo que muere por ver a su madre, la que le luchó la vida para que llegáramos a ser gente de bien. Mi madre sufrió mucho, pero no tanto por nosotros, porque toda su vida estuvo consciente de que había entregado sus hijos a la revolución.

Fue una gran emoción cuando la vi y un gran descanso a mi angustia y a la suya. Ella estaba bastante recuperada, mis dos hermanos también. Luvia, la más pequeña que llevaba colgando detrás en aquella travesía, tendría ya unos tres años. Y Lilo cuatro años y medio, pero a mi mamá se le notaba siempre el dolor vivo de haber perdido su embarazo, su bebé. Platicamos mucho tiempo hasta que me contó todo lo que había sufrido. Cuando terminó volvieron a aparecer los sentimientos encontrados, rabia, dolor y cuantas cosas más que pasan por el cuerpo y la mente de una persona, que lo único que hace es luchar por su pueblo, luchar por su familia, para que a nadie le sucedan estas tragedias y estos dolores incurables. Cuando ella terminó de contar todo lo que hizo en esos veintiocho días para no morir, apenas iba yo camino a los diecisiete años. Me dio por pensar cuánto había sufrido mi madre en su lucha por la vida, y cuánto sacrificio habíamos hecho nosotros en la guerra, también para no morir. Ahí también pensé en la paz, ya había sido mucho sacrificio para el pueblo y demasiados muertos.

Yo creo que la Firma de la Paz ya era algo necesario. Quizá no en las condiciones exactas en que se dieron, porque ya la mayoría de combatientes reflejaba mucho cansancio, incluso en algunos debido a las enfermedades y otros temas. Cada vez eran menos las incorporaciones reales a la guerra, cada vez éramos menos. Aunque la población nos apoyaba mucho con información, con la compra de víveres y de muchas maneras, pero no se atrevían a incorporarse realmente a un frente guerrillero, a empuñar un fusil y combatir contra el Ejército. Ya cuando uno les hablaba exactamente de ese tema, ya no se atrevían. Entonces, por esa razón creo que sí, ya la

paz era necesaria. No podíamos seguir solos los mismos, y los mismos, combatiendo y haciendo muchas actividades como guerrilleros. Cada sufrimiento traía más cansancio, porque la vida de la montaña no era fácil, nos tocaba aguantar mucha hambre y mucha sed. En algunas ocasiones las caminatas eran interminables, largas, a veces de días o noches completas caminando mojados. Ya mojados nos tocaba dormir un rato, tanto que la ropa se nos secaba en el cuerpo y uno hasta se escaldaba. Cuando eso sucedía, tenía que aplicarse uno mismo el aceite que ocupábamos para limpiar nuestro fusil, ese mismo aceite nos aplicamos en la escaldadura, nada que un talco, que una crema. No, eso no se conocía, había ocasiones en que hasta los testículos se nos escaldaban o los pies o los sobacos y por eso, y muchas razones más, creo que ya la paz era necesaria.

Realmente cuando empezó el proceso de paz yo no fui a buscar a mi familia, porque ya ellos andaban incorporados. No olvido cuando entregué mi fusil y mi lanzacohetes, realmente me dio mucha tristeza, porque habían sido como mis compañeros de apoyo, sobre todo el fusil con el que yo podía defenderme en cualquier lugar y en cualquier momento. El lanzacohetes, pues también era el que había ayudado a sacar en varias ocasiones a los compañeros cuando había alguna concentración de fuego hacia algún sector. El lema que teníamos como guerrilleros era que el fusil se lo quitaban a uno únicamente cuando moría. Y así de fácil entregar el arma con la que uno se había defendido durante tantísimo tiempo daba mucha tristeza. Pero al mismo tiempo estábamos convencidos de que era necesario dar ese paso para poder descubrir qué venía después. Confiábamos en que la comandancia había hecho lo correcto, aparte de ese gran trabajo de sensibilización que ya se había adelantado. Siempre podrá más la vida...

Sin embargo, tenía que seguir la vida y la lucha. Finalmente conocí a la mujer que sería mi esposa, un tiempo después de la Firma de la Paz. Luego que nos desmovilizamos como guerrilleros, porque estuvimos en frentes guerrilleros distintos. Ella estaba en el Frente Panzós Heroico de Alta Verapaz. Yo, en el último tiempo, estuve en el Frente del Sur, en el Santos Salazar. Por esa razón no nos desmovilizamos en el mismo lugar. Cuando la conocí, inmediatamente me di cuenta de las buenas cualidades que Bety tenía como compañera. Fui un par de veces a verla hasta donde estaba ella, un campamento de excombatientes que le llamaban Papaljá con ubicación en Alta Verapaz.

Yo en ese tiempo ya trabajaba en la ciudad capital como seguridad del comandante Pablo Monsanto. Bety al tiempo se trasladó con un grupo

de compañeros para el área de la Costa Sur, donde se ubicó la mayor parte de compañeros que estuvieron en el Frente Capitán Santos Salazar, en una finca que compraron con un préstamo de un banco. Préstamo que deberían ir pagando poco a poco. Yo no tenía derecho en ese lugar, porque desde el campamento de concentración Claudia 1, desde donde yo me desmovilicé, salí para los cuerpos de seguridad de la Comandancia en la ciudad capital. Desde ahí iba cada rato a verla. Con el tiempo nos unimos como pareja y nos casamos, tenemos tres hijos y nos ha ido bien en la comunidad El Progreso, en la finca Las Tecas, Cuyotenango, pero sin olvidar nuestros recuerdos y todo lo que hicimos en bien de nuestro pueblo.



Güicho actualmente con su hijo, el güichito Jason. En la Cabaña Ofelia. Finca Las Tecas, comunidad El Progreso. Al fondo del brazo de Güicho, se le ve la herida causada en combate. Diciembre 2020. Foto Ca. Guatemala.

**Mazate,
22 de diciembre de 2020**



4.- La historia de Bety

Me incorporé en 1990, porque mis padres eran colaboradores, vi que había mujeres y porque también era como una oportunidad para luchar contra la desigualdad entre hombres y mujeres. No había derechos para nosotras, los derechos sólo eran para los hombres. Cuando éramos mujeres nos negaban las oportunidades por ser mujeres. Me hablaron que había que luchar para cambiar la situación para que hubiera igualdad de género y mejorara la situación.

La primera mujer que conocí en la guerrilla fue a Migdalia, ella era organizadora. Ella también me ayudó mucho a saber por qué y para qué luchar. Era un grupo pequeño, una escuadra de unos seis compañeros. Migdalia, el viejo Augusto, Yonny, Morales, Guayito y Pavel. De Alta Verapaz nos fuimos al Petén. Fueron días de camino hasta donde estaba el campamento Victoria 90. Fuimos allí porque había unos entrenamientos y estuvimos como un mes. Era el Frente del Mardoqueo Guardado. Los instructores empezaron con el entrenamiento físico y a desarmar y armar las armas. El entrenador era Lima del Petén, ahí conocí a Cantor y Belarmino, eran muy buenos compañeros, combativos, responsables.

Para ese momento se estaba esperando una ofensiva del Ejército, teníamos que prepararnos para enfrentarlos mejor. Por esos días dividieron los frentes, fuimos a parar al Frente Panzós Heroico. Ahí estaban Méndez y Leandro de jefes. Yo era combatiente y dijeron que teníamos que organizarnos muy bien.

Pavel era jefe de escuadra, también recuerdo al sargento Guayo, segundo al mando de una escuadra, el sargento Mageco era jefe de otra escuadra, todos compañeros solidarios. Recuerdo que pasábamos por lugares muy feos y yo no sabía nadar. Esa vez Pavel y Guayito, en una laguna, me pasaron arriba de las mochilas, como unos doscientos metros, de orilla a orilla.

Primero yo siempre fui combatiente, pasé como un año combatiendo. Tuve combates rápidos y emboscadas diversas, no pasábamos mu-

cho tiempo en los sitios donde acampábamos. En el Petén nos cayeron las tanquetas del Ejército, nos corrieron y salimos del cerco. Otra vez los aviones Pilatos nos ametrallaban, pero no pudieron con nosotros. Nadie salió herido de esas emboscadas, de esos hostigamientos que de sorpresa nos hacía el Ejército.

Una vez me dijeron Rafa y Napo que sería bueno que me preparara como enfermera. En ese tiempo le decían brujas a las enfermeras y brujos a los médicos, por las vidas que salvaban sin tener a veces lo mínimo, ni un algodón por lo menos. «Bueno, seré bruja», dije. Empezaron a prepararme, medio preparados ya podíamos inyectar. Cargábamos las maletas con suero, jeringas, material quirúrgico, cosas mínimas. Al año de haber ingresado fui enfermera, fue un orgullo.

Una vez hubo un combate y a Pavel, que era el lanzacohetero, lo hirieron con unas esquirlas de granada. Ese fue el primer herido que curamos. No fue difícil la cura, no me asusté. A uno lo preparaban tanto que si tenías deseo y convicción de hacer las cosas bien y con coraje se te subía la adrenalina y te cargabas de fuerza para hacer lo necesario.

Saqué la pinza Kelly y le quité las esquirlas a Pavel, él tenía como unos veintidós años, era muy valiente, muy solidario, colaborador. Se metía a los combates como si no hubiese riesgo, se escondía poco en los enfrentamientos, era agresivo, hiperactivo, medía poco las consecuencias de morir.

Después hubo una ofensiva muy fuerte, y mataron al compañero Julio, eso fue como en 1991. Tenía diecisiete años, quedó desaparecido, nunca más lo vimos. El Ejército se lo llevó seguramente. Mi mamá sí lo vio y en la población de Alta Verapaz y Fray Bartolomé de Las Casas también lo vieron, eso fue cerca de donde yo vivía. El Ejército lo arrastró y lo exhibió como escarmiento.

Recuerdo también a Chancuaco, así le decían como apodo, y Pedro era su seudónimo. Después de un combate quedó perdido, como tres o cuatro días desaparecido, hasta que lo encontraron los compañeros nuestros. Estaba ensangrentado, lleno de gusanos. Ese fue realmente mi primer caso, tenía queretas de gusanos, apestaba, tenía un balazo en el brazo, por lo cual tenía el brazo quebrado, le tuvimos que sacar los pedazos de huesitos. Lo curamos, yo le pasaba la gaza por la herida, por el hueco, de un lado a otro con una pinza de anillos y le salían los gusanos y los tejidos necróticos.

Como a los ocho días lo sacaron del Frente, después de haberle hecho los primeros auxilios. Ya inmovilizado y curado, estable, lo llevaron a México por dentro de la selva. Los médicos que lo atendieron allá les dijeron a nuestros compañeros que fue un buen trabajo el que yo hice, eso me hizo sentir lo útil que era. Allá en México le curaron la fractura, yo sólo le curé la herida.

A los años lo volví a ver cuando se volvió a incorporar, era mi medio primo. Cuando me vio se puso muy contento y estaba muy agradecido. El cigarro sí no lo dejó, continuó con su Chancuaco. Se la pasaba fumando, los cigarros los envolvía en cualquier papel que encontraba, por eso le decían Chancuaco, que es otra forma de decir cigarrillo.

Aprendí en la montaña a tener una salud impresionante, porque nunca nos enfermábamos de nada. Nos mojábamos, pasábamos hambre, pero el moverse de un lado a otro ayudaba al cuerpo a resistir. Nos comíamos lo que se movía, menos los aviones, vestíamos humildes y sencillos y eso que aprendimos nos sumaba humildad. Hoy nos quita problemas en la vida real, complicaciones tontas, orgullos inútiles.

En Alta Verapaz hubo muchas ofensivas, andaban Melvin, Ronald, el Cuzo, Guayito, Pavel, la Güicha, entenada o hijastra de Morales, la Chata, la Chala y la Mayra. En ese tiempo mataron a Sandra, mi prima, una güira joven como de quince años, hija de mi tío Aurelio Larios. Sandra se había quedado en la sierra de Cahabón, Santa María Cahabón, Alta Verapaz. Se la llevó el Ejército, era hermana de Mayra mi prima la radista. Llegó un momento en que sólo nos llegaban malas noticias. Era un lugar tan difícil, era muy difícil estar allá, eso era Cahabón. No había agua, el agua que se conseguía era de unas maticas de piña que echaban unos gallitos y de noche se llenaban de agua. Reuníamos allí una cantimplorada de agua y eso tenía que alcanzarnos. Lo que reuníamos en el vaso que cargábamos pegado con la cantimplora lo echábamos en una gasa y colábamos el agua, luego le echábamos gotitas de cloro y de eso bebíamos.

Trocha era jefe de pelotón, tenía al mando como unos diez combatientes. En una ocasión fueron a un combate y lo hirieron, lo curaron, pero finalmente se desangró y murió. Así de fácil se podía morir en la montaña. Lo enterraron, sin embargo, lo sacó el Ejército y se lo llevaron para sus fines macabros. Siguieron las trillas y la sangre y lo ubicaron donde estaba enterrado. Yo no lo vi, pero ese fue el parte de los compañeros cuando lo fueron a buscar a la tumba, porque ya teníamos información de que el Ejército lo había encontrado y se lo habían llevado.

En Alta Verapaz nunca hubo paz. Caminábamos hasta diez días para burlar el seguimiento del Ejército. Pasó el tiempo y vinieron otras ofensivas muy fuertes, esa vez andaba Morales, la esposa de Morales, Lidia, que también era combatiente, y Chanito, hijo de Lidia, como de doce años. Chanito era muy querido a donde llegaba, cuando lo veían todos tenían que ver con Chanito, era una gran alegría, era muy querido. Cuando llegamos a donde estaban ellos, estaban cocinando, aunque no se podía cocinar por razones de seguridad, pero cocinaban.

Nosotros bajamos al arroyo a buscar agua, bajó Chanito conmigo. Cuando veníamos de regreso, cada quien con la cantimplora llena de agua, comenzó un tiroteo. Le dieron un tiro a Chanito en el pecho y se le zafó un zapatico. Recogimos a Chanito, ya iba muerto, pero no lo queríamos dejar tirado allí, porque lo recogería el Ejército. Lo enterramos a una distancia como de unas dos o tres horas de camino. Eso fue una gran tristeza, ese era un compañerito muy querido, Chanito.

Para mí eso fue una bala perdida, usted sabe cómo son los patojos de distraídos, porque si no me hubieran matado a mí también. Ahí estaba Lidia cocinando también, eso fue muy duro, increíble el pesar y el dolor, perder un hijo no es cualquier cosa. Pesa el dolor todavía mucho.

Seguramente nos hicieron un seguimiento, el Ejército siempre nos buscaba donde había agua, pero aún sigo sin entender cómo fue lo que pasó.

Según recuerda Lima, el Mandatario, el ataque y la muerte de Chanito allá por el año 1993, entre el 4 y el 7 abril, según lo que hablé con el compa Morales. La compa Lidia recuerda que Pascual cumplía años el 11 de abril y recuerda que faltaban seis días para su cumpleaños. De tal manera que once menos seis es igual a cinco, esa podría ser la fecha en que cayó en combate Pascualito...

Estábamos acampados a orillas de un arroyo, de los muchos que en el área de combate había cercanos a la aldea Boloncó. Era un lugar poco adecuado para permanecer allí por mucho tiempo. Razón por la cual en una reunión de mando tomamos la decisión de cambiarnos a otro lugar que nos brindara mejores condiciones de seguridad. Mandamos exploraciones para ubicar un nuevo campamento y montamos grupos de avanzada para tratar de ubicar un posible avance de la incursión enemiga. Ya que un día antes campesinos habían descubierto una de nuestras avanzadas. Ese mismo día también mandamos una unidad de choque con el fin de

interceptar al enemigo durante su itinerario hacia nuestro campamento, pero no fue así. El enemigo llegó a nuestro campamento antes y nos atacó por sorpresa. El combate inició cuando el compañero Chanito bajó al arroyo para llenar un galón de agua. Cuando él se disponía a subir para incorporarse a su escuadra, fue alcanzado por las balas enemigas.

Nuestros heroicos combatientes respondieron al fuego enemigo al mismo tiempo que auxiliaban al compañero que se encontraba gravemente herido. Libramos un combate que duró entre veinte y veinticinco minutos e impedimos el avance enemigo. También le causamos bajas, mientras una escuadra nuestra encabezaba la evacuación del compañero herido. Uno de nuestros sargentos más audaces y aguerridos era el jefe de esa escuadra, el sargento Quirino, así lo apodábamos.

El resto de la tropa guerrillera libraba un heroico combate para cubrir la evacuación del compañero. Hablando con otro de nuestros sargentos más combativos, de esos que tienen más agallas que un pescado, el sargento Gallo, recordamos que en ese combate ya mero me estaba chamuscando con el reflujo del lanzacohetes RPG7, pero cuando él me vio ya no disparó el cohete. Pues los gases que el lanzacohetes suelta hacia atrás son letales, por lo menos a unos cinco metros.

Después de un tiempo de combate y de haber garantizado la evacuación del compa nos retiramos. No sin antes enviar a una de nuestras unidades a perseguir al enemigo para hacerles un ataque por la retaguardia o bien una emboscada durante su retirada. Así fue que cayeron en una emboscada y les causamos bajas.

El compañero Pascualito murió durante la evacuación y, aproximadamente, a dos kilómetros de donde fue el combate, cerca del río Boloncó, fue enterrado. Ustedes dirán, quién es Pascualito. Yo tampoco lo sabía, porque Pascualito y Chanito son dos pseudónimos que se refieren a un mismo héroe. Un niño de once años que, para no morir torturado a manos del Ejército asesino de aquellos tiempos, buscó refugio en las selvas y se unió a las fuerzas guerrilleras para luchar por una Guatemala mejor.

Chanito es uno más de los que cumplió con la consigna de «Vencer o Morir por Guatemala, la Revolución y el Socialismo». Pascualito o Chanito, pero su nombre de pila real era Hermógenes Sical Iboy. Vivan nuestros héroes y mártires, presentes, presentes, presentes. Hasta la victoria siempre.

La situación en la guerrilla, manifiesta Bety era muy difícil, no había comida, el agua escaseaba mucho. Recuerdo que mi familia también sufrió hasta el límite, porque ellos nos llevaban comida. Después el Ejército revisaba todo lo que comprabas e investigaba para dónde ibas. Sufrían porque ya no pudieron llevarnos más comida. Toda mi familia sufrió mucho, la guerra psicológica también era muy cruel.

A Chaquiste, que era de nuestro Frente, lo agarró el Ejército y lo cargaban como guía para dar con la guerrilla, porque él sabía bastante de nosotros. Ya no había manera de acampar, la zona era muy pequeña y Chaquiste sabía todos nuestros movimientos. Encontrábamos huellas del Ejército que se cruzaban, la búsqueda que nos hicieron fue horrible. Todo eso sucedió entre 1993 y 1994. Tuvimos que irnos al Petén y ya no supimos más de Chaquiste.

A pesar de la situación difícil que encontramos en Petén, nos sentíamos moralmente bien, mucho mejor. Si un limón era lo que había, eso comíamos todos, era demasiado bonito sentirse como familia con respeto y admiración. Cuando salíamos a ver a la población le explicábamos sobre la igualdad de género y los derechos de las mujeres, era nuestro trabajo político en los mítines. Había normas como, por ejemplo, si había seis hombres y una mujer, tenían que respetarla, no verla como un objeto. La violencia de género era castigada si la mujer lo denunciaba. A quien ejerciera la violencia contra las mujeres lo ponían en posta permanente, a dar charlas de género o a encargarse de la seguridad durante un tiempo.

Volvimos con más gente a Alta Verapaz, nos organizamos mejor y más fuertes, ya teníamos comunicaciones. Andaba Roselia como jefe de Radista con Ruperto, que era radista también. Andaban detrás de la vanguardia, en el centro como parte del mando, a cargo de Méndez, el teniente Currucho y Melvin.

Varias veces llegó el comandante Pablo Monsanto a visitarnos y sus hijos también, venían a informar de la situación nacional, de nuevas estrategias y como apoyo moral. Cuando supimos que iban a firmar la paz, al inicio fue duro, no sabíamos si nos iba aceptar la sociedad como normales. La parte más dura fue ver al Ejército de frente y nosotros sin el fusil. Ya tenía a mi hijo Maynord, una bendición.

En 1995 había salido embarazada, así anduve en el Frente y estuve en varios combates, mi embarazo no fue una traba. Cuando ya iba a dar a luz me quedé en el Petén, en un lugar que le decían Izote. Ahí también

se quedaron Morales, Lidia, Picher, la Chata, la mujer del Flaco, que también estaba embarazada, Raúl y Napo.

Recuerdo que ya estaban las negociaciones, había un cese del fuego, pues se había firmado un acuerdo de paz el 6 de mayo. El 7 de mayo nació mi hijo, Maynord. Parí solita, pasé tres días con dolores, todavía el 6 hice cocina. Se fueron incrementando los dolores. Ya tenía mi equipo para cortar el ombligo. Cuando nació, después salió la placenta. Eso fue como a las tres de la mañana. Fue muy duro, yo no tenía un Clamas Umbilical, tenía que usar una seda, un hilo para campear el ombligo, para que no se desangrara al cortar el cordón umbilical. Tardé mucho en eso, a mi nené ya lo tenía tapado para que no se me fuera a poner hipotérmico. Me medio lavé el cuerpo, me puse un pañal de tela y me fui a llamar a Napo, el esposo de Rosita, ambos eran enfermeros. Desperté a Napo, ya había revisado a mi hijo y que estuviera todo en orden con mi cuerpo. Salió Napo de la carpa y me fue a apoyar a mi puesto, a mi dormitorio, y ahí cortamos el cordón umbilical. Todo salió bien, me sentía muy bien, con mucha hambre.

Después vino el lado malo, porque no tenía leche que darle, no me salía nada. A Picher lo autorizaron para que me fuera a comprar un pote de leche NAM y desde ahí se siguió la rutina. El apoyo y solidaridad de Napo siguen siendo impagables, todos los compañeros me apoyaron, fue muy grato toda esa solidaridad entre revolucionarios. Al mes cabal de todo eso tuvimos que seguir, caminamos como unas diez horas, llevaba a mi hijo conmigo aquí adelante con un perraje. Todavía tengo el perraje, ya va pa' veinticinco años de tenerlo como un gran testimonio, al igual que mi hijo, que también cumple veinticinco años este mayo de 2021. Él sufrió mucho conmigo, pero nunca se me desnutrió.

Íbamos al campamento que le decían La Balsa, había un río, recuerdo, mas no recuerdo su nombre, había un potrero y mucho pescado. Había pocos recursos, pero nadie dejó desnutrir a sus hijos. Tendría un par de meses mi hijo y, si no se llega a dar el Acuerdo de Paz habría tenido que dejar a mi hijo con un apoyo por el peligro que corría. De sólo pensar dónde lo hubiera tenido que dejar, me espantó. Con mi familia no se podía quedar, porque el Ejército custodiaba esa zona y si veían un niño sin nadie embarazada, mataban a toda mi familia para que hablara y nos delatara.

Mis padres sabían en qué andaba yo. Cuando en las noches había condiciones yo los iba a visitar, hoy sé que era un gran riesgo para ellos, pero la necesidad de verlos era mucha. Era una situación difícil y peligrosa, no

podía regalar a mi hijo ni quedarme en la retaguardia. Por suerte ya estaban las conversaciones de paz. Tengo una foto de mi hijo en la montaña, a veces lo miro en esa foto y pienso en lo que pasamos.

Fuimos a un lugar donde había mucho pescado. Ahí nació en junio el hijo de la Chata, la Chatilla, ya me sentía apoyada, ya eran dos niños. Esa fue la parte más complicada, cualquier orden podía aceptar, menos dejar a mi hijo. Las tres que tuvimos hijos nos apoyamos en todo y nos quisimos mucho, mucho.

Después de que se firmó la paz cambiaron las cosas del compañerismo, cada quien se fue a su lugar, a buscar, a resolver. Nos fuimos al campamento Sacol, donde nos concentraron para la desmovilización. Ahí se desmovilizaron Pavel, el Currucho, el Gato de Petén, la Mayra y el finao Chaca Chaca, que murió aquí en la comunidad El Progreso, en un accidente, lo atropelló un camión. Fue un buen combatiente, una gran persona, muy solidario, un gran compañero, mis sentimientos y mi recuerdo para su persona.

Hasta Maynord, mi hijo que tuve en la montaña, se desmovilizó junto conmigo, él tiene sus credenciales de desmovilizado de la guerra. Cuando entregué el arma sentí tristeza, angustia, inseguridad. Nos quedamos un tiempo, como un año. Después Chaca Chaca nos dijo que si nos animábamos a irnos al sur. Como en el 1997 fue eso, y ya vamos a cumplir veinticuatro años aquí en el sur. Entre los que vinimos estuvo el Güicho, enfermero de Petén, la Rosa, la Chata, Napo y Rafa, fue una suerte. La guerra fue muy dura, hubo hambre y dificultades, pero soy agradecida, doy gracias por haber convivido con grandes personas que me ayudaron a comprender la vida, a conocer y a valorarme.

Gracias a Dios y a Chaca Chaca, si se está en alguna parte después de la muerte, desde aquí le sigo dando las gracias y también al compa Williams, que murió aquí, se enfermó de una insuficiencia renal, nos dolió mucho su partida, fue estremecedor su adiós.

Igual doy las gracias al marido que Dios o la vida me dieron, al Güicho, Beltrán Jiménez Castillo, lo conocí en el Petén en 1997. Y hasta el día actual seguimos juntos, con planes, con sueños todavía. Realmente yo no quería estar en el Petén y vine aquí a la finca Las Tecas, Comunidad de El Progreso, por la gracia de lo que ya he contado.

Yo venía de una familia numerosa, campesinos, ninguno de mis padres estudió. Mi papá, Margarito Larios, nació en Baja Verapaz. Mi

mamá, Carmela Zuleta, también era de allí. Para ese tiempo decían que para estudiar, los hombres, las mujeres no. Y alcancé, gracias también a haberme incorporado a la guerrilla, a graduarme luego de la Firma de la Paz de enfermera auxiliar.

De la paz no podemos decir que no se logró nada. Se logró el poder estar vivos todavía, saber que existen los derechos humanos. La paz también nos dio la oportunidad de tener la finca, que, aunque la tengamos que pagar, eso también fue y es importante, el haber tenido un lugar, un pequeño lugar a donde llegar. Siento que, a pesar de todo, hoy las mujeres nos acercamos más las oportunidades. De la paz aprecio, sobre todo, que dejamos las armas, porque al final nos estábamos matando pueblo con pueblo.

Me parece conmovedor, pero las jeringas de vidrio las extraño, que buenas eran. Las hervíamos y le servían a otro compañero herido en la guerra. Nosotros queríamos y cuidábamos mucho esas jeringas, hoy las añoro y qué caras son ahora.

Mi ilusión era trabajar de enfermera y diecisiete años de enfermera tengo ya, y a cuánta gente he ayudado en esos años, eso es un lujo, ayudar. Y cuántos me faltan por ayudar y seguir ayudando solidariamente.

Del trabajo de enfermera salgo y me vengo para acá, al lote de tierra que tenemos en esta comunidad El Progreso, donde vivimos. Aquí criamos las gallinitas y pavos, tenemos la siembra de milpa, de plátanos y las matas de flores para el apiario.

De la montaña, de tantas experiencias de aprendizaje, me quedo con el compañerismo. También hubo muchas cosas bonitas, nunca vi compañeros enfermos de depresión. Con un radiecito hacíamos las fiestas. No teníamos comida ni techo, sólo lucha y nadie se moría de depresión. Teníamos mucha alegría y unidad, ahora todo es el teléfono. Se pelea la gente por pobreza, por riqueza inexistente, a veces por nada se pelea la gente. Recuerdo aquellos gestos de humanidad y compañerismo, a veces en la cocina alguien se levantaba del grupo donde conversábamos y decía: «Les voy hacer un atol». Éramos muy unidos.

Una vez íbamos por un guamil, y de golpe venía Serigua corriendo y nos dijo que nos fuéramos. Él pasó adelante y las abejas iban atrás de él. Nos picaron a todos, pero a quien seguían era a Serigua. Se tiró a

un arroyo y se metió al agua, pero cuando sacaba la cabeza lo seguían picando hasta que lo dejaron quieto, quién sabe qué les haría a esas pobres abejas. Tuvimos que inyectarlo, se le hincharon la cara y el cuerpo. Después nos carrerearon unas culebras Barba Amarilla en un potrero. Andaban el Maya, Pavel, Guayo y un hermano del Maya. Eran muy patojos, jugaban alumbrándolas como a las siete de la noche y se nos vinieron encima y tuvimos que salir corriendo. Y nada, esas culebras atrás de nosotros, por allá nos sentamos a descansar y volvían a llegar y a volver a correr.

En mi infancia tuve que trabajar la tierra y cuidar los animales, nunca estudié, sólo cuidaba a los animalitos. Nuestros padres eran muy estrictos, no tuvimos amigos. A veces iba a donde Mayra cuando niña, nos conocimos desde muy pequeñas, la hermana de Mayra era la que se llamaba Sandra y a Sandra la mataron cuando tenía como quince años. Ella se fue en una patrulla de despliegue y desafortunadamente cayó con un tiro en el pecho, ya no la pudieron sacar y ahí quedó. Seguramente se la llevó el Ejército, porque nunca más supimos algo al respecto.

Fueron tantas cosas, sufrimientos, compañeras y compañeros caídos, el dolor es muy grande, pero nunca mayor a la necesidad de luchar para no morir en vano. Y es así, uno morirá con todo eso en la memoria, como un homenaje a los nuestros, al pueblo campesino, para que no haya olvido. Culminó Lima su relato.



*Cindy, hija de Güicho y Bety, y su hijo Beltrán,
en la casita de la Comunidad El Progreso. Enero 2021.*



*Pezarosi en el frente Tolimán,
un campamento en las faldas del Volcán
San Lucas Tolimán, Sololá. 1996,
ya en la desmovilización.*

5.- La Historia de Antonio Pirir Cuxt (seudónimo Pezarosi)

La historia de Pezarosi, actualmente un hombre de sesenta y siete años de edad, nacido en el municipio San Juan de Sacatepéquez, Departamento de Guatemala, a la par de Chimaltenango, diecinueve años en la guerrilla, toda una vida, la vida misma. Desde su voz, precisa con mayores detalles, acontecimientos ya narrados por muchas otras personas. Es un sobreviviente del «milagro revolucionario», pero realmente le salvaron la

vida su entereza y decisión. Nació un 1° de marzo de 1953 en una aldea llamada Cruz Blanca.

Tengo una hija nada más, de cuarenta y tres años. Eso, debido a que mi padre me alertó sabiamente sobre que tener muchos hijos era un problema. Tanto para criarlos como para enseñarles una manera sana de vivir, para que no se contaminaran con los libertinajes del tiempo que vivíamos y que vivimos. Me dio un libro para que conociera los métodos para no embarazar a la mujer. Mis padres no eran de otro mundo, también eran de Sacatepéquez, San Juan, y no estudiaron nada. Pensaban que era mejor trabajar para garantizar la comida, que estudiar mientras uno se moría de hambre.

Yo emigré para el Departamento de Escuintla como a los tres meses. Estudié en una aldea que llamaban La Democracia, pero ni siquiera pude sacar la primaria. Me integré a la lucha cuando andaba por los veintiséis años, un 29 de abril de 1979. Aunque desde 1977 ya estaba haciendo trabajo de células.

Las razones por las que ingresé a la guerrilla fueron que, en ese tiempo, el Ejército perseguía mucho a los catequistas. Ya éramos señalados de subversivos y era cierto. Había un cura de Estados Unidos que bajaba de Sayaxché para darnos las charlas de catequesis. El primer tiempo se centraba en formarnos como catequistas y el resto del tiempo

nos empezaba a hablar de la situación política y represiva. Nos decía que teníamos que enseriarnos, porque no iba a pasar mucho tiempo sin que tuviéramos que tomar las armas. Por otro lado, nos dimos cuenta de que un Escuadrón de la Muerte empezó a entrar en la comunidad y se llevaban gente que después aparecía muerta o torturada, hasta mujeres con los pechos cortados, y aparecían también muertos de otros lugares.

Fue un error de nuestros responsables dar a conocer a mucha gente sobre nosotros los colaboradores. La situación empeoró, hasta nos tuvimos que ir a dormir al monte. Así, de esa manera, estuvimos como un mes. Se llevaron a muchas personas de esas que nos conocían, y terminamos siendo delatados. Cuando yo me organicé, un primo, Antonio Guamuch, me habló de toda la situación que existía en el país. Me fue preparando en propaganda, pintas y volantes. Él era catequista, luego se salió de la organización guerrillera, se retiró, no lo vimos más. Su familia sí estaba y continuó incorporada. Entre ellos otro Antonio Guamuch, de seudónimo Maximiliano, que era como sobrino nuestro, y que luego cayó en un combate fiero por allá en Las Palmas. Yo andaba por Poptún cuando sucedió esa acción donde perdimos a varios recios compañeros.

Al incorporarme aquel 29 de abril, llegué a un campamento donde estaba el comandante Ruiz. Íbamos cinco, era la célula que conformábamos como catequistas. Nos indicaron quedarnos a dormir allí ese día, pero luego seguiríamos camino a Santa Elena para ir a la capital en avión. Ahí estuvimos mientras preparaban los papeles. El comandante Herbert estuvo encargado de gestionar nuestra papelería desde la ciudad capital. Nos llevaron a una casa de seguridad en Villa Nueva, duramos como dos meses allí. Herbert nos dijo que ya los papeles estaban casi listos.

Al día siguiente, cuando nos dijo que ya iba a recibir las visas, ese mismo día, fue capturado. Nos avisaron inmediatamente, como a las cuatro de la tarde, que había caído Herbert. Cuando lo supimos nos fuimos todos los que estábamos en la casa. Esa decisión de irnos fue una orden inmediata de los que estaban a cargo de la casa de seguridad. Me llevé la célula a donde un primo mío que vivía en Bárcenas, Villa Nueva. Nos tocó tener que preparar al primo para aquella situación, cosa que nos dio bastante trabajo. La decisión que tomamos fue reunir plata para irnos al Petén. Así fue como nosotros nos fuimos al Petén y el primo se quedó vinculado a la organización, él también continuó el trabajo revolucionario. Cuando lo visité después, luego de la Firma de la Paz, me comentó: «Cónchale, me dejaron embarcado aquí pues, por órdenes superiores,

porque tuve que utilizar mi vehículo para trasladar armamento a esas áreas por donde estaba un oratorio».

Cuando llegamos al Petén fue otro problema, porque no sabíamos nada, ni siquiera si había más gente organizada. Fuimos a una parcela que yo tenía y allí nos mantuvimos como quince días comiendo cogollos de palma. Hasta que nos conectamos con una gente que estaba organizada. Fue como a los veinte días que logramos hacer contacto con Gary y supimos que nuestro viaje se había cancelado por completo. A partir de ahí nos quedamos en su patrulla y comenzamos a realizar actividades al mando de Gary, eso fue en 1980.

Quien sabe de armas sabe cuándo pega y cuándo no, el sonido a lo mejor es diferente. También teníamos técnicas para encontrar a nuestros compañeros perdidos, darle golpes a una gamba era una estrategia para que el grupo oyera a un compañero perdido. El colmo del guerrillero era que con un solo tiro de una escopeta 22, que cargaba el compa Veinte Años, consiguiéramos una presa para comer. A Alex, un compañero nuestro que teníamos como buen tirador, lo animé a cazarnos un jabalí y le dio, me acerqué y efectivamente el animal ya estaba muerto.

Según Alex, una vez que llegó el capitán Méndez al lugar decidió ir en la mañana a cazar y se imaginó la película y todo, pero antes que pudiera reaccionar y buscar una presa se le apareció un venado y lo mató. Cuando lo llevó al campamento, le dijo Méndez que no lo creía, que había sido demasiado rápido, que él debía tener amarrados a los animales y hacía como que los cazaba.

Otro día llegó Ramiro, el Saraguato, donde Bacho y dijo que si le daba permiso para cazar. Respondió que sí, pero que sólo podíamos usar tres tiros y que si gastábamos más nos iba a sancionar. Ese día fue tiro y tiro, cinco tiros, y ni mierda. De pronto nos encontramos con un saraguato herido, que se metía hojas en la herida y lloraba. Había que sacrificarlo para que no sufriera más, uno se conmueve como gente que también es y sabe de esas heridas. Esta era nuestro día a día.

Allí aprendimos a orientarnos en la selva, había muchas formas de orientarse, por ejemplo, con los árboles a los que siempre le nace un arbolito a un lado, al lado norte, donde pegan los primeros rayos del sol. El arbolito se vuelve bejuco y le da la vuelta, de norte pasa por el oeste y cierra la vuelta, se cierra en el saliente. También usábamos las señales por ruidos o escritos

en las gambas, teníamos maneras diferentes para guiarnos. También con las gambas, la más grande indica que hay agua en esa dirección.

La selva te endurece, pero no mata tu parte humana. Cuenta Alex que un día llegó una Guancorola a las seis de la tarde, tragándose los granitos de maíz. Puse un grano en el anzuelo y se tragó el maíz y se enredó en un árbol, eso le dio un cargo de conciencia terrible. Se le derramaron las lágrimas y no pudo comérsela. La curó cuatro días y la dejó ir.

Son muchas las situaciones difíciles que uno vive en la guerra. Una vez me dejaron solo mientras lloraba por mi mujer que había muerto de una enfermedad. Eso fue demasiado doloroso, cargaba una pistola 38 con la que me quería matar por no soportar la muerte de mi mujer, aquella mujer que había amado tanto.

David, otro de nuestros compañeros, estuvo en Tiquisate, salió herido y en México se quedó para curarse, al poco tiempo pasó a las estructuras de logística, y estuvo en el Panzós Heroico donde volvió a salir herido.

Bueno, comenzamos a activarnos en la zona, a tirar tachuelas, pintas y volantes en las aldeas. Y otras actividades como localizar a la gente que era oreja del Ejército, obteníamos previa información de la población, que nos detallaban quiénes eran los que estaban entregando a nuestra gente al Ejército.

De ahí pasé a trabajar con el comisario político que se encargaba de organizar las poblaciones, estuve con él por unos dos años, era el compañero Bacho, padre del capitán Rony, de la Cooperativa Nuevo Horizonte.

En cierto punto decidimos integrarnos de lleno a la guerra y, dos años después, el 29 de abril de 1982 fue la masacre en Los Josefinos. Los Josefinos quedaba a la par de la comunidad de Canaán, que correspondía en aquel tiempo al municipio de La Libertad.

Viví en Los Josefinos antes de integrarme por completo a la guerrilla por las mismas razones que mucha de nuestra gente campesina y obrera, por huir también de la represión por parte del Ejército. Me he salvado muchas veces, esa vez me salvé de ser masacrado en la población de Los Josefinos.

En ese mismo momento de la masacre de Los Josefinos ya me había incorporado a la guerrilla, a las FAR, lo que fue una salvación. Todavía no

estaban fundados los frentes, por lo que no podía estar en dos lugares a la vez, en la montaña y en aquella desafortunada población de Los Josefinos, si no, no estaría contándola.

De ahí pasé a trabajar, como dije, con Bacho, el comisario político que se encargaba de organizar las poblaciones, como por unos dos años. Luego, en 1982, fui parte de la seguridad, unos pocos días, del comandante Pablo Monsanto y también de la capitana María. En todo ese proceso me tocó ir mucho a la frontera a buscar logística, como la dinamita para las bombas Clymore.

En esos tiempos pasábamos caminando sobre los muertos de las masacres que ejecutaba el Ejército en las poblaciones de la comunidad de Los Chorros, municipio Las Cruces. Buscaban, como decían ellos, «quitarle el agua al pez», es decir, quitarnos el apoyo de la población. Eran tantos los muertos que ni los animales se daban abasto para comérselos, qué desgracia era eso, qué imágenes uno lleva para arriba y para abajo en la memoria.

Es fácil contarlo, pero era muy duro y triste ver esa situación. Aquella impresión nos producía temer al Ejército y a su inhumanidad, pero a la vez nos generaba también odio y más ganas de luchar por nuestra gente.

Una vez veníamos de la frontera, traíamos logística y nos quedamos por ahí por Los Chorros. Oímos los camiones del Ejército que zumbaban, se sentían muchos y eran apenas unos cuatro camiones. Llegaron como a las seis de la mañana, tomaron esa población y pusieron campamento.

Nosotros nos retiramos, andábamos Jonás, un hermano de Merlín, Sandokán, Chupina, el papá de Jony iba adelante, y yo, cuando de pronto se paró Chupina. Nos acercamos y vimos a un militar grandote con boina. Chupina salió corriendo de regreso, lo agarré de la mochila y le dije: «¿Qué pasó?, ¿qué putas, para dónde vas? Si son los cuques metámonos aquí», y nos perdimos. «Miraaaa, el Ejército», me señaló. Le dije que bordeáramos el lugar, y nos fuimos y nos perdimos, porque estaba muy nublado. Acampamos, juntamos fuego, estábamos descontrolados.

Después en la comunidad El Progreso, en una reunión tomando cerveza, estuvimos Ramiro, Alex y yo, y luego llegaron Gary y Johana y se incorporaron a la conversa del testimonio de la guerra.

Dice Ramiro, que al compañero Veinte Años le decían también Pajuil o Mura y se llevaban mal, porque era muy terco. Alucinaba helicópteros y aviones, íbamos a cruzar una calle y decía que ahí estaban los cuques. «Por usted», le dije, «así no vamos a llegar nunca al contacto. Mejor otro día venimos». Nos perdimos, por supuesto, y saqué la brújula, pero él no confiaba en ese aparato. Le dije a Chupina que él, Veinte Años, no quería sacar la brújula. Y Veinte Años pidió fusilamiento para mí, porque yo era un patojo. Lo que pasaba con la brújula era que para saber usarla había que tener un conocimiento previo, no era tan fácil como con los guamiles, los árboles altos que sobresalen y sirven de guía. Otro punto en contra era que nos delataba la olla, los enseres que uno cargaba atrás, y la vestimenta. Guanchito, dice Johana que decía: «Perdidos no estamos, el rumbo es el que no se encuentra». Al otro día vimos salir el sol y propuse que siguiéramos la salida del sol, cabal caímos en un camino de camiones, un trocopás conocido.

Llegamos a la casa de una compañera a la que le decíamos Tía, ella era parte de la organización. Nos dijo que por ahí había pasado el teniente Sandokán. Ahí caímos en la cuenta de que a quien habíamos visto de boina, alto y barbado, era al teniente Sandokán.

Me mandaron a llamar a la jefatura, estaban el comandante Pablo Mon-santo y la capitana María. Me informaron que el Ejército había matado al compañero Chabelo y que quedaba a cargo el compañero Águila. Nos ingresaron en esa guerrilla, ahí estaban Fernández y otros compañeros que no recuerdo. Yo fui como radista, me prepararon como en una hora. Yo no sabía nada de eso, pero en el camino me fui entrenando, era una cuestión de emergencia. Duramos como un mes caminando por la selva para ir a dar con esa guerrilla. Yo llevaba la radio y Fernández llevaba la batería, la cargamos desde el Frente Lucio Ramírez, área del municipio La Libertad, hasta el área de Santa Ana y Dolores, que todavía no era municipio. Sólo descansamos unos tres días en todo el trayecto. Cuando llegamos se hizo una reunión para informar de la llegada de Fernández y la nueva disposición de que él tomara la responsabilidad del Frente Feliciano Argueta Rojas, el FAR.

Yo con mi radio ya mantenía comunicación con el Frente Lucio Ramírez. Por mi trabajo de radista iba poco a los combates, era una regla. Cuando ellos hacían las acciones me daban el parte de guerra y yo hacía la comunicación a la Dirección General de la organización.

En el FAR estuve dos años. A los dos años me mandaron a llamar y me fui a relevar Alex como radista. Regresé para la zona donde estaba

activo el Frente Lucio Ramírez. Ahí me informaron que me habían otorgado una beca, debido a que tenía ciertas habilidades como radista. Salí a principios de 1985 para México. En México estuve como quince días hasta que me arreglaron los papeles para trasladarme a Nicaragua.

Yo entré a la guerra con el nombre de Alfredo, pero con el tiempo aparecieron otros Alfredos. Cuando me fui para el FAR me puse Neri. Cuando volví a regresar a la zona por donde andaba Lucio Ramírez ya había otro Neri. A partir de ahí decidí ponerme Pezarosi.

Eso, porque recordé que una vez, antes de la guerra, yo fui a una finca a trabajar de tractorista y había un señor que tenía como cuatro fincas y se llamaba Santiago Domínguez Pezarosi, era italiano. Yo me dije con este seudónimo, aunque no tenga ni una finca, ya jamás me va a aparecer un tocayo. Sin embargo, de México en adelante tuve que ponerme otro seudónimo, era la norma, y me puse Oscar.

En Nicaragua duré como tres meses, fui a parar a un destacamento sandinista, mientras salía a mi destino final que era Cuba. Como a los dos meses llegó la compañera Tita, que era la compañera del comandante Ruíz, y me dijo que me iba a agregar al grupo del Festival de la Juventud y los Estudiantes que se iba a realizar en Moscú. A medio camino le pregunté si era cierto lo que me había dicho, eso de que iba al festival ese... «Mira, es cierto», me dijo. Luego llegué a la casa de seguridad donde estaban hospedados los compañeros que iban al festival. Ahí estuve dos días con ellos para orientarme sobre cuál era la misión. A los dos días, como a las once de la mañana, salimos rumbo a Cuba. Nos despidió el comandante Daniel Ortega y Omar Cabezas.

A la una de la tarde ya estábamos en Cuba. Ahí nos recibió personal del protocolo cubano. En el avión iba con nosotros una delegación de Honduras que también iría al Festival. Estuvimos toda la tarde esperando. A las ocho de la noche salió el avión rumbo a Moscú. A estas alturas para mí eso fue un sueño, qué iba a pensar yo que podía ir a esos lugares.

Hizo un aterrizaje el avión en Irlanda, luego salimos a Moscú y llegamos en la tarde del otro día. Al llegar nos ubicaron en un hotel a descansar, para empezar las actividades al día siguiente. La misión que llevábamos, era dar a conocer la guerra que se estaba librando en Guatemala. Fueron muchas las reuniones, nos hacían muchas preguntas. Íbamos treinta y cinco delegados de las cuatro organizaciones: EGP, FAR, ORPA y PGT.

Ya de regreso me quedé en Cuba, me incorporé con otros compañeros que quedamos por ahí, y nos enviaron a Pinar del Río a prepararnos militarmente con morteros, cañones y una diversidad de armamento de diferentes calibres. Duramos como cuatro meses en preparación política y militar. Al terminar el entrenamiento nos trasladaron a la capital, La Habana.

Empezamos entonces a entrarle a todo lo que tenía que ver con comunicaciones, inteligencia y contrainteligencia. Y alguna que otra materia relacionada con las comunicaciones, como telegrafía, por ejemplo. Ahí pasamos dos años en preparación permanente, sobre todo lo que tenía que ver con las comunicaciones.

Regresamos a Nicaragua, según instrucciones ya yo estaba destinado a llegar directamente a la capital de Guatemala, pero estando en Nicaragua me informaron de cambios de planes. Ya no iría a Ciudad de Guatemala, sino al Departamento de Petén. A Víctor Xosnoi (seudónimo), hijo del capitán Santos Salazar, lo habían trasladado a trabajo de explosivista como sanción por algunos errores que había cometido, y yo lo sustituí. Agarré la responsabilidad y tuve que preparar nueva gente. Seleccioné muchachos y muchachas entre catorce y dieciocho años y con ellos hice una escuela de radistas.

Pasé muchos años en Petén encargado de los planes de trabajo del sector comunicacional. Después regresó Alex Linares para apoyarme en tanto trabajo por hacer y se quedó como dos años, trabajamos mucho.

Tal vez duraría de diez a doce años trabajando desde las cuatro de la mañana hasta media noche todos los días, muchas veces hasta la una de la mañana. Era un trabajo de mucha responsabilidad, estaba en riesgo la vida de nuestros compañeros y no estábamos dispuestos a cometer ningún error.

Luego se dieron otros problemas de carácter político en la organización, contradicciones internas diría yo. En ese tiempo estaban al mando el comandante Gary, el comandante Orellana y el comandante Martín, quien era el jefe de Radio Rastreo, la radio encargada de investigar y hacerles seguimiento a las comunicaciones de los militares. Martín me dijo: «Usted se queda aquí controlando mientras regresamos o viene otro al mando».

Se fueron todos los jefes y yo me quedé ahí. A los días llegó el comandante Pablo Monsanto a tener una reunión con todos los comandantes

que habían salido y no los encontró. Como al mes regresó el comandante Fernández desde el Petén y agarró la responsabilidad de Jefe del Mando Militar insurgente del Petén. Llegó, nos reunió y nos dijo que venía como jefe, que le diéramos información de qué había pasado en ese tiempo en que se fueron los comandantes. Yo le informé a Fernández. Mucho tiempo después supe que había sido una conspiración contra el comandante Pablo Monsanto, aparte de la conspiración anterior que había dirigido Oswaldo.

Pasó cierto tiempo y me enviaron para México a reuniones con el personal de logística, a coordinar las comunicaciones. Recuerdo que gracias a las comunicaciones se salvó mucha gente y se ganaron grandes combates. Hubo un combate donde andaba el teniente Silvio, y el Ejército lo había detectado durante una comunicación. Recibiendo el mensaje y ya el Ejército estaba en sus alrededores. Gracias al aviso se salvó.

Muchos compañeros se orientaron con esas comunicaciones, si no, otra sería la historia. Todo eso se lo debemos mucho a la capitana María, quien se esmeró en instalar ese sistema de comunicaciones.

De México me enviaron para el Frente Santos Salazar, venía también conmigo Sergio. Ya Martín había caído, también Santana y otro compañero, que no recuerdo su nombre. Todo esto fue entre 1994 y 1995. Recuerdo que nos recibió la sargento Merlín en Chiquimulilla y nos condujo al área del Frente Santos Salazar.

Estando en el Frente Santos Salazar, el jefe era el teniente Egidio. Como a unos ocho meses de estar en el frente, al jefe Egidio lo llamaron a una reunión y me dejó de jefe del frente mientras él regresaba. Pero en esa ida el jefe Egidio desertó.

Esa deserción llevó, al mando general, a enviar al capitán Leandro para que se encargara de la jefatura del frente. Ya estando el capitán Leandro a cargo se empezaron a realizar acciones, tomas de carretera, de fincas, ataques a destacamentos, emboscadas a patrullas del Ejército. Empezó muy bien organizado, fue una cuestión agitada lo que comenzó haciendo. En junio de 1995 se atacó el Destacamento Militar del municipio Pasaco. En ese ataque participé yo, hice una grabación de ese ataque. Ahí la sargento Merlín lanzó un cohete con el lanzacohetes hacia el destacamento militar y le dio en el blanco. Tuvimos una baja, recuerdo que su nombre era Manuel. Nos retiramos hacia nuestro campamento.

El 14 de julio de 1995 nos trasladamos al área de una finca que se llamaba Las Marías. Allí, fechas antes, se había coordinado un impuesto de guerra con el dueño de la finca y este había quedado en entregarlo en esta fecha del 14 de julio de 1995.

Hubo errores, entre ellos el de haber acampado en una hondonada, debido a que ahí fallan las comunicaciones. Militarmente no se acostumbra acampar en lugares así, sino arriba en la loma. Claro, el argumento del capitán Leandro era que ahí había agua. Otro error fue que, días antes, un campesino detectó el movimiento de guerrilleros y por eso se detuvo la marcha preventivamente. Se le dieron instrucciones al campesino, entre ellas que no fuera a decir nada y lo dejaron ir.

Las patrullas nuestras eran dos, una a cargo del teniente Silvio y otra a cargo del capitán Pancho, salieron a las cuatro de la mañana a explorar e instalar la estrategia para recibir el impuesto y no chocaron con el Ejército. Se había quedado con las patrullas nuestras en que tenía que abrirse la comunicación entre nosotros a las cinco de la mañana. Pero no fue posible la comunicación por estar en la hondonada. Entre las cinco y media y las seis menos cuarto decidimos salir del hoyo y buscar un lugar mejor para conectar la comunicación. Otro error fue haber salido por donde salieron las patrullas nuestras, teníamos que salir por el lado opuesto, porque la pendiente estaba más suave. Por donde se agarró fue por la pendiente que estaba más empinada. Empezamos a salir, Leandro iba de primero, yo iba de segundo y Merlín iba de tercera. Habíamos caminado ya como unos setenta y cinco metros cuando una vara se me cruzó y me rompió el pantalón. Yo me paré y Merlín pasó al segundo lugar de la caminata, yo quedé de tercero.

Como a unos cien metros de donde se me rompió el pantalón estaba la loma. Lo que no sabíamos era que el Ejército había llegado antes allí. Ya estaba arriba en posición cuando nos empezaron a atacar.

Leandro me llevaba como veinte metros de distancia cuando escuchamos los plomazos. Leandro fue el primero en caer. A los segundos caímos nosotros dos, Merlín y yo, heridos. Leandro al parecer había caído muerto al instante, su cuerpo había sido la contención de los disparos.

Merlín tenía un plomazo en el pecho izquierdo y otro en el muslo. Yo sentí como si me hubieran pegado en la parte de la nalga, pero sólo era que por ahí había salido la bala. El proyectil había entrado a la par de los testículos haciendo todo ese recorrido hasta salir.

Me arrastré y me protegí en la raíz de un árbol caído, en la gamba de un palo, y comencé a dispararles; Merlín también disparaba. La lluvia de balas no cesaba, y nos gritaban que nos rindiéramos. Al ratito le dije a Merlín que nos retiráramos. Ella me dijo que estaba herida, y yo le dije que también estaba herido. Le volví a decir que se retirara, que yo la cubriría tirándole al Ejército. Ella se retiró como unos veinte metros y empezó a disparar para que yo me retirara también, aunque no sabía si podía moverme. Cuando me retiré hacia donde ella estaba vi cuál era el problema, ella no podía caminar. Le dije que era urgente salir de ahí antes que cerraran las salidas. Le orienté que dejara la mochila con medicinas que cargaba, y así lo hizo. Le puse el brazo en mi hombro para llevármela, el Ejército se dio cuenta y volvieron a arremeter contra nosotros.

Buscamos salir de ahí como fuera, como podíamos, sabíamos que no teníamos otra oportunidad. Llevábamos como unos quince metros cuando ellos cerraron el círculo, pero ya nosotros, haciendo un esfuerzo sobrehumano, habíamos logrado salir. En ese momento se dio de nuevo un enfrentamiento entre ellos y nosotros. Viendo yo la imposibilidad de que ella saliera le dije que me diera su fusil. Me dijo que no, que siguiéramos el enfrentamiento.

Como a los dos minutos botó el fusil, le habían dado un disparo en la frente. Esa imagen fue terrible, en un segundo sentí desde impotencia hasta tristeza, al sentir que se iba de esta vida nuestra compañera combatiente. Yo no pude ir a donde ella estaba, porque de seguro me iban a matar a mí también. Yo ya estaba en un lugar donde ellos no me veían, al borde de una pequeña zanjita. Opté por salir, a duras penas pude con mucho dolor físico y con mucho dolor por Merlín, sobre todo por saber que ella ya había fallecido.

Logré salir de la zanjita buscando la planada para ingresar a un guamil, una parte frondosa. Llegué a un lugar medianamente adecuado y me senté en el suelo a descansar. Por la cantidad de sangre que había botado, sentí que me iba desmayando y me quedé dormido como desde las siete de la mañana hasta las once. Si el Ejército hubiese visto mi retirada me hubiera seguido y me hubiera agarrado dormido, vivo o muerto.

Desperté como a las once de la mañana y vi que estaba todo cagado de las moscas. Logré descosturar el pantalón y vi que tenía la pierna hinchada. Corté una vara para apoyarme y caminar, en ese momento traté de ir a ver a Merlín, a ver si aún estaba. Me di cuenta de que ahí todavía se encontraba

emboscado el Ejército y volví a regresar. Como a las cuatro de la tarde hice otro intento de ir a ver si todavía permanecía allí. La emboscada la habían levantado, pero el Ejército estaba amontonado en el lugar donde estaba Merlín. Les iba a tirar, pero me dije no. Agarré la granada y dije no. La razón era que me iban a seguir y me hubieran agarrado.

Me retiré, estaba muy lleno de sangre el pañuelo con que me había amarrado. Pasé a una casa a comprar unas tortillas y queso, y me lo dieron. No me dijeron nada, estaban muy asustados. Caminé esa noche por unos potreros, como no aguantaba el dolor iba arrastrando la pierna. Ya sentía adentro de la herida movimientos de gusanos, de los huevos que me habían dejado las moscas. Llegué a una casa, tenían mucho miedo, los obligué a que hirvieran agua con sal para mí, y me retiré al monte. Ahí mismo me quemé la herida con agua hervida. Regresé a entregar el trasto que me prestaron con el agua. Les dije que me vendieran un pantalón. Me dijeron que no tenían, se les notaba el miedo. Les dije que yo era de la guerrilla y que no fueran a decir nada, porque también estarían en peligro sus vidas. Al fondo se medio oían otros combates, seguramente con las patrullas nuestras. Yo traté de buscar algunos campamentos, pero no veía nada. Dejé escrito con piedras sobre piedras que estaba vivo, que me buscaran. Tres días me quedé por ahí y volví a donde estaba Merlín. Vi que la habían arrastrado, porque se veían cabellos trabados en la maleza y las colitas con que se lo amarraba. Esos detalles dolorosos me los traje, como señas de que la había buscado y había ubicado donde estuvo por última vez.

CAÍDA DE LEANDRO Y MERLÍN

(Grabación transcrita de una entrevista que le hicieron sobre este caso a Pancho).

—Sobre la caída de Leandro yo conozco la versión de, bueno, algo de la versión de Silvio y de la de Pezarosi. La historia de Pezarosi y la versión de nosotros, porque yo estuve ahí. Yo me quedé en el campamento con Arturo. Ahí nos quedamos para continuar con las comunicaciones y para el rastreo.

—Sí, porque ustedes no andaban con nosotros!

—No. Nosotros nos quedamos en el campamento.

—Mira, la verdad es que todos se quedaron juntos ahí, donde durmieron.

—Sí. Ese día estaba planificado que al día siguiente íbamos a... porque ya se tenía información de que el Ejército andaba por esa zona. Ya estábamos como en campamentitos, vivíamos en esa área. En esa finca, Las Marías, pasábamos bastante tiempo, y la gente pues siempre nos pasaban información de los movimientos de los enemigos. Y fue así como ese día precisamente se planificó el desplazamiento de una unidad al lado del río Los Esclavos, no recuerdo cuántos compañeros éramos. Creo que éramos unos ochos o diez quizás, el objetivo era ir a emboscarnos. Al final Leandro se quedó ahí, nosotros salimos como al amanecer. Ya estaba aclarando, como quien dice.

Unos se iban directamente al encuentro con el finquero, y otros iban a estar en distintos puntos.

—Ajá, entonces nosotros nos íbamos a emboscar a un lugar donde no había posibilidades de que el enemigo se movilizara. Y ellos se quedaron en que iban a salir al rato, iban a salir también a ubicarse en otro punto. Pero se dio la casualidad de que el Ejército durante la noche había avanzado en dirección al campamento, porque ya tenían información de plano, nos habían detectado, la verdad. La gente posiblemente pasó información y nos detectaron, entonces avanzaron durante la noche y nosotros salimos por una dirección que, por cierto, ahorita no me ubico si fue al norte del campamento. Ellos se quedaron, repito, iban a salir después de nosotros. Por cierto, el campamento estaba en una quebrada, prácticamente era una quebrada como le llamábamos, porque ahí estaban los riachuelos donde nos abastecíamos de agua y teníamos que subir tanto para un lado como para el otro, para salir a las partes altas. Nosotros salíamos como te digo, no recuerdo, no estoy bien ubicado aquí, pero creo que fue al norte que salimos para dirigirnos al punto acordado. Ya al rato de haber salido, no recuerdo, pero creo que llevábamos como una hora de camino quizás.

—¿Ah, era un poquito lejos hacia dónde iban?

—Sí, íbamos un poquito lejos, como los terrenos estaban muy accidentados costaba bastante avanzar. Ya estábamos distantes del campamento cuando se escuchó la balacera donde habían atacado a nuestros compañeros.

—¿Y es que, quizás, no fue casualidad que pasaran por ahí, no?

—No, yo creo que, te repito eso, ya ellos manejaban la información.

—¡Porque yo recibí el mensaje de rastreo ahí en la noche, como a las once habrá sido o como a las doce de la noche o una de la mañana, más o

menos por ahí! Y como nosotros estábamos ahí pendientes de la operación que iban ustedes a hacer, no se dormía. Entonces me puse a ver los mensajes, los descifré, y vi las coordenadas y tomé nota. Que el fulano se dirige con tantos elementos hacia tales y tales coordenadas, motivo tal y pun, me pongo a ver los mapas. Las coordenadas donde iban a estar ustedes coincidían con las del enemigo.

Sí, según la información, o sea lo que se pudo deducir después, ocurrió que los compañeros sí iban saliendo del zanjón hacia la parte alta y el Ejército ya estaba a orillas de unos cercos que había arriba, allá en el potrero, ahí estaban. Ya cuando mis compañeros iban saliendo a la parte alta, fue donde, según se supo después, los agarraron prácticamente a quemarropa.

—¿El pobre Leandro fue el primerito, al frente!

—Sí, exactamente, luego la compañera.

—Y quedó todavía viva, porque realmente la costumbre era ir a unos seis metros de distancia.

—Sí. Esas siempre fueron las normas, no ir tan pegados uno con el otro, por seguridad.

—Porque es que casi se vuelan a Peza también, y es que los nervios de los compañeros debieron aparecer en aquel momento. A Leandro al frente las balas que le dieron, de refilón o no, lo mataron de una vez. Por eso es que la finada Maite no murió en ese momento, sino después.

—¿La agarrarían con vida?

—Sí. Según ellos, sí.

—¿Dicen que la arrastraron como del cabello, algo así?

—Se sabe que sí la agarraron con vida, no murió en el instante.

—¿Y parece que sí respondió un poco al fuego?

—Sí. Según se supo después, que sí, y al Toño que había salido mal herido, creo que iba de tercero.

—¿Pero en el caso de ustedes, que estaban allá, nada más escucharon?

—Sólo escuchamos y nos quedamos pendientes de las comunicaciones con los “boqui toquis”. Pero de allí empezamos a ver de qué manera nos comunicábamos, pero perdimos la comunicación.

—¿Ahí rompieron el objetivo?

—Entonces lo que sí dijo el encargado, que era el finado Silvio, fue, «bueno, de todas maneras, ya esto sucedió con los muchachos, no podemos hacer nada», habló así porque no había otro lugar adónde pudiéramos ir, desde luego.

—¡Y el sonido y la distancia!

—Ajá, la distancia y la dirección, todos nosotros estábamos seguros al 100 % de que había sido con ellos, y lo otro que nos lo confirmó más tarde fue que perdimos la comunicación con ellos totalmente, con Leandro. Entonces eso dio más certeza a nuestras sospechas, porque hasta ese momento nosotros no teníamos información verídica. Cuando nos dimos cuenta ya estaban transmitiendo la información por radio, que había habido un enfrentamiento entre unos militares y un grupo de guerrilleros en la finca Las Marías. De ahí nos convencimos qué fue y dónde. Ya decían que había muerto el jefe más que todo, pero no que era Leandro. Entonces eso nos hizo dudar...

—Sí, porque esto a las seis o siete de la mañana ya estaba en las noticias.

—¡Ya! Eso fue rapidito, lo transmitieron en directo los cabrones. Así fue.

—Porque nosotros también lo escuchamos por Radio Sonora.

—Sí, fue rápido, fue rápido.

—¿Y ustedes no fueron a coquiar a los militares?

—Nosotros nos emboscamos en las posibles salidas del Ejército. Nosotros qué íbamos hacer ahí, si el Ejército no se iba a quedar ahí, ellos se iban.

—¡Sí, ya habían triunfado!

—Ya habían obtenido lo que querían, entonces lo que hicimos fue emboscarlos en los lugares por donde era posible que salieran, pero no, no pudimos, pues, o sea, no cayeron. Simultáneamente estuvimos buscando información con algunos compañeros del poblado. Todos ahí nos dimos cuenta de que la gente había visto salir a un herido. Y como ya nosotros teníamos punto de contactos allí, desahogábamos cualquier problema en determinados puntos de reunión. Entonces empezamos más que todo a buscar pistas sobre lo de Pezarosi, de Antonio, porque pensamos, ¿quién fue el que logró salir? Hicimos cuentas, si murieron el jefe y una mujer, y la gente vio a un herido, tendría que ser Peza. Entonces se empezó a obtener información y

ya tomamos dirección al rumbo en que habían visto al herido. Teníamos la idea de que él había agarrado para el lado de oriente buscando las bases que teníamos, para tratar de salvar su vida. Antonio efectivamente agarró para donde estaban las bases y allí buscó el apoyo de los contactos. Por aquellos rumbos medio lo asistieron algunas personas, aunque sea le limpiaron algo la herida, hasta que dio con los contactos quienes le ofrecieron una asistencia más adecuada. Así fue como se salvó, porque se hubiera engusanado, y ahí en el monte no hay casi remedio cuando pasa eso.

Transcripción de audio:

Luz Marianny Mendoza Peláez (Venezuela)

MAS ADELANTE PEZAROSI CONTINÚA CONTÁNDONOS LO SIGUIENTE:

A partir de ahí agarré camino buscando a mis compañeros. El tiempo que se necesitaba para llegar a donde estaban ellos se hacía en tres horas, yo lo hice en cuatro días. En el transcurso de esa caminata crucé una terracería hacia un municipio que se llama San Juan Tecuaco, Departamento de Santa Rosa. Yo salí al frente de un cerro, tratando de evadir el cerro, buscando andar cerca de la carretera, empecé a oír mucho ruido. Era un pelotón del Ejército y pasaron a la par de donde yo estaba. Como había monte me quedé en el monte y no me vieron. Crucé la carretera y vi unas casas, me metí debajo de una mata de limón y, del cansancio y la debilidad, me quedé dormido.

Había un perro cerca que ladraba y ladraba, yo apenas lo oía. Para colmo, de golpe se destapó un aguacero. Yo no cargaba nada, había dejado abandonada la mochila en el enfrentamiento. A las tres de la mañana desperté, me levanté, estaba muy oscuro y caí en un río. Lavé la ropa porque estaba muy llena de sangre, me medio bañé y seguí río abajo por la orilla con la pierna a rastras. Amaneció y agarré rumbo al saliente, me guíé por el sol, bordié un cerro y llegué a un sector donde había bases sociales nuestras que me conocían.

Era un horario donde había mucha gente lavando en el río y transitando por ahí. Como a la una de la tarde se despejó todo y seguí. Llegué al frente de una casa donde vivía una compañera, me quedé a una distancia como de cincuenta metros. Ella estaba afuera, le hice señas con un pañuelo rojo. Me vio y llegó a donde yo estaba. Al verme se puso a llorar, porque ella me conocía, y ya había oído por las noticias lo que había sucedido. Le dije que fuera a comprarme esparadrapo, agua oxigenada y algodón.

Cuando regresaron con lo encargado le pedí que me curaran, no tuvieron valor. Pero me dijeron que había unos compañeros cerca que podrían ayudarme. Les dije que fueran avisar que yo estaba por ahí, que me esperaran. Ahí fue cuando vi a Güicho del Sur, ahí estaba Güicho, en esa patrulla, eso me dio una mucha fuerza, fue tan grata esa imagen a mi vida y mi debilidad que sentí que ya no moriría.

Yo salí y fui a donde estaban los compañeros, cuando me vieron parecía que habían visto un fantasma. Uno de ellos se lavó las manos y me pegó una curada de madre, todavía me molestaban los gusanos, sentía sus movimientos. Les pregunté si cargaban radio. Me respondieron que sí. Les pedí que le dijeran al médico que bajara desde donde él estaba a curarme, porque ya no podía más. Entonces bajó el enfermero Rafa con Sitín. Como a la una de la mañana me curó. Al otro día en la mañana enviaron a Sitín a la capital a comprar antitetánicas. Regresó como a la una de la tarde a donde yo estaba, en el monte, en un campamento. Me puso las dos antitetánicas con un intermedio de tres horas entre una y otra.

Al amanecer se tomó la decisión de trasladarme a la capital, Ciudad de Guatemala, con un licenciado que era jefe del Ministerio Público de la capital, quien también había estado en el Frente Santos Salazar. Al llegar a la capital fuimos a la casa de un compañero médico en el municipio El Tejar, Departamento Chimaltenango. Me empezaron a curar y me curaron, duré como dos meses en tratamiento. Luego, al estar ya curado, regresé al mismo Frente Santos Salazar hasta que se firmó la paz. Lo que viví de dolor y agotamiento en todo ese proceso, desde que fui herido hasta que llegué al municipio El Tejar, no se lo desearía a nadie. Las noches dentro de la oscuridad, la fiebre y la desesperación en mis intentos de buscar algo que me salvara de morir. Noches y noches que me sentía morir, casi sucumbo para no sufrir más; amaneceres donde despertaba espantado, sudando, con los recuerdos de mis compañeros muertos como una calcomanía pegada en el corazón. Muchas cosas se atravesaron entre los sueños y los amaneceres, sufrir fue poco. Aún todo lo sucedido en la guerra, por más que uno no quiera traerlo a la memoria, aparece de repente sin darte cuenta. Con eso hemos vivido, vivimos, y con eso habremos de morir.

Se dice que yo fui uno de los últimos heridos del Frente Santos Salazar, aunque el último herido fue Carlitos. Faltaba muy poco para la Firma de la Paz y así podernos incorporar a la vida civil y política bajo la legalidad y las normas del Estado que no temíamos enfrentar.

Duré como diecinueve años en el Conflicto Armado Interno hasta la firma de la paz. Qué no hay de recuerdos, de sacrificios y aprendizajes en todos esos años, toda una vida, la vida misma.

En esos diecinueve años sólo una vez vi a la familia y fue, exactamente, cuando falleció mi compañera de cólera. Ella también estuvo integrada, pero no duró mucho por la enfermedad. Era demasiado riesgo visitar a la familia. Si el Ejército se llegaba a enterar los mataban a todos, y uno no estaba para crearle más problemas de los que ya tenían por ser pobres. No quería causarles más problemas de los que ya tenía, con el dolor de perderla a ella era suficiente. No sé cómo pude soportarlo sin querer morir, sin querer matarme, sin echarme a la desidia y la miseria del dolor. Eso, más la caída de Merlín y Leandro, va conmigo adonde voy.

ERIKA CONTINUA LA HISTORIA

Entré a la guerra a los quince años, porque mi familia era perseguida por el Ejército, nos sacó de la casa y tuvimos que emigrar para Honduras. Cuando regresamos siguió la persecución y nos incorporamos con mi hermano Ovidio, de seudónimo Pedro, a la guerrilla. Yo, María Ofelia Atz, de Chimaltenango, nací en 1980, el 29 de septiembre. Duré poco en la guerra, ya estaban las conversaciones de paz.

Cuando entré al campamento El Mirador, del Frente FAR, lo dirigía regionalmente el comandante Gary y nacionalmente el comandante Pablo Monsanto. Entré como combatiente, después me enviaron a estudiar en el mismo frente, me empezaron a dar clases de radista. Los instructores eran Pezarosi y otro al que le decían Leo, pero el mero nombre no lo sé. El curso duraba unos tres meses, había que aprender rápido, es lo que recuerdo ahora.



A la derecha Pezarosi con personal de la ONU.



*Pancho con una Ak47.
Concentrado en el Campamento
Claudia 1, Municipio de Taxisco, Santa
Rosa, en el proceso de desmovilización.
Año 1996. Foto sobre foto: Ca.*

6.- La Historia de Landelino Najera (seudónimo Pancho).

Hace poco en Guatemala la gente quemó una área del Congreso de la República, porque firmaron un presupuesto de noche y con ello sustrajeron puntos cardinales como recursos destinados para sacar al país del primer lugar de desnutrición en Centroamérica, recursos para disminuir el desempleo y otros que iban dirigidos a enfrentar las necesidades de la gente en este país. El pueblo ya tiene claro que este gobierno debe irse, pero nos falta un liderazgo, falta una direccionalidad a toda esa protesta.

Para evitar estos excesos de corrupción y fraudes fue que se hizo la guerra y fue que se firmaron los Acuerdos de Paz. El objetivo principal siempre fue abrir oportunidades a la población, pero, como vemos, logros reales hubo muy pocos y los Acuerdos de Paz quedaron engavetados. Los sectores de la oligarquía se opusieron a todas nuestras salidas. Creo que si los acuerdos de la Firma de la Paz hubiesen sido un plan de gobierno, por ley, hubiese sido otra cosa, pero manipularon y enredaron todo. Por ejemplo, la tierra que nos sería asignada nos fue vendida. El secuestro de la señora Novella por un sector de las organizaciones se usó muy a fondo para entorpecer las negociaciones de paz.

Quitaron muchos puntos y nos condicionaron. Decían que había que firmar la paz a como diera lugar, pero que había propuestas aprobadas que no se acatarían.

Duré dieciséis años en la guerra para llegar a estas confusiones, pero en su momento esa oligarquía no nos dejó otro camino que la guerra. Y fue sumamente necesario incorporarse. Yo me incorporé en Petén. Andaba como cualquier campesino, pobre y expuesto a la represión. Tenía familia y eso era una duda, pero me enrolé y fue correcto lo que hice, porque estoy vivo, si no, estaría muerto por la represión. Ya tenía tíos incorporados, yo no sabía.

Ellos participaron aquí en el Sur, pero por la persecución aquí se fueron al Petén. Allí se conectaron con otros compañeros y se incorporaron.

En los años 80 se puso más difícil la situación, gobernaba el peor y más sanguinario presidente, Ríos Montt. El general Efraín Ríos Montt, quien encabezó duras tácticas militares como dictador de Guatemala en los años ochenta para derrocar a la insurgencia guerrillera, después fue condenado por genocidio y delitos de lesa humanidad. Debido a la protección que le brindó el Estado Guatemalteco no pagó ninguna condena. Falleció impune, el domingo 1º de abril. Tenía noventa y un años.

Murió a causa de un ataque cardíaco de acuerdo con sus abogados, Jaime Hernández y Luis Rosales. Desde hacía años sufría problemas cardíacos y pulmonares, además de demencia. «Falleció en su hogar, con el amor de su familia, con su conciencia sana y limpia», declaró Rosales a medios guatemaltecos.

Ríos Montt, junto a un puñado de comandantes, se encargó de convertir a buena parte de Centroamérica en campos de matanza durante los ochenta, él fue de los más sanguinarios. Gobernó Guatemala de marzo de 1982 a agosto de 1983. En 2013 fue condenado por intentos de exterminio de los mayas ixiles. Un juez determinó que el general estaba al tanto de las masacres sistemáticas en las comunidades de ese grupo indígena en el Departamento de El Quiché y no hizo nada para detenerlas; lo mismo con el bombardeo aéreo a quienes intentaron refugiarse en las montañas cercanas.

La condena, vista como un hito en la aplicación del derecho humanitario, fue revertida poco después y Ríos Montt estaba en el proceso de volver a ser enjuiciado, así lo refería Stephen Kinzer.

La población de Petén tuvo que mudarse a lugares más seguros porque ya había masacres. En esos momentos mis familiares me dijeron que ellos estaban organizados y había que sacar a la familia para que no fuera víctima de la represión. «Son dos caminos que te quedan, uno, decidir si te regresas a tu casa o, dos, decidir venirte con nosotros». Tenía veintidós años y me la pusieron difícil. La Revolución Sandinista acababa de triunfar y en El Salvador la cosa estaba caliente. Aquí en Guatemala había que echá mucha punta todavía.

Me puse analizar cada bando, yo de oriente me fui de Zacapa por la pobreza. Me gustaba la agricultura, pero ya había masacres. El Ejército

se llevaba a la juventud a la fuerza al cuartel. Había baile ese día y caí en un retén del Ejército, me llevaron. El comisionado militar pasaba la información de lo que se hacía en el pueblo. Entonces me dije, no sigo a los militares porque son los responsables de las masacres. Y, por otro lado, sabía que la guerrilla defendía a los pobres. Entonces, me fui con mis tíos, me fui a Petén. Cuando la Organización movilizó a la población para protegerla del Ejército, fuimos a parar a la frontera con México, lejos del centro del Departamento de Petén. Allí había muchas cooperativas, El Arbolito, Bella Guatemala, Flor de la Esperanza, Laureles, Mario Méndez, Ixmucané, Bethel, La Técnica y Centro Campesino. Todas esas cooperativas estaban organizadas con las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR).

Estando ahí, en la Cooperativa Bella Guatemala, en mayo del 1982, yo todavía trabajaba en el campo, se dio el ingreso del Ejército por vía terrestre y fluvial a la zona. Se oyó una ráfaga por los lados de la población de Bonanza, cerca del caserío El Arbolito. Fue cuando la familia de mis primos nos dijo que ya no nos fuéramos, porque el Ejército había entrado a Bonanza. Había muertos, pero no se sabía cuántos. Lo que hicimos fue quedarnos en el monte y por la tarde aparecieron otras personas con sus familias, niños y ancianos de la Cooperativa Bella Guatemala.

Esa noche nos quedamos en el monte y decidimos ir a la parcela de Don Fernando. Nos dimos cuenta que la familia de Don Fernando no sabía nada de lo que había pasado. Entonces mandó a sus hijos en las bestias a llevar maíz a la Cooperativa Bella Guatemala. Cuando llegaron como a mediodía a la Cooperativa, ya todos se habían ido, sólo Concepción, el que atendía la tienda de la Cooperativa Bella Guatemala se había quedado. Toda la población se había ido, cruzaron el río Usumacinta y llegaron al Destacamento Mexicano, que lo llamaban La Partida, en la confluencia con el río Lacantún. Eso nos informaron los muchachos que fueron a dejar maíz cuando regresaron de la Cooperativa Bella Guatemala. Inmediatamente nos fuimos hacia el río Usumacinta para cruzarlo y buscar a nuestra familia en La Partida, en una última lancha que estaba saliendo. Cuando llegamos a la misma área de La Partida ahí estaba nuestra familia. El Ejército mexicano estaba apoyando a nuestros compañeros. En esos momentos todos estábamos aterrorizados, pasaban casi todos los días cadáveres por el río Usumacinta, amarrados y torturados. Agradecemos a esas autoridades mexicanas que nos apoyaron. Vimos un avión Pilatus que bajaba mucho hacia donde estábamos, en picada, y la población estaba muy asustada. El Ejército mexicano dijo que si bajaban le iban a disparar.

Ya en Guatemala se oían las noticias de que el Ejército de Guatemala estaba masacrando a las poblaciones. Pasaron a la gente de la otra cooperativa, La Flor de la Esperanza, un poco de gente más, en una lancha. Se ubicaron en la misma frontera del lado mexicano por la orilla del río Usumacinta hacia el poblado de Benemérito, cientos de personas. Abajo, a La Poza Azul, una laguna grande, llegó gente de la población de Bethel, El Arbolito y de Ixmucané, siempre del lado del territorio mexicano. Un poco más abajo estaba el campamento Echeverría o Ejido. Ahí se fue gente de las cooperativas La Técnica, Centro Campesino y Bethel. Todo ese margen del río Usumacinta, del lado de México, estaba lleno de población Guatemalteca, miles de personas.

Luego nosotros, como grupo de la Cooperativa Bella Guatemala, decidimos irnos más adentro. Aceptamos la propuesta de irnos a trabajar con una gente que nos llevó a cortar maíz, nos fuimos por la vía del río Lacantún.

El Gobierno mexicano dio orden a los refugiados de ir a concentrarse al poblado de Benemérito, y allí fuimos a concentrarnos. Nos fueron ubicando en casas de familias de mexicanos, dormíamos en el suelo o en algún rancho, por grupos. Como a los doce días el Gobierno mexicano dijo que allí no podía estar ese gentío, que teníamos que regresar a Guatemala. Y enviaron un poco de lanchas a sacarnos y llevarnos a las cooperativas de donde habíamos venido.

Mi familia y otros amigos dijeron que no regresarían a Guatemala, sino que se esconderían más adentro del territorio mexicano. Luego unos compañeros se contactaron con un amigo mexicano, de apellido Rojas, del Partido Comunista. Ese amigo nos dijo que no nos fuéramos a la cooperativa, que él tenía una parcela con maíz en México y nos la ofrecía. Nos fuimos en la noche ocho familias a enguamilar, a meternos en el monte, a escondernos. Él nos llevó esa noche del lado de Guatemala y al siguiente día fue a buscarnos a las diez de la noche para llevarnos a su parcela del lado de México. Nos dijo que vendría al otro día a enseñarnos dónde estaba la milpa. Así lo hizo, y ya en su parcela nos dijo: «Aquí está la milpa y el agua». Hicimos un campamento de hojas de manaca, de corozo, para las ocho familias. En ese momento yo ya tenía veintidós años, y nos quedamos unos quince días. El Gobierno se enteró de que había un campamento con guatemaltecos en esa parcela. Rojas nos había dicho que nos saliéramos de la montaña y eso hicimos, nos fuimos a un claro de la parcela. Estando ahí subía gente mexicana y les pasaron la información a las autoridades, nos cayó una patrulla de militares mexicanos. Nos

avisaron que venía el Ejército, pero no sabíamos si eran de Guatemala o del Destacamento de Pipiles, que estaba cerca de allí. Nos fuimos a explorar y vimos que venía la columna. El Ejército nos preguntó que qué hacíamos ahí y nos ordenó irnos a Ejido, a Benemérito. El señor de la lancha nos volvió a llevar a Benemérito.

Luego nos llegó la migración y nos ordenaron irnos a Guatemala. A la gente mexicana dueña de las casas le dijeron que nos sacaran. Las lanchas estaban en el río preparadas para llevarnos a la población de El Arbolito. Nos fuimos, nos metimos a la lancha y cogimos río abajo hacia El Arbolito. Nos dejaron claro que la próxima vez que entráramos así, ilegal a México, nos iban a entregar al destacamento del Ejército guatemalteco. Llegamos como a las siete de la noche a El Arbolito. Eso estaba solitario, sólo había como dos o tres personas en una tiendita. Acordamos que si nos preguntaban de dónde veníamos, decir que veníamos de una petrolera en Pico de Oro. Y cabal, nos preguntaron, y eso les dijimos. «Pero esto está aquí solitario, donde único se pueden quedar es en la escuela». Amanecimos ahí, puro silencio, sólo vimos caminar unas vacas y algunos perros, pero gente no vimos, todo era puro silencio.

A las ocho de la mañana llegó un muchacho y nos dijo: «Aquí la vaina esta jodida, entró el Ejército y mató a una gente, ayer la guerrilla atacó el Destacamento de Las Cruces. En la carretera había comisionados militares y no se sabía quién había atacado».

Escuchamos al muchacho y planificamos. Ya sabíamos que la gente de la población Bonanza estaba en el campamento en un lugar llamado La Poza del Macho del lado de México. El encargado del campamento era Chicote, tío de Rony de la Cooperativa Horizonte.

Mis tíos preguntaron quién era bueno para nadar. Dijo un compañero, que se llamaba Eliseo, que él podía. Ese día salió nadando al campamento donde estaba Chicote. Hizo el contacto con Chicote y le informó. Chicote le respondió que nos dijera que nos fuéramos para allá. Eliseo nos llegó a buscar, dos familias ya no quisieron irse. Dijeron que ya los habían amenazado los mexicanos. Los que quedamos nos fuimos al campamento donde Chicote estaba con la gente de Bonanza. Esa misma noche salimos y esa misma noche llegamos como a las once. Nos recibieron con comida, no habíamos comido nada, no llevábamos nada en el estómago. Al día siguiente Chicote nos dijo dónde podíamos hacer nuestras gales, champas de hoja de corozo. En mi caso y a otros tres compas jóvenes nos dijo Chicote que nos fuéramos a Guatemala de regreso, porque allá

en Bonanza había un grupo de compañeros que estaban cuidando la producción. «Van a ir para allá a reforzar la milicia que está allí. Allá tienen escopetas, revólveres y rifles». Fueron, además, con nosotros tres compañeras para ayudar en la parte logística. Nuestro trabajo era controlar la producción y los animales. Teníamos hasta una dinamita conectada, enterrada. A la hora que entrara el enemigo, había que accionarla.

Ahí estuvimos un tiempo, había un compañero que tenía su lancha. Él salía por el río Usumacinta a comprar víveres en el pueblo de Sayaxché, pero tenía que pasar frente al destacamento del Ejército mexicano. Cuando lo paraban le decía al Ejército que veníamos de la Cooperativa La Técnica e íbamos a Sayaxché (municipio en el Departamento de Petén) para vender los víveres a las tiendas, pero en realidad esa comida era para las familias que estaban en el campamento de Chicote. En uno de tantos viajes el Ejército mexicano los capturó. Les dijo: «Ustedes no son vendedores, ustedes son guerrilleros». Pasaron dos días y no regresaban, ni Cifuentes ni el mexicano aparecían. Pasaron dos días más y Cifuentes apareció donde Chicote y le informó que lo habían torturado y al mexicano también. El mexicano se fue a su casa por allá cerca del río Usumacinta, en las márgenes del río. El Ejército envió el mensaje al jefe del campamento de que debía evacuar a la gente, porque si no lo hacía lo iban a bombardear.

Inmediatamente Chicote orientó a la población para que regresaran a Bonanza. No al caserío, sino a unos dos kilómetros de distancia río abajo de Bonanza. Salieron de noche en la lancha, en invierno, por el río Usumacinta hasta el pueblo de Bonanza abajo, y ahí se volvieron a meter en la selva. A los pocos días, al darse cuenta de que la situación estaba difícil, no había un mínimo de comida, volvieron a evacuarse. Esta vez se evacuaron hacia la Cooperativa La Técnica. No se quedaron mucho en La Técnica, unos dos días tal vez, porque el plan era ir a un lugar más seguro adentro de la selva. Bonanza se quedó atrás y nosotros hicimos la retaguardia de la población hasta la Cooperativa La Técnica. Después de esos dos días, la gente caminó cuatro días hacia dentro de la selva, donde había un lugar con agua muy bonito. Ahí se fundó el campamento y le dieron el nombre de El Infierno, porque era un cerro alto y en la cúpula estaba el campamento y abajo el agua, un nacimiento, y había que bajar de tan alto a buscar el agua. Nosotros no nos fuimos al campamento El Infierno, sino que formamos una unidad para cubrir el camino que iba al campamento El Infierno.

Ahí donde nos quedamos lo llamamos campamento El Lagarto. Estábamos a una distancia de unos dos días para llegar al campamento de El Infierno. Y al poco tiempo de haber llegado al campamento del Infierno volvió a entrar la crisis de la comida, se terminó el maíz en el Centro Campesino. Chicote decidió trasladar a la gente a un lugar llamado La Isla, porque ahí había bastante comida, había guineos, camote, yuca y maíz. La Isla estaba muy cerca de una aldea que se llamaba Armenia. El problema era que la población tenía que regresar del campamento El Infierno a la Cooperativa La Técnica, que eran como cuatro días caminando sin comida, comiendo cogollos, raíces y frutas hasta llegar al río Usumacinta. Y luego tomar la lancha otra vez de regreso para Bonanza. Eran varios viajes, porque era una sola lancha.

El combustible había que comprarlo del lado mexicano que era más barato, y era el único lugar donde se podía buscar el combustible. Ahí nos enviaron al grupito de nosotros de avanzada. Una vez en Bonanza descansamos, luego continuamos la marcha hacia La Isla, en tres días llegamos. Estando en ese campamento nos organizamos como milicia, para protección de la población. Otros se dedicaban a la producción agrícola. Cerca de ese mismo lugar se estableció una columna guerrillera con la cual nos incorporamos a un entrenamiento militar durante un mes. El entrenamiento lo dio el capitán Ruiz. Pero quien estaba a cargo de la columna era el comandante Mena (Nicolás). Luego del curso se fueron a las áreas de operaciones. De la gente nuestra que hizo el curso todavía nadie salió a operar con esa columna.

Nosotros ya éramos como una milicia, éramos como quince jóvenes. A los pocos días de que la columna guerrillera de las FAR regresó al área de operaciones, realizaron una emboscada al Ejército donde se recuperaron veintidós fusiles y un lanza granadas M79. A nosotros nos enviaron el parte de guerra y nos enteramos. Fue entonces cuando la Comandancia General de las FAR nos mandó a llamar por medio de Don Chicote para darnos la información de que ya era el momento de incorporarnos, porque ya había armas para nosotros. Chicote nos ordenó incorporarnos inmediatamente al frente de guerra y nos llevaron al lugar donde se iba a hacer el contacto con la guerrilla.

Por cierto, ellos estaban en una emboscada esperando al enemigo, pero en la noche, como no llegó el enemigo, se retiraron al campamento. Ahí nos recibieron en una reunión donde nos dieron la bienvenida y nos dieron a conocer los procedimientos. Lamentablemente las armas

que se habían recuperado ya estaban repartidas. Pero nos dijeron: «Mañana vamos a hacer una emboscada de aniquilamiento, ustedes irán con nosotros y van a estar con un compañero que tiene un fusil. Su participación consistirá en que, si cae un enemigo, ustedes recuperan el arma».

Al día siguiente, a las cinco de la mañana ya habíamos tomado posición en la emboscada, éramos catorce compañeros de nuestro equipo miliciano, otro compañero que conocía la zona nos acompañó al sitio y regresó al campamento. Entre los que participamos en esa acción estuvimos: Zacarías, Horacio, Tacho, Víctor, Elmer, Alcides y Zacapa. A mí me nombraron con un compañero que se llamaba Rudy. Él me dijo: «A la hora que venga el enemigo y vayan cayendo, usted se tira al asalto de arrastrada». Me explicó con detalles cómo debía quitarle el equipo al enemigo. «Si el soldado está embrocado, de pecho a tierra, lo primero que tiene que hacer es quitarle el fusil, le da vuelta, le pone la rodilla en el estómago y le desabrocha el cinturón».

Ese era el momento más duro del asalto, claro, el compañero asignado para dar la orden de desarmar ya tenía conocimiento de que, en ese punto en donde te enviaban a recuperar el armamento, no debía haber fuego cruzado y así se evitaban bajas. Cuando te decían: «¡Al asalto!», había que lanzarse inmediatamente a rastras hasta el enemigo. Luego regresar a rastras con el fusil y el equipo. Si había un compañero nuestro herido o muerto había que quedarse, sacarlo y llevarlo con nosotros, eso era un principio. Testículos tenía que tener uno ante tanta tensión y estando desarmado. Menos mal que ese día no llegó el enemigo. Aunque a mí me dieron una granada, otros no cargaban nada. Excepto Damián, que cargaba su vaina de cuchillo, pero en la vaina lo que cargaba era una cuchara. Al siguiente día de la emboscada me dieron un fusil FAL, porque Belarmino, que era el encargado del fusil, tenía paludismo. Y otra vez Damián con su cuchara iba con nosotros.

Como a las tres de la tarde la observación informó, por radio, que el Ejército había bordeado la emboscada e iba a caer por un flanco. Inmediatamente el comandante Ruiz ordenó a Polo que se llevara un pelotón al campamento para tomar posesión y esperar el avance del enemigo. En el campamento sólo estaba Hans, el enfermero, cuidando a Belarmino que se encontraba infectado de paludismo, pero ya el Ejército estaba posicionado y se entabló la balacera con el pelotón nuestro. Belarmino y Hans lograron salir con el apoyo del pelotón. Mientras tanto nosotros desmontábamos la emboscada y las minas puestas. Quisimos apoyar

a los compañeros que dirigía Polo, pero ya ellos venían en retirada. El Ejército tomó control del campamento, se quedaron con las mochilas y la alimentación. A la mochila del capitán Ruiz le sustrajeron unas balas polacas que él usaba para su escuadra.

A partir de ahí hicimos un curso que duró un mes, era de infantería, de preparación militar y política, de tropas especiales para infiltración en destacamentos del Ejército y bases especiales, y también sobre planificación de emboscadas. Ahí mismo, en el área de La Libertad, fue la preparación. Los instructores eran internacionalistas, un chileno llamado Patricio y otro Armando, creo que también de Chile. Y un peruano de nombre Albano.

Albano, luego de regresar de Guatemala participó en la toma de la residencia del embajador de Japón en Lima, donde se ejecutó un secuestro masivo que comenzó el 17 de diciembre de 1996, en San Isidro; cuando catorce miembros del Movimiento Revolucionario Túpac Amarú tomaron como rehenes a cientos de diplomáticos, oficiales del Gobierno, militares de alto rango y empresarios que asistían a una celebración con ocasión del 63° aniversario del nacimiento del emperador de Japón, Akihito. La duración del secuestro anduvo por los cuatro meses y seis días.

Las exigencias del MRTA eran la liberación de todos los emerretistas presos e indemnización por parte del Gobierno del Perú. El primer rehén entregado fue un militar guatemalteco, como gesto de buena voluntad, que apoyaba las conversaciones de paz en Guatemala llevadas a cabo por la URNG y las autoridades del Estado guatemalteco. El resultado final fue la muerte de todos los militantes del MRTA participantes en la toma de la residencia, y el rescate de casi la totalidad de los ochocientos rehenes, incluyendo la madre del presidente Fujimori. Presidente que con el tiempo fue condenado a veinticinco años de prisión por delitos de lesa humanidad.

Cuando la operación había terminado, los cuerpos de los militantes del MRTA fueron retirados por los fiscales militares. Los cadáveres no fueron llevados al Instituto de Medicina Forense para la autopsia de ley. Los informes de las autopsias se mantuvieron en secreto hasta el año 2001. No se permitió la presencia de los familiares de los fallecidos para la identificación de los cadáveres. Los cuerpos fueron enterrados en secreto en cementerios de toda Lima. A unos veinticinco años de aquel suceso todavía no hay respuesta concreta sobre las ejecuciones extrasumarias

que, según investigaciones, fueron efectuadas por los miembros del Ejército luego de incursionar en la liberación de los rehenes.

Continua Pancho: A partir de ahí empezamos a realizar emboscadas de aniquilamiento y hostigamiento, pero no nos caía el enemigo. Por ese tiempo me enviaron a llevar un correo escrito a Marco Antonio Garabito (capitán Oswaldo), jefe de la columna Luis Augusto Turcios Lima.

Antes de llegar encontré huellas del Ejército que acababa de pasar, estaban fresquitas. Por más que no quisieran dejar huella, era muy difícil que ochenta soldados no dejaran huellas por esos caminos de tierra. Apuré el paso para avisar que andaba una patrulla por la zona. Cuando llegué al puesto informé a quien estaba a cargo. Luego el compañero reinformó al mando de Martín, al capitán Orellana y a Patricio, que era de Escuintla. Ellos estaban al mando, y les dijo que se trasladaran de inmediato al lugar donde andaba el Ejército a preparar una emboscada. Planificaron los pozos de tiradores, las ubicaciones y cómo se iba a empezar. Me dijo Oswaldo: «Regrésese y se incorpora a su pelotón, a donde están sus compañeros». No aparecía el Ejército, estábamos cansados y nos mandaron a descansar a un arroyo que estaba como a trescientos metros.

Donde se había organizado la emboscada se quedó la patrulla de observación. Al día siguiente estábamos medio relajados cuando llegó el aviso de que el Ejército venía desde la Cooperativa Centro Campesino y que iba a pasar por el camino donde los estábamos esperando. Nos ordenaron tomar posiciones, y los de más lejos tardaron un poco más en llegar a sus posiciones. El terreno ya estaba preparado, las minas, la ametralladora, todo estaba listo, hasta quien dispararía primero estaba acordado. Recuerdo que, cuando tomamos posición, no nos quedamos en los pozos que nos correspondían, sino que agarramos el primero que vimos, porque el enemigo venía cerca.

Pocos minutos después de estar ubicados, el enemigo iba entrando a la emboscada. No habían llegado todavía los que estaban en el riachuelo. El sargento Manuelito estaba encargado de explotar las minas que estaban dispuestas en serie. Un sargento llamado René estaba encargado de la ametralladora para el aniquilamiento. El resto también teníamos minas, yo exploté la que me correspondía. La orientación era que dejáramos que el Ejército entrara hasta donde estaban las minas, efectivamente así se dio. Esa serenidad de la espera era eterna, tensa y desgastante. Empezó el ataque con los que estábamos.

El enemigo, al sentir que fue duro el ataque que le dimos, quiso maniobrar por los lados. En ese momento los dos pelotones nuestros que estaban en el riachuelo iban llegando y contrarrestaron la maniobra del Ejército. Varias horas de combate, fuego corrido de ametralladora, fusiles y minas. Ellos con morteros y un helicóptero nos ametrallaban. Nosotros insistimos, íbamos teniendo algunas bajas y heridos. Cuando nos dieron la voz de mando, recuperamos unos cinco fusiles con el equipo completo.

Habían caído el compañero Tulio y el compañero Guillermo, y tuvimos siete heridos. Unos heridos por esquirlas de granadas y otros por balas. Dentro de los heridos estaban el sargento Manuelito, Jaime, Arturo, el capitán Patricio, Joaquín, Valentín y Rondín. Cuando vimos que había jefes muertos, sacamos a los que pudimos, sólo pudimos sacar a Tulio ya muerto. Casi entrando la noche se hizo una sepultura, le hicimos los honores y lo enterramos. A un pelotón se le dejó cuidando la zona del combate, por si el Ejército nos perseguía al otro día. El resto de la tropa se fue al campamento que llamábamos El Tigre. Ese fue el combate más duro que tuve en 1983, en Petén, había que estar allí para saberlo, para sentirlo.

El otro combate fue el del Volcán de Agua, un combate muy duro. Eso fue cuando estábamos en el Frente Unitario, compuesto por ORPA, FAR y EGP el año 1991. Ahí teníamos nosotros un campamento en las faldas del Volcán de Agua, estábamos acampados y nos cayó el Ejército, desde arriba hacia abajo, desde donde el Ejército tenía un Destacamento. A eso de las siete de la mañana la avanzada que teníamos arriba del campamento para observar los movimientos del Ejército escuchó un ruido y nos informó que venía bajando el Ejército. Inmediatamente los jefes mandaron a reforzar las unidades de nuestras avanzadas. A Héctor se le dio un lanzacohetes RPG2 y lo instaló para esperar al enemigo. Nosotros lo reforzamos con fusilería.

La misma topografía del terreno no dejaba maniobrar al Ejército. No les quedó más opción que bajar por una sola línea hasta encontrarse con nosotros. En ese preciso momento, al topar los soldados con nosotros, Héctor disparó el lanzacohetes. Estaban tan cerca que al soldado que iba adelante lo partió en dos y el casco cayó del lado nuestro, el fusil, de tan cerca que nos quedó, pudimos jalarlo con un gancho. Entonces el enemigo no avanzó más y comenzaron a tirarnos granadas, por suerte ese día no hubo bajas nuestras. El enemigo tuvo varios heridos, no podían salir ni nosotros tampoco.

El frío era insoportable, la orden era mantener posiciones. Nosotros oíamos los quejidos de los soldados heridos en medio de aquel frío. Al

anochecer fuimos colocando explosivos un poco más arriba de donde estábamos nosotros, en lugares donde considerábamos que podían bajar. Pasamos la noche tensos, sabiendo que ellos estaban muy cerca de nosotros. Al día siguiente, a las seis de la mañana, ya había aclarado.

El Ejército empezó un ataque con granadas hacia donde estábamos nosotros, por uno de los flancos. La idea de ellos era romper la línea nuestra para poder pasar. Había muerto Daniel y una compañera, ahí quedaron los cuerpos, no los pudimos sacar, ambos de ORPA, del Frente Unitario. Luego que pasó todo esto dieron orientaciones de retirarnos, pero dispersos, como táctica. Unos se fueron al área por donde estaba la población de Palín, a operar allá. Al resto de las fuerzas nos enviaron al área de La Antigua.

Recuerdo que bajamos de las faldas del Volcán de Agua hacia Ciudad Vieja, pero como estaba aclarando no pudimos avanzar por dentro de unas milpas. En un río nos quedamos a esperar la noche, muy cerca del municipio San Lorenzo, sector El Cubo. Como a las ocho de la mañana llegaron unos campesinos y nos detectaron. Los compañeros de ORPA hablaron con ellos y les dijeron que fueran a comprar comida para nuestra fuerza, éramos como unos cuarenta combatientes, se les pidió comprar queso, crema y tortillas. A eso de las nueve de la mañana nos sobrevoló un helicóptero. Con unos binoculares divisamos la columna del Ejército bajando por el Volcán de Agua, pero ya nosotros habíamos bajado hacía rato.

A eso del mediodía llegaron los campesinos con la comida, se fueron muy rápido. Al rato nos informaron por la radio que el Ejército nos estaba envolviendo para cercarnos. A tal grado era certera la información, que esa comida no la consumimos, puesto que empezó el combate. Martín le ordenó a Héctor que disparara, y empezó el vergueo. Cuando esto sucedió nos dimos cuenta de que nos estaban cercando, y el terreno no nos era favorable. Unos compañeros nuestros salieron por un flanco, aparecieron en la calle y se encontraron con las tanquetas y se enfrentaron al Ejército. Ya Héctor había caído muerto. Yo tomé el lanzacohetes y avanzamos hacia un cerro más alto. Desde ese cerro un compañero de ORPA lanzó otro cohete, hasta que ya anocheciendo salimos del cerco.

Nosotros no sabíamos qué había pasado con el resto de los compañeros. El teniente Martín ordenó enterrar el equipo porque ya no aguantábamos. Acabábamos de salir de un terrible combate en el Volcán, no habíamos comido nada, nos sentíamos muy débiles. Dejamos en unos cafetales las mochilas y el equipo, menos las armas. Nos retiramos a

descansar en unos cafetales. Al día siguiente tuvimos comunicación por radio. Nos preguntamos e informamos de ambos lados. Nos dijeron que había caído el Croata, que a Verónica la capturaron viva y que otra compañera había muerto, era la esposa de Oliverio. Valentín, que era el médico nuestro, cayó ahí también. A los días nos juntamos porque teníamos que llegar a un punto de encuentro para hacer un balance. Nos vinimos a juntar en la costa entre Cocal y Santa Lucía. Este fue el segundo combate más duro, salimos vivos quién sabe por qué.

Antes del balance lo primero fue comer, comimos frijoles, arroz y tortillas. Consideramos que entrar a San Lorenzo había sido un error, y confiar en esos campesinos otro error, ellos ya nos habían delatado.

Antes de esas acciones en el Volcán de Agua ya se habían hecho otras acciones en Escuintla. En la carretera que va de Escuintla a Taxisco se hicieron varias emboscadas. En el puerto San José y Santa Lucía, simultáneamente, se tomó una radio y se hicieron emboscadas. Estando en la costa nos volvió a ubicar el Ejército, se dieron algunas chamuscas de envergadura con esa tropa. Eso fue por Santa Lucía Cutzumalguapa, Escuintla. Todavía éramos el Frente Unitario, pero las acciones principales ya se habían cumplido.

El hecho de que se empezara a hablar de la paz nos ponía la carne de gallina, porque ya se conocía cómo actuaba el enemigo. Ya teníamos conocimiento de cómo actuaban los grupos militares, de que eran capaces de burlar cualquier acuerdo. De qué no había sido capaz el Ejército, masacres, violaciones de los Derechos Humanos y de las mínimas reglas humanas internacionales de la guerra. Además, era mucho el componente militar resentido, como la gente del poder económico y la arrogante oligarquía.

Recuerdo cuando llegamos al campamento Claudia 1, ahí nos concentramos y allí entregamos las armas. Llegó un pelotón del Ejército y se formaron, nosotros frente a ellos también nos formamos desarmados. En medio los Boina Azul de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el general Rodríguez dio un mensaje para ambos grupos. Decía que habíamos llegado ya al cese del fuego. Que ya el rencor y el odio habían desaparecido y que nosotros nos integraríamos a un partido político. Fueron momentos dramáticos, no teníamos a dónde ir, ni casa ni tierra. Ya yo tenía, por ejemplo, a mi compañera embarazada, y eso me producía un gran temor, una gran angustia, a veces mucho mayor que cuando uno se enfrentaba, fusil en mano, en un combate.

Sí, todo eso nos generó demasiada incertidumbre. Se sentía el malestar y se conversaba entre todos, qué garantía había de que esos acuerdos fueran ciertos, fueran cumplidos por ese poder que habíamos enfrentado y que en ocasiones habíamos puesto contra la pared.

Nos trasladaron a los albergues bajo la supervisión de la ONU y la Cruz Roja española. Ellos coordinaban con la Organización Internacional de Migración (OIM). Nos apoyaron a cada uno con ciento cincuenta quetzales mensuales mientras cada quien decidía qué hacer con su vida, estaba también la opción de irse a las fincas productivas.

Por eso fue que cuando entregué el arma se me vinieron a la mente todas esas dudas y sentí una inseguridad total, cómo me defendería, fue demasiado doloroso ese sentimiento, ese instante.

En 1992 oí una noticia sobre un accidente, dijeron el nombre de mi madre y que había sufrido daños cerebrales. Me preocupé mucho y le pedí permiso al jefe, al teniente Martín para ir a ver a mi familia. Me dijo que me iba a enviar con un compañero para que me dejara en la terminal de Taxisco. Nosotros estábamos con la tropa por Taxisco cuando agarré para Zacapa, me dieron ocho días de permiso. Antes me entrenaron sobre cómo tenía que pasar desapercibido y me apoyaron con un dinero.

Nosotros teníamos relación con la población civil, ya que íbamos a buscar encomiendas y armas que nos traían, gracias a esas relaciones logré llegar a la casa. Primero pasé por un poblado cercano, tenía doce años que había salido de mi casa y al regresar tenía treinta. Compré unas cosas y agarré monte hacia Sunzapote para no llamar la atención, llegué a las siete de la noche. Antes de llegar hice un trabajo psicológico para no causar impacto en mi familia. Me dije, primero hablo con mi papá. Entré, lo que hice fue hablarles a mis hermanos y ellos no me conocían. Les hablé y no me creían. Se levantó un hermano que terminaba de salir del Ejército, me vio y me abrazó. Le pregunté por mi papá y mi mamá. «Ahí están», me dijo. «¿Ya se recuperó mi mamá?», le pregunté. Hablaron con mi papá y le informaron que yo había llegado. Salí y lo abracé, él quiso cortarse. Me dijo: «Mijo, viniste». «Sí, yo quiero decirle que estoy en una situación peligrosa y no quiero que les vaya a pasar nada».

Él había simpatizado antes que yo con la guerrilla y ya me había dicho que no fuera a meterme en esas cosas. Mi papá, al oír las noticias de los combates con el Ejército en el Departamento de Petén, suponía que yo

ya me había metido. Me contaba que se oían muchos rumores sobre que montones de personas se habían tenido que ir a México.

«Tu mamá está enfermita», me dijo. Papá entró a donde estaba ella y le dijo que yo había llegado. Ella se levantó, me abrazó y me dijo: «Viste, hijo, nosotros preguntábamos hijo, pero nadie nos dijo nada de dónde estabas». Platicamos, fue un momento de mucho sentimiento de familia, que tenía mucho tiempo que no sentía. Me dieron de comer, me quedé unos días y les dije que tenía que regresar, porque me habían dado permiso sólo por un tiempo determinado.

Estando ahí, frente a la casa, llegó un escuadrón del Ejército para hacer reuniones sobre las patrullas de autodefensa civil, dijeron que había que reunirse y organizarse. Cuando llegó mi papá le pregunté, y me dijo que siempre llegaba el Ejército por allí, que había que organizarse. Yo le dije que no se preocuparan por mí, que yo estaba haciendo cosas buenas por mi país, que no creyeran cosas malas, que era mucho el sacrificio, pero que valía la pena, y me fui.

Así fue como vi a mi familia doce años después. Salí de allí feliz, con mucho espíritu de lucha, porque todavía había chamuscas en mi pueblo. Una de las hipótesis sobre las Chamuscas. Es una palabra de principios del siglo XX. En ese entonces no era tan común tener las calles iluminadas con energía eléctrica. A veces, cuando se reunían a jugar fútbol en las calles de pequeñas ciudades, anochecía y era difícil seguir con el partido en la oscuridad. Se cree que una de las soluciones era rociar el balón con una sustancia inflamable y prenderle fuego. De esta forma, se lograba saber dónde estaba la pelota en todo momento. En lo que consideramos actualmente, se trata de armar un juego de fútbol entre amigos, con los mejores jugadores del lugar.

Me volví a incorporar a las actividades de siempre. Después cayeron Martín, Patricio y Ramiro, cayeron en Escuintla. Los capturó el Ejército. Los torturaron y los sacaron en los carros con vidrios polarizados, me dijeron que no habían delatado a nadie. Ellos aún viven en Escuintla y de vez en cuando vienen a visitarnos. La última vez que vinieron fue a ver a Silvio, cuando estaba enfermo y cuando murió.

A los sesenta y un años que cumplo hoy, día en que terminamos esta historia, aquí, muy cercano a este fogón, me siento tranquilo. Creo que fue una gran decisión haber ingresado a la guerrilla. Eso lo confirmo y reafirmo,

pues todavía a tantos años de aquellos tiempos, cuando uno recuerda y piensa en esto, se siente solitariamente muy importante y orgulloso de uno mismo. Ahora entiendo mucho mejor, con todos los detalles y mayor precisión, lo que significó aquella lucha contra el hambre, la ignorancia y el fraude del poder. Saber que la vida y el futuro de tu familia y de tu gente debían ser respetados, y que tenían también todo el derecho a vivir y no a estar huyendo para salvar su vida. Saber eso todavía es demasiado.

Yo soy honesto, yo no le atinaba como campesino a nada, qué había más allá de ese esfuerzo de vivir a oscuras, qué podía conocer. Yo nací en Zacapa en 1959, sólo estudié tercer grado de primaria, por la pobreza tuve que dedicarme a trabajar en el campo, la comida es primero. Aunque uno de niño no ve más allá, ni siquiera sabe lo que es la pobreza ni la ignorancia, aunque la viva. Nuestra familia era grande y le era difícil comer. Como todos los campesinos, había que trabajar la poquita tierra que teníamos o la tierra de los otros. Yo soy el mayor de once hermanos. A los catorce años tuve que salir al campo a trabajar. Ya de diecisiete años me fui a Izabal a continuar trabajando, cultivaba maíz y de ahí lo transportábamos a Zacapa, eso era lo que hacía y ese era mi futuro. Qué podía yo saber del porqué de la guerra, que podía saber de los beneficios para el pueblo si se lograba la victoria de una revolución.

Por eso digo que yo soy honesto, porque eso de la explotación, la represión y las masacres, la escuela en la montaña nos lo fue enseñando. Comprender la situación política, económica y social del país uno solo no es fácil, lo pueden entender mejor los estudiados, para nosotros los pobres no es tan fácil. La preparación en la guerrilla nos fue abriendo los ojos hasta que comprendimos que, nosotros, como campesinos, estábamos más preparados y teníamos más sentimientos para comprender la realidad de Guatemala. Bueno, usted me entiende lo que quiero decir. Porque uno se levanta, trabaja la tierra y cuida los animalitos y vuelve a la casa, esa es nuestra vida campesina, ese es el poquito de país que nos dejan.

En ese período aprendimos lo que es una sociedad machista como esta, y lo sigue siendo. En ese período de la montaña aprendimos a valorar la participación de las compañeras, estuvimos juntos en una lucha para cambiar un sistema de dolor. Muchas de ellas murieron, como de nosotros otros tantos, todos estuvimos a un mismo nivel, nadie era más que otro. Nos sentíamos una familia, a tal grado que cuando alguien caía en un combate teníamos que saberlo soportar y superar, porque no quedaba de otra que llorar y seguir.

Esa sangre derramada no era en vano, tenía una causa y un objetivo, y nos animaba a continuar la lucha con más ganas, porque los compañeros y las compañeras no podían derramar esa sangre por gusto. Había casos en que, si podíamos sacar a los compañeros heridos o muertos en pleno combate, los sacábamos, aunque había casos en que militarmente era imposible. Éramos una familia y todavía la somos y aquí seguimos estando. Me siento honrado de haber salido con vida y damos gracias, pero eso no quiere decir que hemos olvidado.

Y pudiera decir aquí que, tal vez el hecho de haber entrado a la guerrilla me haya permitido estar vivo todavía. Con la vida perseguida que me esperaba seguramente ya estaría más muerto que vivo, y quién sabe qué montón de hijos habría tenido y también habrían muerto de hambre o por la represión.

Como le dije, la montaña fue una escuela, es por eso que yo sólo tengo dos hijos, porque ya sé que en este sistema uno no se puede llenar de hijos, por lo económico, por el daño que se le hace a los niños con el hambre, con la falta de conocimiento y estudios que llevan a la desorientación humana. Eso hemos acordado con mi compañera, desde hace veintiséis años que nos unimos. De eso recuerdo que cuando llegamos a la zona de Chiquimulilla empezamos a realizar trabajos de organización, llegamos a donde vivía ella en el poblado de Nancinta.

Empezamos a trabajar con información y compra de alimentos para los compañeros. Luego, cuando nos delataron los orejas del Ejército, que estaban trabajando infiltrados entre nosotros, empezó la persecución. En una ocasión le cercaron la casa a la familia de mi esposa, esperaban la llegada de compañeros nuestros que venían a buscar la comida que ya se había comprado. Un hermano de ella, Fredy, salió a avisarnos antes. Nos dijo que la casa estaba cercada por el Ejército. Nuestros compañeros se regresaron al campamento. Pocos días después la familia de mi compañera y ella tuvieron que incorporarse con nosotros. Ya a partir de esa situación peligrosa nos fuimos conociendo hasta que nos unimos en la montaña. Duramos cuatro años de novios, luego nos unimos formalmente, hará unos veintiséis años de todo esto que cuento.

Hoy, en mi cumpleaños sesenta y uno, aquí en esta finca Las Tecas, aún vivimos con nuestros compañeros, igual de humildes y con lo necesario para seguir estando vivos. Sólo que guardo un gran sentimiento, un tesoro dentro de mí que no me deja caer: «Yo me siento bien por saber que fue correcto haber luchado».

OTROS HECHOS DE LA HISTORIA

Rebelión del 13 de noviembre de 1960.

Entre el 11 y 12 de noviembre de 1960 un grupo de jóvenes oficiales, suboficiales y soldados del Ejército Nacional de Guatemala se concentraron en la Ciudad de Guatemala con el fin de derrocar al gobierno de Ydígoras Fuentes. La fundamentación de sus acciones estuvo en la difícil situación que provocaban las unidades militares en cuanto a maltrato, así como por la corrupción y los malos manejos del Gobierno. Esta rebelión estuvo inspirada y alentada por el triunfo de la Revolución Cubana. Señalaron en un comunicado que había llegado el momento de actuar para «derrocar al gobierno (...) y formar un gobierno que sea respetuoso de los derechos humanos, que busque los remedios para los males de nuestro país y que tenga una política exterior seria y digna».

Se rebelaron el 13 de noviembre, pero por falta de coordinación entre los que dirigieron la asonada, y por la delación de varios de los conjurados que los traicionaron, tuvieron que huir hacia las bases militares de Zacapa y Puerto Barrios, donde creyeron que sus compañeros los ayudarían, pero fueron derrotados. Los principales líderes, teniente y especialista de Inteligencia Marco Antonio Yon Sosa y el subteniente Luis Augusto Turcios Lima se tuvieron que esconder y exiliar de Guatemala.

Luis Augusto Turcios Lima (Guatemala, 23 de noviembre de 1941 - Guatemala, 2 de octubre de 1966) fue un militar y comandante guerrillero guatemalteco. Junto a Marco Antonio Yon Sosa se rebeló contra la dictadura del general Miguel Ydígoras Fuentes el 13 de noviembre de 1960 y, luego, en 1962, formaron el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13). Fue comandante guerrillero hasta su muerte, acaecida en un misterioso accidente automovilístico en el centro de la Ciudad de Guatemala, el 2 de octubre de 1966.

Inicio de la Guerra Civil en Guatemala.

El 7 de febrero de 1962 se integró un pequeño grupo de jóvenes rebeldes dirigidos por Yon Sosa y Turcios Lima, junto con César Montes, creando el Movimiento Revolucionario Trece de Noviembre (MR-13), entre sus miembros aparece también Pablo Monsanto, quien también era conocido por el sobrenombre de Manzana. El grupo abrió así un nuevo tipo de lucha política en el país al formar el Movimiento Revolucionario Trece de Noviembre (MR-13) con el fin de derrocar al Gobierno por medio de las armas; para ello contactaron con los grupos políticos, en especial con el PGT, para

establecer alianzas. La crisis política continuó y el Gobierno abrió muchos flancos, iniciándose así la lucha guerrillera en Guatemala.

En la primavera de 1962 se acordó un diálogo directo con los líderes izquierdistas aglutinados en el partido Unidad Revolucionaria Democrática (URD). Los comandantes Turcios Lima y Yon Sosa, y los miembros de la URD, Manuel Colom Argueta, Adolfo Mijangos López y Américo Cifuentes Rivas se reunieron con el objetivo de conocer, debatir y decidir la propuesta de los comandantes guerrilleros de que la organización política URD, encabezada por sus dirigentes, se incorporara a la lucha armada. Se debatió durante más de cinco horas. La respuesta de los dirigentes civiles y profesionales universitarios fue que no se consideraba viable el camino de la revolución armada para resolver los problemas nacionales, que los componentes de la URD se encaminarían por las vías institucionales, jurídicas y cívicas para asumir el poder sin derramamiento de sangre de ningún guatemalteco.

Después de la fundación del MR-13 en febrero de 1962, pasó un año y se crearon las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en un pequeño restaurante chino de tradición en la Ciudad de Guatemala, el 7 de febrero de 1963, año que comenzó en caos, con movimientos reivindicativos y con huelgas de trabajadores de correos y de la salud. La reunión tuvo lugar en el restaurante Fu Lu Sho en la 6ta. avenida y 12 calle de la zona 1, a escasas seis cuadras del Palacio Nacional, participaron Yon Sosa, Turcios Lima y los civiles Bernardo Alvarado Monzón, Mario Silva Jonama, Joaquín Noval y Bernardo Lemus. Acordaron dar a conocer públicamente la creación de las FAR, integrada por representantes del Movimiento Trece de Noviembre, del Partido Guatemalteco del Trabajo y del Movimiento 12 de Abril, se nombró como jefe militar de la organización al comandante Yon Sosa.



**Pancho, con su Compañera Marilú González.
En el Campamento Claudia 1,
Municipio de Taxisco, Santa Rosa,
año 1996. Foto sobre foto: Ca.**

Elecciones presidenciales de 1966.

En marzo de 1966, durante los últimos meses del gobierno del coronel Enrique Peralta Azurdia, treinta y tres líderes del PGT y otros partidos de izquierda «desaparecieron», entre ellos Víctor Manuel Gutiérrez y Leonardo Castillo Flores. Documentos de la CIA desclasificados en 1998 revelaron que habían sido asesinados clandestinamente por las fuerzas armadas.

En 1966, luego de fuertes discusiones internas, el PGT apoyó la candidatura presidencial de Julio César Méndez Montenegro, sosteniendo que se trataba de un candidato progresista y democrático. Sin embargo, Montenegro, una vez elegido presidente, mantuvo las leyes de represión contra el comunismo, lo que fortaleció dentro del PGT a los sectores más radicales y partidarios de la lucha armada. Algunos analistas han sostenido que el asesinato de los líderes más moderados de la izquierda estuvo dirigido a cerrar toda posibilidad de una salida pacífica y empujar a las jóvenes generaciones hacia una guerra civil frontal.

Ese mismo año volvió a Guatemala el poeta guerrillero Otto René Castillo e integró la guerrilla de las Fuerzas Armadas Rebeldes; se negó a permanecer en un refugio en la Ciudad de Guatemala y estuvo con los combatientes de la Sierra de las Minas, donde se dedicaba a preparar obras de teatro que los combatientes representaban ante los campesinos del área para hacerles llegar el mensaje de la guerrilla. En ese entonces los elementos guerrilleros estaban integrados por un grupo de soldados jóvenes y rebeldes, varios de los cuales provenían de las filas del Ejército y otros eran estudiantes de secundaria o de la Universidad de San Carlos, también había dos profesionales, un economista y un antropólogo, pero el grupo en general no tenía ningún sustento ideológico, por lo que al ingresar al movimiento a Otto René Castillo le fue asignado hacerse cargo de la formación en los conceptos teóricos del marxismo de los combatientes.

Muerte de Turcios Lima.

El 2 de octubre de 1966 Turcios Lima falleció carbonizado en un accidente de tránsito en la 11 avenida y décima calle de la zona 1 de la Ciudad de Guatemala a las tres de la mañana, sólo se salvó la mujer que lo acompañaba. Los guerrilleros calificaron su muerte como un atentado, aduciendo que el vehículo que conducía Turcios Lima había sido «modificado» para que a determinada velocidad frenara de repente y se volcara e incendiara. Lo extraño del accidente es que el comandante guerrillero iba conduciendo el vehículo, sin seguridad o escolta, a tan altas horas de la noche. La muerte de Turcios Lima ocasionó un desmoronamiento en las filas de las FAR, pero la agrupación trató de reponerse con el nombramiento de César Montes como comandante.



Al lado izquierdo el Comandante Gary. Al lado derecho Sargento en comunicaciones Walter (seudónimo) del Frente Capitán Santos Salazar.

Foto tomada en el Municipio Chiquimulilla, en el Departamento Santa Rosa.

7.- La historia del comandante Gary

**1° DE DICIEMBRE DE 2020,
COMUNIDAD EL PROGRESO**

En el año 1979 en que me incorporé fui nombrado para salir a una beca junto con nueve compañeros. Iban Polo, Max, el Húngaro, de los demás ya no tengo memoria. Total, salimos del Petén para la ciudad capital. El contacto lo teníamos en El Trébol, por la Calzada Roosevelt.

Se fue una comisión de dos compañeros a la hora indicada, pero el contacto no llegó. Esperamos otro día y nada, no llegó. Volvimos todavía al tercer día y

menos llegó. Nos dimos cuenta de que ya nos estaban siguiendo, tuvimos que salir de emergencia para el Departamento de Escuintla, a donde vivía la familia de un compañero. De allí se fue cada quien a donde tenía familia. Los que no tenían familia por esos lados regresaron a Petén. Después nos enteramos de que el contacto era el compañero Sergio Aníbal Ramírez. No llegó porque había caído en manos del enemigo, gracias que no nos delató. Gloria eterna al compañero Sergio Aníbal Ramírez. Presente, Presente, Presente.

Cuando nos dispersamos estando en Escuintla, yo me fui para donde mi madre y le conté en qué andaba. Fue cuando me dijo: «Ya estás grande, ya sabés qué es el bien, qué es el mal. Híncate, te echaré la bendición». Creo que esa bendición me protegió enormemente, porque estuve en muchas acciones de gran riesgo y nunca sufrí ni una herida.

Somos once hermanos, aparte de los dos hermanastros, ocho varones y tres hembras, ninguno se incorporó en la guerrilla, pero sí tenía dos hermanos en el Ejército. Cuando mis hermanos estaban en el Ejército en el Departamento del Quiché, nosotros estábamos en el Petén, por eso no nos echamos plomo.

Ninguno sabía que yo era guerrillero, sólo mi mamá, María Cleofás, porque yo le conté. Le dije: «Écheme la bendición, que me voy a la guerrilla», tendría unos treinta años. Ella me guardó el secreto para siempre. Ya estando en la

guerrilla nunca hablé con mi mamá, porque no volví nunca más a ver a la familia, era un gran riesgo tanto para ellos como para mí. Si nos llegaban a ver conectados nos mataban a todos. Después de la guerra sí hablé con la familia.

Mi hermano me contaba que él tuvo mucha suerte, porque no le pasó nada. «De los jóvenes relevados en el Servicio Militar, de unos ciento cincuenta soldados, sólo regresaron diez», me dijo.

A conciencia me interesé en ingresar a la guerrilla como en 1978, cuando llegó un cura gringo, Juan Brin, a la zona donde vivía. Él nos hablaba de que había que luchar, que no había que dejarse someter, lo oíamos hablar con otros curas por teléfono también sobre la importancia de la resistencia. Se oía cuando decía: «Ya esto se chingó, hay que decirle a la gente que hay que luchar. No hay que dejarse, hay que luchar», nos incitaba a alzarnos. Nos mandaba a las comunidades a impartir cursos de catequista, hasta la Cooperativa La Técnica llegábamos por el río Usumacinta.

El Ejército una vez intentó matar al cura Brin. Le tendieron una emboscada cuando iba en su lancha rápida por la población de Pipiles, del destacamento militar de igual nombre. Pero se les escapó, ya no lo volvimos a ver nunca más. Supimos, según informes, que se fue a Estados Unidos. Con el tiempo nos enteramos también de que había muerto, de alguna enfermedad supongo.

Conocí al comandante Fernández en un curso de catequesis en Santa Elena, cabecera departamental de Flores, en el Petén. Ahí no nos identificamos como integrantes de la guerrilla. El obispo de Flores, del Departamento de Petén, nos convocó a los catequistas del departamento a un curso. La intención era conocer quiénes estaban a favor y quiénes estaban en contra de la doctrina de los Jesuitas. El obispo quería convertirnos en adeptos de la iglesia católica. Seguramente buscaba saber también si estábamos en la guerrilla, porque a los catequistas les llegó un momento en que habían sido tildados de subversivos. Los jesuitas, muchos, fueron asesinados, la otra mayoría se incorporó a la guerrilla.

Parece mentira, pero el presidente actual, Giammattei, vino a acabar con todo lo que quedaba de los Acuerdos de Paz. Disolvió las instituciones de la paz, entre ellas la Secretaría de Asuntos Agrarios, que cuando se firmó la paz se llamaba Contierra (Comisión para la Resolución de Conflictos de Tierra). Sólo queda el Fondo de Tierra.

Nuestra primera derrota después de la Firma de la Paz fue no poder lograr el sí en el referéndum, en la consulta popular por la paz. Perdimos, no

teníamos dinero para hacer la campaña de la izquierda. El Gobierno propagó información sucia como siempre lo ha hecho, nos malpuso con el pueblo.

Trabajé con esta institución de Contierra, dependiente del Gobierno de Alfonso Portillo en el 2003, asignado al Departamento del Petén. Me fui al campo y resolví como cinco casos, al cambiar de gobierno me sacaron. Había entrado de presidente Óscar José Rafael Berger Perdomo, mandato del 14 de enero de 2004 al 14 de enero de 2008. Tratábamos allí conflictos de disputa de linderos, posesión ilegal de tierras de gente que se fue cuando la guerra, etc. Pasó durante mucho tiempo que la gente al volver, luego de la guerra, a su tierra, la encontraba con otra gente. Al investigar a las partes, uno como mediador, les preguntaba e investigaba a profundidad, hasta que se ventilaba un acuerdo justo.

En la lucha de posesiones, si ninguna de las partes implicadas cedía, si no llegaban a ningún acuerdo de manera pasiva, se iba a tribunales. Yo no llevé ningún caso a los tribunales. Los convencía para que partieran la tierra, les hacía terapia y los persuadía para que aceptaran lo más justo. La misma experiencia que tuvimos en el Conflicto Armado Interno, uno aprendió hasta psicología. Luego iba el técnico y medía el área y dividía, todos eran casos de campesinos. De ninguno de esos casos, que eran muchos, había posesiones por parte de militares, que supongo debería haber sido más complicado.

Cuando yo llegué a Contierra me discriminaban. Decían que qué podía hacer yo si no era graduado. Me preguntaban de dónde venía, y les empecé a mostrar recuerdos de cuando la guerra, de cuando fui a Europa como representante de la URNG para la Firma de la Paz. También estuvimos como representantes de la Unidad Revolucionaria en España, Noruega y Suecia. Por ahí uno se nutrió de muchas experiencias y podía bandearse a la hora de la discriminación.

Recuerdo cuando fui por primera vez a Noruega, uno tiene que transbordar aviones, y en Ámsterdam, cuando iba por el túnel de trasbordo me revisó la seguridad del aeropuerto. Me dijeron que tenía fisionomía de árabe. Esa vez, estando en Noruega, salimos los compañeros a dar una vuelta, a conocer. Yo, como tengo la mala costumbre de quedarme atrás, al entrar a un supermercado me dieron un empujón. Investigamos y era un tipo racista, me confundió con un árabe. Todos los viajes fueron grandes experiencias de aprendizaje, incluso anduvimos con militares que odiábamos y nos juntamos con ellos como si nada. Tenemos fotos

con el general Arévalo Lacs, el general Pérez Molina, preso actualmente por corrupción; con el general Balconi Turcios, ministro de la Defensa para aquel momento, y con el teniente coronel López Bonilla, que funcionaba como brazo derecho del ministro Balconi, que está preso ahora por corrupción y narcotráfico. Fue capturado cuando era ministro de Gobernación en tiempos del presidente Pérez Molina, que también está preso por corrupción.

Cuando veníamos de la Firma de los Acuerdos de Paz en Europa, vía México, y entrábamos legalmente a Guatemala, tuvimos una sorpresa. Esa vez veníamos de regreso el comandante Pancho (seudónimo) de ORPA, de nombre real comandante Pedro Pablo Palma Lau; el comandante Ruiz de las FAR y otros compañeros, y quien nos fue a recibir a la zona de protocolo del aeropuerto fue López Bonilla de la inteligencia del Estado. Nos pasó por protocolo para recibirnos. Pensaba yo que sería para investigarnos. Me vio a mí y me dijo: «Ajá, te nos pasaste». Claro, yo llevaba pasaporte guatemalteco, pero sin mi nombre.

Yo usé, en su memoria, el nombre de mi primo en el pasaporte, Bernardo Marroquín Salazar, que lo había capturado el Ejército y lo desapareció. Tomé su identidad y saqué documentos con su nombre, cédula, pasaporte, etc. Con ese pasaporte fui a esa gira y a los acuerdos de México, donde se iba a firmar el acuerdo del «Papel del Ejército en un país Democrático». Fue la primera vez que salí de la montaña. Dirigía para ese momento el Frente Capitán Santos Salazar, se quedó como encargado al que apodábamos el Nenón, teniente Alcides (seudónimo), de nombre real Valentín Monterroso Cazún, quien vive ahora en México.

Cuando se firmó la paz tenía un poco de dudas, no creía mucho que se cumplieran los acuerdos por parte de los militares y la oligarquía. Pero sentí satisfacción por la dureza y sacrificio que implicaba el Conflicto Armado Interno y por haber salido vivo. Antes de la firma el comandante Pablo Monsanto se reunió con nosotros, los oficiales de las FAR. Primero nos dijo:

Traigo una idea sobre la situación de la Firma de la Paz, y es que la última decisión sobre la Firma de la Paz queda en ustedes. Espero y acepto lo que ustedes digan y estaré con lo que ustedes decidan. Si ustedes dicen que continuemos con la guerra, arreglo mi fusil y mi mochila y me voy con ustedes. Si nos quedamos combatiendo será hasta el final, será a mayor riesgo de muerte, porque ahora la situación de la guerrilla tenemos que empezarla a trabajar duro de nuevo para crear las condiciones que nos permitan la victoria.

Esa fue una actitud muy consecuente y sincera. Desde el momento en que avanzamos hacia la concentración para desmovilizarnos, sentíamos que ya había menos condiciones para continuar la guerra. Ya la gente no quería incorporarse y ya había poco apoyo internacional, la apreciación internacional era que se debía terminar con los conflictos internos de cada país. El Frente Sandinista había entrado en negociaciones con la contrainsurgencia en Nicaragua. También El Salvador, a través del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, había comenzado negociaciones con el Gobierno.

La ONU, Noruega y el Banco Mundial andaban financiando la paz, debido a que les urgía instalar una cantidad de proyectos transnacionales en la región centroamericana. Recuerdo que, yo con otros compañeros nuestros, cenamos con el presidente del Banco Mundial. Curiosidades de la guerra, nos buscaban conversación y nos respetaban y nos trataban como si no hubiera pasado nada. A lo mejor eran estrategias para que no trancáramos la paz. Ellos nos veían y pensaban, «¿cómo gente tan sencilla podía haber llevado una guerra durante tantos años?». La segunda propuesta del comandante Pablo era la oportunidad de seguir la lucha, pero en el plano político.

Conformar un partido de masas y tomar el poder por la vía electoral. Aceptamos esta segunda propuesta, la veíamos viable, porque ya no seguiríamos por medio de las armas, sino de los votos. Formamos el partido, la UNRG (Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca). Yo también sentía muy difícil la lucha política, porque en la guerra conocíamos al enemigo a distancia por su uniforme, pero en la lucha política el enemigo iba a andar a nuestro lado y no sabríamos cómo era ni quién era. Un error que cometíamos y de una sola vez fracasaríamos en lo político, como ahora estamos realmente.

Las decisiones deberían haberse tomado más horizontalmente en vez de verticalmente. No supimos transformar la organización de la guerra en organización política, sino que nos adaptamos a las normas convencionales que ya tenía el Estado que queríamos derrotar. Pero en la guerra no hay otra manera, sino vertical, de conducir y tomar las decisiones, tal vez porque es de vida o muerte. Incluso en las tácticas nosotros aprendimos que, cuando íbamos a hacer un combate, un plan de operaciones, nos sentábamos los mandos: Servicio Médico, de Comunicación, jefes de Escuadra y sometíamos el plan a discusión, dónde estaría la ametralladora, quiénes irían en la vanguardia, la retaguardia o en los

cuadros medios. Oyendo todas las opiniones, llegábamos a un acuerdo. Y así se hacía, tal cual como la decisión acordada. Ya luego no se discutía más, se asignaban las tareas y al combate.

La Comandancia General de la Guerrilla decía tal cosa y llevábamos la orden a la práctica, pero en la táctica la adaptábamos a la realidad del campo de batalla. Al final, la estrategia en la práctica sufre algunas modificaciones técnicas, pero el objetivo principal no variaba, eso era ley. Esas decisiones no eran nuestras, sino de nuestros superiores y había que cumplirlas. Así funciona la guerra, sino se vuelve un caos.

En cuanto a la política electoral, en primer lugar, de entrada, ya teníamos algo adverso, tenía su propio esquema y leyes instituidas en ese sistema electoral. Entrás a la cancha con árbitros de la derecha y en la cancha la estrategia se acomoda a la derecha. Entrábamos a luchar contra la corriente. Deberíamos haber instrumentado algunas habilidades, estrategias distintas, pero no era fácil. Era como cuando uno se encontraba con una partida de jabalíes en la montaña, que cuando ven a la gente se erizan. Igual nosotros, no sabíamos qué intenciones traían, qué jugada, sabían más que nosotros en esas lides traicioneras. Hay otra comparación, como cuando íbamos en la marcha guerrillera, en las columnas, y teníamos que cruzar un jimbal (caña brava), que es una caña con espinas que crecen tejidas en el cañaveral, incluso el tallo tierno lo convertíamos en comida, amargo, pero con hambre se sentía bien.

Así nos sentimos cuando empezamos a trabajar en el partido político, no sabíamos con quién íbamos a hablar, desconfiados; no sabíamos cómo entrar ni qué iba a aparecer. De civil se siente uno sin elementos de defensa. En cambio, en la guerra teníamos un fusil y preparación, sabíamos cómo disparar y cuándo; sabíamos de estrategias y teníamos formación; por eso nos sentamos en la mesa de negociaciones. En cambio, entramos a dirigir un partido sin saber nada de los intrínquilos políticos. Los pocos formadores políticos que teníamos no alcanzaron para todo un país. Hasta muchos trabajaron sin paga, pero la familia nos debilitaba, porque cómo comían si no había apoyo económico.

En la guerra nosotros los oficiales decidíamos. Yo creo que en la lucha política nos organizamos verticalmente y no horizontalmente, como dije y como debería haber sido. Aunque en la guerra era necesaria la verticalidad, pero era un contexto militar, no se trataba de política electoral. En los plenos de las FAR se discutía eso, muchos políticos guerrilleros no

estaban de acuerdo en que se dirigiera la guerra verticalmente. Pero eso llevaba demasiada discusión y complejidad. Crear una forma horizontal de gestionar una guerra era muy difícil, dependía mucho de la formación, y hasta esa fecha no conocíamos manuales al respecto y no sabíamos si existían ya. Lo cierto es que, cómo cambiabas la estructura organizativa sin volver aquello un caos, hasta que se comprendiera y respetara un cambio mientras estabas en combate era complicado.

La diferencia entre lo político y la guerra la sientes cuando entregas el fusil. Cuando entregué el fusil sentí como que había entregado algo de mi cuerpo, de mucho valor, me sentí vacío de cuerpo y de mente. Incluso después de la firma, al estar sentados, cuando nos íbamos a parar, hacíamos el gesto como de tomar el fusil, que siempre lo teníamos a nuestro lado, pero esa vez no estaba.

Veintinueve años tenía cuando entré a la guerra en 1979. Realmente entré por conciencia, porque había tenido una formación religiosa basada en la teología de la liberación. Allí, en la Teología de la Liberación nos enseñaron que el reino de Dios estaba aquí en la tierra, que la buena nueva era luchar por vivir bien nosotros y los demás también. Eso fue en la aldea Los Josefinos, municipio La Libertad en ese tiempo, ahora es municipio Las Cruces.

Esa vez me abordaron unos compañeros de las FAR, Leonardo de seudónimo y nombre real Abraham Guamuch, y el otro Antonio Guamuch, de seudónimo Saturnino, eran hermanos. Ambos eran catequistas, ya los conocíamos cuando nos abordaron, porque también éramos catequistas mi hermanastro, Timoteo Navarajo, y yo. Antonio Guamuch murió luego en un combate en junio de 1981.

Cuando “me quemé”, que descubrió el Ejército nuestras andanzas en los años 80, me tuve que meter en la clandestinidad definitivamente. El 30 de abril de 1982 quemaron y masacraron la aldea de Josefinos en venganza, porque habíamos golpeado fuerte al enemigo en una emboscada, la emboscada de La Vuelta del Silencio, nombre que le puso el Ejército. Ya yo había sacado de la zona a mi familia, mis dos hijas y mi compañera Zenaida. Mis hijas se quedaron en el convento de las Hermanas Dominicas, que estaba en la ciudad de Santa Elena, Departamento de Petén. Zenaida se fue conmigo al campamento y se incorporó a la Unidad de Sandokán.

Yo, Gary, era brazo derecho del jefe político del Frente Norte, Bacho. Cuando llegó la orden de seleccionar gente para una beca de formación política militar, Bacho decidió que se fuera Antonio Guamuch y me quedara yo, Bernabé Salazar (seudónimo Gary). Al regresar de la beca Antonio Guamuch se integró a una unidad militar. Estando en esa unidad, lo envían a explorar un terreno para una emboscada. Andando en la exploración se encontró con una patrulla del Ejército.

El compañero que andaba con él, Roberto, salió huyendo y lo dejó solo. Antonio Guamuch en vez de retirarse, se escudó en un árbol y los enfrentó, pero lo rodearon y lo mataron, tendría unos treinta y dos años. No se pudo recuperar el cuerpo. El Ejército se llevaba los cuerpos como trofeo de guerra y los exhibía públicamente. Cuando estaban lejos del destacamento y mataban a alguno de nosotros lo decapitaban, lo mutilaban, le echaban fuego, eran unas bestias. Su muerte fue en las cercanías de la aldea Los Chorros, municipio La Libertad.

Yo era jefe de Escuadra, esa vez que andaba con Sandokán. Después de unas acciones que hicimos por Sayaxché intentamos pasar la Navidad en La Nueva Libertad. Luego se decidió regresar a la aldea Las Cruces, cercana al Destacamento del Subín, como a kilómetro y medio de la carretera que va para Sayaxché y Las Cruces. Abordé al jefe y le dije: «Este campamento no es confiable. Ya estuvimos una vez aquí y hubo desertores». Me dijo: «No se preocupe, si viene el Ejército le echamos verga». Estando ahí, uno de los compañeros había desertado y conocía muchos buzones de avituallamiento y de armas.

Sandokán era el jefe de la unidad, tenía a su cargo como unos treinta guerrilleros. Yo era jefe de una de las escuadras. Sandokán ordenó que se trasladaran los buzones a otro lugar y a los días de estar ahí nos quedamos sin abastecimiento. Nos ordenó a Camilo y a mí que fuéramos al municipio a comprar abastecimiento. Fuimos, salimos de civil a la carretera y nos montamos en un bus a comprar víveres. Al regreso volvimos al campamento La Ceiba donde estábamos. Entonces, sospeché que el Ejército nos había detectado cerca del lugar donde nos bajamos y estaba casi seguro de que el desertor andaba con el Ejército. Seguramente llegaron a la conclusión de que nosotros estábamos en ese campamento, porque al siguiente día como a la una de la tarde nos cayó allí el Ejército. El desertor conocía dónde se ponía la seguridad del campamento, dónde se instalaba la mina Clymore y todos los detalles necesarios. A la hora de entrar al campamento el Ejército desinstaló la

mina. Cuando el compañero que estaba en la seguridad se dio cuenta de que venía el Ejército, hizo detonar la mina, pero sólo estalló el estopín, que es lo que inicia la explosión.

Así empezó la tirazón del Ejército. El teniente Sandokán nos dijo: «Hagan una línea aquí, y yo voy a reforzar a Wilo, que está en la posta». Se fue con tres compañeros más: Adrián, Miguel y el Chante. Se apostaron con Wilo y se enfrentaron al Ejército. El Ejército empezó a maniobrar y a hacer una pinza, pero no lograron cercarlos. Sin embargo, llevaban gente especialista en tiro, porque balearon a Sandokán, El Chante recibió también un disparo en la copa del sombrero, le pasó rozando la cabeza. En ese ataque murieron Adrián y Miguel. Al Wilo también le pasó rozando un tiro por la gorra, pero salió ileso.

Sandokán se retiró herido junto al resto de los que estaban en la línea de fuego, la mayoría se retiraron más atrás. Cuando yo me estaba retirando me encontré con el teniente Sandokán y me dijo: «Me hirieron y me mataron a mis viejitos», se refería a Miguel y a Adrián. Lo levantamos entre dos, ya no podía caminar. Lo llevamos como a unos cien metros y le hicimos una camilla para trasladarlo. Nos dirigimos a otro campamento más retirado del sector La Ceiba donde fue el combate. Estando ya en el campamento, nos preguntó Sandokán: «¿Quién tiene el valor de ir a la aldea Las Cruces a buscar medicina?», él se veía bien, porque nos venía dirigiendo cuando lo traíamos en la camilla. Dijo la Yegüita: «Yo voy» y en vista de que más nadie se sumaba, yo también decidí ir y acompañarlo.

Nos vestimos de civil y nos fuimos, yo llevaba una pistola cuarenta y cinco, y la Yegüita una granada. Nos dirigimos a la calle, a la altura del kilómetro tres del caserío El Subín. Cuando estábamos caminando por esa calle oímos el zumbido de comandos del Ejército, venían llenos de tropas. Le dije al compañero: «Si paran, si notamos que es por nosotros, vos le lanzás la granada, y yo le disparo y nos retiramos corriendo». Pasaron de largo los camiones y nosotros seguimos detrás de ellos a una distancia prudente. Al llegar al sector Mira el Valle descubrimos que ahí estaba el Ejército. Iba un grupo de evangélicos para el culto y nos metimos entre ellos. Así pasamos el retén del Ejército y no nos registraron. Entramos a la aldea y nos dirigimos a un hospitalito de unas monjas que yo conocía. La intención era convencerlas de ir con nosotros a atender a un herido, pero no estaban. Seguimos a buscar una farmacia y todas las farmacias el Ejército las había mandado a cerrar. También habían puesto emboscadas en todos los caminos de ingreso a la aldea.

Como no encontramos nada, hablamos con el guardián y nos quedamos ahí en la casa de las monjas, en unas hamacas que estaban en el corredor. En la mañana fuimos a una farmacia de un conocido mío, llamado Pedro, ya no estaba el Ejército. Le dije a Don Pedro: «Vine a molestarlo». «En qué le puedo servir», me dijo. «Estábamos descombrando y mi hermano se hirió un pie. Deme todo lo que sirva para curar heridas», le respondí, y me vendió las medicinas. Yo le pagué con un billete de cien, pero el billete iba manchado de sangre de cuando me lo entregó el teniente Sandokán.

El señor no se dio cuenta, pero tenía pensado decirle que mi hermano era el que me había entregado el billete. Luego salimos a comprar los utensilios de cocina y nos marchamos por la calle, pero alertas. Si mirábamos algo sospechoso nos íbamos a regresar, pero todo parecía tranquilo. Al poco rato de ir por la calle, detectamos dos patojos que venían en dirección contraria. Esos patojos eran el Nalguita y Mario, dos de los compañeros que huyeron cuando el enfrentamiento, cuando salió herido Sandokán por el Ejército. Decidieron regresar con nosotros a donde estaba el teniente. Se juntaron con nosotros, íbamos ya por la selva, por una brecha, la Yegüita iba adelante, yo detrás y los patojos de último.

Al ratico de ir caminando por la brecha, como era mi costumbre tiré la vista lejos. A una distancia como de unos ciento cincuenta metros, vi que se movió algo de tinto. Alerté a mi compañero inmediatamente. La Yegüita me aseguró no haber visto nada. Le propuse desviarnos de la brecha e introducirnos más en la selva. Al poco rato oímos el zumbido de un avión Pilatus. Al llegar el avión al área por donde nos habíamos desviado de la brecha comenzó a disparar. Corrimos y llegamos al campamento donde habíamos dejado al teniente Sandokán, pero no encontramos nada. Sólo vimos las trillas por donde se habían retirado los compañeros. Los seguimos por las trillas, no le dimos alcance y nos encontró la noche en medio de la búsqueda.

Hicimos comida, cenamos y nos dormimos en la gamba de un árbol, en una gran raíz. Sin cobija, sin nada, porque habíamos salido sin nada. Al siguiente día seguimos caminando y conseguimos encontrar las huellas donde habían agarrado agua en una aguada. A partir de ahí les volvimos a perder el rastro. Dedujimos que ellos iban en dirección al campamento donde estaba el comandante Ruiz, hacia allí seguimos. Al llegar informamos al comandante Ruiz de todo lo sucedido. Preguntamos si había llegado la patrulla del teniente Sandokán y nos dijeron que no. Le solicitamos apoyo

con más gente para irlos a buscar, porque traían al teniente Sandokán herido. Al siguiente día fuimos a buscarlo, una de las patrullas que organizamos los encontró. En mi caso, en la patrulla de búsqueda donde yo iba, al llegar a las huellas de la aguada decidimos regresar, ya no era necesario seguir por ahí. Al llegar al campamento de nuevo ya estaban los compañeros que andaban con Sandokán. Lo primero que le pregunté fue: «¿Y el teniente Sandokán?». Maximiliano, que era el segundo de Sandokán, me dijo: «Él se murió, lo enterramos esta mañana».

En el momento que me lo dijo, me entraron un dolor y una tristeza muy fuertes, me retiré a un árbol a llorar. Ya en la noche platicamos y nos contaron cómo fue su muerte. Dijeron que en la madrugada él los llamó y les dijo: «Me voy a ir, ya no aguanto más, ustedes sigan la lucha, no se detengan por ningún motivo». Como a las cinco de la mañana un compañero de los nuestros, asignado a cuidarlo, les fue avisar que el teniente Sandokán se estaba muriendo y, efectivamente, allí murió. Mi conclusión fue que el murió por falta de atención médica, no era una herida mortal, pero allí no había las condiciones médicas necesarias para salvarlo. La bala le entró por el frente del hombro y no salió, se desangró internamente.

Mi seudónimo lo tomé de mi perro, porque yo soy muy amante de los perros. Él, mi perro, me buscaba siempre, y si alguien me daba la mano él me cuidaba. Le puse al perro Gary por una novela donde había un personaje, un capitán, que se llamaba Gary Loa. La novela se llamaba *Las Momias de Machu Picchu*. Al actor le decían Kalimán. El lema me gustaba mucho, «Kalimán el hombre increíble, caballero con los hombres, galante con las mujeres, tierno con los niños e implacable con los malvados». Yo tendría como veintidós años cuando la leí, no sabía nada de la guerra todavía. En ese tiempo vivía en el puerto San José.

Ahí terminé la relación con mi primera pareja, ella tenía como diecinueve años. De ahí me fui a la casa de mi mamá. Ella, mi pareja, no podía tener hijos, porque a ella muy joven, por un problema que le diagnosticaron los médicos, tuvieron que quitarle los ovarios. Eso me pegó mucho, porque yo la quería, pero llegamos a la conclusión de dejarnos y ella estuvo de acuerdo, nunca más supe de ella.

Estaba viviendo en Estanzuela, en el municipio Nueva Santa Rosa, Departamento de Santa Rosa, cuando me fui al Petén por conflictos familiares. Por eso, cuando me incorporé a la guerrilla en Petén, mi primer

seudónimo fue Gary. Me dijeron que me pusiera un seudónimo clandestino y me puse el nombre de mi perro. A mi hijo también le puse Gary, y a mi hijo le dije que también le pusiera así al suyo.

Cuando se firmó la paz tuve una primera alegría, nació mi primera hija. A ella le pusimos el segundo nombre de mi madre, María por la abuela y Virginia por su mamá. Cuando nació el varón decidimos ponerle Gary por mi seudónimo, y de segundo nombre Mardoqueo por mi compañero inseparable, Mardoqueo González Aguilar. Después a un frente le pusieron Mardoqueo Guardado, pero ese no era su apellido.

Yo lo vi morir, la muerte de Mardoqueo fue por errores de los mandos militares. Nos ordenaron en la zona, que después se llamó Mardoqueo, cruzar el río La Pasión, sin tener en cuenta que el área por donde cruzaríamos era una bolsa. Cuando caímos en esa bolsa el enemigo nos puso una emboscada de aniquilamiento. Íbamos dos columnas, La Turcios Lima y La Yon Sosa, ambas de seis pelotones, unos ciento ochenta hombres. Casi todos los compañeros cayeron en la emboscada.

Yo me regresé porque me enviaron a esperar una patrulla de exploración que se había quedado rezagada. Al encontrarme con la patrulla nuestra se nos ordenó que cruzáramos otra vez el río y nos fuéramos hasta la Fuerza Principal. No sabíamos que el día anterior había existido un enfrentamiento allí, un fuerte combate en La Bolsa, en donde por la valentía de algunos compañeros otros salieron ilesos de dicha emboscada, entre ellos Manuelito con la ametralladora M60, quien cubrió la retirada de la tropa.

Al cruzar yo el río, siguiendo la trilla, escuché que al lado izquierdo gritaban los micos (los monos araña) y concluí que a la par de nosotros iba una compañía del Ejército. Mandé una exploración hacia el lado derecho por donde iba avanzando otra columna del Ejército por la orilla de un cerco. Al mismo tiempo me llegó un mensaje del mando donde decían que tratásemos de salir del área, que estaba en una bolsa, que era la misma donde antes ya se había dado un combate. Ya eran alrededor de las cinco de la tarde y decidimos, con precaución, quedarnos a dormir en esa área. Antes de acampar envié una exploración y se encontraron con tres compañeros que se habían extraviado del combate anterior, la compañera Lety que la apodábamos la China; el sargento René, que le decíamos el Húngaro; y el doctor Buenaventura, médico internacionalista hondureño, quien cargaba una pierna de res en el hombro, porque días antes habían matado una res en la finca El Bramadero.

Al otro día, a las seis de la mañana, después del desayuno, mandé a formar la patrulla. Entonamos el himno de las FAR y, al mandar a romper filas, escuchamos a la distancia un combate, un enfrentamiento. Saqué mi brújula, mi azimut, miré mi reloj y calculé que el combate estaba a una hora de distancia. Eso lo sabía por los entrenamientos y la práctica, la experiencia de mucho tiempo. En los entrenamientos habíamos aprendido hasta a identificar los tipos de armas que disparaban y las distancias donde se daba el disparo. Si era Galil, M16, G3, FAL, o AK, incluso si era 9 milímetros, 45 o 38.

Iniciamos la marcha rumbo a donde se habían escuchado los disparos del combate. Al caminar una hora, ordené a los compañeros detenernos. Envié una exploración hacia adelante a buscar información o huellas o lo que fuera. Al rato regresó la exploración e informaron que habían encontrado un campamento. Me fui con ellos a ver el lugar. Al llegar al área encontré la huella de un entierro, como era costumbre teníamos que enterrar las heces, el Ejército hacía lo mismo. Para estar seguro si el campamento era del Ejército o de nosotros, le dije a un compañero que escarbara allí para analizar. El compañero me preguntó que para qué íbamos a escarbar, y yo le dije: «Escárbalo y te digo para qué».

Al encontrar las heces y verlas estuve seguro de que eran de guerrilleros. El compañero me preguntó cómo podía saberlo; yo lo sabía porque los compañeros nuestros no cargaban cal para cocer maíz y el estiércol salía con cascara de maíz. Además, el Ejército lo que comía era embutidos enlatados principalmente. Después de comprobar que era campamento guerrillero, ordené que nos emboscáramos en ese lugar. Esperamos un rato y aparecieron nuestros compañeros, quienes nos guiaron hasta el campamento donde estaba toda la fuerza. Nos encontramos con la novedad de que cargaban un compañero herido, que le decíamos Alfredito, el cual había muerto dos días después del combate que yo había detectado a la distancia. No murió por negligencia médica, sino por imprudencia del mismo compañero, debido a que en un descuido del enfermero se echó tierra contaminada de un potrero en la herida. El resultado fue que le dio gangrena y murió.

Enterramos al compañero, le hicimos los honores correspondientes a un combatiente y reiniciamos la marcha. Al tiempo de estar caminando se ordenó un descanso, porque en las marchas se ordenaba caminar una hora y descansar diez minutos. Sucede que en el combate de La Bolsa la fuerza se dispersó en dos fracciones. Una al mando del capitán Martín y la otra se fue con el capitán Orellana, en la que mi pelotón iba incluido. Al estar en el diez,

en el descanso ordenado por el jefe, decidimos desayunar. Acostumbrábamos a juntarnos el teniente Arturo, el subteniente Belarmino y mi persona. En ese tiempo nos rotábamos el centro, la vanguardia y la retaguardia, los tres pelotones. Ese día le tocó a Belarmino ir a la vanguardia. Yo, teniente Gary en el centro, y en la retaguardia el pelotón del teniente Arturo.

Cuando estábamos desayunando se escuchó un disparo en la seguridad de la retaguardia. El teniente Arturo, que era quien dirigía la retaguardia, salió corriendo a dirigir la línea de combate de su pelotón. Al instante de salir corriendo se oyó una ráfaga de fusil Galil, luego informó que oyó un movimiento y disparó, pero sin respuesta enemiga y ya no hubo más disparos. Cuando nos dimos cuenta, llevaban al teniente Arturo vestido de uniforme camuflado del Ejército al pelotón del centro, donde iba el Servicio Médico. Cuando lo miré, él respiraba fuerte como resistiéndose a la muerte, pero el disparo fue mortal porque lo recibió en la frente. La bala del 5.56 es criminal, es expansiva, que al topar en algo resistente explota y destruye donde pega. En la frente se le veía el orificio de la bala, pero detrás toda la cabeza al descubierto. Mi conclusión personal, mucho tiempo después y todavía es, que le dispararon los mismos compañeros por confusión. Hasta el día de hoy no se sabe. Al poco tiempo de estarlo atendiendo el Servicio Médico dejó de respirar y murió. Al morir el teniente Arturo, muy querido por todos, nos resistimos, decidimos buscar la forma de no llorar. No queríamos volvernos un llanto todos, sino seguir el principio sobre que la muerte de un compañero nos debía dar mucho más coraje contra el enemigo.

El pelotón del centro cargó el cuerpo inerte del compañero, al llegar a un lugar donde había un zompopera (un nido de bachacos) al lado de un jímbar, abrimos una sepultura, envolvimos su cadáver en una carpa y le dimos sepultura, rodeamos el montículo donde descansaba y le hicimos los honores.

Ya va, paremos un rato... me duele mucho todavía esa muerte... Me dan ganas de llorar, aún después de tantos años –baja la cabeza y respira fuerte–.

La muerte de esos dos compañeros que cayeron en La Bolsa, Alfredo y Arturo, que era de seudónimo Mardoqueo Guardado, quedó en el misterio. Además, nos quedamos sin entender cuál fue el objetivo de meternos en ese lugar, La Bolsa, sin planificación y sin algún fin claro.

Yo, en lo personal, conocí a la mamá de Mardoqueo, que era de apellido Aguilar, y al padre que era de apellido González, por eso doy fe de

que ese era su nombre verdadero. De hecho, sus padres lo llamaban con el diminutivo de Mardo.

Cuando se forma el frente alguien dijo que era Mardoqueo Guardado. La confusión fue porque un primo de Mardoqueo era de apellido Guardado, hicieron el análisis sin investigar más y así quedó en la historia. Ahí fue la confusión, ellos eran originarios de El Salvador. Ese primo también era guerrillero, pero desertó, su seudónimo era Álvaro.

Esa pistola, de la cual hablé anteriormente, yo la cambié por una que me había regalado el comandante Pablo Monsanto, una plateada marca CZ con la que no podía pegar. La cambié porque nunca podía pegar al blanco con ella. Y un compañero de la zona de los márgenes del río El Delegado, entre San Luis del Petén y Fray Bartolomé de Las Casas, que de apodo le decíamos el Colocho, me rogó que le cambiara la pistola. Me ofreció darme una pistola Browning y una novilla, y le acepté el cambio. La novilla la dejé con él para que me la cuidara. Al pasar el tiempo le dije al compañero Morales que la vendiera.

Yo tenía un fusil AR15 de los de culatín, que se empujaba y se hacía cortico. Con él tenía pulso, le podría haber pegado a un gorrión. Lo quería tanto que no lo entregué, lo dejé embuzonado con mi pistola Browning, mi cinturón y mis notas escritas, como un diario. A quien le dejé las cosas, confiado, fue a un compañero, Maynor, en la frontera de México con Guatemala, no me respondió a la confianza y lo perdí. Errores que en plenos sucesos son difíciles de ver.

En mi vida de guerrillero, hoy puedo decir con honestidad que también cometí varios errores cuando ya era teniente, jefe de pelotón. Uno fue cuando se me ordenó tender una emboscada en una brecha, una zona que le llamábamos El Mico, que pertenece a las tierras de la Cooperativa La Técnica, al margen del río Usumacinta. Detectamos la presencia enemiga al atardecer. Concluimos que nos caerían en la mañana al campamento donde estábamos. Se me ordenó, con mi pelotón, tender la emboscada en la brecha donde se suponía que saldría o entraría el Ejército. Después de que tomamos el lugar para preparar la emboscada, el Ejército salió por donde teníamos la emboscada.

El compañero en la punta, en el inicio de la emboscada, se asustó al ver al Ejército y salió corriendo para donde yo estaba, en la posición del centro. Fue hasta donde yo estaba para avisarme que el Ejército ya venía.

Yo me enojé y le dije: «Regrésate a tu puesto, déjalos que pasen», pero con los movimientos de este compañero el Ejército detectó la emboscada. Ya no avanzaron como lo esperábamos y empezaron a cercarnos. Cuando toparon con nuestras líneas se inició el combate, pero ya nos habían hecho la operación pinza. Al sentir que nos estaban rodeando, ordené la retirada. En medio de la retirada le dispararon a un compañero y cayó muerto, era Isaías, el cuñado de Camilito, el de la Cooperativa de La Técnica, y no lo pudimos sacar.

Concluyo que fue un error de apreciación de la situación, porque yo debí tomar nuevas decisiones para el combate. Retroceder y reorganizarnos para poder atacar la maniobra del enemigo, porque ya nos había puesto en desventaja. Otro, que considero un error militar, fue cómo ocurrió la muerte de Androcles, que era voz popular dentro de la guerrilla, yo lo supe por el teniente Sandokán. Ellos llegaron en lancha y hubo alguien que los denunció. Pero por andar en contradicciones Androcles y Lucio Ramírez en cuanto a quedarse en el lugar y lo contrario cometieron un error. Androcles, el más temerario, insistió en quedarse en el lugar y enfrentar al Ejército.

El Ejército les entró al final de la madrugada y los atacó por sorpresa. A tal grado que a Lucio Ramírez no le dieron tiempo de defenderse. Androcles sí combatió hasta que casi se le acabó el parque. Él usaba un G3 alemán, de los que se le había recuperado al Ejército en la emboscada de Yaltutú. Fue herido y salió por detrás de la casa y se escondió en un jímbar. Al primer soldado que lo encontró y lo quiso capturar le dio con el fusil en el pecho y lo aniquiló. Ahí lo agarraron y lo mataron los soldados, llegaron hasta donde él estaba herido, incluso herido enfrentó al Ejército, todavía alcanzó a matar a uno, pero lo acribillaron.

Yo conocí después de la Firma de la Paz al mayor Cruz, quien mató al Águila, trabajaba conmigo y me visitaba de vez en cuando. Eso fue cuando yo trabajaba en el Servicio Penitenciario, fui director de Presidios, de centros carcelarios, ahí el mayor me contó. Me dijo: «Yo estuve en el combate donde murió Águila, nos pasaron la información y le hicimos seguimiento».

En esa ocasión acampamos en un hoyo, y le dije al jefe que nos comandaba que según las instrucciones uno no debe acampar en hondonadas, sino en la cresta militar, nunca en un hoyo. Fundamentalmente no en la cúpula, sino arriba de la mitad de lo profundo del zanjón. Ese fue otro error que costó una vida.

Otra vez íbamos en marcha, cuando yo era jefe de la Fuerza Principal, después de una emboscada donde sólo recuperamos un fusil, ya nos íbamos retirando. Como a la hora de ir caminando, nos detuvimos para juntar fuego y asar unos elotes, unas mazorcas, porque había una milpa cerca. Eso fue en el área de Palestina, municipio de La Libertad en ese tiempo. No tomamos en cuenta que estábamos muy cercanos a la base de operaciones del Ejército. Ahí no nos sucedió nada, pudimos continuar la marcha después de comer. Nos agarró la tarde y decidimos acampar en la orilla de un trocopas, un paso de camiones.

Al otro día continuamos la marcha para cruzar la carretera que conduce de Las Cruces a Palestina, pero como era costumbre antes de cruzar una calle se mandaban exploraciones para asegurarnos de que no había ningún peligro. La exploración tardó demasiado en regresar y cuando llegaron nos dijeron que no había nada, que podíamos cruzar. Decidimos cruzar en tres grupos, el pelotón que iba a la izquierda, el mío, al llegar a la orilla de la carretera se encontró con el Ejército y se inició un combate. Ese Ejército nos venía siguiendo, pero como duramos mucho esperando a los compas de la exploración pasaron de largo, por eso no los vio la exploración. El pelotón nuestro iba a la izquierda, había otro a la derecha y otro que iba en el centro. En ese momento le dije al compañero Maco, de mi seguridad, que cruzáramos. Delante de mí iba un compañero al que le decíamos Belter.

Al acercarnos a la orilla de la carretera Maco recibió una bala y cayó herido de una pierna. Cuando el soldado vio que cayó, se le fue encima a rematarlo. En ese instante Belter, que ve lo que está sucediendo, enfrentó al soldado y le disparó, logró matarlo. Eso nos dio tiempo para sacar a nuestro compañero herido. El error mío fue querer cruzar bajo fuego, sabiendo que estaban los soldados. Debíamos retirarnos y cruzar la calle por otro lado, como a unos cinco kilómetros adelante y haber esperado la noche para cruzar. Eso era lo que debíamos haber hecho, pero las decisiones en la línea de fuego se toman con mucha rapidez. Por dármele de temerario ejecuté esa mala decisión. Me salvé, pero si llegan a ser unos cinco soldados más nos matan a todos.

Esos son los errores que sobresalen en la hoja de mi vida guerrillera, tal vez hubo más, pero por ahora estos incluyen las únicas bajas que tuve en todos los años en que dirigí combates. Siempre que yo estaba dirigiendo y veía algo sospechoso, cambiábamos posiciones y fue una estrategia acertada esa actitud.

Quince años combatiendo duré en la guerra, como dije, yo entré en el año 1979, pero ya me había organizado desde el 77, dos años de volanteo, pintas y colocación de mantas, apenas tenía veintisiete años.

Mi compañera en ese tiempo, Zenaida, con quien iba para siete años, se retiró asustada después del combate donde murió Sandokán en 1982. Luego se fue a México con los refugiados de Guatemala que pasaban para México y nunca más quiso regresar, se quedó allá. Una sola vez regresó a ver a sus hijas, yo la acompañé a ver a su familia, porque había olvidado dónde era. Luego regresó a México y nunca más volvió, ni supe qué hablaban y plantearon allí. Los hijos se quedaron en Petén para ese momento.

El 19 de abril de 1983, en ese tiempo andaba al mando de la columna Turcios Lima el comandante Nicolás o comandante Mena, no recuerdo muy bien. El caso es que quien comandaba esa columna recibió la orden de contraatacar a una ofensiva del Ejército, y se decidió hacer una emboscada entre Palestina y Las Palmas. Para llamar la atención del Ejército se envió a unos compas a poner una manta en la entrada de la Cooperativa Las Palmas, sin saber que el Ejército estaba adentro de la Cooperativa. A los compas no los detectaron, habían salido muy temprano a poner la manta, como entre las cuatro y las cinco de la mañana.

Nosotros empezamos a montar la emboscada a las cinco y media de la mañana, nos estábamos ubicando cuando el Ejército entró a la emboscada. En mi caso, mi unidad era la que iba abrir fuego con una mina, la cual debía detonarla Alikán, que estaba a mi lado. Y vi que venían los primeros tres soldados por la selva, Alikán todavía estaba sacando la batería para detonar la mina. Los primeros tres soldados que pasaron detectaron el movimiento de los compañeros nuestros. Un soldado gritó: «No se escondan miedosos que somos nosotros», creían que era otra patrulla del Ejército que andaba por ahí.

En ese mismo momento Alikán detonó la mina y se inició el combate. Al sargento Chico, que estaba a mi derecha, como a ocho metros, no le dio tiempo de acomodar su lugar de tirador, su trinchera le quedaba de frente a un oficial del Ejército, y este oficial le vació un cargador de cincuenta cartuchos. Esa arma era un fusil SAR, Israelí, la recuperó Canecho y vio que el cargador, que era de cincuenta tiros, había quedado vacío. Yo vi muerto al compa Chico cuando íbamos avanzando a recuperar las armas de los soldados del Ejército que habían caído. Impresionado quedé cuando lo vi picadísimo de los tiros. Y le ordené a Baldizón, un compañero, que lo

sacara, este se lo echó al hombro y de camino se cruzó con el subteniente Méndez, que era su hijo, y que vio a su padre muerto.

Cuando salí a donde estaban unos soldados heridos, les dije que me entregaran el equipo. Me lo entregaron y me pidieron que no los fuera a matar. Dentro de ese grupo estaba un soldado conocido mío, que era catequista conmigo en Palestina, le decían Chonito. Él iba de pinto, de soldado obligado, lo llevaron como guía con una escopeta calibre 12. Así hacía el Ejército, agarraba a alguien del lugar, lo vestía de militar y lo usaba. El pobre patojo tendría unos veinticinco años, no debía haber tenido ni entrenamiento.

Los tres soldados heridos nos entregaron el equipo como ya dije. En ese momento del asalto cayó muerto también el compañero Maximiliano, y salieron heridos levemente Fredy y el Tucán. Se dio la orden de retirada y el capitán Orellana, cuando se iba a retirar divisó una mochila en la calle. Le ordenó a Justo recoger la mochila, pero cuando salió a la calle lo recibió un soldado que estaba apostado y lo hirió de muerte. Al caer Justo, se le ordenó a Sarceño y a Lima ir a sacarlo. Al salir Sarceño el soldado volvió a disparar hiriéndolo en la pierna. Lima el Cantor del Petén, de apodo el Mandatario, y otro compañero enfrentaron al soldado, pero salió huyendo.

Lograron sacar a Sarceño herido y al compa Justo muerto. Retiramos al compa Justo un poco del área y lo enterramos muy superficialmente, eso por la rapidez con que tuvimos que retirarnos, porque ya suponíamos que venía la aviación. El cuerpo del compañero Justo luego lo descubrió el Ejército. Eso se comprobó porque luego fueron unos compañeros a buscarlo para llevarlo al campamento y rendirle honores, pero ya no estaba donde lo habíamos enterrado.

El soldado que hizo esa acción era un conocido de la aldea Los Josefinos, donde yo vivía. Comentó después a sus amigos que le había dado muerte a Marcos, que era Maximiliano, y a Bernabé, que era yo. Al papá le decíamos de apodo Peñascón, todos éramos jugadores de fútbol en la comunidad de Los Josefinos. A eso nos llevaba la guerra también, a enfrentarnos entre nosotros mismos, los amigos de la infancia, los vecinos, los pobres.

En esa misma emboscada murió un subteniente del Ejército, que fue el que le dio muerte al compañero Chico. Ese soldado, aunque salió huyendo después que mató a Chico en la emboscada, fue a caer a la

emboscada de contención, donde fue recibido por las balas de nuestro compañero Canecho, quien no sabía todavía que ese era el que había matado al compa Chico, si no, lo vuelve pedacitos también. Le quitaron todo el equipo y ahí quedó, en nombre de nuestro gran compañero Chico, a quien todavía nos hospeda la vida con aquel inesperado dolor.

Cuando íbamos a una distancia prudencial, retirándonos, escuchamos los zumbidos de los camiones, los comandos del Ejército que venían de refuerzo. Oímos disparos, pero no sabíamos de quién. Concluimos que habían matado a sus heridos, lo que siempre hacían, entre ellos debieron matar al compañero que yo conocía, el guía Chonito, que se llamaba Concepción, pero como era chiquito de cariño le decíamos Chonito, tendría unos veinticinco años.

Nosotros nos retiramos al lugar del campamento donde se había quedado el mando militar. Allí había quedado el comandante Nicolás con el radista, el Servicio Médico y la seguridad. Antes que nosotros, ya se habían adelantado unos compañeros cargando el cuerpo de los compas Chico y Maximiliano. Cuando llegamos al campamento nos ordenaron enterrar a nuestros compañeros. Encontramos una grieta en la gamba de un árbol grandísimo, como una cueva en las raíces, y ahí ubicamos a los dos compas. Antes de enterrarlos le hicimos los merecidos honores. El comandante Mena dijo unas palabras, cantamos el Himno de las FAR y le dijimos: «Presentes, presentes, presentes».



De lado izquierdo el Comandante Santiago del Frente Unitario, representante de ORPA. Al lado derecho el Comandante Gary de la FAR, detrás representantes de la misión de las Naciones Unidas, para Guatemala. (Minugua). Campamento Elvira, 1996.

Ese momento fue de mucho dolor, estábamos muy conmovidos, casi hasta el llanto. Eran excelentes compañeros de lucha, muy queridos por todos por su calidad de combatientes y de personas profundamente revolucionarias.

En los combates a veces se repetían estrategias y actitudes personales de los combatientes. Empezaba la plomazón y se retiraban compañeros sin nadie decirles nada y se iban a la retaguardia. A mí una vez me dejaron solo con el teniente Rony, cuando ya era comandante. Íbamos en persecución de una compañía del Ejército, allá en la Sierra Lacandona en 1992, posterior a una ofensiva que nos había hecho el Ejército. Ahí, en esa ofensiva, murieron Vinicio y Luis Popocha, este último era basukero. Los dos cayeron en trampas del Ejército en distintas acciones. A nosotros también casi nos matan nuestros mismos compañeros cuando íbamos a retirarnos. Nos confundieron con el Ejército y nos empezaron a disparar. A un compañero le rebotó una bala y le quedó pegada en el arnés, ahí confirmé que eran balas de G3 7.62, que eran las que cargaban los compañeros. El compa cayó y dijo: «Ay, me mataron». Rony lo levantó y le dijo: «No te pasó nada». Fue el último combate en la región del Petén. Luego me jalaron para el Sur, al Frente Santos Salazar.

Nací en una aldea llamada Estanzuela, del municipio Nueva Santa Rosa, del Departamento Santa Rosa, ubicada a las orillas de la falda del Volcán Jumaytepeque. Ahí nací, mis padres Nicolás Salazar Quevedo y María Marroquín Sánchez eran de orígenes muy humildes, muy pobrecitos. Por lo tanto, no estudié nada, sólo primero de primaria. Mi padre murió cuando yo tenía dos años, y mi mamá se encargó de nosotros, cuatro hermanos, tres varones y una hembra, yo soy el tercero y mi hermana la última.

Después de la Firma de la Paz y de haber entregado la pistola, la granada y mi fusil, una semana antes, decidí ir a buscar a mi madre, estaba en la misma aldea donde habíamos nacido, cerca de un trapiche de hacer panelas, cuyo dueño se llamaba Nicolás López.

Cuando fui a ver a mi mamá, días antes de la Firma de la Paz, llegué clandestino, los compañeros del Frente Urbano montaron un operativo para llevarme. Llegué a las siete de la noche, mi mamá estaba sentada en el corredor de la casa y cuando vio que se aproximaba una persona me reconoció de inmediato. Me gritó: «Bernabéeeee hijo mío, bien sabía que estabas vivo». Nos besamos muy fuerte y nos abrazamos tanto, tenía dieciséis años de no saber de mí, ni yo de ella. Fue una gran alegría para toda la familia, once hermanos, dos hermanastros y como sesenta y cinco sobrinos.

Ese mismo día le dije a mi mamá que fueran a Petén y buscaran a mis hijas en el convento de Santa Elena, que las trajeran, que yo llegaría para Año Nuevo. Así fue, para Año Nuevo llegué y ya estaban mis dos hijas, Eglis y Marisol, fue un reencuentro muy emotivo. Eglis se quedó sin palabras, Marisol se puso a llorar, yo las abracé sin poder decir nada. Un nudo en la garganta de dieciséis años ahí represado no me dejaba decir nada. Muchos años habían pasado y ahora, que estoy escribiendo estos recuerdos, me ha ocurrido lo mismo. Por lo demás, todo fue alegría y gozo que merecíamos por estar reunidos de nuevo, como tanto lo imaginé.

En 1996 nos convocaron a una reunión a todos los oficiales de la URNG y los jefes de las Zonas Militares del Ejército. El objetivo era dar a conocer nuestros lugares de campamentos y áreas de movilización para que el Ejército no penetrara esa zona y evitar enfrentamientos que entorpecieran las negociaciones de paz. Ahí fue la primera vez que nos vimos todos frente a frente. Fue una situación muy difícil, nadie quería hablar con ellos, eran nuestros enemigos a muerte. Fue el teniente coronel López Bonilla, de la Inteligencia del Ejército, quien rompió el hielo contando una anécdota de lo que le pasó en un enfrentamiento con la guerrilla.

Seguidamente habló otro militar y contó una anécdota relacionada con el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres), dijo: «Casi me matan un día cuando aterricé en un helicóptero en el Destacamento de Ixil, del Quiché. Cuando fuimos a subirnos en el helicóptero fuimos atacados y me hirieron en un brazo, y el helicóptero se fue. Pasé cuatro días sin que pudiera salir, porque la guerrilla no permitía que bajara otra vez el helicóptero». Después todos empezamos a hablar y a contar, era muy difícil informar sobre nuestras posiciones, pero era por la paz y había que confiar, eran órdenes de nuestra Comandancia General, aunque no fue fácil.

Si tuviera que agradecer algo de mi vida, primero lo haría a mi madre por haberme educado como pudo en su humildad y al movimiento catequista que me abrió el camino para tener la oportunidad de llegar a ser un revolucionario y tener conciencia de lo que eso significa. Luego, a la revolución que me formó en diferentes aspectos de mi vida, que me sirvieron en la guerra y después de la guerra me siguen sirviendo para entender lo político, lo ideológico y saber que la lucha sigue.

Para mí haberme incorporado al conflicto armado fue una gran oportunidad que me dio la vida. Aprendí lo que no hubiera aprendido en otra parte. Jamás hubiese podido aprenderlas si no hubiera sido por pertenecer a las FAR. Me siento muy satisfecho por el aporte que brindé al movimiento revolucionario y sigo estando firme y estaré dispuesto hasta los últimos días de mi vida.



De izquierda a Derecha Johana, Valentín, Hans, La Cheny, Brenda, Verónica. No identificado, quien está detrás de Verónica.

8.- La historia de Johana (seudónimo). 20 de diciembre de 2020

Yo me incorporé como a los diecinueve años, en 1983, duré en la guerra unos trece años. Vivía en una finca que se llamaba El Chaguiten, de la aldea El Quetzalito, municipio San Juan, Departamento de Petén.

Nosotros habíamos migrado para allá, la familia completa, mi papá, mi mamá y mis hermanos.

En ese tiempo mi papá trabajaba de administrador de fincas ganaderas y el patrón lo envió para el Petén, porque había comprado una finca allá en 1982. Por esos días era costumbre que los patrones buscaran a alguien que tuviera conocimientos de lo que iba a hacer, no importaba si era o no profesional.

La primera vez que yo vi a los guerrilleros fue aquí en el Sur, donde estoy ahora, por donde estaba la aldea Nueva Candelaria, Departamento de Retalhuleu, vivíamos en el campo, en la finca Mariland. Ellos hablaron con mi papá, había dos muchachos a los que conocíamos y que vivían por allá, uno se llamaba Manuel Dimas, el otro sí no me acuerdo cómo se llamaba.

Natalia, la compañera de Alfonsito, yo no sabía que ella también era guerrillera. Vi a Natalia de pura casualidad en las oficinas de la CPR en ciudad capital, en tiempos del proceso de desmovilización. Ella era hermana de Dimas y me contó que después de que se había ido Dimas a la guerrilla jamás supieron de él. No me dijeron de qué organización eran, sólo que eran revolucionarios, que estaban luchando por un cambio para que el pueblo estuviera en mejores condiciones. El objetivo era lograr cambios en el país que favorecieran a nuestro pueblo.

Mi papá, Vicente Castro Rodríguez, les dijo que si eso estaban haciendo que tuvieran cuidado. Les habló de la época de José Arévalo (1), donde hubo muchos cambios y beneficios para los trabajadores. Se despidieron de mi papá y se fueron.

Después nos fuimos para el Petén en 1982, estaba de presidente el golpista Efraín Ríos Montt (2). En ese mismo año que llegamos al Petén un grupo guerrillero tomó la finca donde estábamos nosotros. La gente que había estado antes en esa finca ya la había tomado y no aceptaron nada con los guerrilleros, pues se amparaban o tenían órdenes, porque los dueños de esa finca eran militares. Igual les quemaron la casa patrimonial, eso fue como en 1980. Por segunda vez veía yo a los guerrilleros y créanme, esa vez fue como a mediodía, no eran muchos, como ocho guerrilleros nada más. Dijeron que querían hablar con nosotros, con el tiempo comprendí que era un mitin. Le dijeron a mi papá que querían una novilla gorda, hablaron de que eran revolucionarios de las FAR y de que había oportunidad de que se incorporaran hombres y mujeres, que había necesidad de luchar por un cambio y que la única opción era la lucha armada, porque los espacios políticos para estas ideas no existían.

Desde ese momento quedamos organizados, éramos tres familias y los canches, los guerrilleros siempre volvían por nuestra zona. A partir de ese momento nosotros quedamos organizados como colaboradores. Cuando los guerrilleros tenían necesidad de alguna cosa, nosotros se la comprábamos y se lo íbamos a dejar en algún lugar. No muchas cosas, porque si no levantábamos sospecha, esas eran las instrucciones.

Después de estar cooperando decidimos incorporarnos. Nos fuimos tres de esa finca. Una fue doña Rosa Gutiérrez Sam, su seudónimo siempre fue Yolanda. Dos, Santiago Chuiguil, y yo, eso fue como a finales del 83, yo tenía como diecinueve años. Mi padre me dijo: «Si te vas a ir ándate hija, vete, yo no te quito el impulso», así me dijo mi papá. Ya yo había sacado la primaria, sabía leer y escribir. Santiago Chuiguil no tardó mucho en la guerrilla, cayó en una emboscada del Ejército y murió en los mismos trabajaderos de la finca donde vivíamos. Nos incorporamos al Frente FAR (Feliciano Argueta Rojas) o Rigoberto Florián, que acababa de caer en combate. Lo dirigía en ese tiempo el teniente Águila. El Frente FAR operaba desde Poptún, municipio en el Departamento de Petén, hasta la población de Dolores, El Chal, Colpetén, La Puente, Santa Ana Vieja, por donde estaba y está La Cooperativa Nuevo Horizonte; incluso hasta la frontera con Belice, pasando el río Mopán.

Estando ahí empezamos a recibir el entrenamiento militar, a conocer algunas armas y su arme y desarme. Las tareas que se hacían en ese tiempo eran toma de aldeas, toma de fincas, toma de carreteras, mítines, sabotajes y hostigamientos y ataques a destacamentos que habían sido

levantados en la zona para contener la guerrilla, todas con despliegues rápidos. El primer hostigamiento donde participé fue al Destacamento Militar del Chal. Llevaba una carabina M1, esa fue mi primera arma. En ese tiempo había pocas armas, escopetas, máuser y pistolas. Ahí no cayó nadie, sólo era tirarles y retirarnos luego lo más lejos posible. Estratégicamente, en la retirada, se iban dejando compañeros para esperar el Ejército y atacarlos.

Se nos explicó que en la guerrilla no se trataba sólo de tirar tiros, sino que también se necesitaba de otras estructuras, otros servicios, como los de radistas, servicios médicos, explosivistas y otros tantos que eran imprescindibles para el funcionamiento efectivo de la resistencia.

A principio de 1984, después de año y medio de estar en el FAR, me trasladaron a donde estaban las columnas Turcios Lima y la Yon Sosa. Había varias estructuras, el Consejo Militar, Los Jefes de Pelotón de las dos columnas, etc. También había un chileno internacionalista, Patricio, estaba el comandante Ruiz, el comandante Rigo y Oswaldo, que era el que dirigía las dos columnas, pero nunca lo vi dirigir un combate, puro hacer planes.

Antes de ir a las columnas llegamos a un campamento, La Poza Azul. Bacho estaba al mando de ese campamento, iba a dar una formación política. Allí también conocí al comandante Mena. Al mes de estar en ese campamento nos fuimos a La Fuerza Principal, donde estaban las dos columnas. Ahí todo era diferente. Ahí estaban los compañeros del Servicio Médico a cargo del doctor Sebastián. Al Servicio Médico le decían los Brujos, porque no tenían las condiciones para trabajar y las inventaban. Estaba Hans, fue el primero del Servicio Médico del Frente Norte y al que debemos nuestra formación, él fue el primer brujo, después el doctor Sebastián. Hans fue el enfermero que sobre la marcha nos dio a conocer nociones de primeros auxilios. En el Servicio de Comunicaciones estaban el Canechón y la Perica, este último de nombre Víctor. Le decían la Perica porque hablaba muy rapidito y mucho.

Allí me sumé al Servicio Médico y conocí a la Elena, a Verónica y a la Maritzita, quienes eran también del Servicio Médico. De hombres estaba Guadalupe y un hermano del Chante, su nombre era Fidel. Todas las tardes nos reuníamos para compartir todas las tareas que íbamos a desempeñar, eran como cursos prácticos. Nos distribuimos, algunos iban a estar en la farmacia, otros en la consulta externa, y otros iban a poner

las inyecciones. Todo eso, aparte de recibir formación más profunda de los primeros auxilios, también sobre cómo tomar los signos vitales, el control de la presión, la tensión, el pulso y la temperatura, eso lo aprendimos en la montaña, ahí estuvimos desde 1985.

Recuerdo un combate fuerte, la emboscada del 11 de septiembre de 1984. Hicimos, la Yon Sosa y la Turcios Lima, una emboscada de aniquilamiento entre Betania y Los Chorros, eso fue como a las cinco de la tarde. El Ejército cargaba una ofensiva que se llamaba el trueno, se trataba de en la noche tirar obús para todos los lados. Antes de las emboscadas donde estábamos cayeron unos obuses. También nos cayó en la emboscada el Ejército, eran puros kaibiles, en mi experiencia ese fue el combate más fuerte. En esa emboscada murieron tres compañeros nuestros, Ovidio, Santos y Rosalío.

De ellos tres, sólo un cuerpo pudimos recuperar, el de Ovidio. A los otros dos no pudimos sacarlos, quedaron ahí en el terreno del combate. En ese combate murió también un teniente del Ejército, el coronel Quilo Ayuso. De Ovidio también se pudo recuperar la mochila de este compañero con los planes, mapas, estrategias y el fusil, todo se logró recuperar. Ovidio, alguna vez, me dijo: «¿Y usted qué hace aquí, en la guerrilla?», bromeaba. Había momentos muy alegres, de mucho humor, pero de pronto ocurría lo más difícil, una de las cosas más dolorosas de la guerra, cuando caía un compañero o una compañera que andaba con uno, porque ya era parte de la familia de uno. Era mucho más triste cuando no podíamos recuperar los cuerpos.

En 1986 nos sacaron de la montaña para darnos capacitación. Salimos para México, a Guadalajara. Ahí aprendimos a hacer terapia de rehabilitación y terapia ocupacional. Después nos fuimos al estado de México, al municipio de Texcoco. Ahí pasé a cargo de la estructura del Servicio Médico de los compas salvadoreños, que tenían un grupo de estudiantes a su cargo que estudiaban medicina. Los compas estaban preparando gente para su lucha, la que se estaba dando en El Salvador. Nos fuimos a un pueblito llamado Papalotla. En ese pueblito nos hospedaron y salíamos a estudiar a la Universidad de Chapingo, donde recibí una capacitación básica de acupuntura y plantas medicinales curativas para hacer té. Aprendimos también a hacer tinturas, gotas que se ponen bajo la lengua de uso curativo, y a dar masajes en los pies con digitopuntura, eso fue en 1986.

Cuando regresé de México fui al Frente Norte, a la Zona Base otra vez, desde 1987 hasta 1988, ya estaba conformada la Fuerza Principal.

Ahí reestructuramos el Servicio Médico. El mando decidió disolver las columnas Turcios Lima y la Yon Sosa, el personal fue a reforzar al Frente Raúl Orantes, al FAR y al Lucio Ramírez, y se conformó el Mardoqueo Guardado. A mí me enviaron al Frente Lucio Ramírez y reestructuramos el Servicio Médico Francisco Toon. Luego me trasladaron al Lucio Ramírez y luego al FAR. En ambos instalamos el Servicio Médico. Después, en 1988, como Servicio Médico me trasladaron al Mardoqueo Guardado, en la zona de Sayaxché hasta el año 1989. Luego pasé al frente Lucio Ramírez, cuando lo dirigía Orellana y operaba en el municipio La Libertad.

A veces la alegría era nuestra mejor defensa, hacíamos muchos chistes como para intentar evadir los temas dolorosos con mucho humor. Siempre intentábamos estar contentos, pero sin olvidar y, claro, sin dejar de ser muy estrictos con nuestras responsabilidades revolucionarias. Cuando no había represión del Ejército en la zona nos íbamos a un campamento lejos de la carretera y ahí se enseñaba a leer, se hacían actos culturales educativos y críticos. Cuando no había música, la Mara con tapas de ollas y ollas hacía las fiestas, las celebraciones.

El miedo mío fue poco. Fíjense que no nos metíamos en los terrenos del miedo, cuando uno es joven pareciera que carece de tristeza, se es más combativo, te sientes inmortal. Excepto cuando un compa caía y la moral bajaba de pronto. De alguna manera uno se las ingeniaba para salir de esas tristezas repentinas que nos producían los compañeros muertos, teníamos que salir adelante, no había de otra.

Mi relación con el comandante Gary comenzó un 25 de enero de 1985. Cumplimos treinta y seis años de estar juntos ahorita este 25 de enero de 2021. Nos conocimos en la montaña, cuando la fuerza militar de la guerrilla se dividió en frentes de guerra. A Gary le tocó irse al Frente Toon Toj, yo me quedé en el Frente Lucio Ramírez, pero sabíamos que estábamos juntos, eran órdenes militares de nuestra Dirección Nacional y había que cumplirlas, así era.

Luego nos volvimos a encontrar por las mismas vueltas que dan las decisiones y la guerra. Tuve que salir a México, y ahí nos volvimos a ver, aproximadamente como al año. A Gary lo sacaron a México a operarse de una hernia, y a mí me designaron para ir a un curso, una capacitación de Servicio Médico. Yo no sabía nada ni él tampoco que andábamos por ahí, muy cerca. Por casualidad nos vimos, ya estaba recién operado cuando lo encontré. Eso fue una gran alegría, una emoción por dentro que a uno se le salía por los ojos. «Y qué onda», le dije yo. «Bueno, me sacaron a operar-

me de una hernia y ya estoy operado, salió todo bien», respondió. Eso fue en una casa de seguridad donde llevaban a la gente a recuperarse, sólo recuerdo que fue en Guadalajara. La casa nunca supe dónde era, porque nos sacaban vendados y llegábamos vendados, por seguridad.

En caso de que nos agarraran las autoridades no podíamos delatar lo que no sabíamos, digo yo. A él lo trasladaron luego a Toluca y yo me quedé un tiempo más ahí en Guadalajara. Al poco tiempo lo volví a ver en Toluca, pero ya Gary se estaba organizando para volver a la montaña. Ahí estuvimos un par de días juntos. Luego yo regresé a la montaña y no supe a dónde fue a parar Gary, ni siquiera nos pudimos despedir, porque como no manejábamos fechas ni órdenes de la Dirección Nacional, no sabíamos cuándo. A mí me mandaron después de regresar de México en 1988 para la zona del Frente FAR. Bernabé se perdió en ese tiempo. Pasó el 88, pasó el 89 y el 90, y lo volví a ver como en octubre del 91.

Cuando ya teníamos experiencia en el Servicio Médico nos trasladaron al Frente Mardoqueo Guardado. Se mandó a instalar un hospitalito para atender a los heridos, ahí estuvimos durante el 89 y el 90. El hospitalito estaba ubicado en la zona del río San Román, que era la retaguardia del Frente Mardoqueo Guardado. Todavía no había vuelto a ver a Gary, porque a él lo habían llamado para formar parte del Estado Mayor de la guerrilla.

Después de ese tiempo cada quien buscó su pareja. Empecé una relación con el teniente Águila, jefe del Frente FAR, pero en el 89 a él lo trasladaron al Frente Mardoqueo Guardado, y yo me quedé en la retaguardia del Frente en el Servicio Médico.

A principios del 90 quedé embarazada de Mónica, que ya tiene treinta años. El 23 de junio de 1990 cayó Águila en combate, en una misión de exploración, un día antes del día de San Juan. Yo tenía cinco meses de embarazo cuando mataron al papá de mi hija. Fue una situación emocional muy difícil, qué no viví y pensé en ese oscuro momento de dolor.

Bueno, la vida te empuja y tienes que seguir sí o sí. El parto salió bien, fue en el Servicio Médico, desde allí se oía el correr de las aguas, había un arroyo que le decían El Zarco, caía en época de invierno al río San Román.

Mi hija nació el 5 de octubre de 1990. Tuve a mi hija en la gamba de un árbol. Luego miraba a mi hija acostada en unas hojas secas, sentí

felicidad. Mi compañera Elena me apoyaba y me apoyó mucho, cosa que todavía le sigo agradeciendo. Fue como a las cuatro de la mañana cuando nació mi hija, ya le había dicho a Elena que se fuera a descansar, que yo le avisaba. Tuve un parto natural, cuando la güira chilló llegó Elena enseguida y me dijo: «Por qué no me avisó», ni tiempo tuve de avisarle. Elena le cortó el ombligo y luego le quitó las hojas del árbol que se le habían quedado pegadas en la espaldita. Ahí nos quedamos durante un tiempo, pensando en la vida.

En agosto del 90 volví a ver a don Gary, ya mi hija tenía como once meses. Lo volví a ver en 1991 y medio nos saludamos. Él ya andaba con otra compañera y bueno, yo ya estaba en el proceso de crianza de mi hija.

A finales del 91 salí para México por segunda vez, pero ya con mi hija de un año de edad. Estuve como un año en México en capacitación para el Servicio Médico. Ahí nos juntamos Francisca Xil Tubac, de seudónimo Sandra; doña Rosa Gutiérrez Sam, de seudónimo Yolanda, y yo. De ahí fuimos a una capacitación en el estado de Veracruz. Después fuimos para el estado de Sinaloa a otra capacitación en un centro para personas con discapacidad. Fuimos a aprender cómo hacer prótesis, exámenes de laboratorio y terapias, pero en la práctica no pudimos hacer nada en Guatemala debido a las difíciles condiciones.

Posteriormente, regresamos otra vez a la montaña como en el 93, mi hija ya tenía tres años. Mientras estábamos en México Yolanda y yo hicimos un contacto en un centro comercial con uno de nuestros compañeros, con Martín. Me dijo Martín que habían decidido que yo fuera para el Frente Sur y que tenía que dejar la niña en México con unos compañeros. Entonces yo le dije que no, que lo sentía mucho, pero que yo a mi hija no se la dejaba a nadie, porque yo conocía historias de compañeras que tuvieron a sus hijos en el frente y que se los habían llevado a México, nunca más habían podido verlos de nuevo. Ellas suplicaban, lloraban, pero nunca los volvieron a ver. Me respondió que debía dejarla, que yo la podría ver cuando quisiera. Fue cuando le dije que eso era mentira. Yolanda intervino y dijo: «Bueno, si ella no quiere ir por esas razones, yo sí me voy, lo único que quiero es que me manden a mi marido». Se fue Yolanda y luego le mandaron al marido.

Bueno, como yo no me quise ir, me encontré con un doctor que atendía las comunidades de la CPR y me dijo: «Si usted no quiere salir para el Frente, se puede ir a la CPR». Y regresé a la montaña, pero por la zona

de Piedras Negras, cerca de la frontera mexicana, ahí estaba la mamá de Güicho, recuerdo. Había tres grupos: El Fajardo, La Esmeralda y el José Cruz, tres aldeítas de las Comunidades Populares en Resistencia (CPR). Como en ese tiempo no había Servicio Médico allí, hice un plan para atender las necesidades de salud de las tres aldeas.

Estando allí fue que volví a ver a Gary en esa zona de la CPR. Estaba en un campamento aparte con un pelotón de unos veinte combatientes. Tenía la misión de hacer una pista de aterrizaje para atender la logística y recibir armas. Ahí iniciamos de nuevo las negociaciones para el recomienzo de las relaciones entre los dos. Él ya estaba solo, ya se había separado, y yo estaba sola también, con mi güira, y recomenzamos la relación otra vez.

Ahí se quedó Gary un tiempo en la CPR, haciendo la pista en la Sierra Lacandona. Yo me quedé ahí hasta la Firma de la Paz desde el 1993 hasta el 1996. Cuando él salió de esa zona, yo tenía una amiga en México y la contactamos de nuevo para dejarle a mi hija. A ella, a Sheny, le dejamos mi hija para poder irnos al Frente. Ya era otra situación, y Sheny era como una hermana para mí, a ella le confíé mi nena.

Regresé de nuevo al frente, a la zona del Mardoqueo Guardado. De ahí nos fuimos a Fray, al Frente Panzós Heroico, ya yo iba con Gary también. Iba ahora a actualizar y a capacitar a los compañeros del Servicio Médico que estaban en el frente. No fue por mucho tiempo, sólo unos meses. Estando en eso decidieron mandar a Gary al Frente Sur, porque había problemas, habían matado al capitán Leandro y la tropa había quedado sin dirección. Yo me regresé a la CPR y de ahí pasé a México a buscar a mi hija y me la traje de nuevo a la CPR. Sheny se puso muy contenta de vernos, compartimos mucho, era una hermana más, y me dijo que siempre contara con ella. La abracé y nos dijimos adiós.

El amor, las relaciones de pareja, donde quiera que sean, en la guerra o en la paz, cuando se van a dar, se dan. Si me hubiese desmovilizado en el Petén, tal vez no hubiese encontrado de nuevo a Gary.

Cuando casi se firmaba la paz fui a la capital a buscar a mi mamá para dejar a mi hija y ver cómo iba a procesar la desmovilización, qué iba a hacer yo, ese era mi plan.

Así anduvimos hasta la Firma de la Paz, duré trece años en la guerra, obtuve el grado de sargento. Trece años, los mismos años que estuve

sin ver a mi familia. Unas veces por seguridad tanto para ellos como para uno; otras porque estaba muy lejos y no había manera de ir a verlos sin correr riesgo.

Yo realmente conocí por primera vez al teniente Gary en 1984, dirigía el Pelotón Abel Mijangos de la columna Turcios Lima, que estaba conformada por tres pelotones. El subteniente Méndez dirigía el Juan Bardales, el Santos Salazar lo dirigía el subteniente Polo, alias el Coche, quien decía: «Donde pasa mi familia por los jimbales no pasa más nadie». El Coche ya se asumía como Coche, su verdadero nombre era Félix Nacho Marroquín. El humor nos ayudó mucho a pasar las penas y las dificultades. Eso era una característica de la guerrilla, las bromas. El tercer pelotón Abel Mijangos estaba a cargo del teniente Gary.

Nosotros, durante la Firma de la Paz, nos concentramos en el campamento Los Blancos, en el municipio Taxisco. Yo me desmovilicé en el Frente Sur, fue por una gran casualidad, una coincidencia que sigo agradeciendo todavía.

Yo estaba en el Petén, en el proceso de paz, ya tenía mi hija Mónica seis años. El capitán Rony me dijo que buscara con quién podía dejar a la niña, porque en el campamento donde me iba a desmovilizar no iban a aceptar niños. Le dije que me diera la oportunidad de buscar a mi familia para dejar a mi hija. En esos días había entrado una comisión religiosa a la Zona Base. Viajé con esa comisión hasta la capital de Guatemala, era ya 1996. Venían también unos compañeros que ya tenían una oficina de la CPR en la capital, entre ellos andaba un compañero llamado Reyes.

Cuando llegamos a la oficina, al otro día, le dije a Reyes que me acompañara a comprarle una ropa y unos zapatos a mi hija. Salimos al comercio y nos fuimos a sentar un rato en un banco del parque Concordia. Estando ahí en el parque, mi hija brincaba de una banca a otra mientras yo platicaba con Reyes. De repente pegó el grito mi hija y salió corriendo, diciendo: «Papá, papá, papá». Le dije a Reyes: «A saber a qué loco le dice papá mi hija». Era don Gary, casualidad, coincidencia, lo que sea, él iba atravesando el parque. Fue así como vine al Sur y me quedé aquí en el Sur.

«Y vos qué hacés aquí», me dijo Gary. «El capitán Rony me dijo que no van a aceptar patojos en el campamento, que buscáramos a quién dejarle

el güiro», le respondí. «Esas son puras babosadas», me dijo el comandante Gary, «si en la guerra estaban los niños en los campamentos, ¿por qué en el proceso de paz no iban a estar?». Como estábamos en Guatemala el comandante Gary me propuso irme con él al campamento Los Blancos, que se llamaba así porque los dueños de la finca así firmaban.

Sin embargo, el nombre que le tenía la guerrilla era compañera Elvira, nombre de una compañera que murió en combate. Allí era donde estaba la concentración para la desmovilización de los combatientes. Seguidamente el comandante Gary le envió un mensaje a Rony diciéndole que yo no volvería al Petén. Así se dio el hecho por el cual me quedé en el Sur, en el campamento Los Blancos. Eso estaba en la frontera entre Escuintla y Santa Rosa, y fue como en octubre de 1996. Ahí pasamos la fiesta de Fin de Año y nos quedamos hasta marzo de 1997. Los que tenían a dónde ir con sus familiares, se fueron, y los que no tenían, fuimos trasladados a un albergue llamado La Finca Los Brillantes, municipio Santa Cruz Muluá, Retalhuleu.

Ahí estuvimos un año hasta que formamos las comisiones para comprar una finca, porque siempre tuvimos la idea de convivir juntos, como familia que éramos. Esos proyectos los financiaban organizaciones internacionales y el Estado de Guatemala, debido a los Acuerdos de Paz. Así se compró con un préstamo al Banco Banrural para financiar la finca. En ese momento tuvo lugar una situación muy difícil, que perturbó mucho los acuerdos de paz. Cuando estábamos en la negociación, la organización guerrillera ORPA secuestró a una oligarca y se entorpecieron los acuerdos.

Eso dio pie a que los acuerdos de paz fueran irrespetados por el Estado Guatemalteco. Eran muchos puntos de los acuerdos los que

beneficiaban como excombatientes, pero fueron eliminados como castigo. Luego prácticamente nos chantajearon, no nos dejaron otra opción que firmar. No tuvimos otra alternativa. Por esa razón la finca donde actualmente estamos ubicados no la donaron, sino que nos la vendieron y nos cobraron intereses y cláusulas bancarias. Veinticuatro años después los intereses nos han ido comiendo, aún debemos dinero con un saldo deudor de aproximadamente millón y medio de quetzales. De ahí que andamos negociando con el Gobierno y el banco un acuerdo digno para terminar de pagarla.

En este punto pienso que la paz era un proceso inevitable y que ya teníamos que aceptar, porque realmente ya no había otra salida. En ese momento hasta feliz me puse, porque se terminaba la guerra. Nosotros ya teníamos derecho a vivir algo en paz, a rehacer nuestras vidas. Tal vez no era una vida como la soñamos al principio, pero habría nuevas alternativas.

Esto salió en un periódico aquella vez:

Los 30 primeros guerrilleros desmovilizados en Guatemala entregaron ayer sus armas, en cumplimiento del Acuerdo de Paz tras 36 años de guerra que dejaron más de 150.000 muertos, 45.000 desaparecidos y más de un millón de desplazados. «A partir de hoy, las armas que llevaremos los revolucionarios guatemaltecos serán los acuerdos de paz», dijo Beltrán Jiménez Castillo, el primer exguerrillero desmovilizado.

Considero que fue acertado haberme incorporado a la guerra, no había de otra. Al final, la guerra para nosotros se convirtió en nuestra única escuela. Lo que uno vivió no se le va a olvidar tan fácil. Las experiencias y enseñanzas que nos dejó la guerra son las que nos permiten comprender con claridad, ahora, estos tiempos donde Guatemala se resiente y está a punto de, masivamente, levantarse contra tanta corrupción e irrespeto a nosotros como pueblo. Los Acuerdos de Paz tendrán que volver a revisarse, sea como sea.

NOTA 1:

Juan José Arévalo Bermejo nació en Taxisco, el 10 de septiembre de 1904, murió en Ciudad de Guatemala, el 8 de octubre de 1990. Fue un educador y político guatemalteco. Doctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 1934. Fue elegido presidente de Guatemala desde el 15 de marzo 1945 hasta el 15 de marzo de 1951, tras la Revolución de 1944. Fue el primer presidente elegido de forma popular en ese país centroamericano. Durante su gobierno se produjeron más de treinta intentos de golpe de Estado. Se definió como un socialista espiritual, impulsó políticas de inclusión del pueblo guatemalteco junto con el coronel Jacobo Árbenz, como nunca antes

se hizo, por lo que fueron tildados de comunistas. No era más de lo que la historia luego definió como la Primavera Democrática de Guatemala, la única.

NOTA 2:

El martes 23 de marzo de 1982, dos semanas después de que el general Ángel Aníbal Guevara Rodríguez fuera elegido presidente de Guatemala, una facción militar encabezada por Ríos Montt dio un golpe de Estado contra el presidente todavía en ejercicio, el general Fernando Romeo Lucas García.



9.- La Historia de Sandra

Quisiera dedicar esta historia a Pablito Soto, Ofelia Salazar, seudónimo Mayra, y a Andrés Ortiz, seudónimo el Gato, por su apoyo y solidaridad, con la que siempre he contado en esta vida.

Yo llegué aquí, a la comunidad El Progreso, a la finca Las Tecas, un poco después de la desmovilización, porque mi hija tenía problemas de convulsiones y era mi prioridad atenderla a ella primero.

Para ese tiempo estaba yo en México para hacerle rehabilitación a mi niña. El Gobierno de México nos ayudaba con noventa pesos mensuales y la canasta básica. Teníamos apoyo y eso me daba fuerzas para seguir el tratamiento de mi hija. Yo, hasta ahora, no he recibido ninguna ayuda del Gobierno guatemalteco para seguir apoyando a mi hija ni la espero ya.

Allá en México, a nosotras, que no éramos mexicanas, nos apoyaban. Aquí, que somos guatemaltecas, no encuentro ayuda para que mi hija termine valiéndose por sí misma, lo único que quiero es que sea independiente. Se supone que aquí hay centros de rehabilitación, pero ya no sé cómo hacer para que me ayuden, y sé que mi hija lo ha estado necesitando.

Estoy consciente de que aquí en la comunidad tampoco tengo nada por no haber llegado a tiempo, pero no podía por las razones que ya he argumentado.

Mi pareja vivía conmigo en México. Cuando iba a tener lugar la desmovilización él se vino a un campamento que había aquí en el Sur y ahí lo concentraron. Él estaba en México porque había sido herido en una pierna por las esquirlas de una granada. Lo estaban curando, sería como el año 1993.

Sandra es mi seudónimo. Francisca Xil Tubac es mi nombre real. Nací el 14 de julio de 1963, en San Martín Jilotepeque, Departamento de Chimaltenango. Soy guatemalteca, tengo derechos, pero de qué valen, cómo hacerlos valer, a veces me pregunto en la intimidad de un techo.

En ocasiones, y a pesar de tantas malas experiencias, en esta soledad que siento todavía, recuerdo a mi padre, Rafael Xil Ajbal, y a mis cuatro hermanos. De ellos sólo dos están vivos y es lo único que me queda de familia. Recuerdo mucho también cuánto me quería mi mamá y su cariño me daba fuerzas para seguir adelante. Sí, mi madre, Flora Tubac, pero murió a las tres de la mañana en un terremoto que hubo en Guatemala en 1976. Ese sismo dejó un saldo de setenta y cinco mil heridos y veintisiete mil muertos. San Martín Jilotepeque, donde vivíamos, fue uno de los pueblos más afectados.

A mi madre le cayó una viga en la cabeza y la partió, aún dormía, murió al instante. Esa vez se murieron siete miembros de la familia: mi abuelo paterno, una hermana, que tenía dos años y medio; un hermano, de un año con tres meses; y una tía con sus dos hijas, una de once años y la otra de dos añitos. Ahí comenzó mi tragedia emocional y el quiebre de mi familia. Yo estaba viviendo en el mero centro del Departamento de Chimaltenango con una madrina de bautizo. Me dejaron allí por la pobreza de mi familia. Eso, porque la tradición religiosa dice que el que bautiza a un niño toma la responsabilidad de ser un segundo padre. Ahí, en esa casa, empecé a estudiar y a trabajar de niñera. Estaba al servicio de una hija de mi madrina.

A los quince días llegó mi papá a buscarme, porque mi mamá estaba herida y, como yo era la mayor, tenía que ayudarla. Nos fuimos a pie, caminamos como unas seis horas o más, durante el trayecto tuvimos que sortear escombros del terremoto, los caminos estaban trancados. Antes de llegar a la casa de mi abuela, la mamá de mi mamá, como a las diez de la noche, mi papá dijo que descansáramos. Estábamos descansando cuando me dijo: «Tu mamá murió y por eso te fui a buscar». Ese momento fue para mí un golpe muy duro, irremediable, pudiera describir aún cada detalle, cada cosa, de ese instante. Todavía duele mucho y dolerá, estoy consciente. Todavía se me aparecen esos recuerdos, sobre todo cuando estoy en situaciones difíciles en las que no puedo resolver lo mínimo para mi hija. Tenía apenas un poco más de doce años cuando eso sucedió.

Primero y segundo grados los estudié donde yo nací, en la aldea Xesuj, municipio San Martín Jilotepeque. Después de ahí me trasladé a Chimaltenango y volví a estudiar el tercero, porque no lo había pasado, pero como mi mamá murió tampoco pude seguir, aparte de eso mi papá era muy pobre y no me pudo seguir dando estudios.

Pasamos a vivir un año con mi abuela y al año regresamos a la casa donde había muerto mi mamá. Armamos la casa otra vez, yo era la encargada de hacer las tortillas y, como no me preocupaba por hacer las cosas como mi papá decía, él me pegaba mucho. Aparte de que era muy exigente, él quería el desayuno a las seis de la mañana, el almuerzo a las once y la cena a las seis y media. Y como yo no ponía la comida a tiempo, porque me iba a jugar, entonces me pegaba. Yo sufrí demasiado con mi papá y aquella situación, al exigirme una rutina que no me correspondía, yo era una niña y lo que quería era jugar.

A los quince años me fui otra vez con mi madrina. Mi hermano Mel, que me seguía en edad, era muy peleonero conmigo, y mi papá me maltrataba solamente a mí. Entonces le dije que me iba a ir a trabajar de empleada a una casa en Chimaltenango, tendría unos catorce años. Cada mes regresaba a mi casa, iba a ver a mis hermanos y, con el dinero que ganaba, compraba cosas para la casa. Mi papá no me valoraba eso ni estaba contento con lo que hacía. Hubo un día en que fui a visitar a mis hermanos y no sabía que el Ejército había convocado a todos los varones a que se reunieran en la plaza de San Martín, eso fue un domingo.

Yo llegué como a las siete de la mañana y pasé primero donde mi tío, a ver a una prima mía. Cuando me fui a mi casa, mi papá estaba platicando con un don que era guerrillero, ya mi papá estaba organizado. Yo abrí la puerta, entré y los vi, mi papá se molestó mucho. Después mi papá habló conmigo y me dijo: «Ve al mercado y compra cosas para el almuerzo». Salí y volví a la casa de mi prima. Mi tío Juan me preguntó por mi papá. «Está en la casa, se está bañando», le mentí yo. «¿Y va a ir a la reunión que convocó el Ejército?» volvió a preguntarme. Le dije que no sabía. Mi prima y yo nos fuimos al mercado y mi tío curiosamente se fue a mi casa. Cuando llegó a la casa, escuchó que mi papá estaba platicando con el compañero.

Mi papá se había molestado, me contó mi hermano, porque yo le había dicho a mi tío que él estaba en la casa. De regreso hice el almuerzo y las tortillas, y mi papá no vino a almorzar. Pasaron varias horas hasta que apareció bien borracho, bien bolo, y me empezó a carrerear con un machete y un lazo. Me empezó a decir que antes que el Ejército lo matara a él, me iba a matar él a mí. Empecé a correr alrededor de la casa y me metí por un sembradío de café, estaba tan asustada que regresé de nuevo a la casa de mi tío. Le pedí a la esposa de mi tío Juan que me fuera a dejar a la casa de mi abuela Tomasa.

Ya mi papá andaba cerca y gritaba: «Dónde está, la voy a matar». Mi tío Juan le respondió: «Vos, en vez de cuidar a tus hijos los estás asustando». Me fui para la casa de mi abuela Tomasa corriendo y no me dio miedo que el Ejército estuviera desplazado por entre los matorrales de la comunidad. Al llegar le conté a mi abuela lo que había pasado. Ella me dijo: «Que venga, que yo sí le voy a dar».

Al día siguiente, día lunes, llegaron unos carros a la aldea con unos hombres cubiertos con pasamontañas. Llegaron a las casas a preguntar por nombres de varones y la persona que nombraban salía tapada, al parecer sólo sacaban las pistolas y los mataban delante de los familiares, sin mediar palabras. Comentaron que habían matado como a dieciséis hombres. A mi papá no lo mencionaron, por eso no lo fueron a buscar. Seguidamente me fui a Chimaltenango a continuar con mi trabajo. Dos meses después mi papá me mandó una carta donde decía que lo perdona por lo que me había hecho.

Empecé a visitar de nuevo mi casa, regresé el 16 de enero de 1982 a mi casa, era domingo. En la tarde del domingo le avisaron a mi papá que habían agarrado a un compañero, pero que había logrado escapar de las manos del Ejército; sin embargo, el Ejército mencionó a mi papá y al que se fugó y dijeron que los iban a matar a ambos. La recomendación fue abandonar la aldea, irse para otro lugar. Nos fuimos para una comunidad que se llama aldea Chuatalún, del mismo municipio de San Martín. Antes de irnos mi papá me preguntó si regresaba con mi madrina o me iba con él. Decidí seguir a mi papá para no perder otra vez a la familia, a pesar de todo lo que él me había hecho.

Era un lugar en Chuatalún que se llamaba caserío El Guayabal, era puro nombre, no había ni una guayaba. Allí conocí a un compañero que se llamaba Dimas. Era el encargado de la fuerza militar de las FAR. Así fue como me integré a la guerrilla. Nos integramos mi hermano, José Efraín Xil; mi madrastra, María Cristina Xil; mi papá, que ya estaba incorporado, y yo. Más otra cantidad de gente, como unas diez familias que estaban en la misma situación que nosotros, dejamos todas nuestras cosas en la casa y nos fuimos.

No sé por qué, pero yo tampoco le caía bien a la mujer de mi papá, y ella le aconsejaba que me corriera. Por eso decidí irme a trabajar la primera vez a Chimaltenango. Nos quedamos en la casa de ese compañero Dimas, y empecé a apoyar a las compañeras en cuestiones de comida para dar alimentación a los compas que llegaban. Empezó la represión

en ese lugar también, el Ejército comenzó a perseguirnos, fue la época cuando comenzaron las masacres en Quiché, en San José Poaquil y en Las Canoas. Ya uno no se podía quedar en las casas, porque el Ejército llegaba y te llevaba o te mataba ahí mismo. Teníamos que dormir en los cerros, en los barrancos, en el monte. Ya no se podía ni cocinar, porque si el Ejército veía humo, rápidamente caía en el lugar. Eso era una tragedia, no tener derecho a vivir la infancia ni poder disfrutar la juventud que a uno le correspondía, incluso a pesar de la pobreza.

Había muchos orejas, gente del pueblo que le pasaba información al Ejército, y el Ejército nos rastreaba por tierra y hasta con los helicópteros. Cuando venía el Ejército me enseñaron a salir de las balaceras, tenía bajo mi responsabilidad a una niña, a la cual cargaba en la espalda sostenida por un perraje. A veces nos metíamos en el monte y veíamos el caminito por donde pasaba el Ejército. El que nos dirigía, el encargado, pedía en voz muy baja que nos calláramos, que no hiciéramos bulla. Las madres les tapaban la boca a los niños, y varios niños murieron así por no poder respirar.

En esas travesías andaban niños, embarazadas, ancianos y enfermos. Teníamos que cruzar barrancos, subir cerros y en donde nos concentráramos, para descansar o dormir, quedábamos apretados. Teníamos que cuidarnos de que nadie nos viera, porque los orejas le iban a decir al Ejército enseguida. A veces llegaban por tres costados y trataban de rodear al grupo de personas. Allí vi también a varias personas desarmadas de familias que andaban huyendo, heridas por el Ejército. Los militares ofendían y disparaban a la gente sin razón. Ahí, por donde estábamos, la guerrilla no estaba tan organizada, apenas unos ocho o diez compas armados.

Un día, en una concentración que ya iba por las ciento cincuenta personas, nos mandaron a tres compañeras a hacer tortillas, una de ellas era Roselia, quien después fue compañera del capitán Méndez; otra compañera que se llamaba María, que cayó con los años en el Petén, y yo. Fuimos a hacer las tortillas a una casa de la población, ya de regreso cuando íbamos para el campamento otra vez, el Ejército ya sabía que había en la montañita una concentración de personas. Rodeó la concentración y masacró a mucha gente, afortunadamente a nosotros no nos pasó nada y nos pudimos escapar.

Después el Ejército dio una Amnistía Nacional a las poblaciones, y varias personas de nuestro lugar se entregaron para no seguir sufriendo. No supimos más nada de ellos, porque nosotros, con mi papá y la compañera

María, decidimos salir de ese lugar y nos fuimos para la capital. De San Martín nos fuimos a pie, pasando cerros, cruzando barrancos. Llegamos a Supango tres días después a una casa. Mi papá le pidió posada a un señor, y él nos atendió muy bien. Nos dieron cena, hacía mucho tiempo que no hacíamos una comida como esa: frijoles, café y tortillas. Verdaderamente fue una bendición esa comida, sabía a gloria.

Al día siguiente seguimos caminando hasta salir a San Lucas, Sacatepéquez. Tomamos por fin un bus, una camioneta que venía de Chimaltenango rumbo a la capital de Guatemala. Luego, en esa misma tarde, tomamos una camioneta hasta Villa Nueva, fuimos a la casa de un conocido que tenía mi papá, yo andaba por los diecinueve años. De la compañera Roselia no supimos más, ni siquiera cómo salió de ahí, hasta 1983 cuando nos encontramos en México.

De la capital nos fuimos hasta Villa Nueva y ahí nos desconectamos de la organización. Comencé de nuevo a trabajar como ama de casa, que era lo poco que sabía. Ahí en Villa Nueva, en el Parque Central, volví a reencontrarme con un compañero que había conocido en Choatalún, y que me había dicho que yo tenía una oportunidad de prepararme en otro país. Al ser conocidos me lo volvió a proponer, me dijo que si estaba decidida a incorporarme nuevamente a la organización, la propuesta seguía en pie. Le dije que sí.

Volví a dejar mi trabajo para reincorporarme a la organización. Le informé a mi papá, que no siguió organizado, y yo me fui con el compañero. Nos movimos en la capital y vivimos en varias casas de seguridad mientras trabajábamos para la organización. Un 5 de diciembre de ese 1982 fui a visitar a mi papá para informarle que iba a salir del país. Mi papá se puso muy triste y me pidió perdón otra vez por las cosas que me había hecho cuando yo estaba pequeña. Esa fue la última vez que lo vi, fue una despedida definitiva. Recuerdo que fuimos a una cafetería y nos tomamos una gaseosa. En ese momento sonaba la canción de Galy Galiano que decía: «La vi por una última vez...».

El 7 de diciembre de 1983 salí de Guatemala vía Mázate. Ahí tenía que verme con un contacto para continuar viaje a Tecún Umán. En Tecún Umán me hospedaron en un hotel dos días. Después de esos dos días continuamos viaje y llegamos a la frontera con México, por el lado de Tecún Umán, y cruzamos el río que divide Guatemala de México. Llegamos a Ciudad Hidalgo y seguimos a Tapachula, ahí nos quedamos un mes.

María (seudónimo) iba conmigo y algunos encargados de la logística también. Ahí en Tapachula pasé la Navidad, triste, porque estaba lejos de la familia y en medio de una aventura a todo riesgo. Tuve la suerte de encontrar a Roselia en la misma casa de seguridad donde yo me quedaba. Estuvimos allí como desde el 10 de diciembre hasta enero, mes en que nos fuimos.

Ya en enero nos trasladamos las tres, María, Roselia y yo, a México, al DF, y llegamos a una casa de seguridad. La encargada se llamaba Leticia. Ahí conocimos a otros compañeros, al Chaca, a Cerigua, a Camilo, que supe ahí que era de mi pueblo, y una compañera que se llamaba Brenda.

Sucedió que Leticia fue a recibir a una compañera en el aeropuerto, que venía de la capital de Guatemala a entregar correos de la organización. Esta compañera fue detenida por migración en el aeropuerto y ella hizo mención de a dónde se iba a encontrar con Leticia y capturaron a Leticia también. El error más grande fue que Leticia llevaba un recibo de Luz de la casa de seguridad donde estábamos. Luego nos contaron que la Policía Federal empezó a vigilar la casa de seguridad una semana antes de que nos cayeran. Nos vigilaban desde otra casa de tres pisos que se encontraba frente a la casa de seguridad donde estábamos.

Poco tiempo después nos cayó la seguridad mexicana y capturaron como a doce, entre ellos íbamos Roselia, María y yo. Estuvimos dos meses con los ojos vendados en la cárcel, sin poder mirar si era de día o de noche, cada ocho días nos llevaban a bañar. Cuando pasaron los primeros ocho días nos llevaron a bañar en fila, sin quitarnos las vendas. El de adelante iba guiado de la mano de un vigilante, y cada uno de nosotros iba agarrando la ropa del que iba adelante. Cuando llegamos al baño nos dividieron. Hombres con hombres y mujeres con mujeres. Al entrar a bañarnos nos retiraron la venda. Ahí volvimos a ver a Leticia, había sido torturada, tenía moretones por todos lados, señal de que la habían tratado con mucha dureza. Al terminar de bañarnos habíamos lavado la ropa interior y nos la tuvimos que poner mojada. Nos volvieron a vendar otra vez, porque no podíamos conocer el lugar donde estábamos.

En ese lugar nos llamaron uno por uno a declarar sobre qué habíamos hecho, si habíamos matado, si habíamos disparado armas y varias cosas más. Nos aseguraron que, de no colaborar con ellos, nos iban a entregar al Gobierno guatemalteco. Esos dos meses en la cárcel para nosotros fueron los más duros, casi enloquecemos. Por ejemplo, a mí una vez me

enseñaron una foto con un fusil M16 donde aparecía yo, y me aseguraban que había estado combatiendo en El Salvador. Me hostigaron hasta más no poder, era terrible aguantar tanta presión de esa gente.

Comenzó un diálogo del Gobierno cubano con el Gobierno mexicano para que nos dieran asilo en Cuba. Esta idea, con seguridad, era una sugerencia del comandante Pablo Monsanto, de la Dirección General de las FAR, propuesta a las autoridades cubanas.

Los militares del lugar donde estábamos reclusos al enterarse de que había un diálogo para asilarnos, empezaron a burlarse de nosotros y de Cuba, nos decían que le íbamos a acariciar los bigotes a Fidel, que para qué íbamos a ir a Cuba si allá no había comida, etc. El día que nos trasladaron en un avión cubano hacia La Habana fue un 23 de marzo de 1983. Esa fecha quedó grabada en mi mente, una por el infierno que viví y otra por la alegría de haber salido libre para Cuba. Ahí íbamos varios: María, Leticia, Roselia, Brenda, el Finado Chaca Chaca, Cerigua, Kaibil y ya no recuerdo quién más.

Al llegar a Cuba nos recibió una delegación de cubanos y nos llevaron a una casa de seguridad a todos. Era un lugar a la orilla del mar por Marianao, muy bello como todas esas vistas del mar que tiene Cuba. Pasamos como cuatro meses descansando y volviéndonos a adaptar a la claridad, ya que estuvimos mucho tiempo vendados. Luego nos cambiaron de casa de seguridad a una por el aeropuerto. Desde allí fuimos todos a tomar clases de marxismo, capitalismo, formación política y preparación física y mental. Después nos distribuyeron en diferentes actividades, en mi caso me enviaron a una escuela militar del Ministerio del Interior a recibir una capacitación sobre Seguridad Personal, cómo cuidar a un presidente, a un dirigente de alto nivel.

Dentro de esas actividades estuvieron cómo disparar pistolas, fusiles, etc. También recibí capacitación de cómo desactivar una mina, kárate, piscina, inteligencia y contrainteligencia. Estuve hasta en un entrenamiento de tiro por Pinar del Río. Cuando sacamos el curso nos evaluaron, el primer lugar lo sacó el compañero Rony y el segundo lugar lo saqué yo, esta humilde revolucionaria. Picher se llevó el tercer lugar. Se hizo una entrega de credenciales, diplomas, y una celebración de fin de curso o algo así.

Terminamos el curso y nos trasladaron a Nicaragua, estuvimos como una semana en Nicaragua mientras arreglábamos el pasaporte.

De Nicaragua viajamos a México DF. Estando en el Distrito Federal me trasladaron a otra casa y ahí llegó la capitana María, me dijo que yo iba a trabajar con ella y que se estaba organizando un viaje para ir al Petén. Al poco tiempo salimos del DF a Tabasco, México todavía. De ahí seguimos para el Departamento de Petén. La entrada al Petén fue durísima, caminamos mucho, como dos días para cruzar el Usumacinta en balsa.

Para llegar a donde íbamos, fueron días caminando, andábamos con el comandante Pablo Monsanto y otros compañeros. La capitana se había quedado en Tabasco para seguir las coordinaciones logísticas. Cuando llegamos al campamento los compañeros estaban muy emocionados, porque había llegado el comandante Pablo Monsanto. El comandante había ido a pasar el fin año con los compañeros de ese campamento. Se citaron otros comandantes y varios compañeros más. Ahí pasamos el 24 y el 31 de diciembre, la Navidad y Fin de Año. En ese transcurso se hicieron actividades políticas, de información y de planeación para el año siguiente, 1985. El Fin de Año hicimos tamales, convivios con los compañeros y recibimos enfiestados, con baile y todo, el nuevo año, el 1° de enero de 1985.

La primera semana de ese enero de 1985 el comandante Pablo regresó de nuevo a México. Yo me quedé en el Petén por tres meses. Me había quedado con la intención de ingresar al Frente FAR, Feliciano Argueta Rojas, pero la capitana María me volvió a llamar para ir a recibir una capacitación de primeros auxilios a Guadalajara. La idea era que me preparara y, al terminar la preparación, me incorporara a las órdenes de la capitana María. Volví a México ya preparada en primeros auxilios, me quedé con ellos en una casa de seguridad, ahí casi pasé el año.

A finales de diciembre del año 1985 volví de nuevo con el comandante Pablo Monsanto al Petén. Pasamos ríos, pantanos, campamentos selva adentro, días de camino. Allí íbamos a reunirnos con otra gente, en otro lugar distinto, para conversar sobre política, sobre los planes y estrategias de la Fuerza Militar de los frentes para el año 1986. Al final del año se hizo el convivio tradicional con los compañeros. Ese final de año, a los ocho días de estar en el campamento, los compañeros salieron a pescar y a cazar jabalíes y pajuiles, hicieron un caldo de mojarra que era una delicia y se cerró el año con baile y tamales.

La primera semana de enero de 1986 regresamos a México DF. Me informaron que tenía que viajar a Nicaragua, me arreglaron los papeles

y viajé. Se suponía que debía estar allá por una semana, pero por un problema del pasaporte no pude regresar a México en la fecha estimada. Mientras tanto me integré a una casa de seguridad a trabajar, allí estaban los hijos del comandante Pablo y de la capitana María. Ahí estaban sus tres hijos: Iskra, la mayor, que ya era una adolescente; luego seguía Pablito y, por último, Jorge. Ahí conocí a Lupita, una muy buena persona conmigo y con todos, encargada de la casa y de los niños.

Ahí, de vez en cuando, llegaba Susana, la hermana del comandante Pablo. Era una casa que se prestaba para reuniones con dirigentes como Tomás Borge, Odell Ortega, Schafik Hándal y otros compañeros cubanos y salvadoreños. Los hijos del comandante fueron trasladados a México con Lupita, y Susana se quedó encargada de la casa de seguridad para hacer trabajo de logística. Luego Susana se trasladó para México también y me quedé yo a cargo de la casa de seguridad. Al tiempo llegó la capitana María con el problema de una rebelión contra el comandante Pablo Monsanto.

Yo acompañaba a la capitana María para todos lados. Ella me contaba todos los sacrificios que había pasado. Pensar que su familia era cafetalera, de dinero, pero al ver las injusticias de la vida y las que se cometían contra los trabajadores, contra los pobres, principalmente en la hacienda de su familia, ella decidió unirse a la resistencia. Esas fueron las razones por las cuales se integró al Movimiento Revolucionario guatemalteco. La capitana María era una mujer muy preparada. Elaboraba los documentos de la Organización, era única, todo lo que había que resolver lo resolvía, era una mujer muy valiente y preocupada por la revolución. Vivía con tanta preocupación que llegó a padecer mucho de insomnio. Decía que no podía conciliar el sueño y allí aprovechaba el tiempo para elaborar documentos.

Se metía en el baño con la máquina de escribir, de esas antiguas, y se oía por largas horas de la noche el teclado. Lo hacía en el baño por la consideración de no interrumpir el sueño a los demás. De ahí, de sus noches de insomnio, de sus manos tecleando, salieron muchos documentos de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), que luego se los presentaba a su compañero, el comandante Pablo Monsanto, y entre ellos los discutían hasta que estaban listos para ser sometidos a consideración y para ser aprobados. La verdad es que le fui tomando mucho aprecio, mucho cariño, a la capitana María, y ella también a mí durante todo el tiempo que compartimos, porque yo andaba con ella para todas partes. En el fondo, yo fungía como su seguridad, su amiga y su confidente mientras ella estaba en Nicaragua.

En esa casa yo me fui dando cuenta de que ella no podía pronunciar bien la «L». Había una compañera llamada Lorena, y a la capitana María le costaba pronunciar bien ese nombre. Ya antes ella había hecho el comentario de que se le dormían las manos. Por la confianza que había entre ella y yo noté que, al caminar, ella se veía como si anduviera tomada, se iba hacia los lados. Yo le pregunté un día: «Capitana María, por qué usted cuando camina se tambalea». Ella me respondió: «¿Se me nota?». «Sí», le dije yo. Respondió: «No sé lo que me pasa». Ahí quedó la conversación, nunca más tocamos el tema.

Luego viajó a Cuba para hacerse un chequeo por lo que le estaba pasando, pero ya no volvió a comentar esa situación. De pronto la casa empezó a ser utilizada muy a menudo para reuniones de alto nivel. Incluso allí era donde se reunían los cuatro comandantes de la URNG (Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca). Tuve la oportunidad de conocer al comandante de la Organización Revolucionaria de los Pueblos en Armas, Gaspar Ilón, hijo de Miguel Ángel Asturias. También conocí al comandante Rolando Morán de la Organización Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y al compañero Carlos González del Partido Guatemalteco del Trabajo.

Yo era la encargada de toda la logística y organización de esas reuniones de alto nivel, las comunicaciones, las comidas, las bebidas y todo lo necesario para que salieran bien. Debo decir que con el apoyo integral en este trabajo de organización política de la compañera Beatriz, esposa de Ramiro. Sólo éramos ella y yo por seguridad, nadie más. A veces llegaba uno de los comandantes solo y se reunía con diferentes dirigentes. Igual pasaba con los otros comandantes, llegaba cada quien por su lado para hacer las reuniones políticas pertinentes. En ocasiones coincidían los cuatro, algunas veces participaba también la capitana María. En esa casa estuve desarrollando múltiples actividades al servicio de la revolución guatemalteca desde enero de 1986 y hasta 1989.

En 1987 empecé una relación con un compañero que era seguridad de Odell Ortega, hermano del comandante Daniel Ortega y muy amigo del comandante Pablo Monsanto. Por lo que siempre utilizaban la casa de seguridad para reunirse. En 1989 comenzó la campaña de las elecciones presidenciales en Nicaragua. Ganó la derechista y pro Estados Unidos Violeta Chamorro. No quedó otra alternativa que abandonar el país. Todas las estructuras que teníamos en Nicaragua tuvieron que ser desmontadas.

En ese mismo año, en plena campaña para las elecciones presidenciales, tuve un problema de salud. Me empezaron a doler mucho la cabeza y el brazo izquierdo. El dolor era muy fuerte, le hice el comentario a la capitana María y ella, tan buena y solidaria, me envió a Cuba a un chequeo médico para saber cuál era la causa de mi dolor. Estuve un mes en un hospital que estaba cerca de La Habana Vieja. Me atendieron muy bien, no tuve que pagar nada, de forma solidaria como siempre ha sido Cuba. El diagnóstico fue colesterol muy alto. Allí pensé mucho sobre la calidad de mujer que era la capitana María. Hoy, a dos décadas de su partida, aún le sigo estando muy agradecida por el amor que me tuvo y por haberme hecho su amiga.

Yo, que no tenía nada de nada, y menos posición económica, que apenas logré salir viva de una gran tragedia en mi pueblo de San Martín, tuve una gran formación gracias a las FAR. Pero la capitana María fue una de las pocas personas que me tomó en cuenta, me ayudó, me valoró y me dio una gran oportunidad: la de prepararme para aportar mi granito de arena a la revolución.

De Cuba volví a regresar a Nicaragua y continué con las actividades de nuestra organización. En febrero de 1990 salí embarazada y, en abril de ese mismo año, tuve que abandonar Nicaragua. El compañero me pidió que me quedara, me dijo que él se casaba conmigo, pero no acepté. No acepté, porque no tenía la seguridad de que fuera cierto lo que él me planteaba y tampoco estaba segura de que la relación fuera a funcionar. Eso lo pensaba debido a que, a pesar de que estábamos juntos, no habíamos convivido mucho por las responsabilidades que teníamos cada uno y porque podía poner en riesgo a la organización y a mis compañeros.

Ese abril salí a Cuba por órdenes de la organización. Antes de partir hubo que cerrar la casa, llegó la compañera Lorena para hacerse cargo de desmontar las estructuras y negociar los inmuebles de nuestra organización.

Yo, mientras tanto, llegué a Cuba y me trasladaron a la casa de la compañera Lorena. Allí me instalé hasta que solucionaron mi salida hacia México. Lo cierto es que, en ese tiempo de espera, mi estadía en casa de Lorena se me tornó un calvario. Cuando ella volvió a Cuba me empezó a reprochar el hecho de haber salido embarazada. Incluso me llevó con el doctor para saber si había posibilidad de un aborto. El doctor le explicó que ya no se podía hacer un aborto, porque el embarazo estaba por encima del tiempo indicado y eso implicaba mucho riesgo. Ella se enojó mucho, me dijo que no tenía dinero para comprarme las cosas y que no me iba ayudar con la ropa del niño ni con nada.

Como a mediados de julio llegaron la capitana María y el comandante Pablo Monsanto a una casa de seguridad en Cuba. La capitana María le comunicó a Lorena que quería verme. Lorena me hizo el comentario de que la capitana María había llegado a Cuba y que quería verme. Ahí Lorena cedió en la situación de enfrentamiento que tenía conmigo y me llevó. La verdad es que cuando supe esa noticia sentí una alegría que no puedo explicar, enorme, al saber que la capitana María me quería ver.

Cuando llegamos a la casa de seguridad donde estaban el comandante y la capitana, me sentí muy emocionada. Al verla empecé a llorar, lloraba por verla y por la tragedia que estaba viviendo yo. Le comenté la situación difícil por la que estaba pasando en la casa de Lorena. Me abrazó y de una vez empezó a coordinar trasladarme para México, a la casa de seguridad donde ellos vivían en el DF. Ellos, el comandante Pablo Monsanto y la capitana María se quedaron muy pocos días en Cuba y regresaron a México. Yo volví a la casa de Lorena.

Cuando tenía casi los siete meses de embarazo salí a México, a la casa de la capitana María y el comandante Pablo. Ya estando en México comencé a apoyar en el quehacer diario de la casa mientras se iba desarrollando mi embarazo. De pronto hubo un problema de seguridad y nos trasladaron para Toluca, igual seguí apoyando la rutina diaria de la casa. La capitana María expresaba su emoción por mi embarazo, decía que ya iba a tener su primer nieto y que llegaría la alegría. Incluso compró una canastilla para meter a la bebé y muchas cosas que tenían que ver con la niña.

El 13 de octubre viajamos de Toluca al DF a encontrarnos con Susana, la hermana del comandante Pablo para que me acompañara a realizarme los chequeos del embarazo, el plan era que me quedara después en casa de Susana. La capitana María siguió a cumplir compromisos fuera del DF. De mi parte el objetivo de ir al DF era realizarme exámenes de control del embarazo. Susana me acompañó y me hice los exámenes. Nos regresamos a la casa a esperar los resultados de los exámenes. A los dos días, el 15 de octubre en la noche, comenzaron los dolores.

El problema más grande era que no tenía documentos legales, estaba clandestina en México. Ese fue el error más grande, no contar con documentos. Igual Susana me llevó como a las diez de la noche de ese mismo 15 de octubre a un hospital cercano al lugar donde vivíamos. Me hicieron el chequeo de rutina y me enviaron a la casa de nuevo, porque todavía me faltaba. Me siguieron los dolores, de nuevo a las tres de la mañana

del día 16 de octubre Susana me llevó a otro hospital, y enojados me hicieron un chequeo superficial. Me miraron y me dijeron: «Ustedes lo que vienen es a quitarle el sueño a uno».

Me volvieron a regresar otra vez, porque apenas tenía tres centímetros de dilatación, dijeron que me faltaban como de cinco a quince horas. A las ocho de la mañana, del mismo día 16 de octubre, Susana de nuevo me llevó, esta vez a una clínica privada. Nos informaron que había problemas con el embarazo, porque ya se me había roto la fuente. Había que hacer una cesárea con el riesgo de que alguna de las dos, la niña o yo, pudiera morir.

Me hicieron la cesárea, nació mi hija, pero nació muy moradita. El doctor informó a la enfermera que la niña había muerto y que había que hacer los trámites para dejar constancia de ello. Diez minutos después la enfermera fue a ver a mi hija para prepararla y entregársela a Susana, que era la que nos representaba en ese momento. Fue cuando la enfermera se dio cuenta de que estaba viva. Pero la niña ya había sufrido una hipófisis cerebral que no tenía vuelta atrás, había sufrido daños en su cerebro por no haber recibido atención médica a tiempo. Luego se empezó a coordinar en emergencia la atención a la niña para trasladarla a otra clínica, necesitaba incubadora, oxígeno, atención integral. En esa clínica estuvo internada ocho días. Yo me quedé tres días donde estaba y me dieron de alta. Volví de nuevo a la casa de Susana y como a los dos días me llevaron al hospital, a ver a mi hija, hasta que me la entregaron y regresamos a la casa de Susana. Ahí estuve poco tiempo y regresé a la casa de seguridad de Toluca con la capitana María.

A los ocho meses coordinaron para que me fuera a Guadalajara, porque allí había una casa de seguridad donde llegaban los heridos y enfermos para recibir atención médica. Ahí conocí a Manuelito, que estaba en proceso de ser operado de una pierna, porque había sido herido en un combate; a Camilo el de la Cooperativa La Técnica que también había sido herido en un combate, igual en una pierna; y a Carlos, el papá de mi hijo Juan José. El encargado de coordinar la salida y la atención de cada compañero de esa casa de seguridad era el doctor Moisés. Él coordinó todo para que yo fuera a llevar a la niña al DIF (Desarrollo Integral de la Familia), un centro de rehabilitación.

A los ocho meses la llevé al DIF de Guadalajara con una doctora de traumatología. Yo le informé que la niña no succionaba bien el pezón del biberón, la pacha, y que botaba mucha saliva, estaba muy aguadita y

no tenía equilibrio. Se la pasaba con los puños apretados, nos los abría. Bueno, le informé todo lo que le pasó cuando nació. La doctora me dijo que era porque había sufrido una parálisis cerebral. Me dijo que mi hija iba a ser un vegetal, que no iba a saber si era de noche o de día, ni qué día era, que ella iba a estar postrada.

Era la noticia más cruel que había recibido en mi vida, hasta el día de hoy lo es. Me salí al patio después que me dijo toda esa crueldad, porque no sabía si podría soportar, y sin tener a nadie en quién apoyarme, lo que me estaba pasando. Me senté en el patio y empecé a llorar. No sabía qué hacer, si dejar la niña ahí o irme a no sé dónde, casi me volvía loca.

Me serené y la llevé a un terapeuta que la misma doctora, que me había traumatizado, me había recomendado. Él la vio, le hizo la evaluación respectiva, ya yo le había contado lo que me había comentado la doctora. Él me dijo, después de evaluarla, que no me desesperara, que no entendía qué le pasaba a la doctora que estaba reflejando sus problemas en los pacientes. Me dijo que mi hija era una niña que estaba en desarrollo y no podía darle un diagnóstico de esa manera. Eso se podía decir de una persona anciana de la que ya se sabía todo. El doctor me dijo: «Yo le puedo asegurar que ella no va a caminar de la noche a la mañana, pero sí que va a empezar a caminar como a los cinco años, eso sí, cumpliendo con las terapias». Eso me tranquilizó y me ayudó mucho.

La empecé a llevar a cuatro terapias diferentes de rehabilitación tres veces por semanas. Iba evolucionando bien, pero hubo un problema, que a uno el pobre nunca le falta. Cayeron unos compañeros en la frontera en manos de la seguridad mexicana, entre ellos un hermano de Pezarosi y otra compañera de Petén, creo que Beatriz. A raíz de eso se tuvo que desmontar la casa de seguridad de Guadalajara donde estábamos nosotros. Nos trasladaron de Guadalajara para Tlaxcala, muy lejos de donde estábamos. A una casa de seguridad donde los encargados de esa estructura eran el compañero Andrés (El Gato), el compañero Tomás y la compañera Mayra. Ahí llegué yo con mi hija a seguir luchando, pero perdí todo el trabajo de rehabilitación de mi hija, todo lo que adelantamos en Guadalajara. De ahí se coordinó y me trasladaron a Tepoztlán, Morelos.

Ya tenía como dos años mi hija y la fui a inscribir al registro para hacerle sus papeles. Me acompañó como testigo un doctor que era español, aliado de la organización. El nombre que le dimos fue idea de la capitana María, Kaslém Nicté, que significa renacer de la flor en lengua maya, ya

yo tenía documentos con el nombre de María Angélica García Ramos. De ahí me regresé otra vez a Tlaxcala por orden de Andrés. La razón era que había caído otra casa de seguridad en Puebla, en Tehuacán, debido a que un compañero estaba manipulando un lanzacohetes de última tecnología y se le disparó. La casa de seguridad estaba muy cerca de un destacamento militar y cayó el Ejército en el sitio inmediatamente, en específico los cuerpos de seguridad de México capturaron a los compañeros que estaban allí, además del armamento que allí se guardaba.

Inscribí a la niña en una escuela especial en Tlaxcala, especializada en niños con discapacidad. Ya yo estaba embarazada de mi hijo Juan José, era 1994, y volvimos a comenzar, a cumplir con las actividades de la organización. En este caso, Carlos era el encargado de hacer los manteles, pero también preparar la pólvora y hacer los moldes para las minas. La pantalla que se tenía de la casa era esa, fabricar manteles. Eso quedaba exactamente en el municipio de Santa Ana Chiautempan, estado de Tlaxcala.

El 24 de octubre de ese mismo año me empezaron los dolores y me fui al hospital de Tlaxcala como a las nueve de la noche. Ahí pasé una noche terrible, caminando y caminando para aflojar al bebé. Al día siguiente me enviaron para mi casa con el mismo argumento de que me faltaba tiempo. Ese mismo día, como a las tres de la tarde, me seguían los dolores, nos fuimos a una clínica ginecológica y me enviaron a bañarme con agua tibia y, ya como a las cinco y media de la tarde regresé de nuevo a la clínica, que estaba cerca, con la intención de quedarme.

Para que ellos me ingresaran tuve que decirles que no aguantaba los dolores, fue así como me internaron. Pasé esa noche de nuevo con la misma historia, tenía un aparato en el estómago que avisaba como iban evolucionado el pulso y la respiración del bebé. Fueron viendo que iba bajando el pulso y dieron la orden de prepararme para cesárea. El médico antes de comenzar la intervención me dijo: «Mire, mamita, usted ya tiene treinta y un años, ya es peligroso seguir teniendo hijos y aquí, en México, lo normal son dos hijos. Además, para qué seguir trayendo niños al mundo a sufrir». Le hice caso y tomé la decisión de también operarme para no tener más hijos. Me hicieron la cesárea y la operación para no tener más hijos.

Como a las cuatro de la tarde me sacaron de la sala de partos para una cama de recuperación. Me dieron la linda noticia de que había nacido mi bebé y de que me lo iban a llevar, pero no me lo llevaron. A los minutos entró Carlos a donde estaba yo en la cama de recuperación. Se sentó

cerca de mí, pero traía cara de molestia, cara extraña. Yo no entendía por qué. Le dije: «Ya supiste que nació el bebé», y no me respondió nada. «¿No estás contento?», le pregunté, pero se quedó callado.

Al poco rato entró la trabajadora social y me comentó que mi bebé había muerto. Lo relacionaban con el problema que había tenido con mi hija en el primer parto. Fue un golpe total, aterrador, saber que mi bebé había muerto, yo también quería morir. Le dije a la trabajadora social, de mala manera, que qué hacía yo en ese lugar si mi hijo ya había muerto. Ella me respondió que no podía abandonar el lugar por motivos de seguridad y salud, que lo sentía mucho. En ese mismo momento mandó a Carlos a la funeraria a comprar la cajita.

Estando Carlos en la funeraria, llegó otro señor a comprar otra cajita. Veinte minutos después volvió la trabajadora social a pedirme disculpas. Me informó que había sido otro niño el que había muerto, que se habían confundido con los apellidos de otro niño que habían traído de Tlaxcala. Fue una noticia impresionante, quería abrazar a la trabajadora social, fuerte, quererla mucho, agradecerle tanto no sé qué. El hijo de ellos, los otros padres, tenía por nombre Juan José García González, y mi bebé Juan José González García.

Fue una alegría enorme la que me dio finalmente la trabajadora social, me irradiaba la cara de felicidad. Luego apareció Carlos con la caja y se juntaron las dos cajitas en la oficina de la trabajadora social. Fueron momentos también de emociones encontradas, porque primero me habían dicho que había muerto mi niño y luego que estaba vivo. Además, pensaba también en el dolor que tendrían los otros padres, dolor que ya yo había sentido, todo eso era demasiado para mí.

Al tercer día nos dieron de alta a mi hijo y a mí. Por esa misma confusión nos dimos cuenta que al pagar el parto en la clínica, nos habían hecho un descuento de quinientos pesos. Sólo pagamos mil pesos, quién sabe si fue el costo de la cajita que compró Carlos lo que rebajaron, hasta el día de hoy no lo sé ni me interesa saberlo. A veces sí me llegan imágenes de qué sería de la vida de aquella señora, la madre del niño que murió. A veces miraba a mi hijo cuando tenía esos recuerdos y lo abrazaba mucho, lo apretaba y lo besaba, como queriéndolo más.

Regresé a la casa bastante intensa con todo lo que me había pasado y volvimos a entrar a la rutina de preparar pólvora, moldes para minas y reiniciar las terapias con mi niña. Ya el Gobierno mexicano me había

empezado a apoyar con unas políticas que ellos tenían para la familia. Mensualmente recibía noventa pesos, no era mucho pero también recibía una cesta básica donde incluían avena, conflé, azúcar, sal, arroz, frijol, leche y aceite, algo así como una cesta básica.

Ese mismo año, el 22 de diciembre de 1994, salimos a cumplir una misión de nuestra organización. Iba con un compañero que le decían Mex, ambos fungíamos como pareja. Su trabajo en la organización era pasar armamento para Guatemala por la frontera mexicana. Él siempre iba con su pareja, pero para esta misión ella estaba embarazada. La misión era llevar un cargamento de material militar, minas, municiones, fusiles, eso recuerdo, a Chiquimulilla. Llevábamos un furgón cerrado. Cuando llegamos a Chiquimulilla, en el momento en que se iba a descargar la mercancía, mi bebé, Juan José, quiso empezar a llorar.

Rápidamente le di pecho para que se tranquilizara. Afortunadamente, todo salió bien, se entregó el material y no hubo novedades. Regresamos a México el 26 de diciembre y seguimos con nuestra rutina. En 1995, por Semana Santa, volvimos de nuevo a cumplir la misma misión, pero al Departamento de Santa Rosa. En uno de los controles de migración previos a la frontera, nos pararon y le pidieron todos los documentos al compañero mexicano, Mex. Todo estaba legal, el policía de migración empezó a tocar el carro buscando vacíos. Le preguntó a Mex que si llevaba armas. Él se hizo la cruz en la cara y dijo: «Dios me libre, yo no juego con fuego». Le devolvieron los documentos y seguimos.

Pasamos migración, donde se presentan los documentos en la frontera de Tecún Umán sin problemas. Esta vez el furgón iba cargado con lo mismo que la misión anterior: minas, fusiles y municiones. Al llegar al Departamento de Santa Rosa hicimos el contacto y nos fuimos por una carretera de terracería. Fueron como unas dos horas de trayecto hasta que llegamos a unos potreros, ahí descargamos y regresamos a Santa Rosa y luego a México. Todo sin novedad. Me acuerdo y todavía me da nervios todo eso, todo de lo que fuimos capaces de hacer por nuestra organización, por nuestro pueblo.

A finales del 95 Carlos viajó a Guatemala con el fin de integrarse a las filas de los compañeros que ya se estaban concentrando para la desmovilización y la Firma de la Paz. Yo me quedé en México por los problemas de salud de mi hija, que, además, había empezado a convulsionar. Un año después que se firmó la paz regresamos a Guatemala como retorna-

dos. Fuimos a las oficinas donde se atendían a las personas retornadas, desmovilizadas. Veníamos un montón, entre ellos la compañera Mayra y su compañero Tomás (el Cabo) y sus hijos Zoraida, Henry y Sandra. Nos hospedaron como por un mes en un hotel en Guatemala, financiado por las organizaciones internacionales y nacionales encargadas de atender a los retornados y desmovilizados. Al poco tiempo cada quien agarró su rumbo, a ver qué hacíamos, qué se resolvía. Yo me quedé un año en la capital con mis hijos donde vivía mi hermano. Carlos, mi compañero, ya estaba en la comunidad El Progreso, Finca Las Tecas, ya habían hecho la desmovilización.

Un año después me vine para acá desde la capital de Guatemala, a la Finca Las Tecas, sector El Progreso, donde fue constituida La Cooperativa Agrícola Integral El Progreso, una cooperativa de excombatientes de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Seguí teniendo problemas con la salud de mi hija, porque empezó otra vez a convulsionar, esta vez un poquito más seguido. Eso me entristeció mucho, porque no tenía cómo hacer algo por ella.



*Sandra, actualmente 57 años. En su residencia Finca Las Tecas.
Comunidad El Progreso. 31 de enero 2021.*

En el transcurso de la vida apareció una compañera gringa que me brindó su apoyo, y empecé a llevar a mi hija que ya tenía como trece años de edad al hospital San Juan de Dios que quedaba en la zona 1 de la capital de Guatemala. Allí me atendió el neurólogo Carlos Amézquita. Me mandó a hacer varios análisis y un ultrasonido, después una tomografía

y por último una resonancia magnética. Luego de revisar los exámenes, llegó a la conclusión de recetarle un medicamento llamado Depaqueni por tres años. Mi hija dejó de convulsionar a los quince años, lo que también consideré una victoria después de tanto sacrificio.

Hoy 21 de diciembre de 2020 en que conversamos aún sigo aquí. Juan José, mi otro hijo, tiene ya veintiséis años y se casó, vive en Coatepeque, Departamento de Quetzaltenango. Mi hija tiene treinta años y vive aquí conmigo, es inteligente, emocionalmente agradable y sin ningún problema exagerado como lo predecía la loca aquella que era doctora. Está bien, excepto por unos granos que le siguen saliendo en la boca y le dificultan comer, por lo que adelgaza demasiado. Además de los problemas de motricidad esperados, pero camina, se moviliza independientemente a donde ella lo decide. Igual sigo en la lucha por mi hija hasta que le consiga ayuda a sus problemas médicos restantes. A veces no sé por qué no echo pa' lante, tanto que trabajo, tanto que he sufrido.

Pero sigo en la lucha, porque como mujer revolucionaria, como pueblo, no tenemos que sufrir tanto en la vida. Agradezco de todo corazón haber decidido incorporarme a la lucha revolucionaria, porque gracias a ella he sobrevivido. Gracias a ella también tengo una historia que contar.



Sarceño y su Compañera Isabel Valdez, quien nació en una finca llamada Entre Ríos, el 3 de abril del 61. Ahí vivieron y trabajaron mis padres, de campesinos, nadie estudió, no había cómo, ahí trabajábamos y vivíamos los trabajadores.

10.- La historia de Julián Gómez Ramírez (seudónimo Sarceño).

La esperanza nunca es pa' atrás, treinta y cuatro años y no hay olvido. La historia de Sarceño comienza cuando nació en el caserío El Estoraque, del municipio de Moyuta, Departamento Jutiapa, el 23 de junio 1952.

Yo me organicé en 1981 y a mediados del 82 ingresé a la guerrilla, al Frente Luis Augusto Turcios Lima, dirigido en ese entonces por el comandante Ruiz. Para ese tiempo el Frente Turcios Lima andaba ubicado por el sector del municipio Las Cruces, sobre la carretera que va pa' la Cooperativa La Técnica.

Mi hermano Moisés Gómez también se había incorporado con Chabelo a la guerrilla, pero antes que yo. Chabelo era del Chal, municipio Dolores, Departamento de Petén.

Al año a mi hermano Moisés, que estaba incorporado a la escuadra de Chabelo, lo capturó el Ejército. Lo torturaron y lo llevaron a la casa del suegro Pedro Calderón, que también estaba organizado. El Ejército, por la madrugada lo obligó a llamarlo, «salga don Pedro Calderón, que soy yo», le tuvo que decir Moisés. Don Pedro Calderón salió y se lo llevaron, nunca lo volvimos a ver. Éramos vecinos, amigos, pero no hablábamos de la organización, ni él ni yo, eso era clandestino. Pedro Calderón era originario del oriente del país, de Santa Rosa, caserío Las Tablas.

A mi tercer hermano, Francisco Gómez Ramírez, también lo agarró el Ejército, pero para «pagar» el Servicio Militar, en el Destacamento La Pólvora, cerca de Belice.

Después de la Firma de la Paz me dediqué a buscar a mi hermano Moisés, pero no lo pude ubicar en ninguna parte. Seguí buscando su rastro para ver dónde estaban mis sobrinas y mi cuñada.

En 1982 sucedió lo de Pedro Calderón. A finales de 2018, treinta y cuatro años después que el Ejército desapareció a don Pedro Calderón, me dio la sorpresa mi sobrina de que estaba en Belice, en el lugar de San Valentín, estaba viva.

La comunicación la logró mi hermana Argelia Gómez a través de un mensaje que oyeron por la radio. El milagro sucedió porque las sobrinas, Irma Angélica y Sandra, quienes nacieron en la aldea El Quetzal, municipio Dolores, y Amarilis, que nació en Belice, deseaban conocer a su familia de Guatemala. Estando las tres en San Valentín, Belice, le comentaron a un señor vecino que ellas tenían familiares en Guatemala y que soñaban con conocer a su tía, Argelia Gómez, y a su tío, Julián Gómez, que vivían en Moyuta, pero no sabían dónde exactamente. Resulta que el señor era de Moyuta y coincidieron todos con la idea de mis sobrinas de poner un anuncio en la radio de Moyuta. El señor de vez en cuando iba a Moyuta, pero regresaba a Belice porque ya estaba residenciado allí legalmente.

El anuncio decía: «De parte de Irma Angélica Ramírez quiero conocer a mi tía Argelia Gómez que está en Guatemala», y escribió su número de teléfono por si alguien tenía alguna información. Irma también era de apellido Gómez, pero se puso ese otro apellido porque todavía temía a la represión. El anuncio lo repitieron mucho para que oyeran el número de teléfono. Ese anuncio lo oyó María, la nuera de mi hermana Argelia. María inmediatamente le informó a Argelia: «Suegra oí por la radio que una sobrina suya está en Belice y quiere saber de usted, dieron un número de teléfono para que se comunique con ella».

Mi hermana fue a informarse mejor en la radio, verificó, y llamó a Irma Angélica. De una vez estableció contacto con ella y con las otras dos hermanas, Amarilis y Sandra Ramírez. Así fue como le contaron toda la historia a mi hermana Argelia. Ellas sólo sabían que a mi hermano lo había agarrado el Ejército, sólo eso, ningún detalle más.

La historia fue que ellas por la represión tuvieron que salir de la aldea El Quetzal, del municipio de Dolores, del Petén, como en 1985. De allí salieron acompañadas con un pastor evangélico que tenía familia en Belice y las llevó hasta allá. Tuvinieron que irse porque los comisionados militares ya las tenían ubicadas y les tenían seguimiento. Pasaron por el Destacamento de La Pólvara, que está vía Belice, cuando de casualidad vieron a mi hermano Francisco Gómez, que estaba de guardia.

Cuando iban pasando se vieron. Mi cuñada Josefina Calderón, hija de don Pedro Calderón, esposa de mi hermano Moisés, le preguntó a Francisco, mi hermano, que dónde estaba Moisés. Él le respondió que no sabía nada.

Ellas siguieron el camino, pasaron a Belice. En la familia la sorpresa fue saber que Moisés estaba en Belice. Desde ese momento nunca más vieron a Francisco Gómez, mi hermano militar, ni al resto de la familia de Guatemala. Treinta y tres años después de que ellos se fueran a Belice, ese anuncio permitió el reencuentro con la familia, aunque también supimos luego que en 1992 mi hermano Moisés había muerto de una enfermedad.

Mi hermano más pequeño, René Gómez, que nació antes de Argelia, fue con ellos también al reencuentro en Belice. Yo no pude ir y eso me entristeció mucho, no había dinero para poder acompañarlos hacia Belice, luego vino la pandemia. Ese encuentro fue una gran alegría, tantos años habían pasado que los atendieron como si fueran unos queridos aparecidos.

Quedamos en que, para diciembre del 2020, nos reencontraríamos con nuestra familia de Belice aquí en Guatemala, allá en Moyuta, a donde mañana iré a encontrarme con mi familia, que hasta me envió el pasaje para que pasáramos el fin de año juntos, pero ya la parte de Belice no vendrán por las razones de la pandemia. Entonces, acordamos con el poeta Carlos Angulo llamar a Angélica a Belice y tener una comunicación con ella para completar esta historia.

Audios transcritos de Angélica, sobrina de Sarceño, después que la ubicamos en Belice, enero de 2021:

En el año 1983 llegamos a Belice. Me contó mi mamá que le costó mucho adaptarse, porque no conocían a nadie. Sí, fue muy duro, pero como siempre hay gente buena, la ayudaron. La idea de buscar a mi familia por la radio fue de todos nosotros. La verdad es que yo no conozco a mis tíos ni a mis tías, sólo a uno que vino a Belice, a mi tío René. Ellos sí me conocen, de cuando yo estaba pequeñita.

René es el nombre del tío que yo conozco. Mi mamá siempre nos habló muy bien de la abuela. Ella sí nos conocía bien desde muy niñas. Yo de verdad no recuerdo nada. Yo tenía cuatro años, mi mamá veintiocho. Desearíamos ir a conocer a la familia a Guatemala. La verdad es que

nosotros no conocemos nada de Guatemala. Mi mamá siempre nos cuenta, pero no es igual a ir. De ir a vivir no creo, ya yo tengo mi familia aquí. Mis hijos son beliceños, mi esposo es beliceño, pero no quiere decir que no quiera ir a Guatemala.

Tal vez algún día ir a pasear, a conocer Guatemala, a conocer a mis tíos, eso me gustaría muchísimo. Ciertamente estaba en mis planes, después que pusimos el aviso en la radio lo oyó mi familia, nos llamaron y cuando respondí, era mi tía Argelia, qué emoción, qué sentimiento, nos gustó mucho hablar con mis primas. Inmediatamente comenzamos a hacer los trámites, a arreglar los papeles para ir a Moyuta, pero llegó la pandemia, qué decepción y tropiezo. Por eso no fuimos ni hemos podido ir. A un tío sí lo conocí, a René, porque vino aquí a Belice, a los otros sólo los he escuchado por teléfono, como a mi tío Sarceño, el que está ahí con usted haciendo el libro de su vida.

A nadie más de mi familia he conocido en persona. Mi papá tenía veintinueve años cuando llegó a Belice. Él llegó sin nosotros a Belice, venía con dos compañeros más, él venía huyendo del Ejército de Guatemala, huyendo se vino. Después nos mandó a buscar, me dijo mi mamá. De mi abuelo por parte de mi mamá, lamentablemente, nunca más supimos desde que se lo llevó el Ejército. Tristemente cuando buscamos a mis tíos mi abuela ya había fallecido.

Luego, cuando mi papá nos trajo aquí a Belice, andaban sacando a toda la gente extranjera que no tenía papeles. Gracias a Dios a nosotros nunca nos sacaron, porque la familia beliceña siempre nos escondió en sus casas, gesto que agradecemos eternamente, por eso estamos todavía aquí y nos nacionalizamos beliceños.

Cuando llegamos a Belice por primera vez nos fuimos a vivir a una aldea en la frontera con Guatemala y mi papá nos fue a buscar a la frontera. Mi papá, tengo entendido, nunca le contó nada a mi madre de cuando el Ejército lo agarró. Actualmente mi madre tiene sesenta y cuatro años, y yo cuarenta y uno. Mi padre falleció el 24 de diciembre de 1992 de una enfermedad.

ALDEA EL QUETZAL, 1980

Una tarde, jugando fútbol en la aldea El Quetzal, municipio Dolores, Departamento Petén, me quedé platicando con mi vecino, Celedonio

Zetino, que también había llegado del mismo lugar, del municipio Moyuta. Me hizo un comentario y al mismo tiempo me dio su punto de vista. Me dijo: «¿Usted sabe que la guerrilla está atacando algunos cuarteles del Ejército?». Me pidió mi opinión al respecto. «¿Usted qué piensa?», me dijo. Le respondí: «A mí me parece bueno», pero sin saber tan siquiera el contenido de la lucha ni nada. Eso fue suficiente para darle a él la confianza de invitarme a una reunión.

El encuentro se iba a llevar a cabo en su parcela llamada El Lindero, como a tres horas de camino desde el campo de fútbol hasta el interior de la selva. Saqué la cuenta, porque una persona camina a paso largo un kilómetro por hora y, si eran tres horas, eran tres kilómetros. Sentía que estaba lejos porque pa' la selva no hay paso seguro. Yo no sospeché nada, sino que era una invitación del amigo, una invitación personal. Coordinamos la ida y yo me fui solo, él me esperó en la parcela. Cuando llegué estaba con un grupo de seis personas, conocía solamente al vecino.

Me saludó y nos dio a conocer cuál era el objetivo de la reunión. Nos empezó hablar de la organización y de la situación que estaba viviendo Guatemala. Era necesario organizarnos en células, grupitos, para cumplir diferentes tareas. Unos organizando la población, otros distribuyendo propaganda, algunos a trabajar en la agricultura para así tener comida para la gente que se establecía en los campamentos, etc. Resaltó la importancia de trabajar en las comunicaciones, lo que incluía caminar distancias de seis días para dejar un mensaje, un papelito, y de vuelta traer la respuesta. Además de eso, teníamos que reunirnos cada quince días.

En las reuniones siempre estaba el punto de hablarnos sobre la lucha política, las causas y la formación. En la segunda reunión empezamos a entrenarnos. Primero nos enseñaron cómo se disparaba, posiciones de tiro, cómo tirarse a tierra al encontrarse con el enemigo y dispararle. No teníamos los fusiles verdaderos, sino que cortábamos bejucos y le amarrábamos una vara para que simulara el fusil, con eso entrenábamos. A la tercera reunión llegó un compañero llamado Juárez uniformado de verde olivo, portaba su pistola. Nos dio una charla y también nos entrenó un poco. Había momentos en que la reunión se hacía cada ocho días.

A mediados del 81 decidí incorporarme a la organización, porque el Ejército controlaba y vigilaba con los «orejas», los delatores, a la población. Un día se regó la noticia de que a Julián Gómez lo había matado el Ejército en la montaña cuando entró a la parcela Marcolfo. Este seudónimo se lo

había puesto la guerrilla a la parcela, pero el nombre real era Parcelamiento La Champona, que quedaba a la par del caserío el Ocote, municipio Dolores. Desde esa vez me desaparecí y no me volvieron a ver en aquella comunidad nunca más, si estoy vivo o muerto hasta el día de hoy no lo saben. Saco la cuenta de vez en cuando, treinta y nueve años hace que no he vuelto a mi comunidad, El Quetzal. Tampoco me ha llamado la atención volver debido a los malos recuerdos que guardo sobre mis hermanos. También perdí allí mi parcela y los animalitos que tenía, también el material para construir mi casa que ya lo tenía; además, allí se dieron sucesos dolorosos como la desintegración de mi familia y la muerte de mi papá, que murió de gota asiática. Una enfermedad que le provocaba adormecimiento en la mitad del cuerpo, casi se paralizaba y, en ese tiempo no había medicina pa' eso, murió a la edad de cincuenta y dos años, después de haberla padecido durante veinticinco años.

Me incorporé totalmente a la guerrilla, pero yo era nuevo y no tenía fusil. Cuando llegamos al campamento, después de tres días de camino dentro la selva, no había comida, sólo una cucharada de azúcar en cada tiempo de comida al día. El lugar me era muy desconocido, porque nunca había ido por esa zona. Allí me recibió el compañero político, a quien conocí como Tiburcio. Me entrevistó haciéndome ver cómo era la vida del guerrillero, aunque ya durante el camino tuve idea. Me preguntó varias cosas, que si estaba dispuesto a caminar día y noche. «Sí», le dije. Sí estaba dispuesto a cargar el fusil día y noche y empuñarlo para defender al pueblo.

Le dije que sí. Sí tenía valor, porque la consigna era vencer o morir. Le dije que sí. Ahí recordé las palabras de mi papá Moisés Gómez, que me decía: «Cuando uno se compromete hay que cumplir, eso es lo que yo le enseño», y recordé también a un amigo de mi papá que era policía en Moyuta, que se llamaba Juan Sarceño. De él nunca se me olvidaba el apellido, era muy amigo de mi papá. Entonces me puse de seudónimo en la guerrilla Sarceño. Exactamente me vino a la mente cuando Tiburcio me entrevistó y me dijo que tenía que ponerme un seudónimo que nunca se me olvidara. Ya voy para treinta y ocho años y todavía no lo he olvidado, incluso ya es mi nombre, todos me conocen por Sarceño.

Fueron mis jefes, en ese momento en que me incorporé, el comandante Ruiz y el comandante Nicolás. Estaban también Gary y el sargento Kempis, que era un estudiante del municipio Flores, muy alegre el muchacho. Ya incorporado hicimos acciones de hostigamiento a los destacamentos, mítines políticos en las comunidades y nos cambiábamos de campamento a cada rato.

Una vez me perdí en la selva, como a principios de 1983. Fue en una acción de hostigamiento al Ejército en la calle que conduce del municipio Las Cruces a la frontera con México, cercana a la población de la aldea Palestina.

En un triángulo de la carretera hicimos el hostigamiento. Los dos compañeros que iban conmigo le tiraron al Ejército y lograron retirarse, porque las condiciones del terreno les favorecían. A mí me concentraron con el fuego en el lugar por donde podía salir. No me quedó más opción que tirarme de un borde, salté el paredón y me fui a rastras como quince metros mientras el Ejército andaba averiguando si había heridos. Yo los oía, hablaban, decían: «Aquí fue que nos tiraron, hay sangre», otros soldados decían que no. Se fueron, yo oí cuando dijeron: «Ya no hay ninguno aquí». Yo no los miraba, sólo oía el tropel, el ruido de las botas caminando por la calle. Sí, eso fue como a principios del 83, y salí a salvo por pura suerte. Me fui por unas brechas, llevaba un sueñero y pude dormir, luego seguí caminando.

Mi valor estaba en que llevaba los cargadores y mi fusil M16, sólo perdí la gorra. Cuando llegué al campamento se asustó el que estaba en la seguridad, porque creía que el Ejército me había matado o capturado. Me gritó: «¿Quién es?». Y yo le decía: «Soy Sarceño», le grité tres veces y lo convencí de que iba solo, que no iba nadie conmigo y menos el Ejército. Estuve perdido una noche y un día. Me orienté por el sol, por el poniente, y me alentaba mi fusil, mi mochila también la perdí. De suerte llegué al campamento El Cangrejal, porque había un arroyito que tenía muchos cangrejos. Allí mis compas me habían llevado mi mochila y me la entregaron, eso fue una alegría, ya volvía a estar completo.

Me recibió el comandante Nicolás, me dieron comida y me dijo el comandante que descansase, que hablaríamos después. Me dijo: «Sarceño usted parece que se desaparece de verdad, porque el Ejército lo mantuvo cercao y no lo encontró». Yo estaba en mi posición y si aparecían me iban a despedazar, pero no me iban a agarrar vivo, porque me iban a concentrar el fuego sólo a mí.

La semana siguiente a ese combate, Semana Santa, 19 de abril de 1983, a las siete de la mañana se hizo una acción de las más grandes que viví.

Sólo un banano verde era el desayuno y en el combate, lo perdí, qué rabia agarré conmigo. Yo estaba de francotirador, me tocaba estallar la mina y derribar al primer comando, cargaba un FAL. Pero no llegaron

por donde estaba previsto, sino que llegaron por detrás de nosotros y a pie. Entraron a la emboscada de sorpresa, los compañeros míos, sin darse cuenta, todavía hacían ruido, estaban escarbando los pozos para las trincheras. Se inició el fuego, el responsable inmediato que yo tenía cerca era el teniente Gary. A mí, como era fusil, me concentraban el fuego encima, porque el FAL suena a pura ametralladora.

Cuando nos tiramos al asalto ya había soldados muertos y pude recuperar dos fusiles. Me desplacé hacia donde estaban mis compañeros para dejar las armas allí. Me quedé con un fusil de ellos, un Galil, y un cargador que recogí y cargué, empecé a dispararles con su mismo fusil. En el área que yo estaba había caído el compañero Justo. El teniente Orellana dio orden de que había que sacar al compa Justo. Cuando me fui a rastras y agarré al finao Justo de las manos para sacarlo, no pude, porque me concentraron el fuego. Ahí fue cuando les tiré de seguido con el mismo fusil de ellos. A los dos minutos nos dimos cuenta de que había quedado un soldado escondido, fue el que me hirió, me dio un tiro en la pierna y me quebró el hueso.

Luego me tiraron una granada y me cayó una esquirla en el pecho y otra en la rodilla, la izquierda. En ese momento llegó el teniente Orellana y aniquiló a los dos soldados que estaban tirándome. En ese momento lograron sacar al compañero Justo, muerto, y el compañero Méndez, hijo del compa Chico, me sacó a mí ya mal herido.

Hasta ese momento yo no me había dado cuenta de que también habían muerto el compa Chico, padre del compa Méndez, y el compa Maximiliano, hasta que oí los comentarios lo supe. No vi ni dónde los enterraron, porque a mí me sacaron por el lado donde estaban enterrando al compañero Justo. A mí me rodaban las lágrimas y estaba lleno de dolor al ver que el compañero Justo se quedaba ahí para siempre. Éramos muy amigos, un día antes andaba muy contento conmigo y nos fuimos a matar una vaca en un potrero, pero no pudimos. Esas vacas no se dejaron, eran muy ariscas. Hoy estamos, mañana no, me dije cuando vi que se quedaba adentro de la tierra.

Me dio los primeros auxilios el doctor Sebastián, también lo hizo con otros dos heridos. Uno era Fredy y el otro el Tucán. Después, como a tres horas de camino, me llevaron a un campamento a curarme mejor. Ahí estaba Hans, que ya murió según dicen de Covid en México este año 2020, noticia que me hizo muy mal, me descompuso mucho.

En el campamento estuve ocho días, luego me sacaron a México vía la Cooperativa La Técnica. Finalmente, del otro lado de la frontera me fue a buscar Ricardo con una patrulla de compañeros, quienes me llevaron por el camino, selva adentro. Al llegar a una carretera donde estaba el carro de la organización, comenzó mi trayecto hacia el Distrito Federal. En el camino nos detuvo un retén mexicano y Ricardo, el Colocho, les ofreció y les dio a los soldados sándwiches y agua. Les dijo que llevaba un enfermo, se acercó al carro un soldado, me tocó la cabeza y me vio bien enyesado de la pierna. Un yeso que me habían puesto el doctor Sebastián y Hans en el campamento, cuando me pusieron el yeso me hicieron hasta llorar. Me colgaron una piedra para que se enderezara el hueso, eso fue peor y más doloroso.

«¿Qué té pasó?», me dijo el soldado en habla mexicana. Yo le respondí también imitando el habla mexicana, que yo no sabía cómo era, pero en ese momento me salió. Le di una respuesta de confianza, «nomás jugando fútbol me rompí la pierna». Levantaron la pluma, la barrera del destacamento, y seguimos. Llegamos al segundo retén, sólo nos levantaron la pluma y pasamos. Me dijo Ricardo, el Colocho: «Me gustas vos, porque no titubeaste para nada». Ya había perdido mucha sangre, iba muy débil. Sólo había comido en el campamento carne de mono saraguato sin sal, porque ya no había sal. Llegamos al Distrito Federal, íbamos a una casa de seguridad de nuestra organización, pero esa misma noche el Ejército mexicano allanó la casa. Tuvieron que llevarme a otra casa, a la casa de un antropólogo mexicano fuera del DF, era lejos.

Allí pusieron compañeros para que me cuidaran, me curaran la herida y me dieran medicamentos. Como a los veinticinco días me llevaron a una casa de seguridad donde se hacían los uniformes de la organización. Estaban la compañera Mayra y el Cabo, que era responsable del taller. Yo, herido, los ayudaba a poner botones. Tenía un tratamiento de vitaminas y antibióticos para que no me cayera gangrena, pero sentía que el antibiótico ya no me estaba haciendo efecto. Llegó un doctor mexicano y me vio la herida. Le dijo a mi encargada, que era Susana, hermana del comandante Pablo Monsanto, que me podía meter en el hospital, pero corría un riesgo mayor, que era mejor que me sacaran a Cuba o Nicaragua. Agilizaron la salida, la logística hizo los documentos y salí con el nombre de Víctor García a Nicaragua. Ahí dejé atrás, por un tiempo, el seudónimo de Sarceño, pero sólo en los documentos, porque igual los compas me seguían llamando Sarceño. Ahí estuve ocho días y luego me trasladaron a Cuba. Ya en Cuba logré curarme, pero demoré tres años

en el hospital y dos años yendo de Nicaragua a Cuba a la consulta, allí en Cuba aprendí a trabajar la panadería, los calzados y la albañilería.

Llegué a Cuba como en el 85 a curarme. Durante mi estancia en Cuba la situación económica de nuestra organización, las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), se puso difícil. Nos dieron la orientación de que teníamos que ponernos a trabajar para ganarnos la comida y mantenernos ahí mientras se acomodaba la situación. Éramos cuatro en esas condiciones, Raúl Díaz Sierra, que era yo; el encargado la casa de seguridad, Valentín; Joaquín y Rubén, todos lisiados de guerra. Ya estábamos curados, trabajamos cada uno en diferentes lugares y distintas actividades. Joaquín y Valentín en la construcción. Yo en la panadería y luego en una zapatería. En la zapatería me formaron hasta el nivel A, que era costurar adornos y cortar plantillas, la meta era hacer mil pares diarios.

Yo, en el fondo, trabajé, aunque no tenía por qué hacerlo, salvaguardarnos era un compromiso entre las FAR y el Partido Comunista de Cuba, pero lo hice por dos razones: una, para ayudar a nuestra organización, y la otra, por agradecimiento a Cuba. El hecho de haberme curado, de haberme salvado la vida, ese es un gesto que nunca olvidaré. Ya estaban las negociaciones en Oslo, Noruega, y el comandante Pablo Monsanto de regreso de esas conversaciones se reunió con nosotros en Cuba. En esa ocasión nos dejó un dinero de apoyo que nos sirvió muchísimo, porque estábamos en crisis. Las responsables políticas eran Niurka y Lorena, esta última de muy mal carácter. Por esa razón el comandante me dio el dinero a mí, en quien confiaba mucho, y yo se los repartí a los compañeros lisiados que estábamos en la casa sin que informáramos a Lorena, ya que ella era sólo cuentos. Antes ya nos había visitado la capitana María. Ella nos habló de la situación crítica de la organización. Ellos siempre estuvieron muy pendientes de nosotros. Sus visitas nos daban mucha motivación.

Logré salir de Cuba por la coordinación que hizo Niurka con los cubanos, ella era la responsable política de nuestra organización. La movilización se hizo desde Cuba hasta Nicaragua. Yo me quedé en Nicaragua en el Centro Unitario de Comunicaciones que respondía a las Organizaciones Unitarias, la URNG. El transcurso del viaje de Cuba a Nicaragua se hizo rápido, estaba próximo al 10 de mayo, Día de las Madres. Ahí quise hacerle un escrito a mi madre:

«Vuela, vuela avioncito, haz luego tu aterrizaje, porque voy desesperado por ver a mi madre. Si la encuentro viva, le daré un beso. Y sí la encuentro muerta, una flor le llevaré».

Yo me encargaba de transmitir, los martes y los viernes, los mensajes y partes de guerra a *La Voz Popular*, una radio que estaba ubicada en el Volcán Tajumulco, en San Marcos, el más alto. También le transmitíamos partes de guerra e información económica y social a los compañeros de El Salvador, a la *Radio Venceremos*. La información la obteníamos de la agencia *Cerigua*.

Hace más de treinta y cinco años nació *Cerigua*, un proyecto informativo de la revolución guatemalteca, concebido para romper el cerco informativo que enterraba en un silencio dramático la tragedia que vivía Guatemala. Esta estrategia era producto de la contrainsurgencia y la «guerra de baja intensidad» que libraban tanto el Ejército y la oligarquía criolla como el imperialismo norteamericano en contra de las fuerzas insurgentes y su base social y política, que era arrasada brutalmente para «quitarle el agua al pez». Esta radio no sólo era para denunciar esa tragedia, sino también para dar a conocer en Guatemala y en el mundo entero la heroica lucha social, política y militar que libraban las fuerzas revolucionarias y progresistas. En ese esfuerzo *Cerigua* denunció los crímenes de lesa humanidad que cometía el Ejército contra la población civil, las tenaces luchas de los sectores campesinos, sindicales, indígenas, periodísticos, académicos, de mujeres, etc. Informó también de las acciones militares que realizaban las organizaciones guerrilleras.

En Guatemala muchos buscaban la información que provenía de *Cerigua* para leerla con emotiva complicitad; los medios de información a veces hasta se atrevían a publicarla, en desafío a la autocensura impuesta por los gobiernos militares. Esa idea nació en Nicaragua, después se ubicó en México, donde creció y se desarrolló hasta lograr instalarse en Guatemala. Desde 1986 hasta 1996 esta agencia de prensa alternativa cubrió, una a una, país tras país, las conversaciones y negociaciones de paz, hasta culminar con la firma de los acuerdos el 29 de diciembre de 1996.

Después de dicho evento trascendental *Cerigua* supo adecuarse a las nuevas condiciones sociales y políticas prevalecientes y se vinculó a las organizaciones y movimientos sociales legales, así como a una decidida lucha por la libertad de expresión y de prensa y por la defensa de los periodistas ante los riesgos que enfrentaban en el ejercicio de su profesión. En la década de los años 80 proliferaron las agencias alternativas de información en América Latina, pero sólo *Cerigua* logró sobrevivir hasta ahora.

Fuente: A.Z. La Hora.

Ahí duré, en el Centro de Comunicaciones, dos años -narra Sarceño-, el mismo tiempo que tuve que ir a consultas en Cuba. Recuerdo que el responsable del Centro Unitario de Comunicaciones por parte de las FAR era José María Cuculista, después fue mi compadre. Haciendo memoria, tuvimos un accidente cerca del parque Las Piedrecitas, en Managua. Cruzando una calle dentro de un vehículo me preguntó si venía algún carro, y le dije que no, diablos, y venía un carro a toda velocidad. Él, del susto, se quedó a media calle, se quedó parado, no podía arrancar y se dieron.

Fuimos a parar a un bosque y quedamos aprisionados los dos adentro del carro. Vino la policía y nos dijeron que teníamos la culpa, que teníamos que pagarles a los otros. Supimos que eran salvadoreños y también que andaban clandestinos. Le dimos fecha y lugar para que fueran a buscar el dinero y pudieran arreglar el carro. El de nosotros quedó hecho lata. Ellos nunca fueron, yo creo que porque también andaban clandestinos. Le pregunté a José María qué había pasado que se quedó en medio. “Ya te herí otra vez”, me dijo, “el carro no me respondió y la rodilla de la herida no me ayudó mucho”.

Yo estaba en Cuba cuando lo hirieron en la rodilla, fue un accidente también. Estaban en un momento de descanso en un campamento, él estaba en su hamaca con los pies para abajo y un fusil que estaba recostado se cayó y se disparó solo, y hasta la fecha le quedó tiesa esa rodilla, ese cuento me lo hizo él.

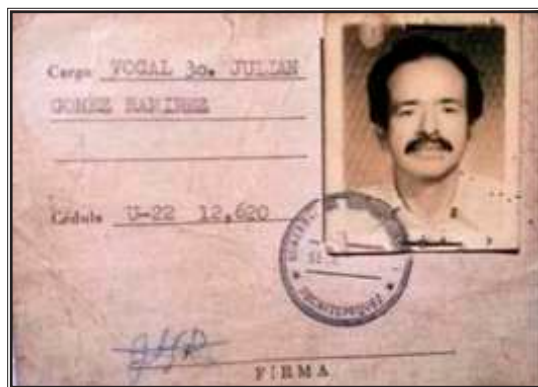
En 1995 llegué a Guatemala. Entré a trabajar de particular en la zona 5 en una fábrica de calzado, pero siempre en comunicación con la organización. Paralelamente avanzaban las conversaciones de paz.

Cuando firmaron la paz pensé que íbamos a salir de una situación difícil, eso de estar pensando en la muerte todos los días. Creíamos y soñábamos vivir una vida civil más tranquila y con más oportunidades. Los acuerdos de paz quedaron bien, pero no fueron leyes de Estado, no se cumplieron los acuerdos y el sufrimiento siguió, pero la revolución no.

Desde ahí, desde el cese al fuego, me dediqué a buscar a mi familia. Me fui a Moyuta a buscar a mi familia, no los veía desde que me fui al conflicto armado. Encontré a mi mamá Francisca Ramírez, mi papá ya había muerto en el Petén, y a mis hermano René y Argelia los encontré ya con esposos e hijos. Ella, mi madre, se asustó al verme, porque me daban por muerto. Eran diecisiete años sin saber nada de mí. Mi mamá iba a Guazacapán, donde están los brujos, y le decían que estaba en el triángulo, alimentaban

su esperanza y le sacaban la plata. Después de la visita volví a la capital a seguir trabajando con la organización, pero ya legal en seguridad y apoyo.

Yo tenía como veintiocho años cuando me incorporé y al salir tenía ya cuarenta y cinco años, toda una vida, la mejor parte. Pensar que todo lo que aprendí de comunicaciones, que fue tanto, de nada me sirvió para la vida civil, tendría que venir otra guerra y eso no sería justo.



A veces pienso en el sufrimiento de mi hermano con respecto al querido Pedro Calderón y concluyo que esa fue una maniobra de esas del Ejército sin alternativa, estaba obligado a hacer lo que el Ejército decía, si no lo mataban. Ellos eran así, el Ejército no tenía compasión con nadie. Te dirán siempre, si obedeces ya no te vamos a torturar, ya no te vamos a matar. Josefina y yo lo hablamos, pensaba igual que yo, no hubiera tenido salida de ninguna forma.

Dedico este escrito y mis más atesorados recuerdos a todos mis compañeros caídos, que mientras yo viva siempre estarán presentes en mi pensamiento, aunque no físicamente, pero sí en mi pensamiento, que es lo que todavía tengo. Porque fueron mis compañeros en la lucha revolucionaria, en las buenas y en las malas. Presentes, presentes, presentes. A mi comunidad, El Progreso, también dedico estas letras. Y en la convivencia familiar a Isabel Valdez, mi esposa. A veces sueño despierto que el 23 de junio, día de mi cumpleaños, mi familia de Belice viene en camino y yo la recibo con el mejor de mis abrazos.

**Sarceño. Enero de 2021. Finca Las Tecas,
Cuyotenango vía La Máquina.**



11.- La historia de Alex

A MIS OTROS HERMANOS, MIS PERROS

«¿Por qué hay tanto ruido de helicópteros, papá?». Era siempre la pregunta que le hacía a mi viejo cuando llegábamos al huatal a limpiar la milpa, cuando escuchábamos a lo lejos ese ruido muy parecido a un motor de nixtamal, sólo que este provenía del aire.

Aunque lo más temerario era escuchar junto a este sonido estruendos de ráfagas de ametralladoras que se perdían en el viento.

Dejaban de momento una sensación de eco y silencio, lo cual transmitía miedo e incertidumbre. Algo así como pesadillas, esas que te dejan el corazón casi brincando. Esa situación se fue convirtiendo en rutina, porque el día que el helicóptero no zumbaba, me la pasaba a la expectativa, esperaba que el sonido de la incertidumbre llegara a mis oídos.

Hubo veces que cuando mi madre llegaba a dejarnos el almuerzo, le decía a mi padre: «Hoy hay carne en la aldea, fíjate». Mi viejo ponía sus ojos más grandes y le preguntaba: «¿Sabes quién fue esta vez?».

Era angustiante, triste y doloroso saber que alguien de la comunidad, vecino o conocido, había sido asesinado la noche anterior. La vida pendía de un hilo, porque casi todas las noches los Escuadrones de la Muerte hacían de las suyas con la gente indefensa e inocente. En ese contexto sin nombre fui creciendo yo.

Antes de mis catorce años nos fuimos a vivir a la parcela. Mis padres tenían sueños muy nobles e ilusiones enormes. Sembrábamos maíz, frijol, yuca, arroz y teníamos perros de cacería con los que salíamos a cazar. No hacía falta la carne silvestre, había comida para ellos y nosotros. Los perros eran como mis hermanos, creo que, por instinto mutuo, nos entendíamos a la perfección.

Mis perros se llamaban: Lassi, Sultán, Cazán, Palomo y la Princesa. A esta última, mi hermana menor no podía decirle su nombre y le decía la Checha. Cada uno tenía lo suyo, aunque todos eran parte de mi familia.

A Lassi le gustaba correr tepezcuintles y armados, los encuevaba y con nuestra ayuda los sacaba de las cuevas. Como todos los demás, ella sabía lo que le esperaba una vez que llegábamos a casa y esperaba pacientemente su parte de carne.

Los cinco eran guerreros cuando se disponían a cazar. Una vez nos encontramos con una manada de jabalíes que, como eran demasiados, nos comenzaron a cercar. Logramos escapar de la jauría justo antes que nos cerraran el círculo. Lassi y La Checha no salieron a tiempo y empezó el ataque feroz de los jabalíes. Con el resto de perros y mis hermanos logramos rescatarlas. El resultado del cruento ataque fue que Lassi perdió la muñeca de su pata izquierda, un jabalí se la cortó de un mordisco, y a la Checha le sacaron una costilla del costado derecho. Del otro bando sólo hubo un jabalí muerto.

Fue muy terrible y triste a la vez, tuvimos que actuar rápido con los primeros auxilios. A Lassi le pusimos un torniquete. A la Checha la vendamos con una playera. Las cargamos y caminamos lo más rápido que pudimos entre escobos y bayaleras.

Llegando a casa mi papá le quemó con ceniza súper caliente la parte donde estaba la pierna amputada de Lassi. Aún guardo en mi masa encefálica los alaridos de mi hermana Lassi. Luego se la lavó con jabón de coche y se la vendó, la perrita se desmayó. Esa noche durmió muy poco, porque cuando se movía lloraba muy fuerte. Lo mismo hizo con la Princesa. Las dos perras, madre e hija, pasaron noches y días de pena y dolor. Las alimentábamos con atol de masa y masa frita con grasa de armado o de jabalí.

Meses después se recuperaron ambas. Lassi perfeccionó sus habilidades para encuevar armadillos debido a que ya no podía correr, porque se quedó sólo con tres patitas.

Una vez encontró un armadillo encuevado en el hueco de un árbol semicaído con el tronco casi podrido. Estaba sostenido en la horqueta de otro árbol, por lo que estaba inclinado. El armadillo, al sentir la presencia de Lassi, empezó a rascar por el centro podrido de dicho tronco. Lassi iba avanzando tras de él, sacándose del hocico los restos del árbol podrido que el animalito le tiraba con sus garras traseras.

El tronco estaba enorme y los dos se perdieron en el mismo, cuesta arriba. Sólo se escuchaban constantemente algunos retumbos, lo que nos hacía adivinar por dónde iban. Pasado un buen rato vimos cómo el armadillo asomó su pequeño hocico en la punta del tronco, luego sus

patitas delanteras y enseguida se lanzó al precipicio. Atrás de él venía Lassi, el armadillo cayó hecho una bola, mientras que Lassi le cayó encima. El armadillo se levantó y corrió como si nada hubiese pasado. Lassi quedó inconsciente, le di aire de boca a boca y comenzó a respirar. Para fortuna de Lassi no sufrió fracturas, aunque estuvo sonámbula unos días.

Así se nos iba la vida, Lassi aferrándose a la misma, y yo con el mismo miedo que me daba escuchar el helicóptero. Una mañana de sol y chipi chipi, normal como solía ser en el Petén, mi viejo se dispuso a salir hacia la aldea Los Josefinos. Creo yo que para hacer las compras de alimentos y mercadería para nuestra quincena. Llevaba dos caballos, salió montado en uno y el otro lo jalaba desde su aparejo. Así recuerdo a mi viejo esa mañana, de espaldas, moviéndose al compás de su caballo.

Al día siguiente regresó mi padre, pero escoltado por un pelotón del Ejército, lo traían atado de sus manos, irreconocible, muy lastimado y torturado. El oficial le exigía que entregara a sus hijos grandes porque, según él, eran guerrilleros comunistas.

Sólo encontraron a mi madre y a mis hermanos menores. A Carlos, menor que yo, de doce años lo ataron y se lo llevaron. Mi madre pedía con clemencia, que por favor se lo devolvieran, que lo soltaran, que no se lo llevaran. Caminaron unos kilómetros con mi padre y mi hermano, mi madre tras de ellos llorando, suplicando, pero a la vez también actuaba como toda una leona enfurecida por rescatar a su cría, a su gente. Así era mi viejita hermosa, así era su temple y su amor.

Finalmente, el oficial accedió y soltaron a mi hermano. Mi padre se perdió entre esas manos ejecutoras, manchadas de sangre inocente de la vida de mi viejo. Desde allá y desde aquí, donde ahora estoy y vivo, aún espero su regreso. ¿Volverás, viejo? te sigo y seguiré esperando hasta que el anochecer de mi existencia se desvanezca.

Afortunadamente, y para alivio de mi madre, mis hermanos mayores y yo no estábamos en la casa en el momento que llegó el Ejército con mi padre. Yo me encontraba con un primo más o menos cerca. En el instante en que nosotros nos estábamos acercando a una casa vecina, la dueña de la casa se asomó a su puerta y nos dijo, con sus dientes apretados: «Hijos... por Dios bendito, váyanse, váyanse, pero ya, el Ejército tiene cercada tu casa, cargan a tu papá muy golpeado, él ya no va a vivir sálvense ustedes, váyanse». La verdad, no me dio ni tiempo de agradecerle.

Justo en ese momento, por el camino de enfrente hacia mi casa, de entre unos arbustos se escuchó una voz fuerte que nos gritaba: «Párense, párense allí, patojos hijos de puta, si se mueven me los vuelo».

Dicho esto, mi primo y yo giramos como relámpagos, cada uno por su lado. En ese momento no supe más de él, sólo escuchaba la balacera nutrida sobre mi cabeza. Me perdí en la inmensa selva, la lluvia era fuerte ese día, estaba empapado, no tenía fuego ni machete. A mis catorce años era un niño ingenuo todavía, al que le gustaba la selva, pero no en esas circunstancias. No lloré, quizás estuve a punto, pero sólo pensaba en mi madre y mis hermanos. No tenía hambre ni frío, estaba anestesiado, en shock. Esa noche me acomodé en una gamba de tamarindo, cual si fuera Lassi enroscada frente al fuego del patio de mi casa. De madrugada el frío era insoportable, no lograba contener mis mandíbulas. Tenía una herida de machete en mi mano derecha aún sin cicatrizar, la cual se tornaba blanca desde su interior, aunque desde las orillas la piel y el músculo se miraban contraídos por el frío y la humedad.

Tres días pasaron, fue una eternidad para mí... Creo que enmudecí, de eso me di cuenta porque una tarde que estaba cerca de mi casa, pensando si entraba o no, y mis perros comenzaron a aullar. Desde la copa de un árbol apenas podía divisarlos e intenté gritarles, pero no me salió la voz. Pude ver desde allí, con dificultad, cómo mi casa estaba desolada, sin mi mamá, sin mis hermanos y sin mi viejo. Más que ver con claridad, deducía que las gallinas comenzaban a subirse a su árbol para dormir. El gallo cantaba sus últimos versos del día, y con ello se incrementaban mis penas y comencé a llorar... Era un dolor que no se puede describir, que te va poseyendo. Lloré y lloré abrazado de mi único testigo, el árbol, hasta más no poder. No sé si dormí esa noche, sólo sé que al día siguiente todavía estaba enganchado a la horqueta de aquel hermoso árbol. Amanecer ahí también me sirvió para darme cuenta de que estaba solo, el hecho de saberlo me hizo sentir mucho más la soledad.

Por la tarde de ese día saqué fuerzas de no sé dónde y caminé hacia mi casa. Los perros me recibieron como si fuera una fiesta enorme. Sentí que me decían lo felices que estaban de verme, pero tal vez reclamaban también tanto abandono. Era conmovedor ver lo flacos que estaban, tal vez más acentuada por la tristeza que se veía en sus miradas. Los abracé con todas mis fuerzas y lloré y reí, como un loco, junto a ellos. Así éramos nosotros, sentíamos en lo más profundo de nuestros corazones que estábamos unidos en las buenas y en las malas, como debe ser.

Les expliqué que no podía quedarme con ellos y que tampoco podía llevarlos, que las cosas habían cambiado mucho. Mientras tanto, que ellos se encargaran de la casa, que cuidaran a las gallinas y de los ladrones. También les dije que tenía que buscar a mi madre y mis hermanitos, pero que no sabía dónde. Y otra vez el llanto y el temblor con que se llena el cuerpo ante situaciones como esa... Ellos me lamieron la cara, y yo los besé con el alma desgarrada y les dije adiós. Con mucha incertidumbre, miedo y pesar comprendí por qué ellos, mis únicos parientes, me persiguieron. Saqué coraje de no sé dónde y me hice el fuerte, les grité categóricamente que se regresaran. De nuevo sentí la injusticia, mientras poco a poco la selva me iba tragando en sus entrañas peligrosas, para protegerme la vida como un hogar, pero muy solitariamente. Qué otra soledad mayor, y tristeza, que esa que se juntaba con todas las carencias y temores, qué más se podría sentir en la corta vida de un niño de catorce años.

Al séptimo día, si mal no recuerdo, finalmente me encontré con una patrulla de combatientes. Eran parte de la columna Turcios Lima, tenía al mando al comandante Ruiz. Ellos andaban buscando gente que se había perdido producto de la represión. En esos días el Ejército había llegado al campamento de refugiados, conformado por familias de Los Josefinos y del parcelamiento Los Nazarenos, ametrallando a niños, ancianos, mujeres embarazadas y a toda la población indefensa.

Llegamos al campamento de la columna Luis Augusto Turcios Lima, mi sorpresa fue que allí estaban mi madre y mis hermanos. El llanto de mi madre fue desgarrador, como mi sentimiento que se desbordaba de emoción, que no hallaba qué hacer con el cuerpo. Nos abrazamos mucho, porque necesitábamos fundirnos en un solo ser para complementar toda la ausencia. Mis hermanos, menores que yo, nos cobijaron con sus inocentes bracitos, todos alrededor nuestro. Mi viejita, con sus lágrimas quizás, me contó la historia que yo, hasta ese momento, no lo logré intuir. Hasta que llegó mi hermano mayor, Renzo, y con voz temblorosa después de un abrazo corto me dijo: «¿Sabes que a nuestro padre se lo llevó el Ejército, verdad?».

Le respondí con un movimiento de cabeza afirmando que sí. «Pero no sabes lo qué le pasó a nuestro hermano mayor Chabeco, ¿verdad?», continuó. Entonces sentí cómo se me bajaba la presión y, con mis ojos cubiertos de lágrimas y con un nudo de ahogo en la garganta, le afirmé con otro movimiento de cabeza que no. «Pues está muerto», me dijo. «Él estaba cuidando a los niños del refugio», prosiguió diciendo, «cuando el

Ejército llegó. Él logró sacar a todos los niños, pero en su último intento por entrar de nuevo al campamento, en medio de la balacera, creyendo que le hacía falta sacar a más niños, lo ametrallaron los asesinos esos... ».

Y otra vez me abrazó más fuerte y conmovido. Ya no lloré más, me tranquilicé, pensé que mi hermano murió por salvar a los niños. Eso medio sacó una sonrisa leve de mis labios ya muy resacos, deshidratados. Desde entonces así lo imagino siempre... un gran ser humano mi hermano, todo un gran héroe anónimo, eterno en nuestros recuerdos, de los que nunca se rajaron, ¡carajo!

Con el tiempo las actividades de los refugiados se hacían cada vez más pesadas, pero las hacíamos con disciplina y mucho afecto. Nos protegíamos unos a otros, era causa común cuidarnos del enemigo, alimentar a la población y sobre todo a los niños y ancianos, eso era prioritario. Y eso me recordaba a mi hermano, era lo que él habría hecho y lo había demostrado con su vida. Lo pesado pasaba a un segundo plano, lo primero era mantener esa moral y ese compromiso.

Se establecieron los grupos de producción, de educación, formación política y de seguridad. En esa dinámica funcionaba todo el colectivo: todos para uno y uno para todos.

Un día con sol de verano estaba en el campamento La Ceiba desgranando el maíz para las tortillas del día siguiente, cuando de repente a lo lejos empecé a escuchar un ruido de hojas secas. Por el sonido sabía que eran animales que caminaban hacia el campamento. Minutos después veo a mis perros que, en fila india, entraban uno a uno al campamento. No lo podía creer, qué impresión, parecía un sueño. Todos estaban flacos, muy flacos, pero Lassi era literalmente un montón de huesos caminando. Se veía exhausta, claro, pues había caminado mucho con sus tres patas junto a los otros. Habían dormido en la selva, quién sabe cuántas noches antes de llegar hasta donde estábamos nosotros, su familia, sus hermanos.

En ese momento el colectivo no lo tomó tan mal, los perros empezaron a recuperarse y volvieron a la cacería, nos cazaban tepezcuintles y armadillos, comíamos bien. La gente les tomó mucho cariño y ellos también a la comunidad.

Conforme el tiempo pasaba se fueron sumando más perros que, igual que los míos, encontraron a sus amos. Empezaron a procrearse y se convirtió en un problema de seguridad, pues ladraban demasiado y eso era peligroso para la seguridad de la población.

Se convocó a una reunión para discutir el inconveniente. La discusión se tornó muy álgida debido a que los dueños queríamos tener con nosotros a nuestros hermanos, nuestros perros, esos que nos daban carne para todo el refugio. Sin embargo, los que se oponían nos llamaban a la reflexión en cuanto a lo que era más correcto: ¿La carne o la seguridad? Lo último era lo más sensato.

Se nos orientó a todos los dueños ir a nuestras casas abandonadas y dejarlos amarrados hasta que alguien los rescatara o murieran de hambre. Los fuimos a dejar, fue horrible y conmovedora toda esa travesía. En mi caso no los amarré, consciente estaba de que en cualquier momento regresarían.

Cada encuentro con mis perros era eufórico y en cada separación nuestros corazones se hacían añicos. Esa noche en casa hablamos y hablamos ellos y yo... Y otra vez me fui, me fui con mis ojos simulando invierno, con mi garganta apretujada, con un adiós para siempre percutido en mi pecho. Así éramos mis otros hermanos y yo, hasta en eso así lo marcaba la guerra... La consecuencia fue que yo lloraba y ellos aullaban, y nos mirábamos entristecidos. Así también somos cuando nos construimos como naturaleza juntos desde niños. Así era cuando nos empezamos a querer, sin saber hasta dónde llegaríamos ni por qué.

Poco tiempo pasó y de nuevo todos los perros estaban de vuelta en el campamento. El día de su segunda llegada fue una mezcla de alegría y angustia. Poco tiempo pasó y de nuevo la reunión. La decisión por mayoría fue cruel y contundente, todos los perros debían ser sacrificados y enterrados en una fosa común.

Para llevar a cabo tal acción nos designaron al compa Tractor y a mí. El argumento contundente fue que el Ejército estaba muy cerca del campamento, que escucharían los ladridos por las noches y que nos matarían a todos.

Al día siguiente, siete de la mañana, el compa Tractor ya los tenía amarrados a todos. Era un único lazo enorme, con el cual formó una fila india, atados de una gaza cada uno. Junto a lo húmedo y vidrioso de mis ojos comenzó a llover también en mi mente. Todos aquellos recuerdos hermosos con mis amigos me perturbaban angustiosamente, como una compañía dolorosa en mi mente. Me acordé de la Checha cuando era bebé, cuando llegó un tepezcuintle al patio de la casa y le sacó el susto de su vida. Lloraba tanto por el suceso que nos hizo llorar de risa. Esa vez la apretuje tanto que casi la asfixio sin darme cuenta.

Entre tanto recuerdo nos escabullíamos por los bejucos y misterios verdes de la inmensa selva. El compa Tractor caminaba adelante, los perros en medio y yo atrás. Después de media hora de camino por rumbo desconocido nos detuvimos y el compa Tractor me dijo: «Corta un tronco verde y le das forma de un bate en lo que yo escarbo el hoyo». Todos los perros se echaron cerca de mí, podía sentir la mirada alegre y triste de Lassi con sus tres patitas, pero capaz de darlo todo por mí.

Lassi, la del corazón de cazadora enorme; Checha, la juguetona que me lamía las manos siempre que podía; Cazán, el perro negro que, con sus dientes finos, le quitaba los mozotes del pantalón a mi papá cuando dormía en su hamaca; Palomo, el que sólo con escuchar a mi madre gritar: «el gato de monte», él ya estaba en el gallinero; y Sultán, esbelto, enorme y robusto. En sus mejores tiempos cazaba venados, los acechaba cuando dormían y los agarraba del cuello hasta domarlos. Él era el perro serio del grupo, el líder, el que tumbaba a mis hermanitos cuando les daban sus abrazos, el que se comía una memela y un cachete de jabalí en una sola comida.

El garrote estaba listo, el hoyo también. «Me vas pasando uno por uno», me dijo el compa Tractor. «A eso no te ayudo», le dije. «Claro que me vas a ayudar», me contestó. «Claro que no», le repliqué. Con garrote en mano me dijo, «a vos debería darte en la cabeza un solo garrotazo para que te vayas con ellos». En ese momento recordé que el compa Tractor era del grupo que no quería a los animales en el campamento. Se me abalanzó, retrocedí y, con machete en mano, lo pude detener cerca de mí. Me lanzó una patada a la mano donde tenía el machete, el cual voló lejos y en seguida me abrazó. Me dijo: «Yo te entiendo, pero comprendamos que, por culpa de ellos, el Ejército nos va a masacrar, nos matarán a todos, incluyendo a tu mamá y tus hermanos». Fue la única vez en mi vida que vi llorar a ese hombre que aparentaba ser frío y con temple de acero. Se secó sus lágrimas y dio el leñazo al primer perro de la fila.

Eran dieciséis perros y al centro se encontraban los míos. Pasó al segundo mientras los otros empezaron a llorar al unísono, era escalofriante y demasiado traumático, parecía que me iba a desmayar. Yo me preguntaba ¿por qué tengo que traicionar así a mis mejores amigos, a mis otros hermanos, por qué tienen que terminar así? Me miraban con sus ojitos llorosos y cansados. Me acerqué a ellos y me eché a su lado, cerré mis ojos y las palabras no salieron. Los apreté con mis brazos y con todo mi corazón, podía sentirles su palpitar y lo tibio de sus últimos alientos. Me lamían y lloraban al ver cómo el compa Tractor los halaba con fuerza,

porque se sujetaban de la tierra, se aferraban, no podían entender por qué la muerte les llegaba tan brutalmente así. Yo también me aferré a mis cinco amigos, el compa los halaba y a mí también me remolcaba. Uno a uno fueron cayendo inertes en el hoyo, el hoyo del terror, la fosa de la zozobra, la marca traumática de un sentimiento.

La Checha estaba al frente de los míos y cuando le tocó su turno eterno, Lassi, que estaba detrás, se abalanzó sobre el compa y se le prendió al pantalón. Lo jaloneaba tanto y tanto que le movía la canilla. El resto de mis perros lo atacaron haciéndolo retroceder, por la inercia del movimiento el compa se cayó en el hoyo. Fue evidente que se asustó al sentirse cadáver con tanta muerte debajo de él. Gritó muy feo mientras que el resto de perros seguían amarrados, todos muy cerca del hoyo asediando al compa. Lassi quedó debajo de él y ya no lloro nunca más. Cuando el compa Tractor logró salir del hoyo, desató su furia desenfrenada hacia los perros que quedaban vivos y asustados. Repartía garrote por todos lados, se enloqueció, los perros, aún con su atadura, intentaban defenderse. Cada garrotazo era un ladrido menos y uno más en el hoyo. Empecé a vomitar, ya no me di cuenta de lo que sucedía. Vomité y lloré, lloré y vomité, no era soportable el terror que sentía.

Al final todo quedó en completo silencio, ninguno de los perros se movió más. Nada más escuché que el compa Tractor me dijo que el de color canelo se le había escapado. Mis ojos se agrandaron, los limpié y le pregunté, «¿el Sultán?», y me respondió, «no... el canelo del compa Roberto».

Todos, excepto el Canelo, prefiero creer que pasaron a una mejor vida. Meses después caminábamos por una brecha el compa Tractor y yo, y a lo lejos escuchamos unos ladridos. Nos vimos las caras y enseguida corrimos, ambos sabíamos que esos ladridos eran del Canelo, ambos queríamos verlo de nuevo. Pero, ¿cómo el Canelo querría vernos a nosotros? Sin embargo, cuando estábamos cerca de él se mostró tímido, metió su cola bajo las patas, agachó sus orejas y caminó hacia un bejuquero. Allí tenía un enorme tepezcuintle muerto que acababa de cazar. Lamió la frente de su presa, nos ladró cariñosamente y nos dejó la presa. Se perdió en lo más oscuro de la selva dejándonos otra lección. Así se nos presentó humildemente el Canelo aquel día, como todo un amigo fiel, así nos dejó su última caza del día, quizás esa vez pasó hambre por decidir entregarnos su mejor bocado a nosotros. Desde esa oportunidad nunca más volvimos a ver al gran Canelo. A veces por las noches lo pienso como un sueño, pero sé que fue real. Tal vez vino por última vez a comprendernos o quizás a enseñarnos el valor de un amigo fiel.

Con el compa Tractor nunca más nos relacionamos cercanamente. Sólo sé que nos unía un atajo, un puente caído, una gran contradicción: el secreto de la muerte por amor a la vida. Él y yo sabemos que en esa fosa no cupo toda la muerte, algunos de mis amigos quedaron fuera de la misma. Yo también dejé al borde de esa fosa una herida abierta para siempre, un duelo irresoluble, y mi corazón al ras de la locura; aluciné de dolor en el montón, eran de colores distintos que parecían ser, entre todos, una sola flor hermosa con piel de pétalos caídos. Aquella mañana murió la flor, pero no la memoria.

Así quedó el hoyo repleto de símbolos, el hoyo que nunca llegó a ser tumba. Así cayó la verdad dentro de la muerte de la inocencia para postergar otras vidas, para algo honroso deberá haber sido. Así los lloro todavía sin olvidar la última enseñanza, la última señal de lo oscuro.

PASAJES DEL COMPA HANS.

Me han contado sobre tu partida a causa del coronavirus. Te lloré y después estas palabras se me escaparon así. Sequé mis lágrimas y aún pensando en vos reflexionaba sobre la vida. Sí, sobre la vida misma que, sin la muerte, no es vida. Sobre la muerte también, esa que nos excita el dolor por la partida eterna de alguien y nos pone descalzos sobre el hilo profundo y complejo de la existencia.

¿Que cómo te recuerdo? Pues para mí sigues siendo una enorme contradicción, porque siento que me diste tanto amor humano, que no te dio el tiempo para decirme quién fuiste en esta vida. Sólo sé que fuiste un enorme padre, un gran revolucionario, hermano de todos. Desafiaste constantemente a la muerte dando vida a los que sanaste, y hasta reprimiste tu propio grito para dejar que otros lo hicieran libremente, cuando para ellos ya no era una opción seguir junto a nosotros. Los viste partir así, dejándote, en sus últimos alientos tibios, un adiós para siempre.

¿En qué pasajes de la lucha a muerte por la vida vos no estás?, si siempre fuiste fiel al dolor y a la sonrisa ajena. Estás en el parto de la compañera, en el primer grito del niño al nacer, en la espina de bayal perdida en un músculo del combatiente, en los malabares que hacías con el miserable botiquín y en la riqueza espiritual de cada uno de nosotros. Cómo no recordarte a vos sí, más que el médico valioso, fuiste palabra, consejo, abrazo, ternura, regaño suave y sonrisa de hermano.

Se me rompió el tímpano al escuchar hablar sobre tu partida y se renovó mi alma al pensar que no era posible, que no te has muerto. No, no te has ido, porque ahora que diste el primer paso hacia la eternidad, es cuándo más vivo y presente te siento. Te siento en la aspirina que me diste para quitarme el dolor de cuerpo, en la Aralen que me hiciste tragar casi a la fuerza para quitarme aquel burro paludismo... Me llevo mi mano al pecho y digo... estás aquí, compañero, hermano del alma. Estás en cada lágrima de la compañera que te pidió un consejo, estás en el Macabillero llenando el galón de agua para la cocina de los enfermos por hepatitis. Estás auxiliando al brujo mayor, Sebastián, mientras operaba una apendicitis; estás cocinando el atol de masa para aquel combatiente que un día llegó del frente...

Aquí estás hermano, en cada uno de nosotros, en la rosa que hoy cultivo, en mis hijos que ya no viste, en el canto del clis clis, en mi garganta, en mi canto, en mi sonrisa, en la mata que a diario siembro. Sí... así te siento, así te llevo, así te quiero... como el fusil roncando por la libertad de tu pueblo. No, no, no vos, compa, nunca estarás muerto... y no hagas caso a estas lágrimas que otra vez salieron, porque es tan solo una gota para que sigas germinando. Hasta pronto Dr. Hans. Homenaje al compa Hans con todo el amor de nuestra comunidad y el mío propio.

LAS VERDADES O MENTIRAS DE CHANCO.

Chanco era el seudónimo de un combatiente guerrillero que militó en las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Tuve el privilegio de conocer personalmente a Chanco cuando yo tenía catorce años. Él, por su apariencia física, calculo que tendría unos veinte años de edad aproximadamente. En ese tiempo él formaba parte de la columna Luis Augusto Turcios Lima, la cual operaba en las selvas del Petén, allá por la década de los ochenta, a principios del ochenta y dos. Yo, en cambio, era un refugiado interno que formaba parte de muchas familias que en su momento la columna Turcios Lima, al mando del comandante Ruiz, custodiaba en vista de la inclemente persecución que sufríamos por parte del Ejército de Guatemala.

Por su experiencia creo que Chanco ya llevaba algún tiempo considerable de haber ingresado al frente guerrillero, aunque nunca le pregunté nada al respecto. Sólo recuerdo cómo era capaz de aglomerar a la gente; eran escuadras completas que se reunían a su lado en los tiempos de descanso para deleitarse con sus aventuras. Era muy audaz y convincente. Para reír hasta la saciedad y olvidarse momentáneamente de lo pesado de la situación, sólo era cuestión de escuchar a Chanco.

Por razones de trabajo y compromisos revolucionarios la columna Turcios Lima tuvo que dejarnos. Nosotros, la población civil, teníamos que cumplir por separado nuestra labor, y la fuerza armada sus actividades militares.

A Chanco le tocó partir con sus compañeros de pelotón, y yo me quedé cumpliendo mis actividades de refugiado. Poco tiempo después, en 1983 aproximadamente, yo me incorporé a las filas militares. Allá por el año 86 de nuevo me topé con Chanco, fue un encuentro normal, pero como siempre el compañero era pieza importante para mantener la moral alta en la tropa. A mi parecer no era una persona con capacidades políticas de historiador, era más bien un campesino que nos alegraba la vida. No importaba en qué situación estuviéramos, Chanco siempre tenía una historia, una anécdota chusca que contar para nosotros. Era algo así como el adicto al azúcar, sus cuentos eran como recibir un chocolate en aquella circunstancia.

Singularmente especial era Chanco, porque a pesar de ser muy diferente a todos, él se caracterizaba por evidenciar con mayor interés sus diferencias particulares. En una fuerza militar es norma disciplinaria usar vestimenta del mismo color, por esa razón es que se llama uniforme militar. En tal sentido, todos usábamos ropa verde olivo y gorra del mismo color. Chanco en cambio, rompiendo esquemas y normas, usaba boina. Él mismo las fabricaba a su manera, por adentro, en la parte de enfrente, le colocaba un pedazo de plástico de galón cortado en forma de media luna y por afuera, sobre la tela, le dibujaba el martillo y la hoz con los colores rojo y negro.

Cuando algunos compañeros comenzaron a imitarlo con su boina, él decidió fabricarse un birrete. El día que terminó de hacerlo, como siempre para estrenar su nueva creación, el simpático muchacho se dio un paseo por toda la fuerza militar. Al compás de sus pasos elegantes procuraba rozar la cacha de su machete, que traía prendido al cinturón, con la culata de su fusil para que al chocar éstos hicieran ruido. Se provocaba tos y hacía todo lo posible por desprenderse, según decía él: «Los gargajos que guardaba rezagados de gripes anteriores».

Por supuesto que todo aquel show lo montaba para llamar la atención de sus compañeras y compañeros, para que todo el mundo observara que en su cabeza estrenaba un nuevo invento. Algunos comentarios eran a favor de aquel controversial personaje, otros, en cambio, hacían chistes murmurantes para no enojarlo. Aunque en realidad, más que un birrete de cadete, aquello parecía ser una bolsa plástica cortada por la mitad y metida en la cabeza de aquel combatiente.

Bueno, al fin y al cabo, era un birrete de un militar muy consecuente con su lucha. En las fuerzas guerrilleras siempre había más hombres que mujeres. Los compañeros que tenían su compañera eran afortunados. La mayoría en cambio teníamos que inventar amores fantasmas y a distancia. Hacíamos el amor con la soledad, nos enamorábamos locamente de esos fantasmas sin poderlos tener a nuestro lecho. Después de soñar con su desnudez y de amarnos hasta la idiotez, nuestras sábanas olían a cloro el día siguiente. En esas circunstancias Chanco aceptaba ser como nosotros, que de vez en cuando deseaba la mujer del prójimo... «Qué lástima», se decía a sí mismo, «que no sea yo el compañero de la zutana, de la mengana o de la perenceja». A Chanco el materialismo histórico le convenció hasta lo más profundo. En vez de rezarle al Dios de las alturas, lanzaba sus plegarias a los cuatro vientos diciendo:

«¡Oh! Misterioso ser de la montaña y de los arroyos, vos sabés que ya me cansé de esconderme e hincarme frente a las gambas de los tamarindos. De dejar impregnados en ellos mis lamentos y susurros eróticos. Me duele el alma de dejar en cada una de estas citas con el amor imaginario a muchos chanquitos dispersos sobre las hojas secas. Hijos míos son, que al quedarse allí se convierten en víctimas inocentes de las hormigas. Señor misterioso, yo tengo fe en vos y siempre guardo la esperanza de que un día de tantos, una compañera combatiente, generosa, escuche mis ruegos desesperados. Que por fin me pueda dar el sí, que me deje depositar en su cajita mágica, allí donde ella guarda sus polvitos, estos millones de espermas que me inquietan la cintura cuando se me alborotan las hormonas. Que por amor al Che y al mío, germinen dos espermas de uno solo; un chanquito y una chanquita. Al fin de cuentas mi lucha es por el pueblo y sumar gente me justifica el sacrificio que hago por esta causa. Amén».

¡Las plegarias de aquel combatiente hicieron efecto! Un día inesperado Chanco nos comparte, según él, la mejor noticia de su vida: «¡Tengo novia muchá!, sólo que existe un pequeño problema... Ella no está conmigo todos los días, porque tiene una misión muy importante que cumplir de carácter político. Es una compañera de la base social de la aldea Macanché, que nos apoya con información e insumos que necesitamos en la guerrilla. Tuve la oportunidad de conocerla durante un contacto que ella nos propuso para entregarnos unas cosas», así nos contaba mientras su boca se estiraba hasta las orejas de pura felicidad.

«¡Qué química!», comentaba otro compañero que vio a Chanco y a la muchacha saludarse por primera vez. «Media hora duró el encuentro, y

fue lo suficiente para enamorarse uno del otro», concluía aquel hombre, confidente del camarada Chanco.

Los encuentros continuaban y el amor se desbordaba hasta por el birrete de mi querido amigo. Después de un prudente tiempo de noviazgo, la patoja le propuso a su amor rebelde que les pidiera su mano a sus padres. Sin importar para ello, que su novio arriesgara la vida. Ahora él tenía que llegar a una aldea, a una casa de una familia civil, exponiéndose a ser capturado por el Ejército o las PAC. «Si quieres de mis mieles, tiene que ser como Dios manda», le dijo la muchacha.

Como el amor pudo más que lo otro, Chanco salió de la selva impulsado por los nuevos acontecimientos en su corazón. Dispuesto a realizar, a concretar, su aventura personal. En ese momento todos los combatientes querían estar en el lugar de mi amigo. «¿Qué suerte tiene ese condenado!», decían algunos. Yo en cambio no, sólo le tenía cierta envidia. Pasados los días vimos cómo el pobre de Chanco regresaba al campamento. Aquel hombre ya no era el mismo que vimos partir. A pesar de eso, nadie se atrevió a preguntar las razones. Excepto el comandante de la tropa, quien se enteró de lo sucedido en ese momento gracias al informe que le rindió el recién llegado.

Todos los comentarios en las reuniones informales de las escuadras, e inclusive después de la formación general que hacíamos para entonar el Himno guerrillero, giraban alrededor de Chanco. ¿Por qué regresó triste? ¿Será que le negaron el permiso? ¿Será que trajo alguna foto de ella? ¿Preguntémosle, que nos la muestre! Yo, el más interesado en la situación, muy prudentemente me acerqué a mi amigo y le pregunté: «¿Qué pasó Chanco?». «Cállate vos», me respondió, «que rompida me di con esa patoja. La última vez que la vi me dijo que pidiera su mano, me indicó cómo llegar a su casa. Me advirtió que antes de su casa había otra casa donde viven unos viejitos curcuchitos, que viven acompañados de unos perros enormes y bravos». «Yo le respondí», prosiguió Chanco, «no te preocupes mi amor que a un guerrillero no hay nada que lo detenga, más, si es por vos mi vida...». Después de un silencio prosiguió:

Agarré justo el camino, tomando en cuenta todas las instrucciones de la patoja. Ya entradita la noche divisé la casa de los abuelos. Y yo, de muy macho, seguí caminando, cuando de repente vi estático en la puerta de la casita a un gran animal. Mano, ¡por Dios!, tenía el tamaño de un león. Era de color prieto, ojos colorados, su lengua morada, con la

cola levantada, enyahualada como barba amarilla en su lomo. El animal penetró sus ojos en los míos, y sentí en mi cabeza como rayos de sol ardiente que me quemaban todos los sesos. En ese instante tuve mucho miedo, pero al mismo tiempo me dije: “Bueno, desgraciado, conmigo sí que te topaste, yo paso porque paso frente a tu casa.

Después de vos me espera mi novia, que esta noche será mi amante y, cuando me la lleve a la guerrilla se convertirá en mi linda compañera”. Hablando como loco caminaba yo, ¡cuando se me deja venir arriba el bendito animal! Sólo vi que venía como a cien por hora, ¡traía el hocico tan abierto que pude verle sus enormes colmillos, y una mazorca de dientes con muelas gigantes dispuestas a hacerme pedazos! Creo que, por instinto, puse una rodilla en el suelo y con la otra canilla me apoyé también en el suelo, quedé bien fijo en el lugar, como una mata de apacín, que quién putas la arranca. Cerré los ojos, empuñé mi mano derecha, la levanté a la altura de mi hombro y esperé. En seguida sentí algo así como que un guante enorme se envainó en todo mi brazo, aún tenía mis ojos cerrados, estaba temblando, sudando, y, entre temblor y sudor, escuchaba quejidos ensordecidos, podía sentir un olfato tibio y tufo a mierda cerca de mi nariz.

Abrí los ojos, poco a poco, y miré a esa cosa prieta zampada en todo mi brazo, compa. El hocico del animal estaba pegado casi en mi cachete, y sólo podía respirar por su nariz con mucha dificultad. Tal cuadro era como para tomarme una foto. Si hubiera tenido una cámara en ese momento, por Dios que me la tomo con la mano izquierda muchá. Al mover mis dedos me di cuenta de que los mismos salían por el trasero del chuchó. Sin pensarlo tanto le agarré su cola. Al mismo tiempo, con la otra mano, lo tomé de las orejas y como a un calcetín gigante, ¡zas!, le di vuelta al revés con todas mis fuerzas al desgraciado.

El animal quedó viendo para el otro lado, me buscaba ladrando, desorientado. Mientras que el resto de chuchos enmudecieron y se desmayaron asustados de ver aquel tripero que se movía en rumbo contrario. El perro se perdió en el cerro que pertenece a la sierra de la Chepona. Al mismo instante perdí la noción del tiempo, me sentía ahuevado. Horas más tarde me di cuenta de que estaba corriendo. De plano, por instinto, regresé al campamento. De mi novia ya casi me voy olvidando, porque nadie soporta un engaño como ese. Eso de la brujería sí que es peligroso muchá. Sin embargo, no le guardo rencor, que mi pueblo la perdone, siempre y cuando sea después del triunfo de la revolución.

Antes de este suceso en toda la región se comentaba que un guerrillero era capaz de enfrentarse y hacer rendirse a diez soldados de Ríos Montt. Luego aseguraban que, un guerrillero podía vencer a diez, once, hasta doce soldados, más un chucho.

Mentiras y verdades de Chanco, es sólo un humilde homenaje que rindo al compañero, que, dicho sea de paso, hasta hoy no he podido concluir si muchas de sus historias eran realidad o ficción. Aunque me gustaría quedarme con ambas cosas. El escuchar contar pasajes de su vida con tanta vehemencia y conmoción me ha marcado, me marcaron sus episodios para siempre, sobre todo, porque éramos niños y adolescentes en el centro de una guerra, que no tuvimos el tiempo para jugar.

Chanco para nosotros tal vez fue un personaje, pero también un recio combatiente, aguerrido, lleno de coraje y claro en su pensamiento respecto a la lucha. Lo que jamás quizás llegará a saber es lo importante que fue para nosotros, para olvidarnos un poco del Ejército. Eso de cambiarnos la angustia por el horizonte, insertar dentro de nuestras escasas fantasías para abstraernos de la tensión de la guerra y lograrlo, fue una bendición que dio origen a este recuerdo.



ANEXO

**Documento leído el sábado 7 de marzo de 2020
en la Finca El Progreso.
Inauguración del Monumento a los Caídos.**

Buenos días compañeros y compañeras, muy buenos días hermanos y hermanas de comunidades vecinas. Es muy grato reencontrarnos hoy aquí, sobre todo en un espacio como este, donde los recuerdos fluyen, donde la ternura florece, donde los abrazos saben como a los de ayer; porque en el fondo guerrilleros seguimos siendo, hermanos y hermanas, compañeras y compañeros. Yo lo sabía y lo sé, que de alguna manera seguimos soplando esa llama para que no se apague.

Coincidimos hoy aquí porque, conscientes o inconscientemente, estamos reafirmando nuestras afinidades profundas del pasado, muy a pesar de la distancia, debido a los caminos distintos en los que hoy andamos por separados. Así como todos tenemos retos individuales, debemos también todos pensar juntos en un momento coyuntural como este, en el que nuestro país atraviesa por un caos político, donde las esperanzas de una vida mejor para nuestros hijos e hijas, para nuestras nuevas generaciones, son cada vez más desalentadoras.

Nuestros retos colectivos deberían ser: juntarnos, crecer y avanzar hasta ser muchos, hasta superar la fuerza, la avaricia y las injusticias causadas por aquellos pocos que se han adueñado de nuestros territorios. Crecer y avanzar significa, pues, trabajar en esas afinidades profundas y hacer conciencia de que sólo juntos somos la respuesta.

Las causas que motivaron nuestra lucha siguen más vivas que nunca, las vemos en los tres poderes del Estado, en todas las esferas institucionales. Algunos pulpos están en las cárceles, pero sus tentáculos siguen haciendo daño. Esas causas las sufre nuestro pueblo en las fincas cañeras, en las bananeras y en los monocultivos de palma. La sufrimos todos los que somos pueblo en los recibos de la luz mes a mes, en la juventud sin empleo, en los salarios de hambre de nuestros maestros y obreros, en el ingreso económico indignante de nuestros campesinos, en la discriminación y el racismo, en la violencia contra la mujer, en la violencia intrafamiliar generalizada, en la reproducción del patriarcado estatal, en la criminalización de nuestros líderes comunitarios, en la corrupción, en el tráfico de influencias, en la pobreza y pobreza extrema, en la inseguridad, en los altos índices de desnutrición de la niñez, y el analfabetismo campante en el corredor seco y largo de un etcétera.

Sin embargo, esas causas que nos han desangrado siempre no han sido suficientes a pesar del dolor, para superar nuestras diferencias. Siguen siendo esas grietas infiltradas las que nos dividen, las que no nos permiten avanzar en la transformación que necesitamos para ser fuertes, para construir propuestas sólidas unitarias, para que el grito nuestro sea colectivo. Hemos sido románticos y hasta arrogantes muchas veces, creyendo que sólo nosotros, unos cuantos, tenemos la razón. Aun sabiendo que la historia constantemente la estamos mal repitiendo en este empobrecido contexto. Nos confronta diciendo que el camino que seguimos no es el correcto, que al árbol que intentamos plantar cada cuatro años se le caen las hojas y se nos seca en nuestras vidas.

En la comunidad El Progreso ayer empezamos a soñar este proyecto de monumento a los caídos, y hoy lo hemos concretado. Nos dimos cuenta de que, de uno en uno, se fueron sumando más compañeros y compañeras que querían ser parte de este esfuerzo colectivo. Como una forma de recuperar nuestra memoria histórica hemos construido el monumento en memoria de nuestras compañeras y compañeros caídos. A los que ofrendaron sus vidas por un país justo con oportunidades reales para las mayorías, mayorías que desde siempre hemos sido los desposeídos.

Memoria eterna para todos aquellos hombres, mujeres, ancianos y niños que, desde su inocencia, nobleza y humildad, derramaron su sangre por la causa de la igualdad y la justicia social.

Con mucha fortaleza de hoy en adelante en el Progreso tendremos retos y lucharemos por ellos. Discutiremos, eso sí, discreparemos también, pero consensuaremos y, finalmente, avanzaremos para reconstruirnos juntos.

Nuestro monumento es el arranque, porque en los ejes de nuestro proyecto, a mediano plazo, son: Recuperación de la memoria histórica, cosmovisión y salud preventiva. Tenemos contemplado también reactivar nuestro salón comunitario. Espacio que, a la vez, servirá para talleres de capacitación de diversa índole y para continuar con nuestro proceso de sanación de la guerra, proceso que ya hemos iniciado a través del Psicodrama.

La construcción de una clínica es otra de nuestras metas urgentes. En ese espacio esperamos atender tanto a nuestra comunidad como a las comunidades aledañas, porque sabemos que la cobertura, atención y

medicamentos del sistema de salud pública son más que precarios. Esta estructura física, y de buenas energías, pretendemos que se constituya en un lugar coadyuvante en cuanto a salud preventiva, ¿y por qué no?, también podría ser de alguna manera parte de la solución para muchas personas enfermas, que más que una pastilla, necesitan de médicos con sensibilidad humana, de aquellos que tengan una sugerencia, un consejo, una orientación profesional, un abrazo sincero.

Es invaluable para nosotros reconocer de manera especial a todos los compañeros y compañeras que se sumaron a nuestra primera etapa de construcción de este Monumento a los Caídos. Cada uno hizo su mejor esfuerzo, cada una puso su amor para la causa. Desde los que aportaron económicamente hasta los que se pelaron las manos y la espalda para transportar y tallar la madera. Al albañil y el ayudante, a las Fuerzas Armadas Rebeldes y a la Fundación Guillermo Toriello, que también con sus importantes aportes nos han ayudado a colocar las primeras piedras, esas piedras ya hechas monumento, que, desde hoy, serán símbolo de perseverancia y testigos de la palabra compromiso.

Es propicio este momento para ofrecer nuestro más sincero homenaje y profundo amor a un gran hombre, que desde sus claras convicciones aportó toda su vida para estas causas, las de ayer y las presentes, el compañero Silvio. Llegaste a nosotros para eternizarte en la memoria de cada combatiente y excombatiente. Compañero Angelito, presente, presente, presente.

Esperamos, de todos y todas, contar siempre con su aporte y apoyo moral para levantarnos con su fuerza en los días difíciles de nuestras caídas. También para ayudarnos a continuar por el camino más congruente y correcto para todos.

Sólo juntos lo haremos posible...

¡Hasta la victoria siempre!

Glosario de palabras

-Curcuchitos: Léxico campesino para referirse a una persona jorobada o encorvada de su espalda hacia adelante.

-Enyahualada: derivada de la palabra Yahual, de origen nahual, que se refiere a un retazo de tela enrollado sobre la cabeza para transportar el cántaro de agua (cuando una serpiente se enrosca se ve justo como Yahual).

-Apacín: nombre popular de la Chanca Piedra, planta de raíces profundas y fuertes, caracterizada por su aroma fuerte, parecido al olor del zorrillo.

Las aves, o los monos cuando juegan y atacan sorpresivamente con proyectiles de mierda, la mirada, el silencio o la algarabía. Las señales de su risa o cuando huyen nerviosos por la enramada con el abecedario en sus ojos, una tristecita cómplice en la mirada, que pertenece a una señal, al alfabeto de la vida o de la muerte.

Afortunadamente estos compañeros, saben bajar sin temor las palabras al mar de sus memorias. Insertan en el hilo el atavío, para amarrar el recuerdo y no dejar perder la revolucionaria historia que vivieron. Sobre todo, de corazón para no olvidar, que todos los caídos, no menos de 200.000, seguirán viviendo mientras no se abandone la lucha.

Estos recuentos, esta reescritura desde el fervor del increíble asombro y entrega de vida del pueblo, también habrán de incorporarse, como un combate más, contra la desidia y el irrespeto sistémico a tanta sangre derramada.

Carlos Angulo.

San Lucas. Sacatepéquez.

Enero 2021

LIBRO EDITADO POR:



COLECCIÓN:



Combatientes
Historia Viva



El Coraje de Ser Pobre



Combatientes Historia Viva

CLANDESTINO 1980-1996

La Historia de Raúl



Combatientes Historia Viva

Corazón Patojo

La Historia de Pavel



Combatientes Historia Viva

El Único Camino para No Morir

Diario del Comandante Fernández



Combatientes Historia Viva

TESTIMONIOS DE LA INSURGENCIA

Conflicto Armado Interno en Guatemala



Carlos Angulo



Los Cuadernos de la Guerra

en Guatemala



Combatientes Historia Viva

UNA SUTIL INTELIGENCIA



Combatientes Historia Viva



Combatientes Historia Viva

Combatientes Historia Viva